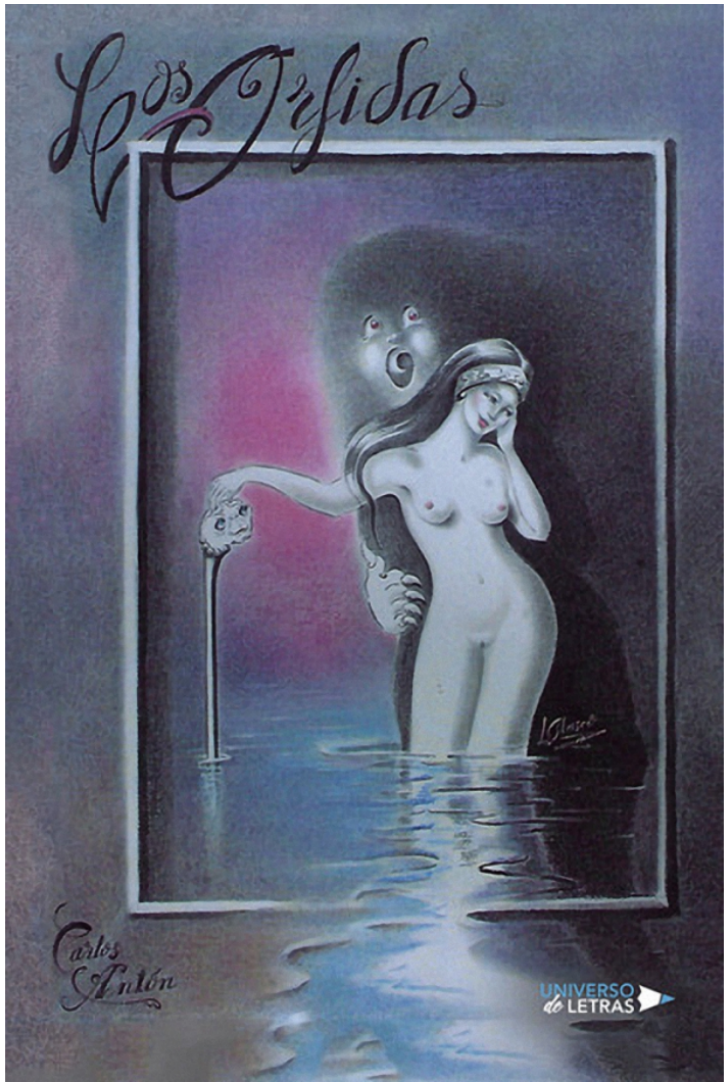

Los Ofidas
Carlos Antón
UNIVERSO de LETRAS

Carlos Antón

Los Órfidas

Los Órfidas
Carlos Antón

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Carlos Antón, 2018
www.guerradelrif.es
canton@guerradelrif.es

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: © María Luisa Blasco del Amo, pintora de Soraluce.

universodeletras.com

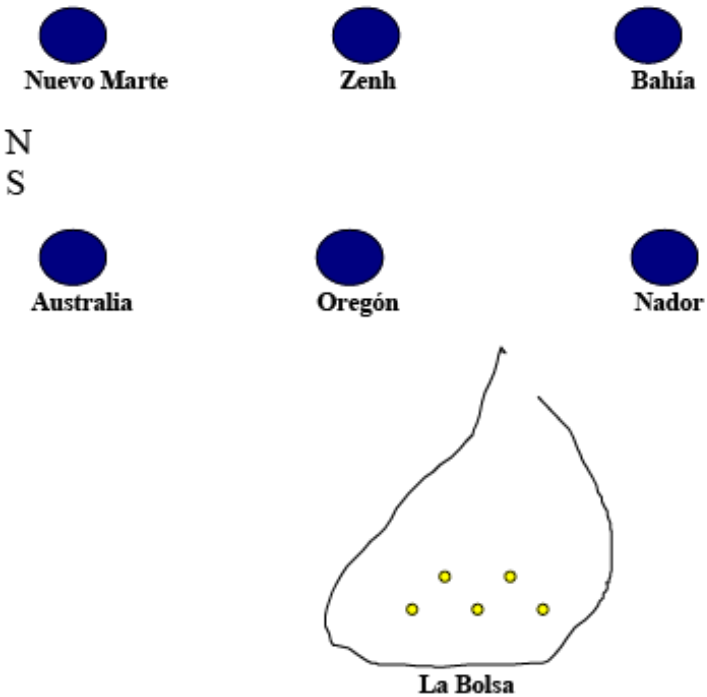
Primera edición: noviembre, 2018

ISBN: 9788417569174
ISBN eBook: 9788417570347

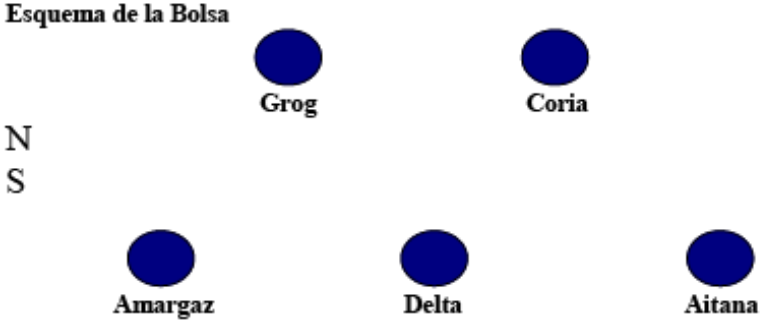
Índice

Capítulo 1. Valeria 7
Capítulo 2. Piratas 18
Capítulo 3. Delta 41
Capítulo 4. Coria 54
Capítulo 5. Orgaz 71
Capítulo 6. Bahía 89
Capítulo 7. Los secretos de los corios 111
Capítulo 8. Nador 129
Capítulo 9. Xiks y profetas 148
Capítulo 10. Primera Gran Reunión 172
El bosque de Terwol 187
Capítulo 11. La capa del pirata 200
Capítulo 12. Intriga 234
Capítulo 13. La espada 253
Capítulo 14. Profecías 289
Capítulo 15. Gran Mundo Stel 302
El foro de los dioses 335
Capitulo 16. Amor 394
Capítulo 17. La peste negra 446
Relación de personajes 499
Relación alfabética de nombres 506

Esquema de la zona de la galaxia limítrofe con la Bolsa



Esquema de la Bolsa



Capítulo 1
Valeria

Valeria, el tercer planeta de la estrella Australia, destacaba por los soberbios navegantes que se formaban en su famosa Escuela del Espacio. El navegante, según la definición clásica, es quien fija el rumbo de la nave espacial; pero esta definición resultaba insuficiente en los tiempos revueltos que corrían a finales del siglo cien. Un navegante tenía que saber todo lo referente al itinerario, desde posibles zonas de meteoritos a contingentes enemigos que pudieran aparecer. En definitiva, controlaba el movimiento de la nave y, salvo el capitán, no había nadie más importante.

Cuando el Imperio de Horgón conquistó el sistema solar, muy pronto apreció la valía de los astronautas valerianos y los integró en su ejército. Por ello, Valeria obtuvo un trato de favor y en su territorio se permitieron actividades prohibidas en otras colonias, como la elección de los dirigentes por sufragio universal o la libertad de expresión.

Tras la destrucción de Horgón, las naves de Bahía ocuparon esa zona de la galaxia. Al principio los bahiianos recelaban de quienes sirvieron al Imperio, pero pronto se dieron cuenta de que los valerianos eran fieles a quien les pagara, y comenzaron a contratar a los magníficos técnicos del país.

Valeria era muy diferente de los países de su entorno. Chintia, nación que dominaba los dos primeros planetas, era belicosa y estaba regida por un régimen dictatorial. Y lo mismo se podía decir de las otras naciones independientes del sistema solar.

En los años posteriores a la caída de Horgón, Chintia intentó imponer su ley. Sus tropas conquistaron el cuarto planeta y, meses más tarde, atacaron Valeria. La armada valeriana rechazó varios intentos de invasión, pero lo habrían pasado mal si no llega a ser por el tratado de Ciudad Luz, en el que Bahía garantizó su seguridad frente a las agresiones de Chintia. Tras la paz, comenzó una magnífica época para Valeria que solo se vio interrumpida por el advenimiento de los órfidas.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Marino Meler nació en Ciudad Luz, capital de Valeria, en 9950, el año de la paz. Bahía, ya todopoderosa, obligó a la siempre hostil Chintia a rendirle vasallaje, con la prohibición expresa de hostigar a Valeria.

La infancia de Marino fue tan feliz como la de los demás niños del planeta; siempre mirando al cielo. La mayor aspiración de todos los

jóvenes era ser astronautas. Muchos navegantes formados en Valeria trabajaban en las armadas, o en las naves mercantes, de ricas naciones, y eran la principal fuente de ingresos del país.

Marino ingresó a los diez años en la Escuela del Espacio. Los estudios estaban encaminados desde el principio a su futura profesión. A los quince años sabía de memoria los nombres de las estrellas que se divisaban desde la ciudad, y distinguía a la mayor parte en el firmamento. También conocía las líneas comerciales más frecuentes y destacaba en teoría hiperespacial.

Siempre recordaría la ilusión que sintió cuando, como segundo navegante, hizo su primer viaje espacial al planeta Chintia. Fue magnífico apreciar por primera vez la maravillosa quietud del espacio, pero le impresionó mucho más el gran planeta donde aterrizaron. Era un mundo extraño, más luminoso que el suyo, e infinitamente más comercial. En Chintia se podía comprar casi todo.

Acompañado por otros jóvenes visitó Chai-Lah, la capital del país. Quedó estupefacto al ver las tiendas de esclavos. Hombres, mujeres y niños se vendían al mejor postor. En Valeria estaba prohibida la esclavitud y sus leyes garantizaban que todos los hombres fueran iguales. También le sorprendió el extraordinario comercio carnal, cosa que tampoco se permitía en Valeria, aunque siempre había rumores sobre su existencia solapada. En Chai-Lah no solo había puestos de prostitución con mujeres desnudas en medio de la calle, sino que bellas nativas, vestidas con poquísima ropa, ofertaban sus cuerpos a los viandantes a cambio de unas monedas.

Aquel día vio por primera vez a los órfidas. Una nave acababa de llegar a Chintia y negociaban con el Gobierno su asentamiento en el planeta. Se tropezaron con un grupo en la calle principal. Despertaban la curiosidad de los viandantes. Parecían grandes osos. Muchos se burlaban de su extraño aspecto y la sorna callejera no era más agresiva porque iban armados hasta los dientes.

Hizo una fotografía del grupo que, al regresar a Valeria, fue muy solicitada por sus amigos y durante un tiempo la guardó como si fuera un tesoro.

Dos años más tarde, cuando Marino acababa de ser ascendido a primer navegante, los órfidas visitaron Valeria. En cuanto aterrizaron en el espacio-puerto de Ciudad Luz, comenzaron a repartir preciosos regalos entre la muchedumbre que acudió a conocerlos. Durante varios días anunciaron las maravillas que traían para el pueblo valeriano, entre las que destacaban ingentes cantidades de energía. Habían desarrollado unas ruedas de molino, de un metro de diámetro y cincuenta centímetros de grosor, capaces de suministrar la energía necesaria para mantener una ciudad de doscientos mil habitantes durante un año. Pasada una semana,

manifestaron su intención de entrevistarse con los dirigentes del país. Pronto circularon rumores de que los extraños visitantes pretendían dedicarse al comercio de personas como carne. A cambio de que les entregaran un determinado número de ciudadanos al año, ofrecían adelantos tecnológicos y energía suficiente para el mantenimiento del planeta.

Su padre, que en aquel tiempo era ministro del Gobierno, le confirmó la veracidad de la noticia, así como la rotunda negativa del presidente y la expulsión de los órfidas con orden de no volver jamás.

Ya estaban instalados en los demás planetas del sistema solar, y los tripulantes de las naves hiperespaciales decían que ocupaban toda la galaxia y su poder era inmenso.

Marino vio cómo degeneraban las naciones donde se habían establecido. Los mismos humanos abrían carnicerías y restaurantes dedicados a vender carne de sus semejantes. Los órfidas eran ricos y pagaban bien. Pasear por las calles de cualquier ciudad era muy peligroso para extranjeros; los nativos buscaban carne con entusiasmo.

El Gobierno de Chintia, el primero en permitir la instalación de las factorías, solo garantizaba la vida a los forasteros que permanecieran en sus naves con el fin de no interrumpir el comercio interplanetario que tantos beneficios producía. Todos los espacio-puertos presentaban el mismo aspecto. Naves comerciales esperando que las descargasen con toda la tripulación a bordo, y, alrededor de ellas, numerosos nativos intentaban atraer al exterior a los pasajeros. Chicas desnudas los invitaban a bajar para hacer el amor con ellas. Los incautos que aceptaban desaparecían para siempre.

Los órfidas pactaron con los dirigentes de cada nación la entrega de un cupo de personas por año, pero, como cada vez instalaban más factorías, siempre necesitaban más carne. Los gobernantes solventaban el problema de muy diversas formas, aunque lo común era entregarles delincuentes y mendigos. Al principio, cubrían el cupo con los grandes criminales y los pobres de solemnidad; pero, debido al continuo incremento de la demanda de carne, casi todos los países establecieron un impuesto y quien no lo pagaba iba a manos de los órfidas. Cometer el menor delito acarreaba la misma suerte. El impuesto subía por meses y muchos ciudadanos hacían una carrera contra reloj para obtener el dinero antes de que expirase el plazo.

Valeria, mientras tanto, se mantenía libre de órfidas. En el año 9981, era el único planeta del sistema solar donde todavía no se conocían las famosas factorías.

En agosto de ese mismo año Marino conoció a Manara. Era azafata de tierra de su misma compañía y le ayudó en un curso de perfeccionamiento obligado para los navegantes. Su belleza y simpatía lo cautivaron. Salieron

un par de veces y se enamoraron. Marino ya era primer navegante. Pronto la compañía pondría a su cargo una nave hiperespacial. Estaba en las mejores condiciones económicas para casarse y formalizó su compromiso con ella. Contraerían matrimonio en la primera fecha que viniera bien a las respectivas familias.

En diciembre de 9981, Chintia amenazó a Valeria con invadirla si no permitía que los órfidas se instalaran. El Gobierno pidió auxilio a sus protectores de Bahía; sin embargo, los dirigentes bahiianos, al contrario que en anteriores ocasiones, avisaron que no intervendrían y aconsejaron que facilitaran el asentamiento.

El presidente, hombre honorable y de profundos principios, mantuvo su tajante negativa. La flota valeriana salió al espacio para defender a la nación, pero los órfidas la destrozaron en el primer combate y aterrizaron en Ciudad Luz. El presidente desapareció, nadie supo más de él, y colocaron en su lugar a un chintiano que autorizó la instalación de tres factorías en las principales ciudades del planeta.

El director de Orphelenka, la compañía propietaria de las factorías, y el nuevo presidente pactaron la entrega de hombres a cambio de energía. Los órfidas permitían al Gobierno elegir a los desafortunados y el número de personas no era muy elevado. Parecía que el siniestro intercambio no afectaría a la mayoría de los valerianos. El Gobierno no se cansaba de repetir que solo entregaría delincuentes y enfermos; pero, en cuanto se inauguró la primera factoría, comenzaron a desaparecer ciudadanos. Los órfidas pagaban bien por la carne, y no preguntaban su procedencia.

El terror imperó en Ciudad Luz. Nadie se atrevía a salir de noche a causa de las numerosas bandas que buscaban carne para los órfidas. Los jefes se enriquecían rápidamente y pronto se convirtieron en nuevos potentados. Cada vez cometían mayores tropelías. Ante el abandono de las calles por parte de la población, comenzaron a asaltar domicilios para capturar a sus ocupantes. La policía local no podía hacer nada, pues los bandidos poseían armas superiores, entregadas por los órfidas, y los agentes entrometidos se convertían en unos kilos más de carne.

Un día, al regresar de un viaje al planeta Casablanca, Marino se encontró con que habían asaltado su casa. Sus padres y hermanos estaban ilesos, pues se escondían todas las noches en un sótano secreto, pero la casa quedó destrozada. Los habitantes de la vivienda contigua no tuvieron tanta suerte. La mansión estaba intacta, pero desaparecieron sus moradores. Eran amigos de toda la vida.

Marino decidió instalarse en otro planeta. Decían que en Bahía los orfidas se comportaban de forma civilizada. Acordó con Manara que las dos familias se irían en cuanto fuera posible. La encantadora Ciudad Luz se había convertido en un centro de terror. Las carnicerías exponían, ya sin recato alguno, cuerpos y miembros humanos en sus escaparates. Los

restaurantes para órfidas se multiplicaron. Quien podía emigraba a las afueras, o a ciudades lejanas donde no había factorías, pero las bandas operaban en todo el planeta.

El nuevo presidente, a pesar de ser chintiano, intentó controlar el salvajismo, aunque poco pudo hacer. Los órfidas, airados por la resistencia de los valerianos a su penetración, decidieron que recibieran un castigo ejemplar. Corrían rumores de que se iba a cerrar Ciudad Luz para que nadie escapase. Urgía abandonarla lo antes posible.

En la compañía le asignaron una de las mejores naves hiperespaciales, la que comunicaba Ciudad Luz con Dorado, la capital de Bahía, y decidió buscar empleo en ese planeta.

Todos estuvieron de acuerdo. En el primer viaje iría solo. Intentaría conseguir trabajo y alquilar una vivienda. Después, se trasladarían Manara y sus respectivas familias.

El director de la compañía no le puso ningún impedimento. Él y su familia pensaban emigrar cuanto antes. Ya había desaparecido su hijo mayor y, aunque su casa estaba acorazada, temía en todo momento por la seguridad de los suyos.

Manara fue a despedirlo al espacio-puerto. La noche anterior estuvieron en su casa y faltó poco para que hicieran el amor, pero lo dejaron para cuando llegasen al nuevo mundo. Las jóvenes valerianas eran muy recatadas y era difícil tener relaciones sexuales antes del matrimonio.

Marino quedó encantado por la magnificencia de Dorado, la capital de Bahía. Una hermosa ciudad con cinco mil años de historia. Los bahiianos no eran comestibles para los órfidas y debían a éstos gran parte de su enorme desarrollo.

Habló con una compañía comercial. Le hicieron unas pruebas muy selectivas y las superó sin dificultad. Los directivos quedaron tan contentos que lo contrataron, triplicándole el sueldo que ganaba.

Al tener un trabajo especializado todo se facilitó. Consiguió un permiso de residencia y le autorizaron a llevar a su familia y a la de Manara. La burocracia de Dorado trabajaba de forma muy eficiente; en solo dos días arregló el papeleo.

Alquiló una bonita mansión en uno de los mejores barrios residenciales de Dorado. Tenía dos plantas y un amplio y frondoso jardín, lleno de flores y árboles frutales, donde había una piscina de agua caliente perfumada por decenas de jazmines. Ya imaginaba a Manara nadando desnuda en el agua cristalina. La casa era lo suficientemente grande para albergar a las dos familias. También era muy cara, pero con su nuevo salario podía permitirse pagar el elevado alquiler. Por primera vez en muchos meses se sintió feliz.

Le parecieron simpáticos los bahiianos a pesar de que estaban convencidos de ser el centro del universo. De hecho, era verdad, pues

hasta los mismos órfidas se comportaban correctamente. Había muchas factorías, pero se nutrían de criaderos hechos con personas procedentes de otros mundos. Jamás cazaban humanos en todo el ámbito del Imperio de Bahía.

Al regresar a Valeria, en el escaparate de la principal carnicería órfida de la ciudad, vio por primera vez desnudo el cuerpo de Manara. Bella hasta en el rigor de la muerte. Pronto alguno de los conquistadores disfrutaría con aquella blanca y preciosa carne. Vio cómo el carnicero la retiraba. Marino no podía moverse, sus músculos se negaban a obedecer las órdenes que les enviaba. Permaneció inmóvil un tiempo indefinido. Cuando devolvieron a Manara, le faltaban un pecho y una pierna.

Cayó al suelo sin sentido.

Unos compañeros lo rescataron de una banda de muchachos que, viéndolo desvanecido, quisieron aprovecharse y venderlo a los órfidas.

En el siguiente y tristísimo viaje a Bahía el pirata Lars asaltó su nave. Marino se sorprendió de que no le afectara encontrarse en manos de aquellos hombres de rostros patibularios. Desde la muerte de Manara permanecía ajeno a la realidad y nada le importaba.

Los piratas se comportaron correctamente con los pasajeros. Les preguntaron por su dinero y por la posibilidad de que alguien pagase un rescate por ellos. A él lo llevaron ante un gigante pelirrojo, de aspecto descuidado, que parecía tener alguna cultura y era muy amable. Le interrogó sobre su vida en Ciudad Luz y se mostró muy interesado por las maldades de los órfidas. Marino, sin saber por qué, estalló en sollozos y le relató su historia. El pelirrojo se mostró muy afligido por la muerte de Manara. Era un hombre comprensivo que entendía las penas de los demás. Después de charlar un rato le preguntó si quería ser su navegante. Marino aceptó y, desde entonces, fue el navegante de la nave pirata «Halcón del Infinito».

Semanas más tarde supo que Lars no solo le ofreció un puesto de navegante, sino también su propia vida. Los demás ocupantes de su nave fueron incinerados, solo dejaron con vida a varias mujeres que posteriormente vendieron en Orgaz.

Los piratas confiaron en él muy pronto y se convirtieron en su familia. Marino, con su magnífica formación como navegante, contribuyó a que Lars fuera más osado en sus correrías, y a que escapara en múltiples ocasiones de las flotas que enviaron en su busca.

Un día, en una taberna de Orgaz, escuchó a Lars, ya muy borracho, presumir, ante otros capitanes piratas, de tener un navegante valeriano, como las mejores naves de la galaxia.

Capítulo 2
Piratas

A la caída del Imperio de Horgón sucedieron grandes guerras en toda la galaxia. Las vías comerciales quedaron destruidas y el tráfico espacial disminuyó hasta casi desaparecer. El caos existente favoreció la aparición de un fenómeno que durante siglos había contenido el Imperio: la piratería.

Criminales perseguidos en sus planetas de origen, aventureros de toda índole, mercenarios sin amo, soldados de naciones arrasadas por las guerras, acudieron en legión al único refugio que les ofrecía la galaxia: las innumerables flotas piratas.

La piratería alcanzó un auge extraordinario en aquellos tiempos revueltos. Doscientos años después de la destrucción de Horgón, un tercio de las naves interestelares estaban relacionadas con ella. Unas ejerciéndola directamente y otras comerciando con productos robados, o vendiendo provisiones y bienes de consumo a la horda de bandidos que asolaba las estrellas.

La historia oficial trata a los piratas de muy distinta manera. Muy a menudo los describe como criminales brutales e inhumanos, una verdadera plaga para las naciones civilizadas. Sin embargo, por razones que escapan a la compresión de nuestros historiadores, a algunos los ha catalogado como bienhechores de la humanidad; aunque la historia solo refleja los deseos de las personas que ordenaron escribirla.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Lars vigilaba la pantalla. Hacía tiempo que un pequeño destello azulado atraía su atención. Ya había ordenado cambiar el rumbo y trataba de adivinar qué le depararía esta vez la suerte.

El viaje no había resultado demasiado provechoso. Nada más salir de Orgaz, asaltaron una nave chintiana pero no fue rico el botín. Después, tuvieron que combatir contra un crucero de la armada de Bahía, que acudió a la petición de socorro emitida por el capitán chintiano antes de ser eliminado. Aunque lograron escapar, la nave quedó averiada y tuvieron que aterrizar en Delfos para repararla. Los nativos ladrones, entre cuotas de aterrizaje, sobornos policíacos y reparaciones mecánicas, se quedaron con todo lo que habían ganado, y, a pesar del dinero invertido, la nave no funcionaba bien. Los aparatos dañados se apagaban una y otra vez sin que los técnicos pudieran evitarlo. Tenían dificultades para desplegar el escudo y el motor de fusión nuclear no recuperó su potencia habitual.

En el sistema solar de Aurora abordaron la nave de una princesa que se

dirigía a Bahía para contraer matrimonio con un importante mercader. Podría haber sido un botín fabuloso, pero habían enviado la dote en un crucero militar. Pese a ello, el tesoro fue suficiente para hacer un buen reparto y, después de eliminar a la tripulación masculina, distribuyó las mujeres del séquito entre sus hombres, y él se quedó con la bellísima princesa de dieciséis años.

—Padre, ¿vamos a atacar?

—No lo sé. —Iván, su hijo menor, era la primera vez que le acompañaba. Tenía quince años y era hora de que aprendiese el oficio— Tenemos que actuar con cautela. Ten en cuenta que podría ser una nave de guerra y darnos un buen susto. La primera cualidad de un buen comerciante espacial es la prudencia. Es muy importante el conocimiento del área donde trabajas, pero solo si eres prudente vivirás muchos años.

En la pantalla, el destello aumentaba de tamaño. La nave perseguida había variado su rumbo, intentando huir.

—Fíjate hijo. ¡Huyen! Esto suele ser un buen presagio, aunque también podría tratarse de una trampa.

Tocó una tecla del comunicador.

—Marino... ¿Los tienes?

—Sí, somos más rápidos. Los cazaremos.

—¿No irán a saltar?

—No te preocupes. Están captando hidrógeno para el siguiente salto hiperespacial. Tenemos seis o siete horas.

—Bien, llámame si hay alguna novedad.

Nunca se felicitaría lo suficiente por perdonarle la vida a Marino Meler. Lo capturó años atrás, en el asalto a una nave valeriana. El botín fue bueno, lo que influyó en su humor cuando no lo hizo matar. Desde entonces fue su navegante, el mejor que tuvo nunca. Y era fiel, cualidad extraña entre las personas secuestradas. El mismo Lars reconocía que el lugar de Marino no era el de navegante de una nave pirata, pero los tiempos estaban cambiando. Desde la llegada de los órfidas ya nada era como antes.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gior, su primogénito. Tenía diecisiete años y ya le había acompañado en varias correrías.

—Unas dos horas, si siguen huyendo.

—¿Presentarán batalla?

—Quizá los convenza de que nos den su dinero a cambio de sus vidas.

—De todas formas, los mataremos.

—Sí. Nunca dejes a nadie vivo. Los muertos no hablan. Una nave que explote en el espacio, o que desaparezca, no causa tanto impacto como un ataque pirata. Hay que cuidar el negocio —agregó recostándose en el sillón de mando—, y es mejor que no se hable de nosotros.

—Pero los socios -eufemismo con que se referían a las víctimas-

siempre mandan algún mensaje.

—A veces los mensajes no los recoge nadie, si se emiten lejos de alguna estación receptora; y en otras ocasiones, como desaparecemos, no vuelven a tener noticias nuestras y nadie se preocupa más. Pero, sobre todo, no hay víctimas que inciten a sus gobiernos a perseguirnos.

—Capitán, estaremos a tiro dentro de veinte minutos.

—Bien. —Se dirigió al comunicador—¿Está todo dispuesto para el combate?

—Sí, capitán. —La voz era aguardentosa. Lars se arrepintió de no haber tirado el licor que encontraron en la nave aurorana. Pensó que tal vez sería mejor abandonar el asalto—El escudo está conectado y los hombres preparados.

—Marino, ¿qué huida has diseñado?

—Saltaremos hacia la zona de Coria. —Como siempre, había elegido la mejor huida. Por alguna extraña razón, nadie los persiguió nunca en esa zona.

—Estaremos a tiro en cinco minutos.

Gior tenía a su cargo un cañón atómico. Lars procuraba que rotase por todos los puestos para que su formación fuese completa.

—Quiero comunicación directa con los socios —ordenó.

—Ya está preparada —rugió el comunicador. ¡Otro borracho! Pensaba hacer un escarmiento general después del asalto.

Un fuerte resplandor iluminó los ojos de buey que daban al espacio y los instrumentos se desquiciaron. Las voces de la radio le parecieron caóticas.

—Nos han disparado. Temperatura del escudo tres millones de grados.

—Hicimos un impacto de tres. Su escudo resiste.

Nuevo fogonazo.

—Temperatura cinco millones de grados. Eliminamos energía más lentamente de lo normal.

Lars maldijo interiormente a los mecánicos que repararon la nave.

—Capitán, conseguimos cuatro impactos.

Se dirigió a la radio para hablar con sus futuras presas.

—Habla el capitán del crucero espacial Tenebor de Valeria. —No esperaba que le creyeran—Ríndanse si no quieren ser destruidos. Hágannos señales de luces. Inmovilicen la nave y, cuando dejemos de disparar, desconecten el escudo.

—Capitán. Ocho impactos. Su escudo está a punto de estallar.

—Emiten luces. ¡Se rinden!

—¡Alto el fuego! —gritó por el comunicador.

—Disminuyen su velocidad. Si se detienen, en una hora los alcanzaremos.

—Gracias, Marino. —Marcó las teclas del comunicador de forma que se le escuchara en toda la nave—Que nadie beba una gota de alcohol hasta que termine el asalto. Los equipos de intervención uno y dos saldrán hacia la nave capturada en cuanto lleguemos a la distancia crítica.

El mercante se había rendido. Ya solo faltaba que el botín fuese lo bastante rico para regresar a casa.

—Han desconectado el escudo.

—Muy bien. Quiero hablar con ellos.

Iván miraba con admiración el destello inmóvil en la pantalla. Lars pensó incluirlo en la expedición que iría a la nave, pero desechó la idea, aún podía haber peligro.

A través de la radio le llegó la voz de sus víctimas.

—Habla el capitán Astix del mercante Vences de Bahía. Esta nave está protegida por el Imperio bahiiano. Cualquier ataque será considerado un acto de agresión contra nuestro país. Hemos informado de este incidente y están en camino naves de la armada.

—Encantado de conocerlo, capitán Astix. Soy el capitán Vals de la armada de Valeria y lamento esta situación tanto como usted. Pero tengo órdenes de detener y registrar cualquier nave sospechosa.

—¿Sospechosa? ¿A qué se refiere capitán?

—Buscamos fugitivos de nuestro país —contestó manteniendo el engaño, aunque estaba seguro de que Astix no creía una palabra. Valeria nunca se atrevería a atacar una nave de Bahía.

—Capitán, dos transbordadores abordarán su nave. No se oponga a lo que decida quien esté al mando de la expedición. Le cederá el puesto de mando y la radio. Sus pasajeros vendrán a nuestra nave para que los identifiquemos. Deberán dejar las armas. Y recuerde, obedezca las órdenes de mis hombres. De lo contrario, los destruiré.

Cortó la comunicación.

—El capitán pensará que quiero identificar a los pasajeros para tasar los rescates —le explicó a su hijo.

—¿Y si un pez gordo nos ofreciera una fortuna por su vida?

—No se puede tentar a la suerte. Cogeremos lo que haya y eliminaremos a los prisioneros antes de escapar.

—Capitán, distancia crítica. —Marino advertía que el escudo ya no detendría los disparos si se acercaban más a la nave.

—Que salgan los transbordadores. B-T, ¿estás preparado?

—Sí, capitán, mi equipo está listo. He sustituido a dos borrachos.

—Cuando llegues, desármalos, ocupa la radio y mándanos a quienes te parezcan peligrosos. ¡Buena suerte!

Era el peor momento. Cuando eliminasen a los hombres más capaces acabaría el peligro. Los piratas estaban en tensión. Por el comunicador comprobó que todos estaban en sus puestos. Si nada salía mal les

perdonaría la embriaguez. Siempre podría echar la culpa al comunicador. Sí, el comunicador se había embriagado.

La voz de Marino le sorprendió todavía riéndose de la idea.

—¡Ya llegan!

Los minutos se eternizaron. Toda la tripulación permanecía alerta aguardando noticias del equipo de asalto.

—Capitán —B-T rompió el impresionante silencio—, estoy en el puesto de mando.

—¿Desarmaste a la tripulación?

—Lo hacemos ahora. El capitán me facilitó la lista de pasajeros. Hay treinta tripulantes, veinte hombres y diez mujeres, y doscientos cincuenta y seis pasajeros, ciento ochenta hombres y setenta y seis mujeres. También hay siete órfidas, cuatro machos y tres hembras.

Órfidas, los amos del universo. No le gustaban y prefería tenerlos lo más lejos posible. Habían tenido muy mala suerte al encontrar un grupo en una nave capturada. No habría atacado de saberlo. Era un mal augurio, pero ya no podía hacer nada.

—Mándame a todos los hombres en el primer transbordador. Que tu gente se haga cargo de los cañones.

—Ya controlamos las baterías y el polvorín, y todos los socios están desarmados.

—Vamos para allá. Quédate con el capitán; te será útil para registrar la nave.

Los piratas estaban alegres, olían el botín. Si no fuera por las órdenes terminantes de Lars habrían comenzado a beber.

—Iván, fíjate bien, no pierdas detalle. En los abordajes cualquier cosa puede suceder hasta el último momento. Y más en estos tiempos que hasta las personas pacíficas viajan armadas hasta los dientes.

—Padre, ¿quiénes son los órfidas?

—Los amos del universo. Están con sus bases y factorías en casi todos los planetas.

—¿Hay órfidas en Orgaz?

—En Orgaz tienen una base militar y algunas factorías. Aunque hay muchos más en los planetas de Amargaz.

—¿Se instalaron en Coria?

—No, ni Coria ni Delta les permitieron entrar, y creo que Grog tampoco. Pero es cuestión de tiempo. Yo he visto su poderío y sé que no pasarán dos años sin que ocupen todas las estrellas de la Bolsa. Tendremos que buscar un nuevo lugar de residencia.

—Capitán, el transbordador se acerca. Tardaremos treinta minutos en llegar a la nave.

—Preparaos para recibirlo. Hay que interrogar a los pasajeros. Quiero saber sus identidades, sus profesiones y su lugar de residencia. Si son

comerciantes que os digan el cargamento que transportan. Ahora, comunícame con la nave.

Pasaron varios minutos hasta que pudo hablar con B-T.

—B-T, ¿cómo van las cosas?

—Bien, pero deseo acabar de una vez. Los órfidas me dan miedo. Las mujeres están muy nerviosas y tuve que encerrarlas.

—¿Viste la mercancía?

—Parece un buen botín. Aunque los hombres están vigilando y no es posible revisar el cargamento.

—Estaremos allí enseguida.

Lars, más tranquilo, se dirigió al enorme hangar de la nave donde ya entraba el transbordador. Los piratas apuntaron sus armas hacia la puerta.

A una señal de Lars, descendieron los pasajeros. Estaban muy asustados, y se apiñaban unos contra otros como si el agruparse les ofreciese seguridad.

Había doscientos hombres con el pánico reflejado en sus rostros. Veinte de ellos destacaban por el uniforme azul, eran los tripulantes. También se veían otros uniformes, rojo de la armada de Bahía, verde claro de la de Chintia y algunos que no conocía. Eran los más peligrosos y a los que había que eliminar primero.

—Esaú, elige quince hombres y llévate a los uniformados.

—¿Tratamiento habitual?

—Sí.

Los militares eran eliminados nada más llegar, aunque no los mataban delante de los otros prisioneros para no provocar algaradas. A los demás los apartaban en grupos de diez o veinte, los desnudaban —las ropas se vendían muy bien—, y, después de interrogarlos, iban al incinerador.

Lars introdujo el interrogatorio sobre sus planetas de origen y otros temas interesantes, aunque no fuesen económicos. Esto último no fue del agrado de la tripulación, que deseaba acabar pronto con los prisioneros para repartir el botín, pero gracias a ello tenían información sobre muchos planetas, rutas, puertos y, sobre todo, a Marino Meler.

—Capitán —dijo Marino—, estamos a cien kilómetros de la nave de Bahía.

—Nos detendremos a cinco kilómetros.

Los prisioneros eran conducidos en grupos de veinte hasta la bodega. Eran demasiados, no podría perder el tiempo con ellos.

—Esaú, esta vez no habrá interrogatorios. No tenemos sitio donde encerrar a tantos. Desnúdalos e incinéralos.

Algunos prisioneros protestaban por el atropello u ofrecían fabulosos rescates por su libertad, pero por lo general obedecían mansamente. Lo último que esperaban era la inminencia del incinerador.

La nave pirata se acercaba a la de Bahía. El transbordador había vuelto

a salir con técnicos para registrarla. No podían llevársela porque no había captado el hidrógeno suficiente para realizar un salto hiperespacial, y era posible que ya los buscaran.

—Marino, comunícame con B-T.

—Lars, el transbordador de los técnicos ya llegó. B-T nos manda a las mujeres y a los órfidas. Él se quedó con el capitán.

—¡Magnífico! Dile que destruya la nave y venga cuanto antes.

—Otra cosa. Hay ligeros destellos en la pantalla. Pueden ser naves.

—Dile a B-T que no se entretenga. Y, si son naves, avísame de inmediato.

Los piratas ordenaban las ropas y pertenencias de los prisioneros. Había créditos de varios mundos, sobre todo de Bahía; oro, material que muchas naciones utilizaban como medio de intercambio, y ricas joyas. Y aún debía regresar B-T con el gran botín de la nave.

—Capitán —avisó Esaú—, ya están todos con sus antepasados, no presentaron resistencia.

—Viene otro cargamento y este hay que revisarlo más despacio.

El transbordador cruzó la puerta del hangar. Los piratas estaban impacientes. Casi no podían esperar a que la estancia se llenase de aire respirable. Allí llegaban las mujeres y era muy probable que Lars las repartiese.

Las mujeres comenzaron a bajar las escaleras. Parecían muy asustadas. Las diez tripulantes intentaron conseguir, sin mucho éxito, que mantuvieran el control. Casi todas tenían entre los veinte y cuarenta años, si bien había mayores y algunas niñas. Estas últimas, si eran bellas, se cotizarían mucho en Orgaz.

Los piratas se callaron de repente. Quedó un silencio impresionante. Los órfidas bajaron del transbordador. Eran siete criaturas peludas, cuatro de ellas de más de dos metros de altura, que se movían con extraordinaria solemnidad. Vestían un mono azul de viaje. Semejaban hombres y mujeres más grandes y con pelo por todo el cuerpo. Pese a ello, las hembras tenían una rara belleza.

—Llévate a los órfidas a la sala de mando, preséntales mis excusas y diles que enseguida iré a saludarlos —ordenó a su lugarteniente.

—¿Excusas?

—Haz lo que te digo y trátalos con la mayor cortesía hasta que decida lo que haré con ellos. Pero vigílalos bien, no sabemos de lo que son capaces.

—Ve con él —ordenó a su hijo Gior.

Las mujeres esperaban alineadas y aterrorizadas.

—¡Desnudaos! —gritó, provocando un rugido de satisfacción en la masa de piratas.

—Capitán —Habló la tripulante de mayor graduación—. La mayoría

somos de Bahía y de naciones donde tenemos un elevado concepto del pudor. Le ruego que nos permita permanecer vestidas. Debo decirle, también, que una ofensa semejante nunca la perdonará el Gobierno bahiiano.

—¿Quién eres? —preguntó, divertido.

—Soy la teniente Berel de la armada de Bahía. Trabajo eventualmente de jefe de comunicaciones en el mercante Vences.

—¿Soldados de la armada tripulan las naves mercantes?

—Solamente nosotras diez. —Señaló a las otras tripulantes—Estamos en un proceso de perfeccionamiento y cooperamos con compañías civiles. El Vences era nuestro último destino comercial antes de pasar a naves militares.

—Colabora conmigo y no os sucederá nada. No ordené que os desnudéis por capricho. Buscamos algo importante... —Lars sonreía pensando en las cosas importantes que se esconden bajo las ropas de una mujer. Después, se dirigió de nuevo a la teniente—: ¿Quieres decirles a tus compañeras que se desnuden?

—Capitán, vuelvo a insistir, ¿no podríamos hacerlo en un lugar más reservado?

—Teniente Berel, no lo repetiré más veces. Si no colabora conmigo ordenaré a mis hombres que hagan el trabajo. Como usted prefiera.

La joven dudó unos segundos. Estaba aturdida ante tal masa de malencarados sonrientes y expectantes. Después, habló con las otras tripulantes y se dispersaron entre las setenta y seis mujeres.

Berel, para dar ejemplo, se quitó el uniforme. La chaqueta con el sol sobre la fortaleza, insignia de Bahía, fue lo primero que cayó al suelo. Le siguieron las botas y el pantalón. Vestida solo con camiseta y bragas quedó inmóvil. Las demás mujeres comenzaron a desnudarse.

—Dije toda la ropa —apuntó Lars mirándola intensamente.

Se quitó la camiseta dejando al descubierto sus hermosos pechos. Luego, deslizó sus dedos por el elástico de las bragas y las bajó hasta que cayeron al suelo, desprendiéndose de ellas con los pies.

Lars admiraba, muy excitado, el rizado vello dorado que escondía la delicia interior. Pensaba probarla más tarde.

Los piratas rugían de satisfacción.

—Recoged la ropa —ordenó a los encargados de tal menester—. Luego, examinó minuciosamente a las mujeres y señaló a algunas que los secuaces de Esaú entresacaron del montón. Eran las más viejas y estropeadas. Se venderían mal en Orgaz y no valía la pena mantenerlas durante el viaje.

Ordenó que las niñas, junto con dos muy bellas adolescentes que pensaba regalar a sus hijos, y la teniente Berel, se alojasen en su camarote. Las niñas vírgenes valían mucho dinero, y, si las dejaba en manos de sus hombres, ni las más pequeñas escaparían

Esaú desapareció con diecinueve mujeres en dirección al incinerador. Encerraron a las restantes cautivas en los almacenes de la nave. Las entregaría a sus hombres cuando pasara el peligro.

—Capitán —dijo Marino—, son naves y vienen hacia nosotros.

—Ordena a B-T que regrese enseguida. ¿Preparaste el salto?

—Sí, capitán. Tenemos tiempo, tardaremos dos horas en estar a tiro.

Las dos naves estaban a tres kilómetros de distancia. A través de los grandes ventanales, Lars observó cómo los transbordadores se despegaban del mercante de Bahía. Destacaban sus luces en la negrura del espacio. Le parecía que navegaban con extraordinaria lentitud. A pesar de que Marino aseguró que no los podrían alcanzar, no se sintió seguro hasta que entraron en el hangar. Los portalones se cerraron tras ellos mientras las bombas de oxígeno comenzaron a introducir aire respirable.

Tecleó el comunicador.

—Han, ¡salta!

Una extraña sensación de mareo lo invadió. El decorado de estrellas que se veía a través del ventanal cambió en décimas de segundo. Se encontraban a años luz de la anterior posición.

Todavía mareado por el salto hiperespacial, se dirigió al hangar. Ya estaba lo suficientemente oxigenado para permitirle respirar sin dificultad.

B-T salió del transbordador acompañado del capitán Astix.

—Capitán —saludó muy alegre—, es el mejor botín que conseguimos nunca. Créditos de Bahía, oro, muchísimas joyas y armas. Los órfidas llevaban un cargamento de fusiles atómicos a sus factorías de Casablanca. Vamos a ser los comerciantes mejor armados de Orgaz.

—Jacob —se dirigió Lars al tesorero de la nave—, clasifica el tesoro y prepara un informe. B-T, guarda las armas. Ya tendremos tiempo de examinarlas más tarde. Y dile a Esaú que se ocupe del capitán Astix. Que se repartan las mujeres y el alcohol. Quiero celebrar una gran fiesta.

Estalló una algarabía increíble. Los piratas se regocijaban por su suerte y se disponían a celebrarlo.

Lars fue al puesto de mando. No sabía qué hacer con los órfidas. Nunca trató con ninguno. Los conocía de oídas por los comentarios de otros piratas y la terrible historia de Marino.

Los órfidas charlaban animadamente con Gior y Ostembrik. Todos se levantaron cuando él entró.

—Siéntense, por favor.

—Capitán —intervino su lugarteniente para presentar al órfida más importante—, él es el Dang Kokur. Es director de una factoría de Bahía. Ella es su esposa. —Señaló a la hembra sentada a su lado.

Después, presentó al resto de los órfidas, que eran técnicos de la factoría de Kokur e iban con sus consortes al planeta Casablanca en viaje de placer.

—Capitán —dijo el Dang Kokur—, mi factoría es una de las más importantes de Bahía. —La voz era ronca y áspera—Pagaremos el rescate que usted pida.

—No será necesario ningún rescate. Los enviaremos a Casablanca con todas sus pertenencias. No quiero hacer el menor daño a los amos del universo.

Las hembras eran bellas e irradiaban sensualidad. Su piel, más fina y bonita que la de los machos, podría ser la delicia de cualquier peletero. Lars deseó acariciarlas. Los órfidas casi nunca exhibían a sus mujeres en público.

—Sabía que nos entenderíamos. —Kokur mostró una sonrisa maligna —. Mi pueblo sabrá corresponderle.

Se imaginaba la correspondencia. Las factorías órfidas se dedicaban a la carne humana. Captura, crianza, congelado, envasado, etc. Por alguna extraña razón existían humanos incomestibles para ellos, como era el caso de la raza dominante en Bahía, y recibían ayudas a cambio de permitirles instalarse. Lamentablemente, él era comestible y el aparato digestivo órfida podía asimilarlo sin problemas.

Dejó a los órfidas alardeando de su riqueza y poderío y fue a buscar a Esaú. Lo encontró en el incinerador.

—Ve a la sala de mando y llévate a los machos órfidas. Antes de incinerarlos, quítales la piel. Haremos unos buenos abrigos. Yo voy a ver que hacen los muchachos.

En la nave se desarrollaba una tremenda orgía. Había piratas borrachos violando a las prisioneras en los más inverosímiles lugares. Las botellas de ron vacías rodaban por todas partes. También estallaron las primeras peleas relacionadas con las mujeres. Lars pensó en la teniente Berel. Luego le tocaría a ella. En ese momento deseaba divertirse un poco con sus hombres.

Las hembras órfidas estaban muy asustadas desde que se llevaron a los machos. Susurraban entre ellas y se movían de un lado a otro.

Lars, B-T, Iván, Gior y la plana mayor de los piratas las rodearon.

—¿Nos hacen el favor de desnudarse? —preguntó con educación Lars, ya muy bebido.

Las hembras, aterrorizadas, comenzaron a hablar entre ellas en aquel extraño idioma que parecía que se frotaba una piedra con otra.

—Capitán, ¿dónde está el Dang? —preguntó su esposa en perfecto galáctico, aunque con cierto acento.

—Ya vendrá. Y ahora, si no les importa, ¿quieren mostrarnos su intimidad?

Estallaron sonoras carcajadas acompañadas de las más groseras palabras. Las hembras órfidas temblaban de terror.

Tambaleándose de ebrio, B-T levantó a una que parecía más fuerte que

él. Con ayuda de otros piratas, y tras ardua lucha, logró quitarle la ropa. La órfida quedó desnuda. El aspecto era extraño, semejaba a una mujer con vello por todo el cuerpo y más espeso en el pubis. Sus mamas eran erguidas y bellas. En conjunto era muy atractiva.

—¡Jódetela! —clamaron los piratas.

B-T se despojó de su pantalón de combate y, con la verga erguida, se dirigió hacia ella. La hembra presentó mucha resistencia, y B-T tuvo que ser ayudado por más hombres para abrir sus piernas, pero al fin pudo penetrarla y vaciarse en su interior.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Es algo nuevo y magnífico!

No esperaron más los jefes piratas. Se lanzaron por ellas.

Lars violó a la esposa del Dang. Era una rara y agradable sensación. La piel era suave y acogedora, y pensó que nunca la había metido en una vagina tan confortable. Nada más acabar, fue apartado por el siguiente pirata. Se dirigió a su sillón de mando. Recostado en el asiento del piloto, y también sin ropa, estaba su lugarteniente. Estallaron en una gran carcajada.

La sala de mando era un caos. Tres piratas fornicaban mientras eran jaleados por otros quince o veinte que esperaban su turno. B-T hacía cola frente a la mujer del Dang, siempre con la verga levantada. Ya había estado con las otras dos y le faltaba ella.

Lars imaginaba que el resto de la nave estaría en condiciones parecidas. Nunca se había reído tanto. Pensaba que ya era hora de buscar a la teniente Berel, cuando percibió la borrosa figura de Marino.

—Marino, únete a la fiesta.

—¡Capitán! —Estaba horrorizado—¡Naves!

Tardó tiempo en comprenderlo.

—¿Naves? —preguntó aturdido mientras en su mente se abría paso la enormidad del peligro.

—Llevo largo rato buscándote por el comunicador. No contestaba nadie. Son tres naves y se dirigen hacia nosotros.

—¿Pueden ser las de antes? ¿Es posible que nos hayan localizado?

—No lo creo. En esta zona, suelen ser corias.

—¿Podemos saltar? —interrogó a pesar de que sabía la respuesta.

—Sabes que no. Necesito veinte horas para recoger el hidrógeno suficiente para un salto hiperespacial. He ordenado que cambien el rumbo, pero en la sala de máquinas están muy borrachos y no sé qué harán.

En la pantalla brillaban tres pequeñas manchas que crecían por segundos. No cabía duda, iban hacia ellos.

Lars pulsó el botón rojo de alerta general y una estruendosa sirena retumbó en toda la nave.

—¿Qué piensas?

—Creo que nos cazarían, aunque la gente estuviera en condiciones.

Nunca vi naves que naveguen a semejante velocidad.

—Bueno, los corios no tienen nada contra nosotros. —Él mismo no lo creía sus palabras. Los corios se comportaban como bandidos en esa zona de la galaxia. Abordaban cualquier nave que se cruzara en su camino. Aunque respetaban la vida de los viajeros, y solo exigían un peaje, no serían muy amables con una nave pirata.

—Traedme café —ordenó.

La sirena atronaba, pero Lars no tenía intención de detenerla.

Dejó que transcurrieran algunos minutos y después se dirigió sus hombres.

—Todos a sus puestos de combate. Se acercan tres naves y vienen a por nosotros. Encerrad a las prisioneras y esconded el botín. Que Esaú se ponga en contacto conmigo.

El alboroto era descomunal. Los piratas intentaban llegar a sus puestos, pero muchos no se tenían en pie. Los encargados de los calabozos iban por todas partes arrastrando mujeres desnudas. Tenían asignadas de antemano las tareas que debía realizar cada uno en casos de emergencia.

—¿Me llamaste? —preguntó Esaú.

—Prepárate para incinerar a las prisioneras y, si es necesario, también los créditos. Nos quedaremos solo con el oro.

—Capitán, quieren hablar con nosotros —le avisó Marino.

—Pásame.

Transcurrieron unos minutos de tensión. Deseaba que fuesen corios y no bahiianos. Si caían en manos de los militares de Bahía estarían irremisiblemente condenados.

—Habla el capitán Dris Slam del crucero «Amanecer», de Coria. Le informo que navegan por espacio corio.

—Soy el capitán Hanke del planeta Delfos. —La esperanza iluminó su rostro— Pido disculpas por esta intromisión. Se debe a un error de nuestro navegante. Pagaré el peaje que usted estime conveniente. Aunque debe tener en cuenta que somos comerciantes pobres.

—Lo siento capitán Lars de Orgaz. Tengo orden de llevarlo a Coria.

—Capitán, creo que se confunde.

—Aunque no veo su nave, por las señales que recogen nuestros instrumentos me parece reconocer al «Halcón del Infinito».

Lars se derrumbó. No tenían ninguna posibilidad. Iba a ordenar a Esaú que incinerara a las mujeres cuando de nuevo habló el corio.

—Tengo orden del Gobierno de Coria de garantizar su vida y propiedades. Sabemos que son piratas, pero eso no nos incumbe.

—¿Qué desean entonces?

—El regente de Coria quiere hacerle una propuesta. Recuerde que le garantizo sus pertenencias. Si decide destruir cualquier objeto solo irá en perjuicio suyo.

—¿Cómo sé si puedo creerle?

—No le queda alternativa. Los localizamos nada más entrar en nuestro territorio. Sabemos que no pueden realizar otro salto hiperespacial.

A Lars le resultaban conocidos los argumentos del capitán. Era la misma conversación tranquilizadora que él utilizaba para dirigirse a sus presas con el fin de que se rindieran sin presentar batalla.

—Que se prepare la nave para el combate —ordenó a su lugarteniente.

—Capitán Lars —habló de nuevo el corio—, supongo que no cometerá la estupidez de luchar contra nosotros. Estas naves superan a la suya. Incluso desde esta distancia podríamos destruirlo.

—¿Está conectado el escudo? —preguntó a Marino.

—Sí, capitán —respondió y después agregó sombríamente—: Los hombres no están en condiciones de combatir.

—Le explicaré mis condiciones —dijo Dris Slam—. Un transbordador irá a su nave. Nos haremos cargo de los cañones atómicos y de la dirección, y los llevaremos a Coria. Su tripulación podrá permanecer armada.

Lars dudaba. Su mente, obnubilada por el alcohol, no veía cómo escapar de aquella trampa. Estaba seguro de que los corios no vacilarían en destruirlos.

—Capitán Dris —dijo por fin—. Haga un disparo.

—¿Cómo dice?

—Que nos dispare. El escudo está conectado. Quiero ver si sus cañones son capaces de alcanzarnos.

—De acuerdo, utilizaré poca potencia.

Se dirigió hacia el gran ventanal y esperó. Ninguna nave que conociera podía alcanzar un objetivo desde semejante distancia, aunque otros capitanes piratas le dijeron que los corios habían progresado mucho en ese aspecto.

Un gran fogonazo lo deslumbró haciéndole caer al suelo de la sala de mando. A muchos de sus hombres les sucedió lo mismo. Toda la nave se estremeció con el potente disparo. Los instrumentos del panel de control marcaban cifras erróneas y parecían desquiciados.

—Capitán, ocho millones de grados. El escudo no va a aguantar mucho más.

Suficiente.

—Capitán Dris —dijo por el comunicador, consciente de su indefensión. No confiaba en los corios, pero no tenía alternativa. Con resignación fatalista, notificó su decisión—. Estoy de acuerdo con sus condiciones.

Capítulo 3
Delta

Delta, Coria, Grog, Aitana y Amargaz son las cinco estrellas englobadas en un extraño pliegue de la galaxia, que los humanos denominaron la «Bolsa» por su similitud con una bolsa de monedas antigua. Su principal singularidad es que el interior, estrellas y planetas incluidos, es indetectable desde el exterior de la misma.

La colonización de la Bolsa no ocurrió hasta ochocientos años después de que estuviera habitada esa zona de la galaxia, y su descubrimiento fue debido a la casualidad, por el extravío de una nave terrestre que volvía de una expedición minera a los planetas deshabitados de Aurora. En las estrellas cercanas también predominaba la colonización humana, pero la habían realizado naciones independizadas de la Tierra muchos siglos atrás.

El Imperio de Horgón apenas molestó a los habitantes de la Bolsa. Sus naves exploradoras descubrieron el escondido pliegue galáctico, pero se limitaron a fijar un impuesto y crear mercado para sus productos. Los recaudadores hacían una visita anual para cobrar tributos, en concepto de defensa, y vender artículos excedentes de los principales planetas.

Tras la caída de Horgón, la Bolsa se perdió para el resto de la galaxia, y pasaron cerca de cuatrocientos años sin que nadie se acordara de su existencia. No padecieron las terribles guerras que asolaron la colonización humana y cada país evolucionó a su manera. Unos se convirtieron en refugio de piratas y otros, como Delta, desarrollaron una gran civilización y sus naves recorrieron los mundos para rescatar parte de la cultura del antiguo Imperio. Miles de filósofos, que en casi todos los lugares eran perseguidos, encontraron allí la salvación e influyeron positivamente en el posterior desarrollo de la nación. En Delta había democracia, sistema rarísimo en la galaxia. Tenía una monarquía hereditaria, pero gobernaban los ciudadanos elegidos por el pueblo.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

En la ciudad de Sama, capital de la nación formada por los ocho planetas que orbitaban en torno a la estrella Delta, se celebraba la reunión. Todos los principales personajes del reino, encabezados por el propio rey, estaban en el paraninfo del palacio. El motivo de tan insólito acontecimiento era el regreso de una nave exploradora tras un viaje de más de un año de duración.

Presidían la asamblea el anciano rey Astar y su hija Arinia. La bella

princesa había cumplido catorce años el mes anterior. Los invitados estaban perplejos por su presencia, nunca una niña había asistido a un consejo de estado.

—Caballeros —inició la conferencia el rey—, estamos reunidos por un asunto de extrema gravedad. Son tan terribles las noticias que decidí convocar a la princesa Arinia. Solo tiene catorce años, pero el tiempo de los niños ha pasado. En el futuro tendrá grandes responsabilidades en nuestra nación y es justo que se interese por sus problemas.

El rey recorrió con la mirada el enorme salón. Estudiaba la reacción de los convocados a la presencia de la princesa. Después, cedió la palabra al primer ministro.

—Ahora, Ajax les expondrá la situación.

Ajax, un hombre alto de unos cuarenta años que lucía un fino bigote, comenzó a hablar.

—Majestad, princesa, señorías... Atravesamos una de las épocas más prósperas de nuestra historia. Desde que desapareció el Imperio de Horgón, y nos perdimos para los demás habitantes de la galaxia, no dejamos de progresar. Cuando todas las naciones estaban en guerra, nuestra especial situación nos permitió permanecer ajenos a ellas y enriquecernos comerciando con todos los bandos. Conseguimos grandes beneficios, pero el mejor, sin duda, fue nuestra tranquilidad. Pues bien, ésta ya ha acabado. La Bolsa ha sido descubierta de nuevo.

Hubo un murmullo general. Los reunidos comentaban, asombrados, las palabras de Ajax.

—Hace diez años una nave desconocida entró en la Bolsa y aterrizó en Cobos, el cuarto planeta de la estrella Amargaz. Los misteriosos visitantes entablaron negociaciones con el rey Pancisto y obtuvieron el permiso para establecer una factoría. Como pueden suponer, teníamos una gran curiosidad. Muy pronto averiguamos que los visitantes eran comerciantes y se autodenominaban órfidas. Decían ser originarios de una estrella llamada Orpha, que no figura en nuestros mapas espaciales, y aseguraban que traían la prosperidad a las naciones de la galaxia. Pero lo que más nos preocupó fue el motivo de la factoría. Se dedican al comercio de los seres humanos como carne.

Todos estallaron en gritos y protestas. Ajax tuvo que esperar unos minutos para continuar.

—Tras obtener el permiso del rey Pancisto, construyeron la factoría y en menos de seis meses comenzó a funcionar. El primer procedimiento que utilizaron para obtener carne fue la caza. Cazaban ellos mismos, o compraban personas a los nativos. Pero ahora ya disponen de excelentes criaderos donde producen miles de humanos para su posterior comercialización.

—¿Por qué no les atacamos? —preguntó el general Mefersis que estaba

indignado por desconocer la existencia de los órfidas.

—Fue lo primero que pensamos, pero tecnológicamente son muy superiores. Su nave, que era comercial y no de guerra, superaba en todo a las nuestras.

—¿Cómo es posible que el rey Pancisto permitiera su asentamiento en Amargaz? —preguntó el Sumo Sacerdote. Como pasaba con Mefersis, también estaba molesto por enterarse en ese momento de lo que sucedía.

—Los siete planetas que orbitan en torno a la estrella Amargaz están divididos en dos reinos. En los cuatro donde manda Pancisto, las razas predominantes son negra y amarilla que, por alguna razón, no son comestibles para los órfidas. Solo pueden asimilar la carne de los humanos de raza blanca y no de todos los blancos.

Bebió un poco de agua. Se podía palpar el ambiente por la tensión que existía.

—El reino de Pancisto recibió muchos beneficios de los órfidas, pero sobre todo energía. Antes eran importadores y ahora la derrochan como quieren. También les dieron innumerables avances tecnológicos. Los planetas de Amargaz han evolucionado en estos diez últimos años más que en toda su anterior existencia. El nivel de vida de sus habitantes mejoró notablemente. De ser casi salvajes, y morirse de hambre, pasaron a disfrutar de todas las mejoras del progreso. Hace diez años tenían dos universidades y ahora treinta y siete. Los nativos se consideran aliados naturales de los órfidas, y consideran un pequeño tributo, nada molesto, entregarles a los humanos blancos.

—¿Debo entender que están exterminando a la raza blanca de Amargaz? —preguntó Mefersis.

—He de admitir que, en este aspecto —contestó con una sonrisa irónica —, los órfidas se comportan de forma más civilizada que nosotros. En las factorías crían y engordan hombres y mujeres, que son el principal sustento de su comercio. También les gusta cazar humanos libres, pero, como buenos cazadores, buscan que la caza persista. No matan mujeres embarazadas y suelen respetar a los niños, aunque adoran su carne.

—Habla usted de un modo odioso —protestó el Sumo Sacerdote.

—Describo la situación tal como es. Pero continuemos. —Miró el reloj — Llevamos una hora y aún queda mucho por decir. Dos años después de su llegada, los órfidas tenían cuatro factorías en el reino de Pancisto, una en cada planeta. El Dang de la primera factoría, ellos llaman Dang a los directores, hizo un contrato con Pancisto por el que adquirió a los humanos blancos a cambio de un precio estipulado en energía y adelantos tecnológicos. Entre los órfidas existen distintas casas comerciales que compiten entre sí, de ahí su gran interés en refrendar sus acuerdos por escrito.

» Una vez firmado el contrato, el Dang Aspatakur, que así se llama el

órfida, se interesó por el otro reino de Amargaz que, a diferencia del de Pancisto, estaba dominado por hombres de raza blanca, comestibles para los órfidas, y las razas amarillas y negras eran minoritarias. El rey Lis no permitió la instalación de factorías. La reacción de los órfidas fue inmediata. Una sola nave destruyó al ejército real y proclamaron rey a un amarillo, Saldur, que firmó un tratado comercial con sus nuevos amos. Los órfidas celebraron la victoria con un gran banquete donde el plato principal fue el rey Lis y el resto de la familia real.

Para casi todos los presentes el relato era novedoso y estaban aterrados. No se oía el vuelo de una mosca.

—Aspatakur, como buen comerciante, intentó mantener en secreto el descubrimiento de la Bolsa. Lo logró durante cinco años. Entonces ya tenía catorce factorías en Amargaz, en orden según sus leyes, y él y sus compañeros eran inmensamente ricos.

» Más tarde, otros órfidas llegaron a la Bolsa e instalaron una factoría en Orgaz. Al ser un planeta sin leyes ni dirigentes, no había nadie con autoridad para otorgar un monopolio, y enseguida se establecieron varias compañías rivales. Ahora hay siete factorías en Orgaz.

» Quisieron instalarse en Devón, el planeta más habitado de la estrella Aitana. Tarkín, el joven rey, denegó la autorización puesto que todos sus súbditos son comestibles para los órfidas. Pero en Devón también habitan los sairios, unos saurios inteligentes que vagaban por el espacio desde la destrucción de su planeta natal. Hace varios siglos, los antepasados de Tarkín les cedieron las zonas pantanosas del hemisferio sur. Después de la rotunda negativa del rey, los órfidas compraron a los sairios un extenso territorio en la frontera entre los dos países, desde donde cazan, sin miramientos, a los súbditos de Tarkín.

» Hace dos años una nave órfida aterrizó en Delta. Con mucho respeto, solicitaron permiso para construir una factoría. Nos negamos y se marcharon sin ocasionar problemas.

» También visitaron Coria y, aunque estuvieron tres meses en conversaciones con Allamire, el regente, no les permitieron establecerse. El reino de Grog tampoco consintió su asentamiento. Todos ustedes conocen el abominable sistema político que impera en Grog. En los siete planetas moran veinte especies inteligentes y humanos de varias razas. Un solo grupo humano, el minoritario, gobierna la nación mientras que los demás son esclavos. Sólo la raza dominante es comestible, por lo que resulta extraño que los órfidas no dieran un golpe de Estado y puesto a otros dirigentes. Nuestros espías en Orgaz dicen que hubo mediación Coria.

» Hace unas semanas, los órfidas instalaron en Orgaz su primera base militar. Hasta ahora en la Bolsa solo existían factorías. La capacidad de sus naves de guerra, o lo poco que sabemos de ella, está descrita en el informe que les entregaremos cuando acabe la reunión y, por supuesto, son muy

superiores a las nuestras.

» El año pasado, enviamos una nave para averiguar la situación en el resto de la galaxia. La nave regresó ayer y el capitán Hirún les informará ahora.

Hirún, un hombre de unos treinta años vestido con el celeste uniforme de la armada, se levantó. Parecía nervioso por hablar ante todos los personajes importantes de la nación.

—Majestad, princesa, señorías... mi informe no mejora lo expuesto por el primer ministro. Los órfidas dominan toda la galaxia. No encontramos ninguna nación donde no ejerzan su influencia, o existan grupos humanos que los combatan.

» Llegan a los países de forma pacífica. Sus comerciantes inician la colonización y solo posteriormente instalan bases militares. Les interesan los metales, las piedras preciosas, pero, sobre todo, los humanos. La carne humana alcanza en sus mundos de origen precios exorbitantes. Consideran una increíble suerte el habernos encontrado.

» Cuando llegan por primera vez a un país, muestran grandes alardes tecnológicos para impresionar a los nativos y conseguir permiso para instalar sus factorías. En los mundos donde los gobernantes no permiten su entrada, todos donde la clase dominante es comestible, colocan en el poder a otros dirigentes si en el planeta existen más razas o especies, o, si no las hay, incitan a las naciones vecinas para que los ataquen. Aunque sus naves deciden las guerras, nunca asumen el gobierno de las naciones conquistadas, siempre lo ceden a súbditos humanos.

» En su planeta natal existieron importantes movimientos pacifistas que se reflejan en sus leyes actuales. Tienen unas rígidas normas con respecto a la no agresión que no se atreven a transgredir abiertamente. Pueden ser castigados con grandes multas y la pérdida de libertad durante años. De ahí su gran interés en firmar contratos que reconozcan sus autoridades.

—Capitán, ¿sabe algo de los que están en la Bolsa? —le interrumpió Mefersis.

—Sí, no se habla de otra cosa en Bahía. El Dang Aspatakur era un comerciante pobre antes de encontrar la Bolsa. Los órfidas suelen pedir dinero prestado a sus bancos para organizar compañías comerciales y explorar la galaxia buscando humanos. El Dang Aspatakur intervino, sin éxito, en varias de estas búsquedas, y muchas veces tuvo que trabajar para otros órfidas para amortizar los préstamos adquiridos. Si el viaje en el que encontró la Bolsa hubiera fallado, habría tenido que emplearse durante cinco años para pagar las deudas. En cambio, la suerte le sonrió y es ahora inmensamente rico y poderoso. En Bahía, donde está la concentración órfida más importante de la galaxia, está muy bien considerado y es el ejemplo del buscador afortunado que todos esperan ser.

» En este momento, los órfidas pobres, seducidos por Aspatakur y sus

conquistas, presionan al Kidang de Bahía, el virrey de esta zona de la galaxia, para que ataque la Bolsa. Las naciones de Coria y Delta son sus principales objetivos.

—¿Podemos esperar un ataque inminente? —preguntó Mefersis.

—La base militar de Orgaz tiene ese propósito, pero no creo que nos invadan. Su política es evitar inmiscuirse directamente en las contiendas. Siempre procuran que sea un tercero quien ataque, aunque ellos ganen las guerras. También entran en juego factores económicos. Los órfidas pobres esperan que su flota nos derrote para solicitar empréstitos e instalar factorías. Las grandes compañías comerciales, apoyadas por el Kidang, prefieren esperar un tiempo para colonizarnos ellas. El mismo Dang Aspatakur quiere intervenir en la conquista de Coria y Delta.

» En Bahía nos hablaron de un pacto por el que Allamire se comprometió a conquistar Delta y Grog, y ceder sus habitantes a las principales compañías órfidas a cambio de que no instalaran factorías en Coria.

Los asistentes intentaban asimilar el terrible futuro anunciado por Hirún. El Sumo Sacerdote se desmayó y casi todos estaban al borde de la crisis nerviosa. Arinia, aunque pálida, seguía con entereza la conversación. Se notaba que la habían aleccionado antes.

—Bien, capitán —intervino Ajax—, el resto de su informe se les entregará junto con los demás datos. Hay una carpeta preparada para todos los presentes. En cuanto terminemos pueden pasar a recogerla en la secretaría del palacio. Pasemos ahora a otro tema de importancia.

Hizo una pausa mientras los médicos reanimaban al Sumo Sacerdote. Cuando recobró el conocimiento, estaba tan abatido que abandonó la sala.

—Les hablará ahora el general Horsis —continuó Ajax—. Es el jefe del espionaje de la armada y, por tanto, el mejor especialista en asuntos corios.

Horsis, un hombre de cincuenta años con el pelo totalmente blanco y una marcada sonrisa cínica, se dirigió a los presentes.

—Majestad, princesa, señores del reino... El informe que les presento está incompleto y no tengo pruebas de su veracidad porque es imposible investigar en Coria, no admiten visitantes. Sabemos de ellos por nuestros espías de Orgaz.

» Coria se arma a marchas forzadas desde hace varias décadas, mucho antes de que supiéramos de la existencia de los órfidas. Los niños reciben instrucción militar desde los diez años. Han desaparecido de sus escuelas, o están reducidas al mínimo, las materias que no tienen relación con la guerra. Los principales temas que se estudian en los colegios corios tratan de la navegación espacial y de las diversas formas de combate. También llevan a cabo una intensa investigación sobre todo tipo de armas, incluso químicas y biológicas.

» Sus relaciones con los órfidas son inmejorables. En la base militar de Orgaz hay soldados corios aprendiendo a manejar sus naves de guerra. Hasta ahora no habían permitido que nadie visitara sus invencibles naves interestelares.

—General Horsis, ¿cuándo nos atacarán los corios? —preguntó Mefersis.

—Allamire dio un plazo de tres o cuatro años y es imposible que pase más, los órfidas harían que otras naciones conquistasen la Bolsa.

—Entonces, apenas queda tiempo para prepararnos. ¿Cuál es la correlación de fuerzas entre los corios y nosotros?

—Los corios nos barrerían en pocos días.

Los militares presentes protestaron ante tan tajante afirmación.

—Es más —continuó —, aunque durante diez años dedicáramos todo nuestro presupuesto a armarnos, no lograríamos aproximarnos a su potencial actual.

—¿Usted piensa que estamos perdidos? —inquirió Mefersis con acritud.

—Si nos atacan los corios no tenemos capacidad de respuesta, pero dudo que sea lo que pretende Allamire. El esfuerzo militar de Coria es demasiado grande para que seamos su objetivo. Está enfocado contra alguien más poderoso. Allamire sabe que ellos también sucumbirían si los órfidas conquistan la Bolsa. Pienso, y no tengo pruebas de ello, que solo desea ganar tiempo.

—General —intervino Ajax—, ¿nos podría explicar la situación política existente en Coria?

Era indudable que Ajax conocía la respuesta.

—Toda mi información está basada en rumores. A la muerte del rey Orión, su hermano Allamire asumió la regencia del reino hasta que Vanda, el príncipe heredero, alcance la mayoría de edad, que para ellos es de 21 a 23 años. Vanda tiene ahora 17, todavía quedan varios años para su coronación. Se dice que Allamire quiere usurpar el trono.

—¿Los órfidas podrían aprovecharse de una guerra interna en Coria?

—Allamire tiene todo el poder en sus manos. No le sería difícil quedarse con el reino. Aunque nunca en la historia de Coria se dio un golpe de Estado.

—Deduzco que debemos contactar con los corios —intervino el rey.

—Ellos dieron el primer paso. El día antes de partir de Orgaz para acudir a esta reunión, vino a verme un buhonero. Era un hombre viejo y andrajoso, parecía un mendigo. Me dijo que estaba contratado para limpiar las naves corias y encontró unos extraños dibujos que quería vender. Como el precio era irrisorio, los compré sin regatear. El hombre se fue muy contento tras prometerme que, en lo sucesivo, registraría a conciencia las naves y me vendería lo que pillara. Los dibujos resultaron ser los planos de la más moderna nave de guerra coria. Todos sabemos que los corios nunca

permitirían que un extraño visitase sus naves y el engaño es muy burdo para pensar que no lo descubriríamos. Creo que es la forma que tiene Allamire de decirnos que las fabriquemos.

—¿Cómo dieron con usted? —preguntó Mefersis.

—No lo sé. En Orgaz soy un comerciante que compra mercancías robadas a los piratas. No sabía que los corios me hubieran descubierto.

—Caballeros —tomó de nuevo la palabra Ajax—. Ya están informados de los pormenores de la situación. En el informe que se les entregará, está todo lo que hablamos en esta reunión con sus correspondientes detalles técnicos. El rey y yo hemos pensado tomar las siguientes medidas: movilización general de todos los jóvenes en edad de empuñar las armas, fabricación a gran escala de la nave coria y fomentar al máximo la industria de armamento. Las restantes actividades de la nación quedarán en un plano secundario con respecto a la preparación para la guerra. ¿Hay alguna objeción?

Aunque algunos estaban ofendidos por no conocer con anterioridad los terribles pormenores de la reunión, todos los asistentes asumieron las propuestas de Ajax.

—Puesto que estamos de acuerdo, Delta es una nación en guerra.

Capítulo 4
Coria

¿De dónde vinieron los corios?

¿Cómo un pueblo absolutamente desconocido irrumpió con tanta fuerza en las postrimerías del siglo cien?

Son preguntas que aún no tienen respuesta a pesar de los muchos años transcurridos, y posiblemente nunca la tengan.

Los habitantes de la Bolsa conocemos a los corios desde el inicio de la colonización terrestre. En cambio, en el resto de la galaxia no sabían de su existencia antes de la Gran Guerra del siglo cien.

La creación de las primeras ciudades en Delta, Coria y Amargaz fue simultánea. Gracias a los rigurosos libros de registro de la colonización de los terrestres, sabemos que la mayor parte de los deltanos provenían del norte de un continente llamado Europa, y la mayoría de los primeros habitantes de Amargaz eran originarios del este de Asia, pero nadie sabe de dónde procedían los corios.

Los libros de registro de la colonización eran un verdadero prodigio de minuciosidad, donde se anotaba todo lo que las naves de la Tierra transportaban a los nuevos planetas, ya fueran personas o mercancías. Estos libros no existen en Coria. O, si existen, están, como otros muchos registros históricos, escondidos en algún archivo inaccesible y vedados para los historiadores de las demás naciones.

Por referencias de las escasas personas que visitaron Coria cuando era colonia de la Tierra, sabemos que eran un pueblo próspero, muy laborioso y enemigo de los forasteros. Ese recelo hacia los visitantes alcanzó su paroxismo con la independencia. En cuanto dejaron de formar parte del imperio terrestre, expulsaron a los extranjeros y los planetas corios se cerraron para los demás habitantes de la galaxia.

No volvimos a tener noticias suyas hasta que salieron de su escondite para intentar apoderarse del universo.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

El sol de Coria lo deslumbró demostrándole que no era un sueño su viaje a la tan temida nación. La nave pirata «Halcón del Infinito» se acercaba irremediablemente a la fulgurante estrella.

A través del ventanal, Lars distinguió Ilamad, el gran planeta corio donde llegaban los escasos visitantes que permitían entrar en el país.

Alrededor de la estrella orbitaban otros seis planetas menores, pero estaban vedados a los extranjeros.

Lars pensaba que todo fue demasiado correcto para estar tranquilo. Los soldados corios que tomaron su nave eran muy educados. Los trataron con exquisita cortesía, como si fueran invitados en vez de prisioneros.

El teniente Atrey, el jefe de los corios, preguntó si había personas secuestradas a bordo y, ante la respuesta afirmativa de Lars, pidió verlas enseguida. Observó minuciosamente a las mujeres capturadas y habló con algunas. Después, envió varias cautivas a la nave coria. Las mujeres restantes, incluidas la princesa aurorana y la teniente Berel, continuaron prisioneras. También le pidió permiso para llevarse a las hembras órfidas, a lo que Lars accedió, agradeciendo irónicamente la cortesía del teniente por molestarse en preguntarle.

Por lo demás, sus hombres seguían armados y nada parecía haber cambiado en la nave, salvo que la dirigían pilotos corios.

Explicó la situación a los piratas y la aceptaron bien. Aún recordaban el tremendo disparo. No esperaban nada bueno de Coria, pero estaban resignados a su suerte

Ilamad se acercaba. Los corios se preparaban para el aterrizaje con una disciplina digna de admiración. Lars nunca había visto nada parecido, ni siquiera cuando sirvió de mercenario en el ejército de Devón.

Le resultó sorprendente la juventud de los soldados. Casi todos parecían tener entre dieciséis y veinte años. Pero evitó subestimarlos, las historias que corrían sobre ellos incitaban a tratarlos con el debido respeto.

—Aterrizaremos en treinta minutos —ladró el comunicador con una voz gangosa, intermitente y apenas audible. Lars decidió, como ya hizo en múltiples ocasiones, que lo repararía en cuanto encontrara un técnico que entendiera el aparato.

—Capitán —habló el teniente Atrey—, me ordenaron que disponga lo necesario para el desembarque de usted y sus hombres.

—¿Y bien?

—Necesito saber el equipaje que llevará.

—¿Puedo cogerlo todo? ¿O hay alguna restricción? —preguntó con sorna.

—Es usted nuestro invitado. Puede traer lo que quiera.

—¿Mis prisioneras también?

—Tiene permiso para desembarcar las personas y el equipaje que desee.

—Es usted un buen muchacho. Recuérdeme que le regale alguna mujer.

Observó divertido cómo se azoraba el teniente; no aparentaba más de veinte años.

Dejó a Atrey organizando el desembarque y fue a notificar las buenas nuevas a sus oficiales. B-T planeaba un complot para apoderarse de la nave. Tuvo que apaciguarlo. Los jóvenes corios eran muy educados, pero

tenía la impresión de que no vacilarían en hacer una carnicería a bordo.

Por el altavoz avisaron que acababan de aterrizar en Ilamad. Recordó los bruscos aterrizajes de su piloto y observó con admiración al muchachito que pilotaba la nave.

La primera impresión del sol corio fue cegadora. No recordaba tanta claridad. Tuvo que protegerse los ojos con las magníficas gafas oscuras del difunto capitán del mercante que asaltaron.

En el espacio-puerto había naves de guerra muy modernas. El «Halcón del Infinito» resaltaba por su vejez y deterioro, a pesar de que veinte años antes fue considerada una de las mejores naves de la historia.

Los llevaron en vehículos sin ruedas hasta un lugar de recreo cercano al espacio-puerto. A Lars le recordó al palacio maravilloso de los cuentos infantiles que le narraba su madre, a la luz de la hoguera, en los lejanos tiempos de su infancia. Había lagos artificiales, fuentes, cuyos potentes chorros de agua se elevaban a cuarenta metros del suelo, y jardines de exuberante vegetación llenos de flores multicolores y palmeras. Unas bonitas casas de piedra rojiza estaban inmersas en aquel extraordinario entorno. Los piratas se alojarían allí.

Las prisioneras no querían quedarse con ellos y pidieron protección a los corios. Salvrey, un corio que se presentó como su anfitrión, dejó claro que las mujeres solo le concernían a Lars. La teniente Berel dijo ser cautiva de piratas y pidió que la devolvieran a Bahía, pero Salvrey le contestó, cortésmente, que no podía hacer nada al respecto.

Lars cogió las manos de Berel y de la princesa aurorana, cuyas nupcias interrumpieron y, guiado por el corio, se dirigió a una de las casas mientras sus hombres disputaban, airadamente y con gran griterío, por las restantes prisioneras. Todos querían llevarse alguna mujer.

Salvrey le mostró la vivienda. Las habitaciones tenían el suelo y las paredes cubiertos por placas de reluciente mármol verde. Los muebles, de madera y cristal, resaltaban por su elegancia. La iluminación debía de provenir de lámparas escondidas en el techo, Lars no vio ninguna fuente de luz en su recorrido por la casa. En una de las estancias había una gran bañera excavada en el suelo.

—Estarán cansados del viaje —dijo Salvrey—. Los dejo ahora. Si necesita algo no tiene más que pulsar el botón rojo que hay en todas las habitaciones. Para comer le recomiendo el asado de Nuk, es delicioso. Y no se preocupe por sus hombres, me encargaré de alojarlos. Si quiere comunicarse con ellos no tiene más que decirlo. Yo volveré mañana, a no ser que requiera antes mi presencia.

Lars dudaba de que la situación fuera real. Se encontraba en un lugar maravilloso, acompañado por dos bellísimas mujeres, y nada menos que en Coria, nación a la que siempre quiso tener lo más lejos posible.

Lo despertó de su ensoñación un golpe de la teniente Berel al intentar

arrebatarle el arma. No le fue fácil reducirla, forcejeó con ella durante varios minutos hasta conseguir atarle las manos a la espalda. A empujones, la metió dentro de la casa. Amanda, la princesa aurorana, era mucho más dócil y entró enseguida. Cerró la puerta, para que las mujeres no pudieran escapar, y pulsó el botón rojo situado en un triángulo de cristal enclavado en la pared.

—Está hablando con el centro de control. ¿Qué desea? —La respuesta a su llamada tardó milésimas de segundo. Lars tuvo la impresión de que le contestaron antes de pulsar el botón.

—Quiero hablar con mis hombres.

—Las habitaciones que ocupan están numeradas siguiendo el orden alfabético de sus nombres. Enseguida tendrá la relación.

Un papel impreso se materializó, por arte de magia, del borde inferior del triángulo. En el aparecían los nombres de los piratas y los números de las habitaciones que ocupaban.

—No tiene más que teclear los números que desee.

—Gracias. ¿Pueden traerme ron?

—En la estantería de la habitación contigua encontrará las bebidas. ¿Desea algo más?

—Quiero comer dentro de dos horas.

—¿Qué le apetece comer?

—Asado de Nuk —contestó sin saber lo que era, pero confiando en el corio.

—Lo tendrá en dos horas.

Mientras marcaba el número de la habitación de sus hijos recordó que los corios sólo hablaban su idioma. Al contrario que los demás pueblos, no usaban el galáctico impuesto por el Imperio de Horgón. La conversación fue en galáctico, igual que la escritura del papel donde figuraba la relación de piratas. Supo que tenían una gran deferencia con él.

Llamó a sus hijos.

—Gior, ¿eres tú?

—Sí, padre.

—¿Iván está contigo?

—Sí.

—¿Estáis bien alojados?

—Muy bien. Nunca vi un sitio igual. Tenemos con nosotros a dos prisioneras que Iván está bañando en una piscina. Encontré un mueble lleno de bebidas. ¡Es maravilloso todo esto!

—Cuida de tu hermano. No permitas que beba mucho. Y avisa a los oficiales que quiero verlos esta noche. —Era casi medio día. Pensó en el alcohol que había en las habitaciones.

—Gior, cítalos mañana a las doce en mi casa. Pero adviérteles que no vengan borrachos.

Tecleó el número de Marino Meler.

—¿Marino?

—Sí, capitán.

—Supongo que estarás bien

—Sí.

—Mañana, Gior y tú traed a mi habitación a los oficiales, a las doce. Puede que os cueste sacarlos de la cama, pero los quiero a todos, y sin beber.

—Sí, capitán. Aunque será difícil, ya están borrachos.

—¿Y tú qué? ¿Te aburres? —Marino no probaba el alcohol y jamás tocó a las mujeres capturadas por los piratas.

—No sé qué hacer.

—Pues aprieta el botón rojo. Es algo único. Por ahí sale de todo —le aconsejó entre carcajadas.

Lars fue a la estantería de las bebidas. Había una gran variedad de botellas de alcohol, muchas de ellas desconocidas. Iba a abrir una botella de ron de Orgaz, cuando vio otra de ron corio. Consideró que sus anfitriones merecían un respeto y eligió este último. ¡Sabía mucho mejor!

La bañera estaba coronada por una cabeza de león de bronce. Lars estuvo largo rato estudiando cómo conseguir que brotase el agua. Al fin descubrió que, apretando la oreja izquierda del león, un gran chorro de agua caliente surgía por la boca del mismo. La oreja derecha daba paso al agua fría. Estuvo jugando con las orejas hasta que consideró adecuada la temperatura.

Fue al sofá donde estaba Amanda mirándolo con verdadero terror. La obligó a beber ron corio y posteriormente la desnudó. Tenía una grácil figura. Delgada, con unos pechos pequeños como manzanas y el vello púbico recortado en forma de corazón, resultaba muy agradable a la vista. La tomó en brazos y la introdujo en la bañera. Pensó en su buena suerte. Amanda tendría que estar en Bahía haciendo el amor con algún rico mercader, en vez de con él y en aquel extraño mundo corio.

Berel estaba tumbada boca abajo en una de las camas con las manos atadas a la espalda. La obligó a beber con dificultad, pues la teniente pegaba patadas y se revolvía. La arrastró hacia el borde de la bañera y, con el cuchillo, empezó a rasgar su ropa. Llevaba puesto el fuerte uniforme de la armada de Bahía. Se arrepintió de habérselo devuelto, pero cuando los corios asaltaron su nave no sabía qué pensarían si encontraban a las mujeres desnudas. Consiguió quitarle la chaqueta y acarició sus hermosos senos.

Berel se resistía, aunque cada vez estaba más cansada. Lars, cuchillo en mano, peleaba con los pantalones del uniforme. De un brusco tirón logró arrancárselos. La metió en la bañera sin desatarle las manos. A continuación, se quitó la ropa y entró en el agua.

La escena era paradisíaca. Dos ninfas desnudas, bañadas en el agua tibia, le esperaban. Se alegraba de ser pirata. Nunca habría conseguido semejantes mujeres con otro oficio.

Las forzó a beber más ron y termino él la botella. Luego, sujetó a Berel de brazos y piernas y obligó a Amanda a besarla. La princesa lamía el pubis dorado cuando Lars introdujo un dedo en la vagina. Pese a sus esfuerzos, estaba mojada.

—Estás cachonda, mala puta —le dijo y, volviéndola de espaldas a él, la penetró.

Berel intentó resistir, pero, con las manos atadas, poco podía hacer contra un Lars mucho más fuerte. Obligó a Amanda, muy asustada, a lamerle por detrás hasta que se vacío dentro de la bahiiana.

Las mujeres lloraban. Berel, entre sollozos, gritaba insultos en su idioma. Lars fue por otra botella de ron, maravillándose del exquisito sabor del licor corio.

Cuando regresó a la bañera las obligó a beber de nuevo. Esta vez un gran trago. Después exigió que hicieran el amor entre ellas. Berel se negó, maldiciéndolo, pero apenas le quedaban fuerzas. Amanda, aterrorizada por Lars, y quizás porque en Aurora los juegos entre mujeres no estaban mal vistos, hizo lo imposible por animar a la bahiiana.

Llamaron a la puerta.

—Continuad —dijo Lars, levantándose para abrir.

Era la comida. La camarera se puso nerviosa al ver a Lars desnudo, y mucho más cuando entró en la habitación y descubrió a las dos mujeres amándose. Quiso salir cuanto antes, pero Lars la sujetó de un brazo y levantó su falda. Forcejearon hasta que escapó con el vestido desgarrado.

El pirata pensó en perseguirla, pero le retuvo el aroma de la comida. Estaba hambriento después de una jornada agotadora. Se olvidó de la camarera y atacó las bandejas repletas de manjares.

Mientras saboreaba el delicioso asado de Nuk, lo mejor que había comido en su vida, hizo que las mujeres bebieran más ron y lamieran sus respectivos pubis.

Penetró a Amanda sin perder de vista a Berel. Temía que lo atacara, a pesar de que estaba muy bebida y apenas podía mantenerse en pie. La princesa aurorana tenía una vagina estrecha que le proporcionó gran placer. Era muy grato hacer el amor con ella.

Al acabar, encerró a las dos mujeres en una de las habitaciones y, tumbado en la gran cama del dormitorio principal, ya bastante borracho, bendijo su suerte. Se despertó al día siguiente.

Los piratas disfrutaron tres días en aquel paraíso sin que nadie los molestase. Se despertaban tarde y, tras atiborrarse con los exquisitos desayunos corios, acudían a las piscinas del complejo residencial para divertirse con las prisioneras. Tiraban a las mujeres al agua y ellos se

lanzaban en el extremo opuesto de la piscina. Cada uno hacia el amor con la mujer que pescaba. Los que no sabían nadar, aguardaban en el borde a que alguna mujer, cansada, se acercara, atrapándola enseguida.

Los piratas estaban ebrios prácticamente todo el día. Los corios cambiaron las camareras del servicio por soldados de la armada. Para las mujeres era muy peligroso pasear entre aquella turba de salvajes desnudos y borrachos.

Salvrey fue a buscarlo a las doce horas del cuarto día. Lo sorprendió acostado con sus dos mujeres. La teniente Berel tenía una pierna atada a la cabecera de la cama. Lars sonrió divertido al ver cómo enrojecía el corio.

—Debe acompañarme. Tiene una entrevista dentro de treinta minutos.

Muy a desgana, se levantó y comenzó a vestirse.

—No con esas ropas. —Salvrey abrió la puerta de un armario empotrado en la pared—. Estas son las vestiduras que merece.

El pirata quedó encantado por la riqueza de aquellas prendas. Escogió una bella túnica de seda azul con ribetes de oro. Al contemplarse en el espejo se vio convertido en un rey.

En un vehículo aéreo recorrieron un estrecho y sinuoso camino de tierra bordeado de altas palmeras, hasta llegar a una fortaleza de piedra blanca situada a diez kilómetros del complejo residencial. Allí vio, por primera vez, desde su desembarco en Ilamad, soldados corios con armadura de combate.

Salvrey lo llevó a un amplio salón y se sentaron en mullidos sillones de piel.

—¿Quién me espera? —preguntó Lars pensando que el motivo de la entrevista era el comportamiento y los destrozos ocasionados por sus hombres.

—Le aguarda su excelencia el regente de Coria.

¡Allamire! Notó un sudor frío por todo el cuerpo. Las historias que se contaban del regente eran terroríficas. Recordó unas palabras atribuidas al comido rey Lis: «Ningún habitante de la Bolsa estará seguro hasta que no desaparezca Allamire». Le achacaban desapariciones, asesinatos y los más extraños manejos políticos.

Aparecieron dos soldados con las armas preparadas para disparar. Uno de ellos les pidió que los acompañaran. Recorrieron un largo corredor enlosado con placas de terrazo marrón. Las paredes y el techo eran de piedra blanca finamente pulida. Había muchos escudos de armas en hornacinas laterales iluminadas. Salvrey le dijo que pertenecían a los principales regimientos de la armada coria. Se detuvieron ante una puerta de madera negra artísticamente tallada con dibujos de batallas. Salvrey la abrió y entraron en un gabinete de trabajo iluminado por la luz natural que entraba por varias ventanas ovaladas y un par de claraboyas.

Un hombre apuesto, de poco más de cuarenta años, estaba sentado ante

una gran mesa de madera negra, barnizada con tal exquisitez que reflejaba las imágenes como si fuera un espejo. Tenía los ojos más penetrantes que Lars había visto nunca, y su sonrisa le hizo sentir un intenso escalofrío.

—¡Querido capitán! —Allamire se levantó para recibirlo mientras los demás desaparecían—. Estoy encantado de conocerlo. Hasta Coria han llegado noticias de sus hazañas. Es usted un auténtico héroe.

«Mis hazañas», pensó Lars temiéndose lo peor.

—Siéntese. Hace mucho que deseo charlar con usted. —El regente era muy amable, pero Lars estaba nervioso.

—¿Qué tal el alojamiento? ¿Usted y sus hombres están contentos?

Apenas pudo articular unas palabras afirmativas. El corio comenzó una disertación sobre el estado de la galaxia y las atrocidades cometidas por los órfidas. Se dirigía a él como si fuera su igual y tuviesen los mismos puntos de vista sobre la gravísima amenaza. Lars no pudo menos que sentirse indignado por el comportamiento de aquellos monstruos. La especie humana estaba en peligro. No pasaría mucho tiempo hasta que solo sobrevivieran los hombres que criaban en las factorías. Lars vio claro el riesgo. También quedarían los no comestibles, pero esos no podían considerarse humanos. Vendían a sus semejantes y tenían que ser tratados como basura. Coria estaba sola. Necesitaba a todos los hombres valientes de la galaxia para la gran guerra que se avecinaba. Lars, enardecido, dijo estar dispuesto a combatir contra los órfidas.

—Y aquí es donde me hace falta usted —prosiguió Allamire—. Tiene amigos en muchos mundos que a nosotros nos están vedados. —También era perseguido en casi todos, pensó Lars—. Quiero que los recorra como si fuese un comerciante honrado y encuentre los focos de resistencia contra los órfidas. Viajarán con usted hombres que se encargarán de armarlos y adiestrarlos. En las naciones donde no haya resistencia, la crearemos nosotros. Quiero atentar contra sus intereses en toda la galaxia. Me interesan sus conocimientos de las actividades ilegales: bandas criminales, lugares de reunión ocultos para las policías locales, funcionarios sobornables... todo lo que pueda sernos útil en esta guerra.

—Mi nave, mis hombres y mi persona están a su disposición —dijo Lars plenamente convencido.

—Gracias, no esperaba menos de usted. Pero no viajarán en su nave. Voy a poner a su disposición tres naves corias y le acompañarán nuestras tropas.

A Lars ya no le gustó tanto la idea. Viajar con soldados corios era estar en manos de Allamire.

—Por supuesto, todos sus esfuerzos serán recompensados —dijo el regente leyendo su pensamiento. Lars manifestó, falsamente, que no necesitaba remuneración alguna.

—En esta guerra, quién esté conmigo será espléndidamente

recompensado. También —sonrió de una forma terrible—, no vacilaremos en castigar a los que nos combatan o se comporten de una manera dudosa. Para usted tengo un gran premio: el reino de Orgaz, cuando lo conquistemos. Unificaremos el planeta bajo una sola bandera y será el rey.

Lars no daba crédito a las palabras. ¡Él, rey! Al hijo de un salteador de caminos y de una lavandera, que a duras penas progresó hasta poseer una nave pirata, Allamire lo hacía soberano de todo un planeta. Nombraría a sus hombres duques o marqueses y sus hijos serían príncipes. ¡No lo podía creer!

Terminada la entrevista, Salvrey lo acompañó hasta su alojamiento. Notó en el corio una nueva actitud hacia él. Le manifestó una deferencia que no tuvo antes, a pesar de ser siempre educado en extremo. Entró en la casa flotando en una nube. Apenas reparó en las mujeres y fue directo al armario de las bebidas. ¡El ron corio sabía mejor que nunca!

En días sucesivos departió mucho con Allamire. Decidieron la ruta a seguir y el corio demostró un gran conocimiento de la galaxia. En casi todas las discusiones prevalecía la opinión del regente. Lars tuvo que reconocer que muchas veces hablaba como pirata y no pensaba en lo que podía ser útil a aquella expedición. Pero en algunas ocasiones ganó la disputa y Allamire cambió de opinión ante sus argumentos.

Para los piratas las vacaciones solo duraron tres días. Fueron tres días como muchos no habían pasado en su vida, pero después tuvieron que trabajar. Los instructores corios les enseñaron su función en las naves de guerra. Incluso salieron varias veces al espacio para probar el armamento. Llegaban tan rendidos por las noches que apenas tenían tiempo para abusar de sus mujeres, o embriagarse. A las seis de la mañana los despertaban para hacerlos trabajar hasta la extenuación. Los corios eran educados, pero firmes. Ningún pirata podía eludir el adiestramiento.

Llevaban un mes en Ilamad cuando Allamire le comunicó que al día siguiente llegaría la madre de sus hijos. Al pirata le sorprendió la noticia. Barela, su compañera, estaba protegida por su gente en la aldea de Orgaz. No sabía cómo Allamire pudo encontrarla. Pensó en lo largo que era el brazo del regente.

Trasladó a Amanda y a Berel a la habitación de Marino Meler, el único que no abusaría de la situación. Barela era muy irascible en asuntos de faldas. La consideraba muy capaz de faltarle al respeto y arañarle la cara delante de los corios. No podía tratar así a un futuro rey.

Más tarde, supo que ni sus hijos ni Barela le acompañarían en el viaje. Iván y Gior permanecerían en Coria formándose militar y socialmente.

«Los futuros príncipes necesitan una educación esmerada», contestó Allamire cuando le preguntó al respecto. Lars pensó que los quería como rehenes.

Salvrey le presentó a Vanda, el príncipe heredero. Era un joven de

diecisiete años simpático y agradable. Allamire había dispuesto que participara en la expedición. Según el regente, necesitaba experiencia para los años que se avecinaban.

En aquellos días supo por Salvrey que no era el único pirata al que Allamire había llamado. El corio llevaba años capturando capitanes piratas. A los que le servían, los mandaba a sus mundos de origen para preparar la resistencia anti-órfida. Los «no utilizables» desaparecían para siempre.

La noche anterior del día fijado para la partida, lo llamaron para que compareciese de nuevo ante el poderoso regente. Allamire lo recibió en el mismo despacho de su primera entrevista. En la mesa había varias botellas de ron corio. Era la primera vez que bebía en su presencia.

—Siéntate, Lars. Vamos a brindar por el éxito de la expedición.

Bebieron. Allamire volvió a llenar los vasos. Nunca lo había visto tan pensativo.

—Estoy preocupado por Vanda. Es el futuro rey de Coria y temo que resulte herido en esta expedición. Él y los demás muchachos están bien preparados, pero no tienen experiencias guerreras reales. En estos tiempos, no podemos permitirnos un rey que solo conozca lo que sucede en la galaxia por lo que le cuenten. Tiene que curtirse, y es un riesgo que debemos asumir.

» Aunque te acompañen solo cincuenta de tus hombres y viajen cerca de quinientos soldados corios en las tres naves, tú serás el jefe de la expedición y te encomiendo la custodia del príncipe. Él tiene otros instructores, aunque le ordené que se deje guiar por ti. Quizás sea difícil de entender, no hay que sobreprotegerlo, debe ser uno más, pero no tiene que resultar herido.

Lars dijo que lo entendía y pasaron a discutir otras cuestiones. Podían atacar a quien quisieran, con tal de que no fuesen comestibles para los órfidas. A los comestibles había que ayudarles a defenderse y crear guerrillas con ellos capaces de luchar cuando lo necesitaran, para eso llevaban un gran cargamento de armas.

—Por último —dijo Allamire—, hay que tener en cuenta la educación sexual del príncipe. Nuestras costumbres son muy estrictas. Yo pienso que un futuro rey no puede ser mojigato en ningún sentido. Los educadores que acompañan a Vanda son como viejas beatas y pondrán el máximo interés en que no conozca malas mujeres, y una dosis adecuada de mujeres alegres no le vendría mal. Contribuiría en gran medida a su formación. En este tema —reía el regente— estás mejor informado que yo y serás un buen instructor.

Cuando salió del gabinete, estaba seguro de que Allamire quería educar al futuro emperador de la galaxia.

Capítulo 5
Orgaz

Cuando los terrestres colonizaron la Bolsa, enseguida necesitaron una cárcel donde recluir a la gran cantidad de maleantes que surgían en los nuevos mundos. La ubicación del presidio suscitó mucha controversia, pues nadie lo quería en su territorio. Hubo protestas y manifestaciones populares, y el Gobierno de la Tierra decidió destinar un planeta para ese uso. Fue elegido Orgaz, el segundo planeta de la estrella Aitana. Era un mundo recientemente colonizado, con muy pocos habitantes permanentes y sin apenas riquezas que atrajeran a personas de otros lugares.

El Imperio terrestre estaba en franca decadencia, cada vez perdía más estrellas. Algunas se proclamaban independientes y obtenían su libertad tras cruentas guerras, pero la mayor parte eran conquistadas por colonias emancipadas en siglos anteriores, que buscaban ampliar sus territorios para defenderse mejor entre las nuevas naciones que competían por la hegemonía.

A pesar de la impotencia de los Gobiernos terrestres para controlar las colonias lejanas, los habitantes de la Bolsa siempre fueron fieles al planeta madre. Cuando este cayó en poder de Horgón, se encontraron con una independencia que no habían deseado y cada planeta evolucionó a su manera. Orgaz, que recibía presos de la Tierra y de las estrellas que aún se mantenían en su zona de influencia, se quedó sin carceleros y los antiguos prisioneros fueron sus amos. Nunca llegó a tener ningún tipo de orden ni de gobierno. Pasó desapercibido para el Imperio de Horgón, que apenas mostró interés por un planeta que no producía beneficios, y se convirtió en el refugio de delincuentes de toda la galaxia. En el año 9985 era un mundo habitado exclusivamente por piratas, que lo habían convertido en su santuario, y por los millones de personas que vivían del extraordinario comercio generado por ellos.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Salieron de Puerto Coria a las seis de la mañana. No hubo ceremonia de despedida y pronto las tres naves estuvieron en el espacio. Al salir de Ilamad, el planeta más externo, las naves podían saltar muy pronto al hiperespacio. Después de una hora de navegación, efectuaron el salto hiperespacial y se encontraron en el sistema solar de Aitana. Hicieron la mayor parte del camino en unos segundos, pero dentro del sistema no podían pasar al hiperespacio, y necesitaban cuatro días para recorrer los 33.000 millones de kilómetros restantes.

Lars tenía la impresión de comandar un grupo de niños de excursión. La edad de los corios era alarmante. Los más jóvenes podían tener catorce o quince años y ya hacían trabajos específicos.

A bordo de la nave capitana viajaban cincuenta de sus hombres, todas las mujeres y ciento setenta corios. En las otras dos naves solo iban corios. Los capitanes se pusieron a sus órdenes en Puerto Coria. Eran Cotrey, un muchacho de veinticuatro años, y Avalgarde, de cuarenta, lo que le tranquilizó. Lars llegó a pensar que sus piratas eran los únicos hombres capaces de luchar en las tres naves.

Los corios le obedecían de inmediato, jamás tuvo que repetir una orden. Sus hombres nunca le acataron con tanta prontitud y eficacia, casi siempre tenía que discutir para hicieran lo que les decía.

Se dirigió a la sala de mando para establecer el rumbo hacia Orgaz. Darmis, el piloto, un muchacho de diecinueve años, enseñaba el manejo de las máquinas a sus ayudantes, cinco o seis chicos de catorce o quince años. Se ponía enfermo al ver a los niños corios.

—A sus órdenes, capitán. —Darmis se levantó en cuanto lo vio.

—Quiero verificar el rumbo.

—Pensé que éste es el mejor trayecto —dijo y le mostró en la pantalla el itinerario elegido.

Lars no entendía los gráficos. Darmis lo supuso, pues enseguida cambió la imagen y mostró un esquema del sistema solar de Aitana, la situación de la nave y la futura trayectoria.

—Según me ordenó, me dirijo a la ciudad de Ostramuz —dijo mientras Lars observaba el ordenador—. Llegaremos en cuatro días. Solo necesito saber dónde desea que aterrice.

—Tomaremos tierra en la llanura de Carden.

De nuevo Darmis manipuló el ordenador y apareció en la pantalla el plano de Ostramuz. Lars lo reconoció enseguida y señaló con el dedo la llanura de Carden.

—Bien, capitán, le avisaré antes de aterrizar.

Dejó a Darmis pensando que conocía bien el oficio a pesar de ser tan joven, y fue hasta el puesto del navegante. Allí estaba Marino Meler con cuatro niños, si bien uno de ellos parecía algo mayor.

—Hola, capitán —saludó Marino recostado en el sillón mientras los corios se levantaban.

—Busco algo para entretenerme. Me parece que no soy necesario en ninguna parte.

—Capitán, estos muchachos me sorprendieron —dijo Marino entusiasmado—. Vermis —señaló al navegante corio—, sabe cosas de navegación que yo desconocía, y eso que en Valeria presumíamos de ser los mejores navegantes de la galaxia. Hablamos mucho sobre la materia y cuando tocamos temas que no domina, su sed de saber es inmensa. La suya

—reía— y la de estos mocosos. No dejan de apuntar nada de lo que explico. Se quedaría usted sorprendido de la capacidad técnica que poseen.

—¿Los niños?

—Sí. Es más, no solo saben de navegación sino de otras muchas disciplinas. En Coria quieren formarlos plenamente. Ahora se dedican a hacerse buenos navegantes. A los dieciocho o diecinueve años guiarán una nave y tendrán a su cargo otros cuantos niños que enseñar.

Abandonó a Marino molesto por su afinidad con los muchachos, y acudió al gimnasio de la cubierta inferior. Al abrir la puerta metálica, vio a su lugarteniente rodando por el suelo de lona. Lo había derribado uno de los jóvenes.

—Ya no puedo más. ¡Malditos niñatos! Algún día os pegaré un tiro. A ver si os parece divertido.

El corio que peleaba con él se retiró tras saludar correctamente. Otros jóvenes luchaban en la estancia, entre ellos Vanda, el príncipe corio.

—¡Malditos cabrones! —bramó su lugarteniente.

—¿Qué pasa? ¿Te han zurrado? —preguntó con ironía.

—No pude ganarles ningún combate. No sé qué harán en una pelea de verdad, pero en este gimnasio es imposible vencerlos.

Los corios dejaron los combates cuerpo a cuerpo para enfrentarse con muñecos de plástico que surgían de una de las paredes laterales. Lars observó detalladamente cómo lo hacían antes de decidirse a intervenir. El muñeco, empujado por fuerzas magnéticas, salía de un nicho metálico y se acercaba a gran velocidad en actitud belicosa. El corio debía golpearlo. Se suponía que lo mataba si se encendía una luz roja en el panel de control. En una enorme pantalla, colgada del techo, aparecía impresa el tipo de lesión que había ocasionado el golpe.

Lars decidió participar en el juego y se incorporó a una de las filas de muchachos que esperaban su turno. Las hileras estaban ordenadas por orden de puntuación. Los que fallaban iban atrás. Contaban un punto cuando mataban al muñeco y medio punto si se encendía una luz verde que indicaba su incapacidad para proseguir la lucha. Los primeros eran el príncipe Vanda y Alamarik, otro muy joven corio. No tenían ningún fallo.

No parecían pegar muy fuerte. Lars supuso que no era difícil obtener la máxima puntuación. Cuando le llegó el turno, falló estrepitosamente, ni luz roja, ni verde. Pronto estuvo en la cola, detrás de todos los niños. Tardó cinco intentos en lograr que se encendiera una luz verde y, aunque mejoró poco a poco, terminó muy descontento de su actuación.

Aún enfadado por hacer el ridículo ante unos niñatos, fue a buscar a B-T. Quería charlar con alguno de sus hombres donde no hubiera corios. Empezaba a estar harto de la expedición. Pero tampoco pudo ser. B-T estaba rodeado de niños que escuchaban embelesados sus historias eróticas. Y él, embriagado por la atención de aquel público, fantaseaba

mucho más que nunca.

Se marchó enfadado. ¡Ya no podía estar ni con sus hombres!

Pero B-T le mostró la manera de impresionar a los corios. Con la lucha no podía. Por muchas horas que trabajara en el gimnasio nunca alcanzaría a los jóvenes más expertos. En la nave había una gran sala para practicar el tiro simulado donde los corios pasaban mucho tiempo. Aunque se consideraba un buen tirador, estaba seguro de que aquellos niños le superarían con creces. Marcó el número de Marino en un comunicador.

—Marino, invita a los principales chicos a mi camarote. No llames a los mayores. Trae también a las mujeres.

—Pero capitán… —Era la primera vez que discutía una orden en todo el tiempo que llevaba con él—Los corios tienen ahora oficios religiosos y la mayoría no estuvieron con mujeres.

—Haz lo que te digo. Si alguno de los curas protesta, adviértele que es una orden mía. —Para algo tenía que servir ser el jefe de la expedición. Allamire consideraba que la religión no hacía daño a los muchachos, pero no era muy necesaria para los adultos.

Se dirigió a su camarote. Pensó ofrecer alcohol a sus invitados, aunque lo desechó. Eran muy buenos guerreros, pero seguían siendo unos niños y podría suceder cualquier cosa si se emborrachaban.

En el camarote le esperaban Vanda, Alamarik, Aberdatín, Adastrey y otros que no conocía. Todas las principales familias corias habían enviado algún hijo la expedición.

Cuando Marino llegó con las mujeres, los jóvenes no pudieron ocultar su inquietud y Lars supo que había triunfado.

—Muchachos, os llamé porque es hora de que os convirtáis en hombres. —Ninguno protestó—. Si sois hombres para guerrear y dar la vida por vuestra nación, también lo sois para estar con mujeres. A ti te regalo a Amanda —le dijo al príncipe—. Aunque esté prisionera, es una princesa de Aurora y tenía que desposarse con un gran jerarca de Bahía.

Vanda estaba cautivado por la belleza de Amanda. Todos parecían muy nerviosos. No apartaban su mirada de las mujeres.

Después de las presentaciones, Lars abandonó el camarote para no cohibirlos.

En los cuatro días que duró el viaje a Orgaz las funciones de la nave se abandonaron tanto que la expedición llegó a peligrar. Los corios no salían de sus habitaciones. Hasta los más jóvenes encontraron la forma de hacerse con alguna mujer. Se reunían cuatro o cinco en un camarote, lograban que los mayores les cediesen una muchacha y ya no salían para nada.

El principal sacerdote de la nave recriminó a Lars y a los corios. Pero, por primera vez en su vida, los muchachos no hicieron caso de sus piadosas palabras y Lars no estaba para religiones.

El cuarto día de viaje, ya en la órbita de Orgaz, fue a verle uno de los pocos corios mayores de treinta años. Era Oberón. Recordaba vagamente que Allamire los presentó antes de partir.

—Capitán, ¿puedo hablar con usted un momento?

—¿Qué desea? —Aunque humilde y de apariencia insignificante, Oberón lo intranquilizaba.

—Es sobre los niños y las mujeres. No, no pretendo reprocharle nada —dijo ante el gesto de protesta de Lars—. Estoy de acuerdo con usted y supongo que también lo estará Allamire. —Le recordó que el regente se enteraría de todo lo que sucediera en el viaje—Estos muchachos hacen bien muchas cosas. Algunas ya las ha visto y otras más le seguirán sorprendiendo. Pero les falta experiencia de la vida. A pesar de ser auténticos guerreros, llevan en ello desde los diez años, aún no son hombres. De la escuela de la guerra van directamente a sus casas, al cuidado de sus madres. Y ahí Allamire no pudo hacer nada. Demasiado esfuerzo les pide ya a las familias corias. Pero volviendo al tema, capitán. No veo mal que estén con mujeres, pero esto no puede continuar. Ya ve usted el caos que reina en la nave. Si ahora mismo nos atacasen podríamos ser vulnerables.

» Otro problema es el príncipe. No sale de sus aposentos desde hace tres días. Cumple ligeramente con sus funciones y corre hacia su camarote. Hasta come allí, cuando a él siempre le gustó hacerlo con sus camaradas. Solo piensa en esa mujer. Allamire desea que Vanda adquiera experiencia en cuestión de amores, pero es un tema muy delicado para un muchacho de diecisiete años que comienza a vivir. Y debemos impedir a toda costa que se enamore de una princesa de un país aliado de los órfidas.

—¿Qué desea que haga? —preguntó Lars convencido.

—¿No quería vender las mujeres en Orgaz? Pues véndalas.

—Las venderé mañana mismo.

—No, tiene que ser hoy. Mañana iremos todos y los chicos no permitirán que nadie se las lleve. Voy a convocar una reunión para los que vayan al planeta. Estaremos unas dos horas. Mientras tanto, que sus hombres vendan las mujeres. Recomiende a los compradores que abandonen la ciudad y no se preocupe por las pérdidas, yo las compensaré con creces.

Lars hizo lo que Oberón le ordenó y causó una gran conmoción entre los jóvenes. Gracias a su extraordinaria disciplina no hubo una revuelta en la nave. El príncipe le ofreció comprar a Amanda por la cantidad que quisiera, y otro tanto hicieron varios de sus compañeros. Lars lamentó no poder atenderlos, alegando que ya estaban vendidas y que los compromisos eran sagrados, cosa que entendían los corios. También prometió regalarles nuevas mujeres a la mayor brevedad posible.

Aunque todo se calmó a bordo, los chicos todavía estaban enfadados

cuando partieron hacia Orgaz. Iba a aterrizar una nave. Las otras continuarían en la órbita del planeta, pendientes de lo que sucediera.

Los hombres cambiaron sus uniformes por ropas civiles, similares a las usadas por los nativos. Allamire no quería que pudieran relacionarlos con Coria.

Pronto divisaron Ostramuz, la principal ciudad del planeta. La nave se dirigió hacia la polvorienta llanura que la rodeaba. Se veían muchas naves, ya instaladas, y un enorme bullicio de gentes.

Aterrizaron en la zona más alejada de las puertas de la ciudad. Lars fue el primero en salir. Respiró el aire de Orgaz. Cada planeta tenía un olor diferente, y notó que le gustaba el aroma de su futuro reino.

Los piratas prepararon el mercado. Alrededor de la nave hicieron barricadas, con tablones de madera, y colocaron sobre ellas los objetos que robaron durante el viaje. Había joyas, oro, cuadros, figuras de plata, pieles, ropas y otras muchas cosas. Varios hombres armados se apostaron en los alrededores, mientras los encargados de vender voceaban las mercancías. A los corios también les encargaron misiones de vigilancia.

Pronto comenzaron a llegar pequeñas naves y vehículos terrestres. La muchedumbre se arremolinó en torno al puesto. Había mucho regateo sobre los precios, e intensas discusiones al respecto. Los corios, que nunca salieron de su país, contemplaban estupefactos la escena.

Había individuos de muchas especies. Unos seres globulosos de color verde, que casi les doblaban en tamaño, anunciaron su intención de comprar corios. B-T, que atendía la parte externa del tenderete, les dijo que no estaban en venta y comenzó una tremenda discusión.

—Son los obletas —explicó Lars a Vanda y a Alamarik—. Los órfidas los contratan como obreros por su tremenda fuerza. Desean compraros a vosotros.

—¿Para qué nos quieren? —preguntó Vanda.

—Les encanta joderse a los humanos. Les da igual que sean hombres o mujeres. Después se los comen, como hacen sus amos.

B-T terminó con la discusión sacando la pistola. Muchos piratas y corios apuntaron a los obletas, que se retiraron riendo.

—Se creen poderosos al estar protegidos por los órfidas —dijo Lars sin apartar su mirada de aquellos extraños seres.

Aterrizaron más naves y también hicieron mercado. Una gran multitud se había congregado en la llanura de Carden.

Llegó un lujoso vehículo terrestre del que salieron dos hermosas mujeres cubiertas con elegantes capas de piel de nutría que permitían ver sus cuerpos desnudos. Las seguían dos guerreros gigantescos de grandes cabelleras negras. Una de ellas quiso comprar a Vanda y a Alamarik. Lars dijo que no estaban en venta, y ellas manifestaron su deseo de alquilarlos.

—Señoras, eso es imposible —negó Lars desilusionando a los chicos.

Las mujeres insistieron. Por su magnífico vehículo, parecían acaudaladas y poco acostumbradas a las negativas.

Un muchacho desnudo de piel verdosa salió corriendo del tenderete. B-T le disparó matándole en el acto. Hubo un pequeño revuelo alrededor del cuerpo tumbado en la tierra con un orificio sangrante en la espalda, pero enseguida todo volvió a la normalidad. B-T le echó unas monedas a una especie de oso andrajoso y maloliente, que retiró el cadáver del que había intentado robar y lo echó sobre un montón de basura a escasa distancia del tenderete.

—Es la costumbre —informó Lars—. Quien se carga a alguien le da una moneda a esa cosa para que retire el muerto.

—Me llamo Haideé —se presentó la mujer más joven, una muy bella rubia de ojos verdes, al tiempo que tomaba la mano de Vanda y la colocaba sobre su pubis—. ¿Cómo te llamas, guapo joven?

—Vanda —contestó turbado.

—Mira cómo mi cuerpo pide el tuyo. —Metió la mano en la vulva mojada y se acarició el clítoris con los dedos del príncipe—. Ven conmigo, te prometo que nunca me olvidarás.

—Señora —intervino Lars—, no insista, no le permitiré marchar.

—Es una lástima. —Acarició sobre la ropa los genitales de Vanda y sonrió al ver lo excitado que estaba—Soy muy rica —agregó al irse—. Si vienes conmigo y abandonas a este ogro no te arrepentirás. —Le guiñó y se alejó con su amiga seguidas por los dos guerreros.

—Es una de las mujeres más ricas de Ostramuz —dijo Lars riendo—. Le gustaste. Si no estuvieras a mi cargo, permitiría que te fueras con ella. Pasarías un buen rato. —El pirata reía, socarrón, al leer el deseo en los ojos de Vanda.

Las ropas de los pasajeros de las naves asaltadas tuvieron mucho éxito entre los compradores. Mujeres de varias razas se apretujaban probándose las prendas y regateando continuamente. De vez en cuando se peleaban por algún vestido. Se arañaban con saña y pegaban puñetazos y patadas. Solo si sacaban armas, B-T intervenía para apaciguarlas. Después, continuaba convenciéndolas de lo bien que les quedaban las prendas.

Una mujer lagarto se probó un camisón de seda. La cola salía debajo y lo levantaba por detrás. B-T le dijo que todos los hombres lagartos querrían acostarse con ella. Tras un corto regateo, pagó el precio inicial.

Jacob llevaba las cuentas sentado en una mesa en el centro de puesto. Todos los piratas le daban el dinero que percibían. Aceptaban oro y créditos de Bahía. Nunca créditos de Orgaz. Nadie respondía por ellos y solo los incautos los tomaban.

Una vez hecha la gran venta, una multitud, aún mayor, los rodeó. Era la hora de las rebajas. Vendían los restos a un precio muy inferior. Hubo griterío, peleas y algún muerto, pero por fin se quedaron sin existencias.

Lars estaba satisfecho. El mejor botín de su vida. Aunque perdió dinero al vender las mujeres de forma precipitada.

—Vamos al Paraíso, muchachos. Hoy invito yo.

Lars contrató varios vehículos para ir a la ciudad. Los piratas reían felices pues, al estar los corios, no tendrían que quedarse vigilando la nave. Solo se llevó a diez corios, incluido el príncipe. No quiso que fueran más pues temía que se perdieran en el formidable bullicio. Pese a su destreza marcial, eran unos niños.

Oberón había desaparecido con varios hombres. Lars pensó que tendrían misiones en Orgaz. También detectó a unos nativos que los seguían. No le preocupaban, vio al jefe corio hablando con ellos y supuso que serían la escolta secreta del príncipe.

El camino a través de la llanura fue muy lento. Estaba atestado de tenderetes comerciales con la correspondiente multitud de compradores vociferantes a su alrededor.

Había muchos comercios de esclavos donde se ofertaban seres de todas las razas. En algunos, los más caros, vendían niños. Las vírgenes estaban expuestas desnudas y con las piernas abiertas para que los posibles compradores vieran el himen. Las otras, según pregonaba quien las vendía, solo habían hecho el amor una vez con un novio al que amaron mucho. Sin embargo, también voceaba que eran expertas en las artes amatorias.

A los corios les llamó la atención los puestos dedicados a las peleas de niños. Eran círculos hechos con sacos de tierra donde peleaban, a puñetazos en algunos tenderetes y con armas blancas en otros, niños de siete u ocho años, mientras un enorme gentío se arremolinaba alrededor y apostaban por los contendientes.

Cerca de las puertas de la ciudad encontraron un puesto de prostitución. Las mujeres se amaban entre ellas. Un negro introducía una enorme verga de plástico en la vagina de una de las prostitutas. Otras mujeres bailaban desnudas lanzando frases procaces a los mirones. Los que habían contratado el servicio hacían el amor separados del público por unas mantas que colgaban de una cuerda.

Los piratas querían utilizar el puesto, pero Lars prefirió dejarlo para más tarde. Antes irían a beber.

Aparcaron en las puertas de Ostramuz, dos antiguas columnas de piedra blanca semiderruidas. Recorrieron la ciudad a pie, pues las calles eran tan estrechas y sinuosas que imposibilitaban el tránsito de vehículos. El suelo era de tierra y las casas, casi todas de adobe gris y sucio, se desparramaban sin orden junto a sus correspondientes montones de desperdicios que nadie recogía nunca. Desde las ventanas tiraban a la calle las inmundicias y tenían que ir con cuidado para esquivarlas. Algunos humanos harapientos peleaban con los perros por la basura.

En la ciudad también había muchos puestos comerciales. Los

vendedores de armas las probaban allí mismo, disparando contra los perros y otros animales que hurgaban en las basuras.

Pasaron frente a una carnicería que exhibía sus productos en la puerta. Sobre el mostrador colgaban dos piernas humanas. Los corios tuvieron que reprimir las náuseas y las ganas de disparar contra los comerciantes.

Un dentista, instalado sobre una manta en el suelo, arrancaba dientes con unas tenazas. En la superficie de la manta se veían varios molares ensangrentados. Utilizaba de anestésico una botella de ron. Los clientes podían beber tantos tragos como pagaran. Al ser medicinal, lo vendía más caro que en la taberna.

Llegaron a una casa de ladrillo negro con el rótulo de restaurante escrito en galáctico y en unos extraños caracteres que los corios identificaron como órfida. *Las carnes más exquisitas de la galaxia en el restaurante más elegante,* figuraba en ambos idiomas. Tenía un amplio escaparate, protegido del exterior por una cristalera, donde estaban expuestos varios cuerpos humanos desnudos. Había hombres, mujeres y niños, y muchos miembros sueltos. En la puerta estaba la lista de precios, en créditos de Bahía, y un letrero que anunciaba que, si se encargaba con antelación, el comensal podía matar cualquier persona o animal que eligiera para comer.

Por fin llegaron al Paraíso, una gran cabaña de paredes de madera y techo de paja donde vendían bebidas. Lars dudó sobre la conveniencia de llevar a los corios, pero, como tampoco quería dejarlos fuera, al final todos entraron en la oscuridad de la taberna.

Sobre las mesas muchos borrachos dormitaban. Vieron también a los obletas con los que discutieron antes. Los miraron con intensidad. Ya estaban muy bebidos.

Lars eligió un rincón apartado de la barra para alejarse de los individuos que buscaban camorra. Se situaron junto a una mesa ocupada por nativos de Orgaz que fumaban opio. Estaban adormilados y no parecían capaces de causar problemas.

Lars pidió bebidas para todos, incluyendo a los corios. Pensó que les sentaría bien un poco de alcohol, aunque no permitiría que tomasen más de una consumición.

Los corios bebían despacio. Era la primera vez que probaban el alcohol. Los piratas, en cambio, parecían tener una sed inmensa y vaciaban uno tras otros los grandes vasos.

Un obleta se acercó al grupo para situarse junto a Vanda. Los corios adoptaron posiciones de combate. Lars pensó que debía intervenir antes de que sucediera cualquier desgracia, pero estaba disfrutando de su bebida y no fue lo suficientemente rápido.

En décimas de segundo el obleta alzó al príncipe en el aire y lo atrajo hacia él con enorme fuerza. Vanda disparó contra su cabeza. Los corios

empuñaron las armas en una exhalación, pero los restantes obletas habían caído fulminados por rayos que surgieron de todas partes. Humanos, vestidos como los nativos, les dispararon. Lars admiró la protección que tenía el joven príncipe.

Pagó al tabernero, un ser de más de dos metros de constitución simiesca. Estaba horrorizado por la matanza.

—Nos matarán a todos —gimoteaba.

Lars sabía que los obletas se vengarían. Solo había algo más peligroso que matar un obleta y era matar un órfida. Estos, sin duda, ayudarían a sus criados.

—Vámonos a la nave —gritó.

Salieron ordenadamente. Los que dispararon contra los obletas habían desaparecido. En la taberna solo quedaba el grupo capitaneado por Lars.

Por el camino hacia las puertas de la ciudad la gente abandonaba corriendo las calles. La noticia volaba. Los puestos de prostitución y de venta de esclavos eran desmantelados rápidamente.

Desde el restaurante, dos órfidas los observaron con descarada curiosidad. No les temían. No había nadie capaz de atentar contra ellos, incluso en un planeta salvaje como Orgaz.

—No disparéis —dijo Lars a sus hombres. Luego, dirigiéndose a Alamarik que caminaba a su lado—: No nos atacarán. Van a dejar que los obletas hagan el trabajo. Ellos presumen de no mancharse las manos.

Al llegar al descampado donde estaban aparcados los vehículos escucharon una gran explosión seguida de un intenso tiroteo. El pirata supuso que la persecución había comenzado.

En la llanura de Carden había una gran actividad. Los propietarios de los puestos retiraban las mercancías sin molestarse en empaquetarlas. Muchas naves despegaban deprisa quemando a quienes no se apartaban a tiempo. Todos querían escapar.

La nave estaba dispuesta para despegar. Los corios, alertados por la caótica fuga de la muchedumbre, prepararon la partida con su eficacia habitual.

A Lars le preocupaba Oberón. Nadie sabía de él ni de sus acompañantes. No podían escapar hasta que llegaran.

El pirata observó dos puntitos luminosos en la pantalla. Eran las otras naves corias que acudían ante la posibilidad de que se combatiera.

Los vigilantes, apostados en las puertas de la ciudad, volvieron con la noticia de que más un centenar de obletas arrasaron la taberna y aguardaban a ser más numerosos para atacarlos.

Un vehículo de tierra se acercó velozmente hasta frenar en seco a pocos metros de la nave. Oberón y varios hombres corrieron hacia la única escotilla que permanecía abierta. En cuanto entraron, ordenó al piloto que despegara y la nave se elevó. Los obletas corrían furiosos por la llanura,

disparando contra todos los comerciantes.

—Fuimos más rápidos —dijo Oberón, satisfecho—. Ya no pueden alcanzarnos. Temía que tuviéramos que pelear. Los habríamos destrozado, pero eso alertaría a los órfidas. Seguro que se interesarían por una nave de nuestras características que va disfrazada de pacífico mercante. Y este viaje no es para guerrear. Para eso, ya habrá tiempo.

Capítulo 6
Bahía

El gran planeta Bahía fue colonizado por hombres procedentes de Aurora y no tardó en alcanzar un gran desarrollo. Cuando se independizaron de la Tierra, ya eran tecnológicamente superiores a los terrestres y destacaban, sobre todo, en el campo de la genética. Habían creado una raza de esclavos, sumamente fuertes, a los que llamaron xiks. Querían conseguir en ellos fortaleza, sumisión y poca inteligencia, pero solo lograron la primera. Eran pequeños seres muy fuertes que podían trabajar en cualquier condición ambiental. En cuanto a la sumisión, el fracaso fue absoluto. Los xiks odiaban a los bahiianos. Eran muy rencorosos e iracundos. La mayoría de ellos apenas tenía la inteligencia de un niño de cinco años; sin embargo, al ser muy grande su capacidad reproductora, pronto hubo mutaciones y aparecieron individuos más inteligentes que se convertían en líderes y generaban continuas revueltas.

A pesar de las diferencias con el diseño original, los xiks fueron responsables del gran crecimiento experimentado por Bahía antes del advenimiento del Imperio de Horgón. Cuando, en su expansión, las tropas imperiales alcanzaron esa zona de la galaxia, Bahía ya era una nación poderosa que se defendió bien de las flotas que la atacaron.

Dos países resistieron a Horgón: el misterioso Gran Mundo Stel, que solo sufrió ataques ocasionales por estar situado en el extremo de la galaxia; y Bahía, que atrajo mucho más su interés. La guerra duró cien años, hasta que pactaron una paz en la que Horgón salió beneficiado, pero Bahía conservó su independencia. Pocos siglos después, cuando el Imperio empezó a desmoronarse por los movimientos separatistas, la flota de Bahía arrasó el planeta Horgón, capital de la civilización más poderosa que había existido en la historia de la humanidad.

En el año 9900, según el calendario heredado de los terrestres, los órfidas llegaron a Bahía y enseguida se entabló una buena amistad entre los dos pueblos. Los órfidas les ayudaron en su desarrollo tecnológico y los bahiianos permitieron que instalaran bases militares y factorías. También, gracias a los xiks, y a los enormes yacimientos de uranio de los planetas interiores, Bahía se convirtió en el principal abastecedor de armas de los órfidas. En 9985 Dorado, la capital de Bahía, era el centro administrativo más importante de la galaxia, tanto humano como órfida.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

La fiesta de cumpleaños era fastuosa. Tenía lugar en el Gran Salón del Palacio de Invierno. Las paredes, recubiertas con láminas de varios centímetros de oro, fueron especialmente lustradas para la ocasión. Todas las lámparas estaban elaboradas con los maravillosos cristales de Danán, que reflejaban la luz del color que cada persona deseara. El esplendor del Imperio se había volcado allí. Se celebraba el quinceavo cumpleaños de la princesa Selene y, a la vez, el cinco mil aniversario de la llegada de los hombres a Bahía. La princesa era considerada la reencarnación del espíritu de aquellos audaces conquistadores que la convirtieron en una gran nación.

Asistieron a la fiesta todos los principales personajes del reino. El rey Traxis, el príncipe heredero Debis y multitud de virreyes y almirantes de los más remotos confines de la galaxia. Algunos recorrieron enormes distancias para rendir homenaje a los antepasados en la figura de Selene.

También acudió Sanatakur, el Kidang órfida, lo que suponía una gran muestra de respeto por parte de los señores del universo hacia Bahía y su princesa.

Selene estaba maravillosa. Su vestido de seda escarlata, bastante provocativo para las recatadas costumbres del Imperio, la convertía en una diosa. Era, sin lugar a dudas, el centro de atención de la fiesta.

Sanatakur le regaló un precioso collar de esmeraldas y la besó en ambas mejillas, un increíble honor otorgado por el ser más poderoso de la galaxia.

Selene, ruborizada, se colocó el collar y dio las gracias al Kidang.

Patrexis apareció a su lado.

—¿Permite la mujer más bonita del universo que le haga mi miserable presente?

Era un guapo joven vestido con el uniforme rojo de la armada de Bahía. Las lenguas ociosas de Dorado aseguraban que sería su futuro esposo.

—¡Pat! ¡Qué alegría! ¿No luchabas en Urán contra los xiks revoltosos?

—No me perdería tu fiesta aunque se sublevaran todos los xiks de la galaxia. Llegué esta tarde para traerte mi regalo. —Sacó del bolsillo un pequeño estuche.

Selene lo abrió y descubrió un brazalete de piedras violetas.

—De las mejores minas de Urán, para la mejor mujer.

Patrexis la besó en la cara. La princesa se ruborizó, era la primera vez que la besaba.

—No has debido molestarte —dijo intentando mantener la compostura.

—No es ninguna molestia. Daría la vida por una sonrisa tuya.

—¿Qué pasó en Urán? —preguntó para cambiar el tema pues las palabras del teniente, a pesar de que le gustaba, o precisamente por eso, la turbaron—. ¿Es tan grave como dicen?

—Los xiks cometieron muchas fechorías hasta que conseguimos

detenerlos. Pero no vine a hablar de xiks, ni de guerras, sino a decirte lo mucho que te he echado de menos.

—¡Hola! ¡Qué guapa estás! —Los interrumpió Sofía, una bellísima morena de ojos azules, hija del gran almirante Remxis, el hermano del rey, y prima de Selene— ¿Dónde compraste ese vestido? Si me lo pongo yo, mi madre me mata.

—Mi madre me lo regaló. Dice que soy la mujer del cinco mil aniversario y un símbolo tiene que impresionar.

—¡Y vaya si lo logras! —exclamó Patrexis contemplando el hermoso vestido que transparentaba las formas de la princesa.

—Dime Pat —preguntó Sofía—, ¿es cierto que los xiks asesinaron a muchas personas en Urán?

—No quería hablar de ello en un día tan señalado, pero sí, es cierto. Fue la revuelta más cruel que se conoce. Tardamos seis días en derrotarlos. Parecía como si todos los xiks del planeta se hubieran puesto de acuerdo para atacarnos.

—¿Murió mucha gente?

—Doscientas o trescientas personas. Por donde pasaron no quedó nada. Quemaron las casas, arrasaron los campos y torturaron a todos los que pillaron. Aunque les dimos un buen escarmiento. Dudo que se atrevan a levantarse en mucho tiempo.

En el centro del inmenso salón el rey Traxis departía amigablemente con el Kidang y su esposa, una bella órfida, muy joven, vestida con un discreto traje gris. A su lado estaban varios órfidas, casi todos Dang de las factorías de Bahía. Habían dispuesto para ellos un salón apartado, separado por gruesas cortinas de terciopelo, debido a su costumbre de comer carne humana. Aunque todos estaban al corriente, algunas personas eran muy susceptibles con ese tema.

Selene paseaba por el salón charlando con todo el mundo. La mayor parte de los invitados quería saludarla y competían entre ellos por retenerla unos segundos.

En una habitación contigua se acumulaban los maravillosos regalos remitidos desde todas las estrellas del Imperio. Muchos de ellos procedían de mundos muy lejanos. Desde el planeta Danán enviaron una escultura de cristal que la representaba. No tenía precio. A cada instante cambiaba de color según fuera el humor de la princesa.

Selene acababa de dejar al embajador de Lituania, que no paró de alabar su belleza, cuando apareció frente a ella un viejo sucio que la miraba fijamente. Vestía harapos mugrientos, sus cabellos eran largos y descuidados, y lucía una espesa barba que molestaba a la vista. Era la excepción en aquel maravilloso entorno.

Selene se preguntó cómo habría entrado en el palacio. La fiesta era de rigurosa etiqueta. Estaba segura de que los porteros no admitirían a nadie

vestido de esa manera. Decidió no hacerle caso charlando animadamente con sus amigas, pero era imposible, sentía la mirada del viejo clavada en su espalda. Le extrañaba que ellas no hubiesen reparado en él.

—¿Viste a ese hombre? —preguntó a Sofía—. No deja de mirarme.

—No es extraño, con ese vestido —bromeó su prima, pero cuando vio al viejo desapareció su sonrisa y palideció.

—¿Quién es? —interrogó Selene al notar la afectación de Sofía.

—Uno que habla en el mercado. —Estaba muy nerviosa—Vámonos de aquí.

—No te vayas, bella princesa. —Las paralizó la voz del viejo—Solo vine a traerte mi presente.

El hombre deslió un paquete que llevaba bajo el brazo y arrojó un gato muerto a los pies de Selene.

Todas las mujeres gritaron.

—Toma tu regalo, princesa de la muerte. Tómalo y disfruta que ya te quedan pocos cumpleaños.

Patrexis se interpuso entre el viejo y las mujeres. Dos guardias cayeron sobre el intruso y lo arrastraron hacia la puerta. Se fue gritando que el fin del mundo se acercaba y todos serían castigados por sus pecados.

Selene y sus amigas lloraban. Patrexis, con varios soldados, protegió el séquito de la princesa. El rey Traxis apoyó su brazo protector en el hombro de su hija, mientras llamaba con la mirada al capitán de la guardia.

—Olvídalo —le dijo Sofía con lágrimas en los ojos—. Es uno de los locos que pregonan la profecía.

Aquella palabra impactó en el grupo que rodeaba a Selene. Sofía supo que había cometido un grave error por la severa mirada del rey.

—¿Qué profecía? —preguntó Selene.

—Nada, hija, cosa de locos —contestó su padre. Después, volviéndose hacia el capitán de la guardia, le ordenó—: Averigua cómo consiguió entrar ese loco. Me respondes con tu cabeza.

Selene se retiró a sus habitaciones para tranquilizarse, pero, a pesar de la infusión que le preparó su madre, aquella noche no pudo dormir.

En días sucesivos su interés por las palabras del viejo fue en aumento. Preguntó a muchas personas, aunque nadie conocía la profecía, o no deseaban comentarla con ella.

Patrexis la visitó varias veces y también Sofía. Pero desde el día del aniversario solo tenía en la cabeza la imagen del viejo y una enorme curiosidad por descifrar sus palabras.

Un día, en el desayuno, al desliar la bonita servilleta de hilo, encontró un extraño mensaje: *Busca en los libros prohibidos.*

Escondió el papel y nada más terminar se dirigió a la biblioteca. Encontró a Tocornix, el jefe de los bibliotecarios, un simpático viejecito que disfrutaba siempre que ella aparecía por sus dominios.

Selene lo recordaba desde muy pequeña, cuando la tomaba en brazos para relatarle hermosas narraciones de hadas y bosques encantados.

—¿Qué buscas en la biblioteca? —preguntó con la alegría reflejada en el rostro—. Te has convertido en una hermosa mujer. Si tuviera cincuenta años menos sería tu primer pretendiente.

Selene lo besó en ambas mejillas y el viejo agradeció efusivamente la muestra de afecto.

—Busco un libro de historia. Mi profesor está insoportable, no tendré más remedio que estudiar.

—Viejo estúpido. Ya le daré yo cuando venga por aquí. ¡Hacer estudiar a tan hermosa criatura!

Tocornix hizo una amplia disertación sobre la historia de Bahía y los libros donde mejor se reflejaba.

—Con los libros hay que tener cuidado. Hubo épocas oscuras en las que los historiadores escribieron al dictado de los gobernantes. Así tenemos muchos ejemplos de historia falsa de la que hay que entresacar la verdad.

—¿Es cierto que hay libros prohibidos? —preguntó inocentemente.

Tocornix la miró, pero no vio más que la agradable sonrisa que siempre le ofrecía.

—Sí, están en aquella habitación. —Señaló una puerta al final de la sala.

—¿De qué tratan?

—De cosas que una niña bonita como tú no tiene que saber.

—Vamos, dímelo —demandó dulcemente.

—Los hay de magia negra, de brujas —bajó la voz—, de hijos de emperadores que se rebelaron contra sus padres, y de cosas terribles que no deben conocer los ciudadanos de Bahía.

—¿Por qué no los destruís?

—Los conocimientos, sean buenos o malos, han de conservarse siempre. Debemos evitar que algunos salgan de estas paredes de piedra y los vean ojos a los que no están destinados. En mi mesa guardo la llave de la sala de los libros prohibidos. A nadie que no sea tu padre, o esté autorizado por él, le permito entrar en esa habitación.

El bibliotecario disfrutaba de la compañía de Selene y le relató curiosas anécdotas del pasado de Bahía. La princesa llevó la conversación hacia los libros prohibidos. Tocornix habló de los emperadores que se volvieron locos y aterrorizaron a sus súbditos. A algunos los consiguieron matar, pero otros acabaron su reinado tras largos años de terror.

Tras despedirse del anciano, se dirigió a sus habitaciones. Desde el amplio ventanal que daba al jardín posterior divisaba la puerta de la biblioteca. Se sentó en una silla, oculta tras las cortinas, y esperó con paciencia a que saliera Tocornix.

A las trece horas, el bibliotecario abandonó su trabajo para comer en

las cocinas del palacio. Selene no lo dudó. Atravesó el jardín en una exhalación y entró atropelladamente en la biblioteca. Hurgó nerviosa en el cajón de la mesa hasta encontrar una llave dorada. Tuvo el presentimiento de que era la que buscaba.

Sin pensarlo un segundo, abrió la vieja puerta de madera y entró en el cuarto de los libros prohibidos. Quedó sorprendida por el impresionante decorado de la habitación. Las paredes estaban cubiertas por tapices con motivos tenebrosos. En las portadas de los libros había figuras aberrantes. Destacaban las brujas, pintadas en su forma más horrorosa, los machos cabríos y otras imágenes diabólicas.

Rebuscó deprisa entre los libros. Tocornix era muy austero en las comidas. No tardaría en volver.

Emperadores poseídos era el titular de un libro muy voluminoso. Por lo visto, abundaron en la historia de Bahía. No se entretuvo a pesar de su gran curiosidad. *Profetas malditos*. Lo cogió nada más verlo. Había muchos en los capítulos que se referían a los primeros dos mil años del Imperio. Pasaba las páginas deprisa. Iba por el año cuatro mil cuando, de entre las hojas, cayó al suelo un pergamino de notable antigüedad. El papel, muy amarillento por el paso de los años, estaba rígido y cuarteado. Temió que se deshiciera en sus manos. Las letras eran de un color marrón oscuro muy gastado. Le pareció un color extraño. Sintió en lo más profundo de su ser que el pergamino estaba escrito con sangre. Alguien extrajo su propia sangre para dejar constancia de la terrible profecía. El lenguaje empleado era bahiiano antiguo, pero se entendía muy bien.

El quince cumpleaños de la veinteava princesa de la casa de Tenerxis marcará el principio del fin.
Los hombres habrán merecido un gran castigo por sus pecados, siendo el principal de ellos el unirse a seres que van contra la naturaleza humana.
La princesa no vivirá muchos años más. No llegará a cumplir la edad del toro. Pero vivirá lo suficiente para ver las enfermedades, plagas y catástrofes con que Dios castigará a sus súbditos.
Poco antes de morir, verá el mundo destruido a sus pies.
Ella es la princesa de la muerte.

Escuchó un ruido. Enseguida dejó el libro en la estantería y entreabrió la puerta con sigilo para ver qué sucedía. Tocornix acababa de entrar en la biblioteca.

Aprovechando que el bibliotecario se asomó a la ventana, cerró con cuidado la puerta de aquel cuarto siniestro y depositó la llave en el cajón de la mesa.

—¿Otra vez estás aquí? —Tocornix se volvió hacia ella con expresión alegre. No albergaba ninguna sospecha.

—Quería consultar un diccionario. ¿Cuál es la edad del toro?

—Los veinte años. Los antiguos ponían nombres a las edades. Hace dos mil años denominaban así a la edad en la que consideraban más potente al individuo. Es una lástima que hayamos perdido las viejas tradiciones.

Estuvo largo rato hablando con Tocornix. No quería que imaginase el motivo de su reiterada presencia y disfrutaba con su conversación.

Al regresar a sus aposentos pensó en la profecía. Ella era la veinteava princesa de la casa Orlán. Su padre era Traxis de Orlán. Y la princesa maldita tenía que pertenecer a la casa de Tenerxis. Decidió volver al día siguiente para seguir buscando en los libros prohibidos. Todavía quedaba por resolver el enigma de los nombres de las casas reales. Sabía que era la princesa de la muerte, aunque no concordara el nombre de su dinastía con el que figuraba en el pergamino. También quedó muy intrigada por los horrores ocultos en aquella habitación secreta. Deseaba leer todos los libros cuyas portadas le impresionaron.

Sofía apareció muy temprano para llevarla al mercado. Era el cuarto día de la semana y acudían a Dorado mercaderes de todos los lugares del Imperio. Protestó alegando cansancio, pero su prima no estaba dispuesta a recibir negativas y terminó arrastrándola a la calle.

Desde el incidente con el profeta en el Gran Salón su escolta se duplicó, aunque los guardias eran muy discretos. Selene comunicaba su itinerario al capitán y no tenía que preocuparse más. Muchas veces ni siquiera notaba su presencia.

El mercado principal de Dorado era enorme. Ocupaba cien kilómetros cuadrados y tenía capacidad para albergar millones de personas. Había dos zonas bien diferenciadas. Una, permanente, con construcciones en piedra y ladrillo, estaba abierta todos los días del año a cualquier hora. Casi ningún comercio cerraba por las noches. La otra zona estaba destinada a mercaderes de mundos lejanos y solo abría una vez a la semana. Había también ricas construcciones en piedra, según la capacidad económica del comerciante, pero prevalecían enormes tiendas de campaña que solo se utilizaban los días de mercado.

Las primas llegaron a las tiendas de frutas. Había muchas desconocidas procedentes de diversos planetas. Curiosearon durante un buen rato. Los comerciantes, cuando reconocían a Selene, le regalaban sus mejores productos.

Les llamó poderosamente la atención un puesto donde vendían hombres y mujeres diminutos, de no más de veinte centímetros de altura. El comerciante dijo que procedían de la lejana estrella Albani y eran muy difíciles de conseguir. También eran muy caros. Quizás comprarían algunos más adelante.

En los puestos de flores había ejemplares de rarísima belleza. La floricultura estaba muy desarrollada en Bahía. Las dueñas de los comercios le regalaron tantas flores que Selene tuvo que alquilar un vehículo para transportarlas hasta el palacio.

Llegaron a la zona destinada a los órfidas. Estaba abarrotada de mercancías procedentes de múltiples estrellas. El mercado de Dorado era el principal centro de intercambio órfida de la galaxia. Los más ricos mercaderes llevaban allí sus productos para obtener el mejor precio. Las carnicerías estaban separadas por una tapia del resto de los comercios.

Una multitud de órfidas se aglomeraban en la Oficina Planetaria donde se encontraba la casa de empréstitos. Todos los días, desde que descubrieron la Bolsa, estaba atestada de órfidas vociferantes pidiendo créditos para explorar la galaxia. Aspatakur era un órfida pobre que, gracias al descubrimiento de planetas repletos de humanos, salió de la miseria para elevarse a las cimas de la riqueza y el poder. La mayor parte de los colonizadores retornaba al cabo del tiempo con las manos vacías, sin haber encontrado un nuevo mundo que los alejara de la miseria, y tenían que emplearse de asalariados por un periodo más o menos largo según fuera la deuda contraída. Pero no por ello dejaban de intentarlo. Aquel día estaban más agitados que de costumbre.

—¡Hola! —las saludó Seneka, la mujer del Kidang—. Están nerviosos porque ha desaparecido Kokur, el Dang de la factoría del Lago Salado.

Las primas saludaron a Seneka con un beso en cada mejilla. La órfida tenía una piel sedosa como el terciopelo.

—Algo he oído —dijo Selene—, pero no sé qué pasó. Como a mí no me cuentan nada.

—Desaparecieron en el espacio cuando iban a Casablanca. Encontraron los restos de la nave, pero no a los viajeros.

Seneka tenía pocos años más que ellas. A pesar de ser órfida era muy hermosa.

—El capitán envió un mensaje avisando que eran atacados por piratas. Después, no tuvieron más noticias suyas.

—¿Piratas? —preguntó Sofía—. Yo pensaba que sólo existían en los cuentos infantiles.

—Pues existen, aunque parezca mentira. Pero hablemos de cosas más divertidas. Estabas preciosa el día de tu cumpleaños —se dirigió a Selene —. Me encantaría llevar un vestido como el tuyo.

—Si quieres te doy la dirección del sastre. Es encantador. Si vas de mi parte, no tardará en hacértelo.

—Imposible. —Rio—Mi marido me mataría. Es muy celoso. Las órfidas que vivimos en Bahía tenemos la suerte de poder salir a la calle. En nuestro planeta natal, una vez casadas, debemos recluirnos en la residencia familiar. Salimos en muy raras ocasiones para visitar a la familia del

marido. ¿Por qué no venís a mi casa? Así la conocéis y charlamos un rato.

Aceptaron.

El barrio de los órfidas estaba muy cerca del mercado y fueron caminando hasta la residencia del Kidang. Era una mansión fastuosa, solo se podía comparar al Palacio de Invierno.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Sofía al entrar en las habitaciones privadas de Seneka.

—Diecinueve —respondió mientras se sentaba en un bello sofá forrado de terciopelo, invitándolas a acomodarse a su lado—. Me casé a los quince años. El Kidang tenía setenta y cinco. A mí no me gustaba tanta diferencia de edad, pero mi familia se impuso. Sanatakur era el personaje más poderoso del mundo exterior. —Los órfidas llamaban mundo exterior a los territorios colonizados fuera de su galaxia natal, Andrómeda—.

—¿Estás contenta? —curioseó Sofía. Selene la pellizcó. Era una pregunta muy indiscreta.

—En muchos aspectos sí, pero echo de menos el sexo. Mi marido ya es mayor y lo practica poco.

Las primas se ruborizaron. El sexo era un tema tabú entre las muchachas de Bahía.

—¿Os gustaría que viésemos una proyección de tu fiesta de cumpleaños? —preguntó Seneka.

Asintieron encantadas.

Seneka tecleó un tablero incrustado en el brazo del sofá y se iluminó una enorme pantalla que ocupaba toda la pared. El Gran Salón del Palacio de Invierno se veía como el día de la fiesta. Al principio la imagen solo destacaba a los órfidas. El Kidang y Seneka acaparaban la atención de las cámaras. Pero pronto la imagen quedó fija en Selene, preciosa con su vestido escarlata. Las piernas se trasparentaban y hasta parecía entreverse una sombra más oscura a nivel del pubis. Toda ella era una mezcla de colores escarlata y carne.

—No sé cómo me puse ese vestido. —Estaba avergonzada—Es indecente.

—Pero si ibas preciosa. Ojalá mi marido me dejara lucir otro igual —dijo Seneka—. Y fíjate ahora. —Tocó un botón y el fondo de la imagen adquirió un tono violeta. La princesa aparecía con el traje en azul y los pezones y el vello público muy subrayados en negro.

—¡Es escandaloso! —exclamó Sofía.

Selene, ruborizada, no quiso mirar la pantalla. Estaba abochornada. Seneka cortó la proyección y sirvió unas copas de un extraño licor.

—Probadlo, es exquisito. ¿Qué os parece si jugamos a algo? Por ejemplo... ¿Nos disfrazamos?

—¡Oh, sí! —festejó Sofía.

Seneka se levantó para cerrar la puerta con llave. A la vuelta llevaba un

mazo de cartas en la mano.

—La que saque la carta más alta disfraza a la que tenga la más baja.

Las primas, intranquilas por el contenido del juego, bebieron un poco de licor. Estaba muy bueno.

La órfida saco un nueve, Selene un cinco y Sofía un tres. Le tocaba a Seneka disfrazar a Sofía. Las dos fueron cogidas de la mano a la habitación contigua.

Pronto se escucharon risas y negaciones de Sofía.

—No, eso no. Me da vergüenza.

Estallaron en carcajadas.

Selene observó la botella del licor órfida. En la etiqueta se veía un extraño lagarto. En muchos lugares se hacían licores con lagartos, pero lo curioso del dibujo era que iba erguido y llevaba un hacha en la mano. La literatura de la etiqueta estaba en órfida. En galáctico solo figuraba un nombre: Ponk.

Seneka llegó muy divertida. Puso música y dijo sonriendo.

—Mira qué sorpresa.

Apareció una Sofía impresionante. Llevaba una cinta fosforescente en el pelo, muchos collares, los pechos desnudos y una especie de falda que, surgiendo mucho más abajo del ombligo, llegaba hasta el suelo por delante y por detrás, dejando los laterales al descubierto.

Sofía bailó al son de la música. Con cada movimiento la falda se balanceaba a los lados y mostraba su sexo.

—¡Maravillosa! —exclamó Seneka. Luego, cogió las cartas y dijo—: Vamos a jugar otra vez.

Perdió la órfida y ganó Selene. Sofía las miró riendo mientras se servía más licor.

—Está riquísimo.

—Está muy bueno, pero no bebas mucho que es bastante fuerte —dijo Seneka. Luego miró a Selene y, aparentando estar preocupada, preguntó—: ¿Con qué me vas a disfrazar?

—No lo sé. —Selene, aunque nerviosa, estaba interesada en el juego. Recorrió con la vista la habitación en busca de algo para vestir a Seneka.

—Vístete con esto. —Se quitó el pañuelo de seda blanca que llevaba alrededor del cuello.

—¿Solo con eso?

—Sí —contestó riendo la princesa—. Y corre, que te esperamos impacientes.

Seneka pasó a la otra habitación. Sofía estaba tumbada en el sofá de tal forma que la falda no le tapaba nada.

Cuando reapareció la órfida, el pañuelo solo le cubría ligeramente el pubis. Tenía unas mamas muy bonitas. Selene se admiró de que le resultaran atractivos unos pechos de otra especie.

Seneka se dio la vuelta mostrando su cuerpo desnudo por detrás y se sentó junto a ellas. Estaba orgullosa de su figura.

—Me encantan tus senos —dijo Sofía —. ¿Me permites que los toque?

—Tócalos. —Estaba algo asustada, igual que las dos primas.

Con las dos manos, Sofía acarició los pechos. Eran sedosos y suaves al tacto. Los rosados pezones no tardaron en erguirse.

—¡Se levantan tus pezones! —exclamó Sofía.

—Los tuyos también. —Seneka acarició los pezones de Sofía que enseguida se alzaron.

Las tres mujeres reían y se miraban nerviosas.

—Nos falta ver los tuyos —Seneka se dirigió a Selene, la única vestida.

—¿No nos verá nadie? —preguntó intranquila.

—No te preocupes, cerré la puerta. Pero date prisa, queremos verte desnuda.

—¿Tengo que quitarme el vestido? —preguntó dubitativa. Le parecía que la situación había llegado demasiado lejos.

—Claro —protestó Sofía—. ¿No nos ves a nosotras?

Selene dejo caer el vestido y quedó sólo con un minúsculo tanga de encaje negro transparente.

—¿Seguimos jugando? —preguntó Seneka con las cartas en la mano.

—Ya estamos las tres disfrazadas.

—Ahora la que gane pondrá condiciones a las otras dos.

—¡Muy bien! —exclamó Sofía—. Como perdáis vosotras, os podéis preparar.

La órfida repartió las cartas. Las dos primas sacaron un uno. Seneka ganó la mano con un tres.

—¿Qué nos vas a pedir? —preguntó Selene.

—No sé... —meditó—. Algo fácil por ser la primera vez. Besaros.

Selene besó la mejilla de Sofía. Las dos estaban radiantes.

—Así no —protestó Seneka—. Un buen beso.

—¿Cómo besáis los Órfidas?

—Como vosotros. Como se besan todos los seres inteligentes del universo.

—Yo no besé a nadie —dijo Sofía—. Tendrás que enseñarnos.

—Yo sólo he besado a mi marido y no tengo muchas ganas de repetirlo.

—Enséñanos a besar —insistió Sofía.

La órfida reía nerviosa. Las tres estaban expectantes y asustadas por lo que pudiera suceder.

—Bueno, no soy una experta, pero vamos allá. Acércate.

Sofía acercó su boca a la de Seneka. Ambas unieron sus labios.

—Así no, tienes que sacar la lengua. —Las dos lenguas se unieron. La órfida comenzó a mover rápidamente la suya.

—No dejes la lengua quieta. Haz lo mismo que yo. —Estuvieron largo

rato besándose.

—Mejor ahora, vas aprendiendo. A mí me gusta más que con mi marido. —Las tres rieron.

—Te toca aprender a ti —dijo atrayendo a Selene hacia ella. Se besaron varias veces, hasta que Seneka quedó convencida.

—Ahora que ya sabéis besar, podéis cumplir mi condición.

Sofía y Selene se miraron. Ambas deseaban y temían ese momento. Sofía se acercó. Pronto pegaron los labios y unieron sus lenguas. Los dos cuerpos desnudos se acoplaron. Selene notaba los pechos de Sofía aplastando los suyos. Su mano descansaba en el muslo de su prima cuando, a causa de un movimiento brusco, resbaló hacia el pubis. Quiso retirarla, pero las piernas la aprisionaron. Acarició el rizado vello. Su mano entró en una vulva caliente y húmeda. Su prima estaba entregada.

Sofía comenzó a gemir entrecortadamente. Selene, asustada, se separó.

—¡Muy bien! —exclamó Seneka, palmoteando divertida.

Sofía permanecía en el sofá con los ojos cerrados.

—Estaba muy mojada —dijo extrañada Selene mostrando los dedos húmedos

—Claro, tonta. Las hembras se mojan cuando están calientes.

—¿Se mojan?

—Sí, fíjate en mí. —Levantó el pañuelo de seda que cubría su sexo e introdujo la mano de Selene en su interior. Los dedos de Selene resbalaron en la vulva hasta rozar el clítoris.

—Tú también estás mojada —afirmó mientras retiraba tímidamente la mano.

—Y tú debes de estarlo. —Bajó el tanga de la princesa y acarició con los dedos la vulva. Los sacó muy húmedos.

—Ves, estás igual que nosotras.

Las tres se acariciaban cuando escucharon un fuerte golpe en la puerta.

—¡El Kidang! —exclamó Seneka muy nerviosa—. Vamos a vestirnos.

Selene se vistió enseguida mientras Sofía y Seneka corrieron a la habitación contigua donde estaban sus ropas. El jefe órfida golpeaba la puerta dando grandes voces en su idioma.

—Ve a abrir —le dijo Seneka desde la otra estancia.

Cuando Sanatakur entró, Seneka y Sofía salían de la habitación.

—¿Cómo es que estabais encerradas? —preguntó en galáctico, moderando su cólera ante la presencia de las primas.

—Para que no nos molestara nadie —contestó su mujer tranquilamente.

Sanatakur pidió disculpas por su indecorosa entrada.

—Tengo un mal día —explicó—. No aparece el Dang Kokur. Hay más de cien naves buscándolo, pero no hay indicios de su paradero. Encontraron la nave donde viajaba con señales de combate y sin rastro de sus ocupantes. El capitán, en su último mensaje, dijo que los atacó una

nave pirata. Pero ni el más depravado de ellos se atrevería a dañar a un órfida. Hemos rastreado Orgaz, el planeta que cobija a los piratas de esa zona, pero no obtuvimos información.

—Puede que no lo quieran decir.

—A nosotros siempre nos dicen lo que queremos —repuso sonriendo malignamente.

—¿Quién se quedará con la factoría? —preguntó Seneka.

—Ese es otro problema. También desapareció la esposa de Kokur. Al no tener hijos, la ley marca que sea yo, el Kidang, quien decida al respecto. Yo te la pensaba regalar con motivo de tu veinte cumpleaños. Pero ahora hay una banda de *gsrukotr* —esto lo dijo en órfida— que pretende repartir los beneficios de la factoría entre los órfidas pobres. ¡Malditos *gsrukotr*! Lo que no quieren es trabajar. Que les den todo hecho. Pues conmigo se van a encontrar si es lo que buscan.

Las primas se despidieron. Dejaron al Kidang despotricando contra los muertos de hambre que pretendían robarle una factoría que ya consideraba suya.

Fuera llovía tenuemente, pero era un atardecer muy agradable. La estrella de oro se veía magnífica tiñendo las nubes de rojo y creando pequeños arcoíris con las gotas de agua.

Enseguida apareció un vehículo para recogerlas.

Cuando se despidió de Sofía, Selene se sentía avergonzada. Pensaba que sería incapaz de mirarla a la cara. Aún nerviosa por lo sucedido, se dirigió a la biblioteca. A esas horas no estaba Tocornix y había un vigilante menos despierto que el anciano. Consiguió la llave y fue directa al cuarto de los libros prohibidos. Después de mucho revolver descubrió, en un libro sobre la historia de su familia que, doscientos años antes, y a consecuencia de la profecía, el duodécimo rey de la casa de Tenerxis cambió el nombre de la familia por el de Orlán. Así pues, ella era la veinteava princesa de la Casa de Tenerxis, la princesa de la muerte.

Capítulo 7
Los secretos de los corios

Allamire presidía la reunión sentado en la cabecera de la mesa. Estaban en Erial, el tercer planeta corio, en una casa de campo camuflada en el interior de un inmenso bosque de cedros milenarios. Era imposible detectarla desde el aire. Cualquier nave que sobrevolase la zona, por muy sofisticados instrumentos que poseyera, solo apreciaría el verdor de los árboles. No captaría ningún tipo de emisiones, pues la energía se eliminaba a través de canalizaciones subterráneas.

El edificio era rectangular con una sola planta en la superficie, pintada del mismo color verde-terroso del bosque, y tres pisos bajo tierra. Un tortuoso sendero, escondido bajo las gruesas ramas de los grandes árboles, recorría veinte kilómetros de exuberante espesura y llegaba a una minúscula aldea agrícola. Las principales ciudades industriales estaban a más de dos mil kilómetros.

Los planetas corios estaban prohibidos para los extranjeros. Los escasos que visitaban el país, siempre por alguna causa extraordinaria, aterrizaban en Ilamad, el planeta más alejado de la estrella Coria. Erial estaba vedado para los mismos corios. Era un centro de investigación y fabricación de armamento, al que no podía acceder nadie que no fuera llamado.

Alrededor del regente se sentaban sus principales colaboradores, los cuales eran desconocidos para la inmensa mayoría de la población. Allamire heredó de sus antepasados la tradición de guardar en secreto los asuntos de estado y la llevó a límites rayanos con la locura.

A su derecha estaba Salvrey, su secretario personal, que figuraba en todas partes como jefe de protocolo, aunque eran muchas las funciones que desempeñaba.

—Serik, empieza tú —Allamire inició la conferencia—. A partir de ahora todo lo que se refiera al viaje del príncipe tendrá prioridad.

Serik, un hombre de cincuenta años, tras revolver sus aparentemente embarulladas notas, comenzó a relatar lo acontecido en el viaje a Orgaz y durante la estancia de los corios en el planeta. Cuando refirió la relación entre los jóvenes y las mujeres, hubo risas generalizadas que los severos ojos del regente no pudieron reprimir. Salverdatín preguntó si el objetivo de la expedición era preparar la guerra, o crear una legión de fornicadores natos que dejaran muy alto el pabellón de Coria por el espacio. Las carcajadas se oyeron en otros mundos y la reunión no pudo proseguir durante un buen rato. Además, como los asistentes reprimían la risa a

causa de la seriedad de Allamire, en cuanto se encontraban sus ojos estallaban de nuevo.

Allamire fulminó con la mirada a Salverdatín. Era el único que se permitía bromear en su presencia. Se conocían desde la infancia y, al ser el mejor técnico en armamentos, se consideraba imprescindible.

Serik relató la pelea en el Paraíso.

—¿Obletas? ¿Quiénes son los obletas? —lo interrumpió Allamire.

—Son originarios de la galaxia de Andrómeda, aunque no conocemos su estrella natal. Son muy fuertes y los órfidas los emplean como mano de obra.

—¿Esclavos?

—No son esclavos. Se contratan por un periodo de varios años a cambio de un buen sueldo.

—¿Has dicho que osaron poner sus zarpas sobre el príncipe?

—Sí, pero Vanda resolvió bien. Ni el ser que lo atacó ni sus compañeros pueden contarlo. La experiencia también sirvió para constatar la eficacia de nuestro sistema de seguridad. —Hizo una pausa, mirando con orgullo a los presentes— Ese mismo día matamos treinta obletas sin sufrir ninguna baja.

—No podemos consentir que nadie toque al príncipe y quede impune. Salvrey, apunta a los obletas. Treinta muertos es poco castigo para la magnitud de su acción —dijo mientras Salvrey apuntaba a los obletas en una libreta negra.

—¿Cuál es la situación en Orgaz? —preguntó de nuevo Allamire.

—Los órfidas y los obletas tratan de averiguar quién atacó a estos últimos. Detienen y torturan a cualquiera que consideran sospechoso. Pasear por las calles de Ostramuz es muy peligroso en estos días. Ordené a nuestra gente que se oculte. También buscan al Dang Kokur, el que se cargó el pirata.

—¿El propietario de la piel con la que Lars se hizo esa capa tan elegante? —preguntó irónicamente Allamire.

—El mismo —afirmó Serik—. Los órfidas torturaron a los principales jefes piratas. Buscaban información sobre los que asaltaron la nave de Kokur. Si Lars, en vez de venir a Coria, hubiese ido directamente a Orgaz, ya estaría muerto.

—¿Los piratas vendieron sus mercancías en Orgaz?

—Sí. Estoy seguro de que los órfidas encontrarán objetos de la nave secuestrada, o de sus pasajeros, y lo relacionarán con la matanza de obletas y nuestra expedición. Supongo que también tendrán grabaciones de las naves que aterrizan. Si identifican nuestra nave, la buscarán por toda la galaxia. Siempre han demostrado su gran tenacidad.

—Hay que cambiar las naves —ordenó Allamire—. Ahora nuestros viajeros estarán en Nador. Quiero que tres nuevas naves, diferentes de las

anteriores, vayan hacia allí. Como siempre, no deben tener ninguna característica distintiva.

Tras anotar escrupulosamente lo dispuesto por Allamire en el libro de registro, Salvrey utilizó un micrófono adosado a la mesa para ordenar que se efectuase.

—¿Qué impresión tiene Oberón del pirata? —demandó el regente.

—Buena, en general. No le gustan algunas de sus peculiaridades, pero cree que puede ser útil. Y lo más importante, piensa que nos será fiel.

—Más le vale. No nos cuesta nada entregarlo a los órfidas. Sería una gran muestra de amistad ofrecerles a la persona que tuvo la osadía de hacerse una capa con la piel de su importante Dang.

Todos rieron

—¿Devolvieron a las mujeres? —Se refería a las treinta humanas, comestibles para los órfidas, que encontraron en la nave pirata.

—Sí. Procedían de Chintia y Aurora. Sus familias están muy agradecidas. Les dijimos que Lars las capturó para venderlas a los órfidas. También creen que ahorcamos a los piratas.

—¿Hemos creado resistencia nativa en esas naciones?

—Está en embrión. Tenemos una buena base de operaciones para trabajar. Contamos con la amistad de la población. Nuestros agentes circulan libremente por las principales ciudades. Gracias a los familiares de las cautivas organizamos grupos armados que cada vez reclutan más adeptos. Hacemos varias sesiones semanales de adiestramiento militar.

» Será muy difícil que la mayoría de la población se interese en la lucha contra los órfidas. Los odian, pero tienen demasiado miedo y viven relativamente cómodos pagando tributos. Todos los años les entregan una cantidad determinada de personas que sacan de sus cárceles y hospitales psiquiátricos, y eso permite que la clase dominante viva tranquila. Pero seguimos trabajando en ello.

—Bien caballeros, vamos a cambiar de tema.

Se dirigió a Ledón, un gigante pelirrojo encargado de las relaciones con las naciones de la Bolsa.

—¿Cómo va la gran reunión?

—A Ilamad ha llegado esta mañana la legación deltana. Viene el mismo rey Astar y su hija, la princesa Arinia. También asisten el almirante Mefersis y el general Horsis, jefe de su servicio de inteligencia. De Grog vendrá el rey Olabertum y de Amargaz dirigentes rebeldes de ambos reinos. En cuanto a Orgaz, su futuro rey viaja en este momento por el espacio. —De nuevo asomaron las sonrisas en los rostros de los reunidos— Aunque la única resistencia que hay en ese planeta es la nuestra, no existen grupos independientes que combatan a los órfidas. Al rey Tarquín de Devón lo esperamos hoy. Acaba de perder una importante batalla con los sairios y está desesperado.

» Hay otro asunto que me gustaría discutir —continuó Ledón—. Como sabéis, en Amargaz reina Pancisto en los cuatro últimos planetas y Saldur en los tres primeros, este impuesto por los órfidas después de acabar con el rey Lis. Ambos reinos están en continua disputa pues Pancisto nunca aceptó el reinado de Saldur. Los órfidas desean un acuerdo de paz y consiguieron que Saldur visite la próxima semana a Pancisto para restablecer las relaciones. Solicito autorización para que mis hombres atenten contra Pancisto antes de que Saldur regrese a su reino. Capturaremos a hombres de confianza de Saldur y los encontrarán muertos en el lugar del atentado. Con un poco de suerte, estallará la guerra entre ambos reinos y conseguiremos que dejen en paz durante un tiempo a los grupos rebeldes. Actualmente están acosados por los ejércitos de ambas naciones.

Allamire, tras meditar unos instantes, asintió.

—En esta acción quiero que intervengan nuestros hombres. Los amigos de Amargaz no tienen que enterarse de nada.

Salvrey utilizaba una pluma láser para anotar con inusitada rapidez las decisiones del regente, así como los comentarios más relevantes de los miembros del consejo.

Dando por concluido el tema, Allamire se dirigió a Tarastrey, un hombre de largos cabellos blancos situado a su izquierda.

—¿Cómo están nuestros profetas de Bahía? —Hizo la pregunta mostrando su típica sonrisa. Sus amigos decían que se debía a la distribución de los músculos de la cara, y para sus enemigos era el reflejo del diablo que llevaba dentro.

—La nueva religión tiene un rotundo éxito en la sociedad bahiiana. Ya tenemos seguidores en casi todas las estrellas del Imperio. Los creyentes se reúnen en catacumbas y otros lugares clandestinos para escuchar a los profetas. Estas reuniones están prohibidas, y los asistentes perseguidos, pero muchos alcaldes las permiten, e incluso alguno se ha convertido. El rebaño de nuestros pastores cada vez es más importante.

» El día del cinco mil aniversario de Bahía logramos introducir un profeta en el Palacio de Invierno. Tiró un gato muerto a los pies de la princesa Selene y recitó la profecía en medio del estupor general. Con esta acción conseguimos un enorme impacto. En Dorado no se habla de otra cosa.

—¿No nos podrán relacionar con los profetas? —preguntó Salverdatín.

—No, los seleccionamos de forma muy rigurosa entre individuos predispuestos a recibir algún tipo de iluminación. A algunos los reclutamos en los manicomios de Bahía. Nada más capturar al futuro profeta le administramos Sibelium, un potente fármaco que actúa sobre el sistema nervioso central. Lo mantenemos varias semanas drogado, sin el menor contacto con el mundo real, y después le hacemos el lavado de cerebro y el

aprendizaje. El tratamiento completo dura tres meses y los resultados son magníficos. Ellos creen de verdad que son enviados de Dios y predican su palabra. Por supuesto, no pueden reconocer a ninguno de nuestros hombres.

» Al profeta que entró en el Palacio de Invierno lo torturaron hasta la muerte para averiguar quién lo envió. Por nuestros espías en la jefatura de policía, sé que los torturadores quedaron consternados por su profunda fe. Dedicó sus últimas palabras a pedir a Dios que los perdonase y les mostrara el camino de la salvación. Ya tenemos un mártir.

—¿En qué consiste nuestra religión? —preguntó Serik.

—Los profetas pregonan que Dios nos hizo a su imagen y semejanza y todos los seres humanos somos hermanos. Por eso, entregar personas a los órfidas es el mayor pecado contra Dios y la propia especie. Tuvimos mucha suerte al encontrar una profecía que se ajustase a nuestros propósitos. Al principio, los profetas impactaron con fuerza en la clase humilde, pero cada vez son más los bahiianos importantes que acuden a las reuniones y aportan sus dádivas. Gracias a ellos disponemos de un considerable capital.

—Por descontado —interrumpió Allamire—, nunca deben relacionarnos con nada de lo que ocurre. Si pudieran descubrir la verdad habría que destruirlo todo. Bahía, incluso sin la ayuda de los órfidas, nos derrotaría fácilmente.

Después, cambió de tema y preguntó:

—¿Y nuestros amigos los xiks?

—Inmejorables. La revuelta de Urán fue magnífica. Tardaron seis días en dominarlos. Los xiks sienten tal odio contra los bahiianos que resulta imposible controlarlos. En Urán sufrieron grandes pérdidas por su terquedad. A los tres días del inicio de la rebelión, cuando ya habían arrasado la capital del planeta, les pedimos que retornaran a sus cuevas. Sabíamos que los bahiianos harían un escarmiento, pero, al serles los xiks muy útiles, no matarían a muchos y seguiríamos disponiendo de una espléndida red. No nos hicieron caso y continuaron destruyéndolo todo. Las naves bahiianas los destrozaron en los tres últimos días. Tuvimos suerte al conseguir salvar los arsenales. Ahora los xiks no saben dónde se encuentran. Son capaces de iniciar una rebelión incontrolada en cualquier momento.

—¿Y los xiks de los demás planetas? —preguntó Allamire.

—En Zorán y Antracis estamos preparados para desarrollar algo parecido a lo de Urán, pero todavía no conseguimos contactar con los xiks del planeta Bahía. Están más vigilados. Aunque espero lograrlo en pocos meses.

—Tu labor es muy buena —le felicitó Allamire—. Pasemos a otro tema importante. ¿Cómo va nuestra financiación? ¿Seguimos siendo pobres?

—Ahora cosechamos los frutos del duro trabajo realizado durante

muchos años —contestó Tarastrey—. Falsificamos créditos de Bahía y logramos la perfección. Nuestros créditos son idénticos a los originales. La unidad más costosa, equivalente a doscientos gramos de oro, es un rectángulo de cristal azul con un microchip en su interior que registra el valor económico, el número de serie y la firma del gobernador del banco que emite la moneda. El cristal es muy raro y valioso; proviene del planeta Danán. Los lugares de extracción están muy vigilados y es casi imposible acceder a los cráteres volcánicos donde está enterrado desde hace millones de años. Después de intentarlo mucho tiempo, infiltramos varias cuadrillas de obreros en la compañía que tiene el monopolio de la extracción de los cristales. Algunos de nuestros hombres ya son capataces y roban el cristal. También, tras siete años de continua entrega y dedicación, uno de nuestros ingenieros se convirtió en el segundo jefe técnico de la fábrica de chips que posteriormente insertan en los cristales. Gracias a él tenemos los chips y manejamos el complicado procedimiento de insertar atómicamente el chip en el cristal. Hace dos meses empezamos en Erial la fabricación de créditos a gran escala. Ahora fabricamos millones a diario. Nos podemos considerar un nuevo banco emisor.

—Está resultando interesante esta reunión —comentó Allamire sonriendo—. Vamos a ver si mis amigos habladores trabajan tan bien como manejan la lengua.

Se dirigía a Salverdatín, que era el ingeniero jefe de las fábricas y laboratorios de investigación dedicados a las armas físicas.

—Sé que es lamentable, pero aún manejo mejor la lengua. —Recogió la alusión del regente—No hay forma de que ganemos la guerra recurriendo a medios físicos. Nuestra nave A-2, y eso lo he dicho siempre, es claramente inferior a cualquier nave órfida. Y me refiero a las vulgares. Su mejor nave, la OPH-1, podría destruir diez de las nuestras sin que le hiciéramos un arañazo. Ahora trabajamos en la A-4, pero no es mucho mejor que la A-2. Investigamos en tres campos. Queremos conseguir más velocidad, más potencia y alcance de disparo y mayor resistencia del escudo. Aunque avanzamos, seguimos muy lejos de ellos. Incluso las naves de Bahía son superiores a las nuestras. Si les aventajamos en algo, de lo que no estoy seguro, es en el salto hiperespacial. Nuestras naves son capaces de efectuar tres saltos consecutivos gracias a un dispositivo de ahorro de hidrógeno, mientras que la OPH-1, después de saltar, necesita seis horas para recoger el hidrógeno suficiente para pasar otra vez al hiperespacio.

—Bueno, tú eres el técnico —dijo Allamire muy serio—. Tendrás alguna propuesta.

—Tengo un par de ellas, aunque ninguna es fácil.

—Habla entonces.

—Los órfidas nos permitieron ver algunas de sus naves, de las que sacamos importantes conocimientos, pero siempre nos tuvieron alejados de

las OPH-1. En primer lugar, sugeriría que los convenciéramos para que nos permitan estudiarlas.

—Muy difícil, desde luego —lo interrumpió Allamire—. Mis relaciones con ellos son excelentes, pero no creo que nos enseñen su mejor arma.

—En los tiempos de Horgón —continuó Salverdatín—, solo dos mundos resistieron la expansión del Imperio: Bahía y el Gran Mundo Stel. Suponemos que los órfidas atacaron este último y no consiguieron conquistarlo. Creo que la expedición del príncipe debe dirigirse a ese país. Estoy convencido de que aprenderíamos mucho sobre armamento y quizás consigamos un gran aliado.

La propuesta causó consternación. El Gran Mundo Stel, el último confín de la galaxia. Un lugar desconocido, del que solo se sabía que no admitían visitantes.

Allamire dudaba. A lo largo de los siglos, ninguna expedición a Stel regresó.

—Dejaremos la propuesta para el final —dispuso Allamire y se dirigió de nuevo a Salverdatín—: ¿Por qué no nos dices si hiciste algo útil?

—No mucho, la verdad —reconoció—. Hemos desarrollado un «intensificador nuclear». Es un aparato que activa la fusión nuclear. Si lo dirigiéramos contra una nave lograríamos que estallaran sus motores atómicos. Pero tenemos dos grandes problemas. Los aparatos no tienen un alcance mayor de veinte kilómetros, y el rayo que emite es de color verde. El enemigo localizará fácilmente el lugar desde donde disparemos. Lo bautizamos como «rayo verde» —añadió con una sonrisa irónica.

—¿Has pensado en reforzar nuestras naves por si el descubrimiento cae en otras manos?

—Sabía que preguntarías eso. —Salverdatín era el único de los presentes que tuteaba a Allamire—. Será complicado, pero estoy seguro de que en pocos meses lograremos un protector contra el rayo verde. Solicito permiso para realizar una prueba «real» del intensificador.

—¿Contra qué piensas utilizarlo? —preguntó Allamire imperturbable.

—Contra una nave OPH-1 órfida. En Nuevo Marte hay una base. Está lo suficiente lejos de Coria para que no sospechen de nosotros. He pensado situar tres o cuatro dispositivos con el rayo verde a diez kilómetros de la base. Los activaremos a distancia y después se autodestruirán.

Allamire aceptó que se realizara la prueba. Luego, cedió la palabra a Sarastrey, uno de los dos profesores universitarios presentes en la reunión. Era catedrático de química en la Universidad de Erial, un complejo dedicado exclusivamente a fines militares. Hizo una larga disertación sobre venenos y otras sustancias tóxicas para los órfidas. Habían descartado la utilización de las vías alimenticia e hídrica, por ser aspectos que vigilaban con extremo cuidado.

—Podemos gasear ciudades. No es difícil crear dispositivos, tanto

aéreos como terrestres, para difundir cualquier gas. Pero los tóxicos también son nocivos para los humanos. Dedicamos un gran esfuerzo a buscar sustancias que, una vez utilizadas, desaparezcan y no sean identificables. En este aspecto, lo conseguimos. Disponemos de varios tóxicos que se disipan en los treinta minutos posteriores a su utilización. Si usásemos, por ejemplo, el gas mortal XR-7 contra una ciudad, el que llegara una hora después encontraría a todos los habitantes muertos, sin señales del veneno. En la autopsia realizada a los cadáveres encontramos las neuronas muertas y sin rastro del XR-7. Parece una muerte cerebral por falta de oxígeno. El XR-7 está preparado para su utilización.

Allamire dispuso que se enviase el veneno a Bahía.

Le tocaba el turno a Emiramis. Tenía sesenta años y era profesor de Biología de la Universidad de Erial.

—No nos costó mucho encontrar el germen. Es un viejo conocido de la especie humana. Es un virus, del grupo de los poxvirus. La enfermedad que produce se denominaba viruela y ocasionó gran mortandad en la tierra de la era pre-espacial. Solo en el siglo XVII mató a más de sesenta millones de personas. Posteriormente, los terrestres aislaron el virus y descubrieron la vacuna. Después de muchos años de lucha contra la enfermedad, en 1979 erradicaron la viruela de la Tierra. Las autoridades sanitarias declararon «viruela cero», lo que significaba que el virus ya no existía de forma libre en el planeta. Quedó confinado en unos pocos laboratorios. En aquel tiempo daban mucha importancia a que no desapareciera ninguna especie. Algunas naciones también intentaron crear cepas más virulentas para su posible utilización como arma letal, aunque nunca lo usaron en este sentido.

» En la colonización espacial no se conoció la enfermedad ni hubo vacunas. Era una anécdota más en la historia de la humanidad. El virus no salió de la Tierra. Varios siglos después de que colonizaran la Bolsa, un joven científico quiso elaborar su tesis doctoral sobre el comportamiento de determinados gérmenes fuera de su mundo de origen. Eligió varios para sus experimentos y, entre ellos, el de la viruela. Estaba en Coria cuando Horgón conquistó la Tierra y decidió quedarse con nosotros.

» Cuando recibimos la orden de buscar un germen útil como arma biológica, enseguida pensamos en la viruela. Su mejor cualidad es que los habitantes de la galaxia nunca tuvieron contacto con ella. Los que convivían con la enfermedad creaban anticuerpos contra el virus y alcanzaban una inmunidad que les permitía resistir los contagios. En cambio, ahora nos encontramos con una población virgen. Su sistema inmunitario no reconocerá al germen y será incapaz de crear anticuerpos a tiempo de salvar al individuo.

» Nos pusimos a trabajar con el virus. Interesaba incrementar su virulencia y contagiosidad, que de por sí son notables, y encontrar una

cepa de menor tamaño. Los poxvirus miden de cien a trescientas milimicras, una gran talla para un virus. Esto último no lo conseguimos, pero aumentamos notablemente su virulencia. Lo utilizamos con las órfidas que atrapó el pirata y los resultados no pueden ser mejores. Les afecta tanto o más que a la especie humana. Alojamos a una de ellas en una habitación donde pulverizamos el virus. Durante catorce días no pasó nada. En términos médicos a este espacio de tiempo se le llama periodo de incubación. Los días doce y trece tuvo dolor de cabeza y algo de fiebre. El catorce se despertó con una fiebre de treinta y nueve grados centígrados, fuertes dolores de cabeza, sangraba por la nariz y la vagina, además de otros síntomas menores como tos, estornudos, etc. El día dieciséis la fiebre alcanzó cuarenta y un grados y aparecieron hemorragias por todo el cuerpo, incluso en los ojos. Orinaba sangre y tenía una gran diarrea. La cara estaba hinchada y los párpados permanecían cerrados por la hemorragia y el edema. Presentaba también vómitos de sangre. La hemorragia vaginal era muy severa y los dolores aumentaron; no paraba de gritar. La sintomatología se extremó durante dos días más y murió el día diecinueve. Las otras dos órfidas estuvieron cinco minutos en la habitación donde murió su compañera. De nuevo a los catorce días aparecieron los síntomas y en ambas se repitió el proceso anterior. Una falleció el día diecinueve y otra el veinte.

—Supongo que habrán pensado en alguna vacuna —dijo Allamire alarmado.

—Sí —contestó Emiramis con una sonrisa—. La teníamos antes de hacer la prueba. La utilizamos en humanos de Orgaz y, para más seguridad, también la inoculamos a algunos corios procedentes de nuestros hospitales psiquiátricos... La vacuna es muy eficaz. Si la persona vacunada enferma, solo padece síntomas catarrales y un eritema que desaparece a los pocos días.

—¿Han experimentado la enfermedad en humanos? —Allamire observó la consternación de los presentes.

—Sí, teníamos que saber qué sucedía en nuestra especie. La inoculamos en súbditos de los órfidas capturados en Orgaz. El efecto es similar, aunque uno de cada diez sobrevive y queda con la cara marcada por múltiples hoyuelos.

—Hay que vacunar a nuestra población. No se puede jugar con fuego.

Allamire estaba preocupado.

—En cuanto usted lo ordene. Nadie puede entrar ni salir del laboratorio de experimentación, y hay un dispositivo que lo esterilizará, acabando incluso con nuestros científicos, si algo sale mal.

—Que se proceda ahora mismo. —Era la primera vez que veían nervioso al regente—. Hay que preparar vacunas para quienes nos apoyen en esta guerra. Solo en Delta puede haber cuatro mil millones de personas.

—También trabajamos en ese sentido. En dos semanas habrá vacunas suficientes para todos los habitantes de la Bolsa.

—Buen trabajo. —No pudo menos que reconocer Allamire. Todos estaban silenciosos. Incluso Salverdatín perdió las ganas de bromear.

—Este genocida va a despoblar el universo —dijo por fin.

—No olvides que luchamos por nuestra supervivencia —le reconvino Allamire con el semblante más serio de lo habitual.

—¿Cómo propones utilizar el virus? —preguntó el regente a Emiramis que miraba enfadado a Salverdatín.

—Sucederá lo que Salverdatín vaticinó. La enfermedad correrá por toda la galaxia. Para suprimir su transmisión es necesario vacunar al ochenta por ciento de la población, y eso será imposible en todas las estrellas. Los órfidas y los bahiianos disponen de las tecnologías sanitarias más eficaces. Ambos aislarán el virus y crearán la vacuna. En cuanto a la utilización del virus, lo mejor sería diseminarlo masivamente en los núcleos de mayor concentración enemiga. Habíamos pensado utilizarlo de manera experimental en algún planeta apartado, pero descartamos la idea porque podría alertar a los bahiianos. Ninguna enfermedad se ha difundido de esta forma, ni ocasionado semejante mortalidad. Debemos diseminar el virus en Bahía y en las estrellas que alberguen más órfidas. Al mismo tiempo, si boicoteamos su respuesta sanitaria, retrasaríamos el momento en que consigan la vacuna. Cada día que pase habrá millones de muertos más.

—¿Está convencido de que obtendrán la vacuna?

—Sí, y supongo que en poco tiempo.

—Por mi parte considero aceptada la propuesta, pero me gustaría que todos estuviéramos de acuerdo. ¿Hay alguna objeción?

No había ninguna, todos estaban conformes. Salverdatín resumió la opinión de los presentes.

—Sintiéndolo mucho, tengo que apoyar la propuesta del genocida.

Emiramis protestó mirando con furor al técnico corio. Allamire interrumpió el tenso momento

—Salverdatín, ¿crees necesario el viaje al Gran Mundo Stel?

—Si quieres lo explico de otra manera. Somos tres mil millones de corios. En toda la Bolsa no habrá más de diez mil millones de habitantes. Solo el Imperio de Bahía está poblado por un billón de personas y los órfidas de la galaxia se podrían cifrar en un número parecido. Me refiero al número total de habitantes. Si comparamos nuestra capacidad militar, la diferencia no es tan abultada. Somos un pueblo guerrero, no cabe duda. Pero, aunque pudiéramos copiar su nave OPH-1, nos encontraríamos con que por cada nave nuestra ellos tienen un millón, razonamiento que conduce a una ineludible derrota. Es necesario disponer de una nave que les cause muchas más bajas que las que nos ocasionen a nosotros. También necesitamos aliados poderosos para enfrentarnos a los órfidas con

posibilidades de victoria. Y eso solo lo podemos conseguir en el Gran Mundo Stel.

Allamire aceptó la propuesta y dio por finalizada la reunión.

Capítulo 8
Nador

Tardaron tres días en salir del sistema solar de Aitana. Era muy peligroso pasar al hiperespacio cerca de los planetas pues sus masas podían atraer letalmente las naves.

Nada más atravesar la órbita del último planeta, los altavoces anunciaron que se iba a proceder al salto. Lars se acomodó en su asiento y conectó la pantalla. A pesar de que siempre le producía un desagradable mareo, le fascinaba presenciar un salto hiperespacial.

La imagen del universo cambió tres veces consecutivas. Se encontraron de repente iluminados por la estrella Nador. ¡No lo podía creer! ¡Saltaron tres veces seguidas! No sabía de ninguna nave que hiciera algo parecido. Todas debían detenerse para captar hidrógeno después de realizar el salto. Además, no tenía sensación de mareo. Los corios disponían de una nave capaz de saltar tres veces consecutivas al hiperespacio, y podían aparecer disparando sin que sus hombres estuvieran disminuidos por el malestar que siempre ocasionaba el salto.

Se felicitaba por su alianza con los corios. Ya se veía rey de Orgaz con una fastuosa corte formada por sus piratas convertidos en grandes personajes. Tendría más de mil esposas y concubinas, así como todo el oro que pudiera arramblar.

Se encaminó al gimnasio. Desde que salieron de Orgaz dedicaba muchas horas a su entrenamiento. Ya era un experto en la lucha contra el muñeco. Ese día fue maravilloso, derrotó a todos los jóvenes. Era la primera vez que lo lograba. Sin tener en cuenta que los mejores corios estaban ausentes, terminó muy orgulloso de su hazaña. ¿Cómo se podían comparar unos niños a un hombre curtido?

Espoleado por su elevada autoestima, quiso probar suerte en el tiro. Los corios utilizaban armas similares a las auténticas que en vez de emitir energía disparaban rayos de luz. Con una pequeña ruedecilla regulaban la potencia. En una gran pantalla surgían figuras móviles que servían de blanco. El ordenador evaluaba el disparo y anunciaba los daños causados.

No le fue mal, lo superaron muchos corios, pero estaba contento de su actuación. Acertó todos los blancos. Lo único que no dominaba todavía era el regulador de potencia. El ordenador le restó puntuación por derrochar energía.

Fue a ver a Marino, que se había convertido en un corio más. Siempre estaba rodeado de muchachos, estudiando libros o impartiendo clases. No

se acostumbraba a la gran atención que le prestaban. Sus conocimientos le dieron gran autoridad sobre los chicos. Aquel día les relataba su historia, desde su juventud en Valeria hasta las circunstancias por las que terminó siendo el navegante de una nave pirata. Lars la había oído en varias ocasiones y seguía impresionándolo como la primera vez. No temía la muerte en combate, era la propia de un guerrero, pero le aterrorizaba terminar siendo el plato principal de un banquete. Aquella noche tuvo pesadillas. Soñó que los órfidas se introducían en su cama para comerse sus genitales, de los que estaba muy orgulloso.

Al despertar, tenía un humor de perros y comenzó un mal día. En el gimnasio lo superaron chicos de quince años y salió muy enfadado. En el tiro tampoco estuvo especialmente afortunado, pero lo peor fue cuando asistió a la clase que impartía Oberón. Los jóvenes tenían gran parte de su tiempo dedicado al estudio. Lars asistía a las clases cuando el profesor era Oberón pues le resultaba muy ameno. Estaba adquiriendo más conocimientos en esos pocos días que en toda su anterior existencia.

—Lo subrayado en rojo son los dominios del actual imperio de Bahía —decía Oberón señalando una pantalla donde se representaba la galaxia—. Ocupa novecientos cincuenta y siete sistemas estelares y está en constante expansión. Los bahiianos invitan a las naciones limítrofes a asociarse a su imperio sin recurrir a la conquista militar. Casi todas prefieren rendir vasallaje a un gran país que las defienda, a permanecer independientes pero expuestas a ser atacadas. El núcleo central del Imperio lo forman los habitantes de cien estrellas que son, según ellos, los auténticos bahiianos. Los restantes sistemas solares son colonias, aunque disfrutan de cierta autonomía y tienen su propio gobierno.

—¿Qué parte de la galaxia dominan los órfidas? —preguntó Lars. Oberón le permitía interrumpir la clase por su calidad teórica de jefe de la expedición.

Toda la pantalla se iluminó con luz marrón que se superpuso por encima del color rojo que simbolizaba al Imperio de Bahía, y de otros colores que señalaban zonas de influencia de otras naciones.

—¿Qué espacio ocupamos nosotros? —interrogó impresionado. Era la primera vez que tomaba conciencia del gran poderío órfida.

Oberón señaló un punto microscópico en el mapa.

—Esta es la Bolsa.

—¿Solo eso? —Lars estaba visiblemente alarmado.

—Sí, somos pequeños, pero ya creceremos —contestó Oberón riendo.

Lars se retiró ofendido. ¡Le habían engañado! ¿Cómo podían los corios enfrentarse contra semejante Imperio? Tenía la promesa de un reino sin conquistar. Antes tenían que derrotar a los órfidas. Él sería un rey imaginario. El más imaginario que existiera nunca. Los corios estaban locos y lo habían embarcado en una gran locura. Ellos, miserables

humanos, que no ocupaban un grano de arena en su propia galaxia, osaban enfrentarse a los amos del universo. Pensó en desertar. Se iría con sus hombres en cuanto pudiera. Con suerte, podrían capturar la nave. Sería la mejor nave pirata de esa zona de la galaxia. Se acordó de que sus hijos y su compañera estaban de rehenes en Coria. Quizás pudiera atrapar al príncipe y cambiarlo por ellos.

Los altavoces de la nave interrumpieron sus meditaciones. Lo reclamaban a él y al grupo que desembarcaría en Coral, el segundo planeta de la estrella Nador.

En la sala de mando estaba Oberón con los diecisiete corios que iban al planeta. La insaciable curiosidad de Lars hizo que se apuntara a la expedición.

—Coral es un planeta acuático —explicó Oberón—. Las zonas de tierra firme son escasas y están ocupadas por pantanos y marismas. La intensa evaporación del agua del mar, al estar tan próximo al sol, es responsable de las continuas y terribles tormentas. No hay un solo día de buen tiempo en todo el año. Es casi seguro que nos encontraremos en un barrizal en el que siempre está lloviendo.

» Coral está habitado por los smilkares, como se autodenominan ellos. Son unos saurios inteligentes que llegaron al planeta hace muchísimo tiempo. Cuando los seres humanos visitaron por primera vez el sistema estelar de Nador ya ocupaban los tres primeros planetas. Viven en ciudades subacuáticas. Siempre fueron muy celosos de su independencia y enemigos de los forasteros. No sabemos de ninguna nación con la que mantengan relaciones. Este feliz aislamiento acabó cuando los órfidas destilaron un licor delicioso, tras fermentar en alcohol a los smilkares muertos, y comenzaron a cazarlos. El licor, al que llaman Ponk, es muy caro pues solo tres planetas abastecen a toda la galaxia. Hay un verdadero frenesí por capturar smilkares. Antes se conformaban con atrapar a los que pastoreaban sus rebaños en la superficie del planeta, pero cada vez son más frecuentes las razias contra las ciudades submarinas. Sanatakur, el Kidang órfida de Bahía, tiene el monopolio del alcohol que produce Coral.

» Nuestro interés por ellos es enorme. Al estar Nador en las puertas de la Bolsa, queremos establecer una fuerte barrera contra los órfidas, y en todo el sistema solar solo podemos contar con los smilkares. En Coral, el planeta donde viven sus jefes espirituales, nuestras naves enviaron mensajes en su idioma. No obtuvimos respuesta. Son extremadamente desconfiados y su odio contra los forasteros se exacerbó tras su experiencia con los órfidas. Con los envíos de armas sucedió lo contrario. Siempre desaparecen del lugar donde las arrojamos, aunque no descubrimos quién las recoge. Desde hace tres meses, junto con las armas, enviamos mensajes en su lengua anunciando nuestra visita. No han contestado, pero retiraron las misivas. Es muy posible que nos estén esperando. Nuestra misión es

conseguir una alianza. Por lo que sabemos de ellos, consideran sagrado cualquier pacto que firmen.

Oberón señaló un lugar en el mapa de aquel planeta.

—Aterrizaremos en esta colina. Después será necesario atravesar andando unos quince kilómetros de selva y pantano para acceder a su ciudad sagrada. Las criaturas que habitan en la selva son muy agresivas. Tendremos que abrirnos paso con las armas. Iremos de noche y llevaremos luz violeta en vez de blanca. Con un poco de suerte no se despertarán los grandes seres que habitan en las profundidades.

—¿Por qué no aterrizamos en la ciudad sagrada? —preguntó Lars.

—No es posible. La nave se hundiría en la ciénaga. El lugar elegido es el más próximo donde la tierra es lo suficientemente estable para sostenerla.

Salieron dieciocho personas en un transbordador. Lars no estaba contento con el viaje. Su natural supersticioso no auguraba nada bueno en aquel horrible lugar, y más cuando Oberón le dijo que los smilkares no se atrevían a penetrar en la selva. Pero no podía echarse atrás después de presentarse voluntario. Jamás permitiría que los corios pensasen que no se atrevía a hacer lo mismo que ellos.

Coral se acercaba. En cuanto entraron en la atmósfera del planeta encontraron las más terroríficas tormentas que habían visto nunca. La nave se bamboleaba de un lado a otro. Dos rayos incidieran simultáneamente sobre ella. Los instrumentos se resintieron durante algunos segundos, aunque no hubo averías. Oberón, muy preocupado, comentó que recibieron una descomunal descarga eléctrica.

A sesenta metros del suelo estaban las copas de los gigantescos árboles. La nave calcinó un círculo en la selva y creó un campo de aterrizaje. Tomaron tierra suavemente. Dos corios abrieron la puerta saltando al exterior. Después bajaron los demás.

Era un cambio impresionante pasar de la confortabilidad de la nave a aquella inhóspita selva. El viento arreciaba huracanado y, aunque no lo sufrían demasiado al estar en el interior del bosque, se escuchaba siniestro en la oscuridad de la noche.

Estaban hundidos hasta las rodillas en un asqueroso lodazal. El agua tenía un color verde fangoso. No podían ver a través de ella. Lars notó que algo rodeaba su pie y fue izado de repente.

Alamarik, a su lado, disparó en una décima de segundo y el pirata cayó al suelo con un gran trozo de raíz enredado en la pierna.

—Tened cuidado —avisó Oberón—. Casi todas las plantas son carnívoras

El grupo se dispuso en una doble fila de seis hombres a cada lado del camino. Dos guardaban la espalda y otros cuatro, en la cabecera, manejaban un artefacto que calcinaba los árboles abriendo trocha en la

selva. Llevaban en sus cascos luz violeta que le daba a la arboleda un aspecto tenebroso. Lars estaba muy asustado.

Comenzaron a caminar por el estrecho sendero que dejaban los árboles calcinados. No tendría más de dos metros de ancho y se adivinaba un maligno movimiento en ambos márgenes. Algunas enormes gotas de lluvia lograban traspasar la muralla vegetal y caían sobre el grupo.

Escucharon los aterradores alaridos de un animal agonizante a la derecha del camino. Se oían muy cercanos. Parecía que lo devoraban vivo.

Iban relativamente deprisa. La máquina calcinaba la selva con una facilidad increíble. Los grandes árboles cortados quedaban sujetos por los contiguos, al estar entrelazadas sus ramas, y amenazaban con derrumbarse sobre sus cabezas. Horadaban un auténtico túnel.

Un ser parecido al gorila saltó sobre ellos desde las ramas de uno de los árboles. En su caída emitió un rugido demoníaco que, a manera de eco, resonó en la oscura noche. Aberdatín lo mató. Lars, al mirar hacia arriba, vio un auténtico enjambre de esos seres cayendo desde la espesura. Los corios dispararon sus armas, agachándose. Enseguida crearon un paraguas de energía en el que se volatilizaban los monstruos. Daba la impresión de que cada vez había más agresores, a pesar de que los poderosos rayos atómicos de las pistolas los barrían junto con toda la vegetación adyacente. Al rato dejaron de atacarlos y se limitaron a arrojarles todo tipo de objetos. Estaban protegidos por el casco y la armadura de combate, pero acabaron magullados.

Avanzaban lentamente. Las bestias heridas en la batalla eran atrapadas y devoradas por la espesa vegetación. Las plantas se acercaban unas a otras y parecían comunicarse. El movimiento vegetal se extendía por todas partes. Los árboles despertaban.

Los corios vigilaban a aquellos terribles seres que saltaban de rama en rama sin dejar de arrojarles piedras, cuando el bosque los atacó. Con gran rapidez surgieron de todas partes lianas para capturarlos y ramas, con afiladas espinas, que buscaban clavarse en sus cuerpos. No daban abasto con los rayos atómicos para abatirlos. La maraña vegetal crecía sin parar.

Lars estaba muy fatigado. Había recargado su arma cinco veces en solo tres kilómetros. ¡Quinientos disparos! Empezó a temer que se le acabasen las cargas.

Oberón, al que se le veía muy preocupado, quiso descansar. Los servidores del incinerador hicieron un claro de unos diez metros de diámetro en el bosque. La expedición se detuvo para reponer fuerzas. Todos estaban agotados.

Un siniestro murmullo destacaba entre los ruidos del viento y la tormenta. Los árboles se comunicaban. Había una gran malignidad en el ambiente. La trocha que habían abierto volvió a cerrarse. El agua les llegaba a las rodillas. Bajo la superficie, muchos seres atacaban sus pies.

Lars, al principio, no soportaba a las serpientes que mordisqueaban sus botas, pero pronto se acostumbró, maravillándose de lo resistente que era el calzado corio.

El ruido y el movimiento de la arboleda aumentaban por segundos. Oberón ordenó continuar la marcha. Mejor seguir luchando que permanecer en aquel lugar espeluznante.

El incinerador atacó las primeras filas de árboles. Penetraron en el túnel vegetal relleno por las cenizas de aquella salvaje vegetación. Las lianas los atacaron con renovada fuerza, y en pocos segundos estuvieron envueltos en un combate tan intenso como el anterior. Lars gastó un cargador en menos de un minuto.

Frente a ellos, surgió de la tierra una enorme serpiente. La cabeza, que medía dos metros, abrió sus increíbles fauces para atacarlos. Tuvieron la suerte de que apareciera delante del incinerador que la desintegró. En el suelo quedó un orificio de más de un metro de diámetro con el cuerpo de la serpiente cortado al ras. La sangre salía a presión de las arterias cercenadas. La luz violeta de los cascos le daba un aspecto más tenebroso a la ya de por sí terrible escena. Multitud de pequeños roedores, así como ramas de los árboles próximos, se sumergieron en el cuerpo de la serpiente muerta. Los roedores quedaron bañados en sangre y no tardaron en devorarse entre ellos. Las ramas de los árboles también los capturaban. Serpientes más pequeñas acudieron al festín, y aquello fue un desbarajuste donde todos se devoraban.

Saltaron con cuidado y rapidez sobre la tremenda orgía de sangre. Temían resbalar en el barro del camino. Oberón ordenó que la trocha se ampliara un metro para mejorar la defensa del grupo continuamente agredido.

Serpientes menores que la anterior, pero muy agresivas, surgían continuamente del cenagoso terreno. Disparaban en cuanto veían removerse la tierra, sabían que aparecería un reptil dispuesto a atacarlos.

—¡Vamos, vamos! —metía prisa Oberón— Con el ruido que hacemos se van a despertar las grandes criaturas.

El incinerador funcionaba al máximo. Lars no quería pensar en la posibilidad de que se estropeara. Colgando de su traje llevaba varias ratas de considerable tamaño. Se sujetaban con los dientes y las garras, intentaban rasgar la armadura de combate. No tenía tiempo para quitárselas de encima, no podía dejar de disparar contra los árboles que lanzaban sus ramas para ensartarlos.

Se dio cuenta de que hacía tiempo que no veía a los corios, ni pensaba en ellos, de lo ocupado que estaba. De los árboles caían sanguijuelas negras del tamaño de una mano, que se adherían a los trajes o a las ratas que llevaban colgando. Por un momento miró al resto del grupo. Estaban como él, disparando a todas partes sus rayos de energía. Cargando y

descargando el arma en décimas de segundo. «Sí que están preparados estos chicos», pensaba cuando una liana lo atrapó arrastrándolo con enorme fuerza hacia la espesura. Un instante de descuido había bastado. Se encontró en el suelo, de rodillas. Los corios abatieron al árbol que lo capturó.

Descansaron en un extraño claro del bosque. Tenía treinta metros de diámetro y, milagrosamente, no había un solo árbol. Por las caras de los demás supo que estaban tan agotados como él.

—Quedan tres kilómetros. —Oberón parecía el más fatigado de todos —. Pararemos diez minutos.

La tormenta iba en aumento. En el cielo se desarrollaba una danza fantasmal de rayos y relámpagos. Rayos que podían tener un kilómetro de ancho y parecía luz diurna cada vez que relampagueaba. El trueno tenía un retumbar desgarrador.

El agua le llegaba a la cintura. Lars se extrañó al no notar a ningún animal mordisqueando sus botas. Las ratas y sanguijuelas que llevaba colgadas de la armadura habían desaparecido. No se acostumbraba a tanta paz después de cinco horas de lucha.

El suelo se movió. Al principio imperceptiblemente pero poco a poco el movimiento fue creciendo.

—¡Vámonos! —gritó Oberón— ¡Deprisa! Estamos sobre un ser vivo.

Lars seguía maravillándose de la gran disciplina coria. En perfecto orden, se dirigieron al linde del bosque donde volvieron a abrir trocha con el incinerador. El pirata fue de los primeros en pisar terreno seguro. El suelo se contraía espasmódicamente.

—Se está despertando —clamó Oberón—. Vamos, rápido, dadle toda la potencia al maldito incinerador.

Comenzó de nuevo la lucha contra las lianas, las ratas, las sanguijuelas y las serpientes. Pero era mejor que estar encima del ser que bramaba a sus espaldas.

—Están casi todo el año dormidos —le informó Oberón—. Cuando despiertan son muy malignos.

Lars no quiso preguntar de qué animal se trataba. Estaba enfurecido, asustado, con ganas de disparar sobre Oberón. No lo cogían en otra. Si pudiera volver por aquel camino, ya se habría largado.

Los rugidos de la bestia retumbaban en la selva más poderosos que el trueno. Los dos ruidos, junto con los relámpagos y la luz violeta de los cascos, creaban una mezcla infernal.

Los animales que antes los acosaban huían despavoridos. Huían los de delante, los de los lados y los de detrás. Oberón tuvo que mandar refuerzos a la retaguardia para no ser arrollados por la avalancha de seres que escapaban por la trocha abierta por ellos.

Lars pensó que los animales huían porque el monstruo iba detrás. No le

tranquilizó la idea y miró a Oberón que, muy preocupado, volvía la cabeza una y otra vez.

Por fin, al incinerar los últimos árboles, apareció un terreno seco y pedregoso, sin vegetación, que pisaron con cuidado. Salieron con rapidez y se alejaron del bosque.

A unos dos kilómetros había unas sombras inmóviles en la oscuridad de la noche. Con la luz de los relámpagos vieron una diminuta aldea de cabañas de barro y paja.

Oberón se rezagó con tres corios. Quería averiguar la dirección de la bestia. Los demás caminaron hacia la aldea.

—No podemos dejar ese animal suelto. He ordenado a la nave que lo mate.

Llegaron a las primeras cabañas. La mayor estaba sustentada por pilares de piedra. Parecía un templo.

Los bramidos de la bestia se acercaban, acompañados del crujir de la vegetación por la caída de los grandes árboles al paso del monstruo. El estruendo era colosal.

Vieron a la nave disparando contra una gigantesca forma gris que se entreveía a lo lejos. Las descargas de energía iluminaron el bosque y escucharon furiosos rugidos. Poco a poco, la masa gris, sin parecer muy afectada, se replegó ante los disparos y se sumergió en el agua.

Tras ordenar a la nave que vigilara una posible reaparición del monstruo, Oberón se encaminó a la mayor de las cabañas seguido de todos los expedicionarios. Los corios, mojados por la lluvia, formaron un círculo. No entrarían en la aldea antes de saber la reacción de los smilkares. Aquello era un lugar sagrado y cualquier cosa que hicieran podía estar prohibida. Lars presintió que los vigilaban. Con el arma dispuesta, intentaba vislumbrar en la oscuridad. Le pareció ver unos ojos brillantes, pero enseguida desaparecieron. Estaba dispuesto a disparar sobre cualquier cosa.

—Ahora no disparéis —ordenó Oberón—. Pase lo que pase, no utilicéis las armas. Ellos están aquí.

No se veía nada cuando de repente brillaron muchos ojos en las tinieblas. A Lars le costó un enorme esfuerzo no arrasarlos con su arma.

—¡Dorotrey! —gritó Oberón—, saluda a nuestros amigos.

Un corio, al que recordaba de los combates en el gimnasio, empezó a hablar en un extraño idioma. Lars supo más tarde que, aunque no lo demostraran, todos los jóvenes dominaban el galáctico y el órfida, y algunos se especializaban en otros idiomas de la galaxia.

Dorotrey habló durante un buen rato. Tres seres escamosos de larga cola salieron de la noche. Tras sentarse frente a Oberón, el más importante de los lagartos contestó en el mismo idioma. No paró en diez minutos, y Lars se extrañó cuando Dorotrey tradujo.

—Preguntan el motivo de nuestra visita.

—Diles que venimos a ayudarlos en su lucha contra los órfidas. Traemos armas poderosas y técnicos que les enseñarán a utilizarlas.

—Dicen que es imposible luchar contra ellos. Demostramos el poder de nuestras armas atravesando la selva, pero los órfidas son más fuertes.

—Si no nos unimos, todos seremos destruidos. Nuestra gran nación les propone una alianza. A cambio, permitiremos que dominen el sistema solar de Nador.

Dorotrey tradujo y los smilkares respondieron enseguida.

—Preguntan el nombre de nuestra nación.

Oberón tardó en contestar. Cuando dijo Coria, ni siquiera sabían de qué se trataba. La conversación comenzaba a ser entretenida. Los saurios querían saber muchas cosas y contaban muchas más. El jefe llevaba en el cinturón un arma coria.

Todos estaban empapados a pesar de la impermeabilidad de la armadura de combate, pero los smilkares no tenían intención de acabar aquella interminable charla.

—Quieren saber qué armamento les vamos a dar y cuántos técnicos dejaremos con ellos.

Oberón recitó una larga lista de armas, pero solo mostraron interés cuando habló de naves espaciales.

—Preguntan si son mejores que las órfidas

—Pronto lo serán. Ahora solo les pedimos que se preparen para la guerra.

Ya amanecía. Les asombró la gran multitud de smilkares que los rodeaban.

Sus interlocutores se dirigieron a la cabaña principal para abrir sus desvencijadas puertas de madera. Solo había una habitación vacía de paredes de barro y piedra. Los smilkares levantaron una trampilla metálica y desaparecieron a través de ella invitándolos a que los siguieran.

La trampilla conducía a una escalera tallada en la tierra que bajaba, casi verticalmente, unos diez metros para terminar en la entrada de un angosto y oscuro túnel descendente.

Precedidos por los tres interlocutores, y seguidos por una gran masa de saurios parloteando, caminaron por la estrecha galería guiados por la mortecina luz de las lámparas de aceite. El grupo presentaba la misma formación que en la selva. Todos estaban preparados para un nuevo combate. Oberón no se fiaba de nadie.

Descendieron varios kilómetros hasta llegar a una gigantesca caverna natural iluminada con antorchas. No se veía el final de la misma. Del techo, situado a cien metros de altura, descendían gigantescas estalagmitas que se unían a estalactitas del suelo formando extrañas y maravillosas figuras.

Varios cientos de smilkares trabajaban en el interior de la gruta, y dejaron sus quehaceres para observarles con inusitada curiosidad.

Se detuvieron ante un altar atendido por saurios con vestiduras blancas. Los smilkares se arrodillaron y comenzaron a rezar. Dorotrey tradujo las oraciones que hablaban de un antiguo lagarto que volvería para conquistar el universo.

Lars a duras penas aguantaba la risa. La idea de un universo lleno de lagartos era más que suficiente para provocar su hilaridad. Su estado de ánimo había cambiado. Aún estaba atemorizado, pero no era el tremendo pavor que sintió en la selva.

Sus guías les entregaron unas sucias mantas y los llevaron a un rincón de la cueva para descansar. Tras establecer el turno de guardias, casi todos durmieron sin quitarse la armadura de combate y con las armas al alcance de la mano.

Lars no se dio cuenta de lo cansado que estaba hasta que no se tumbó sobre la esterilla de mimbre que le dio uno de los lagartos. No estuvo cinco minutos con los ojos abiertos.

Al despertar, observó el mismo panorama que dejó al acostarse. Una gran multitud de smilkares rezando. No sabía si era de día o de noche. Alamarik y el resto de los corios estaban tumbados junto a él. Faltaban Oberón, Vanda y el intérprete corio.

Llegaban a la cueva miles de saurios, y algunos querían entablar conversación, pero era difícil comunicarse con ellos. El lagarto que se dirigía a Lars gesticulaba de un modo asombroso, como si creyera que, con aquellos grotescos gestos, conseguiría hacerse entender.

Unos smilkares disfrazados con raras vestiduras ocuparon el lugar central de la caverna. Hicieron sonar las trompetas provocando un estruendo ensordecedor. A continuación, entraron otros portando, en un palanquín, a quien parecía ser el jefe supremo de los lagartos. Llevaba sobre la cabeza una gran corona de piedras verdes que resplandecían a la luz de las antorchas. Lars recordó con nostalgia sus buenos tiempos de pirata.

El saurio de la corona bajó del palanquín y comenzó un largo discurso coreado en muchas ocasiones por la multitud. Cuando acabó, Oberón y Vanda aparecieron a su lado y también fueron festejados por los smilkares. Después, se procedió a la firma de un doble pergamino. Oberón se quedó con una de las partes y otra el jefe de los lagartos. Al final se fundieron en un abrazo que fue aclamado bestialmente por la muchedumbre.

Muchos saurios corrieron hacia los corios gritando frases de alegría, que sonaban como blasfemias, y los abrazaron con fuerza. Lars estuvo a punto de sacar la pistola un par de veces.

Las celebraciones duraron otros dos días en los que el pirata estuvo muy enfermo. Contra las recomendaciones de Oberón, probó el alcohol con

que se embriagaban los smilkares. Sufrió una diarrea incoercible que no lograron curar los medicamentos. Pasó la mayor parte del tiempo sentado en un rudimentario retrete. Allí comía y atendía a los que se interesaban por su salud, y, entre maldiciones y juramentos, desarrollaba su vida social.

Al tercer día llegaron los técnicos prometidos por Oberón. Una enorme cantidad de armamento entró en la gruta y fue enviado a las ciudades submarinas a través de galerías escondidas que no quisieron mostrarles.

Partieron al día siguiente de entregar la primera nave espacial. Era el séptimo de su estancia en el planeta. Una enorme masa de saurios los despidió triunfalmente en medio de un gran estrépito de trompetas y tambores.

Recorrieron de nuevo los sinuosos pasadizos que conducían a la superficie. A Lars, que no podía andar, lo llevaban, en un palanquín dos smilkares.

Cuando salieron al exterior era de noche y llovía tan intensamente como la primera vez. Se podría decir que la misma tormenta los esperaba. Pero esta vez no irían por la selva. La nave coria aterrizó a pocos metros de la aldea.

Lars experimentó una extraordinaria felicidad al sentarse en el cómodo asiento de la nave. Su dicha fue completa cuando abandonaron las tormentas para entrar en la maravillosa quietud del espacio. Entonces cayó en la cuenta y preguntó por qué atravesaron la selva a pie en el viaje de ida.

—Había que impresionarlos —contestó Oberón sonriendo—. Aunque fue más difícil de lo que esperaba. Hubo momentos en los que pensé que no escaparíamos.

Lars decidió abandonar cuanto antes aquella partida de locos. Si no lo hacía, terminaría sus días en la tripa de algún bicho, de eso no cabía duda.

—Pero fue un viaje fructífero. El rey nos aseguró la fidelidad de los tres planetas. Vamos a montar fábricas de naves A-2 en sus ciudades submarinas. Desde mañana nuestros técnicos los instruirán en el manejo de las armas. Pronto tendremos un poderoso baluarte contra los órfidas. Incluso, en señal de amistad, seis de sus más relevantes jefes viajarán con nosotros. Un transbordador ha bajado a recogerlos.

—¿A cambio de que todo Nador sea para los lagartos? —preguntó Lars molesto por la irritación intestinal y por la idea de dar a los smilkares un sistema solar con planetas tan ricos como Casablanca.

—Bueno, pidieron algo más. Desean todos los planetas pantanosos de la galaxia. Firmé un tratado por el que me comprometo, en nombre de Coria, a entregárselos. Pero ya sabes, amigo Lars, el valor que tienen las palabras escritas en un papel.

Capítulo 9
Xiks y profetas

Los guardias reales, con sus fulgurantes uniformes rojos, esperaban en la puerta del palacio comandados por Patrexis, recién nombrado capitán de la escolta de la princesa.

Era un hermoso día, como solo pueden serlo en Dorado al principio de la primavera. La Estrella de Oro brillaba maravillosa en el inmaculado cielo de la ciudad, y una suave brisa, que traía el frescor de las nevadas montañas del horizonte, jugaba con los cabellos de Selene mientras cruzaba los jardines del Palacio de Invierno para dirigirse a la nave que debía llevarla a Minas Sargul.

Patrexis la ayudó a subir.

Era una visita oficial de la princesa a las minas de uranio y a los xiks, principal fuente de riqueza del Imperio hasta la llegada de los órfidas.

—Estás encantadora —galanteó Patrexis cuando la nave partió internándose en la gran extensión de tierra cultivada que rodeaba y nutría a la ciudad.

Selene agradeció el cumplido, absorta con el paisaje. Nunca se cansaría de ver la tierra roja de los campos de Bahía. Todo el planeta, hasta el mismo cielo, era de ese color, pero bello, como pocas cosas pueden serlo en el universo. Decían que quien visitaba Bahía, siempre anhelaba volver.

—Quizás sea algo fuerte el espectáculo de las minas. Los xiks nunca fueron encantadores —comentó Patrexis.

—Mi padre piensa que debo comprender las fuentes de nuestra riqueza. Formo parte de una gran nación y no puedo permanecer ajena a aquello que nos hizo tan poderosos.

—Gracias a labor de los xiks, ningún enemigo pudo doblegarnos y somos la nación más poderosa de la galaxia. Aunque nos costó su profundo odio.

—¿Nos odian tanto como dicen?

—Solo desean matar bahiianos. Desprecian su propia vida con tal de atacarnos. En la revuelta de Urán vi escenas escalofriantes.

—¿No será peligroso visitarlos?

—El sistema de control es perfecto. Ya lo verás. Todavía no me explico cómo lograron escapar en Urán. Los técnicos están investigándolo, pero solo saben que tuvieron ayuda del exterior

—¿Ayuda exterior? ¿Quién puede ser capaz de provocar intencionadamente una catástrofe semejante?

—Todavía no tenemos pistas. Nuestros enemigos cubrieron muy bien su rastro, aunque hay pruebas de su actuación.

Sobrevolaban la región de los grandes lagos. Una enorme cordillera de altísimas montañas donde había varios lagos gigantescos formados por la confluencia de muchos ríos. Algunos tenían más de dos mil kilómetros de diámetro y de uno de ellos, el lago Salado, no se conocía la profundidad. Las leyendas decían que llegaba hasta el mismo centro del planeta y comunicaba allí con los océanos. A veces aparecían en sus aguas animales desconocidos que podrían ser oriundos de las profundidades marinas.

—Mañana, al regreso de Minas Sargul, nos detendremos en el lago Salado. El Kidang adjudica la factoría del Dang Kokur y está concertada tu visita. Si los xiks son el pasado, los órfidas son el futuro.

—Es curioso —comentó la princesa —. Evolucionamos apoyados en dos especies que tienen algo macabro. Los xiks son esclavos salvajes y los órfidas se alimentan con seres similares a nosotros.

—Son animales —replicó Patrexis—. Tienen el cuerpo humano, pero nada más. Su inteligencia es comparable a la de cualquier animal.

—Eso dicen. Pero... ¿estamos seguros? ¿No es posible que estén matando a nuestros hermanos?

—Los verás cuando visitemos la factoría del lago Salado. Son seres sucios. No hablan ningún idioma, aunque son capaces de repetir algunas palabras en órfida. Su nivel de relación es semejante al de los animales inferiores. No se pueden considerar humanos salvo en el aspecto físico.

Ya divisaban los negros orificios de las minas en la base de las montañas donde acababa la extensa meseta que sobrevolaban. La colosal cordillera destacaba en el paisaje por una tierra aún más roja que la habitual de Bahía. En su interior habían creado, a lo largo de los siglos, miles de kilómetros de galerías y cavernas artificiales. Eran las mayores minas de uranio de la galaxia.

En el límite mismo donde el color rojo de la tierra se hacía más intenso, se alzaba Ciudad Sargul, la capital de las minas. Todos sus habitantes tenían relación con la actividad minera.

En el aeropuerto una gran multitud esperaba a la princesa. Por doquier se veían gigantescos carteles con su imagen. Los edificios estaban decorados con guirnaldas y farolillos multicolores. De balcones y ventanas pendían banderas bahiianas y proclamas elogiosas para Selene, que encarnaba el espíritu de los primeros colonizadores de Bahía.

Desde la fiesta del cinco mil aniversario, la princesa se hizo muy popular en todo el Imperio. La fiesta se retransmitió a cerca de mil mundos. Las publicaciones en papel impreso rellenaban casi todas sus páginas con fotografías de Selene y artículos sobre ella. Su imagen era una cara cotidiana en los ordenadores caseros, y la visita a Ciudad Sargul generó una enorme expectación. Todos querían verla.

El alcalde, un simpático viejecito, hizo un largo discurso de bienvenida elogiando las cualidades de Selene, tanto reales como inventadas. Después, le presentó a las personalidades del lugar.

—No sabía que tuviera tantos dones —susurro al oído de Patrexis.

La visita a la ciudad fue aburrida. Casi todos los edificios eran gigantescos rascacielos de hormigón que le daban un tono gris y triste. Ciudad Sargul era un gigantesco dormitorio para los obreros de las minas y nunca se preocuparon de mejorar su aspecto.

Una representación de chicas de familias adineradas la esperaba en la universidad. Todas llevaban vestidos de seda muy provocativos. Desde que la observaron en la fiesta de cumpleaños, las austeras costumbres del Imperio habían cambiado. Las muchachas buscaban los nuevos vestidos que se acababan en las tiendas con extraordinaria rapidez.

Farisa, una chica de su edad, que llevaba un precioso y transparente vestido de seda amarillo, le dio la bienvenida en nombre de las mujeres de las minas. Ella y otras cuatro estudiantes de Geología la acompañarían durante la visita programada.

La comitiva se desplazó en vehículos terrestres de gran velocidad hasta el colosal complejo de Minas Sargul. Formaban una red que se extendía cientos de kilómetros bajo la superficie. Su mayor profundidad era de seis mil metros, aunque las nuevas galerías proyectadas serían aún más profundas.

Las minas tenían la misma antigüedad que los humanos en Bahía. Las primeras colonizaciones se debieron exclusivamente a ellas.

El coronel Bel-Darxis, director de las explotaciones, era un hombre agradable de unos cincuenta años. Los recibió en el edificio principal, vestido con el uniforme de gala, y manifestó la alegría de los trabajadores por la visita de la princesa. Luego, condujo a la comitiva por amplios y grises corredores, alfombrados de rojo para la ocasión, hasta un gigantesco ascensor, en el que cabían más de mil personas, y descendieron dos kilómetros en una exhalación.

Llegaron a una gran caverna artificial donde vieron por primera vez a los xiks. Miles de pequeños hombrecillos rojos trabajaban el mineral con todo tipo de herramientas. El uranio extraído era depositado en vagonetas automáticas que correteaban por toda la gruta.

—Es automático todo lo que necesita desplazarse —explicó el director —. No podemos permitir que los xiks deambulen a su aire por las minas.

Los xiks no medían más de 1,30 o 1,40 metros de altura, pero eran muy fuertes. El perímetro de sus brazos podía ser el de dos humanos y tenían toda la musculatura extremadamente desarrollada. Estaban desnudos. Un halo de luz amarillenta, proveniente del techo de la caverna, rodeaba individualmente a cada uno.

El murmullo existente era atronador. Multitud de ojos cargados de odio

los observaban.

—¿Qué dicen? —preguntó Selene.

—Que nos van a matar a todos junto con nuestras familias. No saben decir otra cosa —contestó el director—. Les permitimos que nos insulten siempre que no dejen de trabajar

Un xiks algo mayor que los demás unió a sus amenazas un gesto furibundo y dejó caer la herramienta de trabajo. Inmediatamente, recibió un chispazo eléctrico.

La quemadura tuvo que ser muy dolorosa a juzgar por sus alaridos. Después, retornó al trabajo maldiciéndolos, furioso.

—Cada vez que dejan de trabajar los castigamos con un poco de electricidad. El chispazo les produce una quemadura que no deja residuos, así pueden continuar con su labor.

—¿La luz que los rodea es energía? —preguntó Selene.

—Sí, si se apagara, los xiks se lanzarían contra nosotros. Tienen muy poco instinto de conservación. A veces, hasta dudo que lo tengan. El odio que nos profesan es muy superior a cualquier otro sentimiento. Nos atacarían, aunque les apuntásemos con un arma y estuvieran seguros de su muerte. Son auténticas fieras.

Los xiks miraron a las mujeres gritando palabras procaces. Uno de ellos comenzó a masturbarse y enseguida recibió un chispazo.

La intensidad de los gritos aumentó. Los xiks tenían pasión por las mujeres humanas y los vestidos transparentes de las acompañantes de Selene no contribuían a calmarlos. Era una lujuria incontenible. Algunos se lanzaron ferozmente contra los haces de energía que los repelieron. Una nube de chispazos los obligó a reanudar el trabajo. El griterío era descomunal.

Selene, Farisa y las otras chicas estaban aterradas. Nunca estuvieron en un lugar tan terrible en toda su joven y agradable vida.

—No tengan miedo —apuntó el director—. Jamás tuvimos ningún problema gracias a los eficaces sistemas de seguridad. Los xiks son muy lujuriosos y la presencia de mujeres los altera. Aquí trabajan quince horas diarias. Solo una noche cada tres semanas les permitimos estar con sus hembras; una vez que empiezan a hacer el amor, no se detienen hasta perder el sentido por el agotamiento físico. En los días siguientes a su apareamiento disminuye su rendimiento laboral.

No dijo lo que sucedía cuando atrapaban una mujer humana. Fornicaban con ella de forma brutal mientras la desgarraban con sus zarpas. Era el máximo placer al que aspiraban.

Durante las tres horas que permanecieron en las minas el director les mostró los departamentos desde su propio despacho. A través de múltiples pantallas recorrieron los más recónditos lugares. El espectáculo era siempre el mismo, multitud de xiks que, sin parar de trabajar, dirigían

mortíferas letanías a sus guardianes.

—Cuanto más nos aborrecen, más trabajan —reía el director—. El odio es un motor extraordinario.

Selene descansó cuando salieron de las minas. En el exterior el día seguía siendo espléndido y nada hacía imaginar el inconcebible horror que existía bajo la tierra.

Por primera vez en su vida, Sofía tenía una cita con un chico y estaba nerviosa. Tardó horas en elegir el vestido. Al final, siguiendo la moda que se impuso desde la fiesta del cinco mil aniversario, eligió el más provocador. Era un traje corto de seda verde que se transparentaba tanto que tuvo que ponerse un tanga del mismo color. La parte superior del vestido dejaba enteramente al descubierto sus pechos. En el espejo, sus pezones se veían con claridad a través de la tenue seda. Se colocó sobre los hombros un chal de raso negro para taparse un poco. Aún tenía que salir de casa.

Su madre estuvo largo rato hablando de la indecencia de la juventud bahiiana, pero al final, con resignación, la dejó partir sin problemas.

En el amplio recibidor, adornado por retratos de ilustres antepasados, esperaba Tabarxis, un joven teniente de la armada que destacó en Urán, en la campaña contra los xiks. La condecoración ovalada con la imagen de Selene grabada en oro que relucía en su rojo uniforme era la más apreciada por los militares.

—¡Vaya! —No pudo reprimir la exclamación al verla—. Si se me apareciera Venus no podría ser de otra forma.

—Tonto —contestó ruborizada—. Ahora se llevan estos vestidos.

Tabarxis abrió la puerta del vehículo. Se mantenía sobre un colchón de aire a medio metro del suelo.

—Han inaugurado un nuevo salón musical —dijo Tabarxis—. Supongo que te encantará conocerlo.

Sofía no había estado en ninguno. Solo los conocía de oídas. Pensó que quizás fuese reprobable su asistencia a esos lugares. Aunque decidió correr el riesgo.

Tabarxis condujo por las amplias y bellas avenidas ajardinadas de la zona noble de Dorado.

—No se ve ningún órfida. —A esas horas solían pasear por los parques. En su galaxia natal nunca cultivaron plantas ornamentales y los jardines de Dorado, con sus bellas y exóticas especies botánicas, los maravillaban.

—Hoy adjudican la factoría del Lago Salado. Casi todos los órfidas importantes están merodeando por si pueden pescar algo —aclaró Tabarxis —. También tienen problemas. Una de sus mejores naves estalló en Nuevo Marte y piensan que la atacaron.

—¿Una nave órfida? —preguntó incrédula.

—Aterrizaba cuando la alcanzó un rayo de color verde y estalló.

—¿No sería un accidente?

—No conozco bien los detalles, pero ellos aseguran que fue un atentado.

—¿Quién puede atreverse a atacar a los órfidas?

—No lo sé. Es muy extraño. Que yo sepa no tienen enemigos, o por lo menos ninguno que se atreva a atacarlos —contestó mientras aparcaba el vehículo frente a Cristal, la sala de música recién inaugurada.

Tabarxis la ayudó a salir del vehículo.

En la puerta fueran recibidos con mucha ceremonia por un pomposo portero que vestía el uniforme de los antiguos almirantes de Bahía.

Cristal estaba repleto. La juventud bahiiana recibió encantada aquel local que pregonaba el aire de los nuevos tiempos. Por todas partes se veían motivos alusivos al espíritu del cinco mil aniversario, así como fotografías de Selene con el vestido de seda escarlata.

Había un gran salón circular rodeado de un anfiteatro de tres pisos repletos de mesas. En el centro de la sala estaba la pista de baile, un amplio redondel de cristal endurecido donde muchos jóvenes danzaban flotando sobre un colchón de aire.

Sofía se fijó en las chicas. Todas llevaban vestidos similares al suyo. El aire de la pista los levantaba a pesar de la constante lucha que sostenían. Se podría aprender de memoria el color de los tangas de las concurrentes. Unos meses antes habría sido un verdadero escándalo. ¡Cómo cambiaban las cosas!

—La que ha organizado mi prima con su vestido del cinco mil aniversario.

—Ya era hora de que viéramos cómo son las mujeres por dentro.

—¡Sinvergüenza! —exclamó ante la fija mirada del teniente en sus pechos.

Tabarxis había reservado un «Disco», una plataforma circular situada junto a la pista de baile que se elevaba a voluntad. Contenía en su interior un cómodo asiento doble y una mesita con orificios donde se depositaban las bebidas. Estaba recubierto por una cúpula de cristal transparente desde dentro, pero opaco por fuera. Los ocupantes podían observar la sala sin ser vistos por nadie.

Después de ser atendidos por el camarero, Tabarxis manipuló los mandos del «Disco». La cúpula del cristal se cerró y la plataforma ascendió. Desde arriba dominaban todo el local.

—Por lo que veo, vienes muchas veces —dijo con un gracioso mohín de enfado.

—No todas las que yo quisiera.

—Cualquiera se fía de un miembro de la armada. Y si actúas de esta forma en Dorado, ¿qué hiciste en Urán? Cuando estabas alejado de quienes

te conocen.

—En Urán sólo luchamos contra los xiks. No dormí dos horas seguidas en los seis días que duraron los combates.

—Ya será menos —replicó con una sonrisa traviesa.

—Yo estaba destinado en la ciudad donde empezó la batalla. Los primeros tres días los xiks dominaron la situación. No teníamos fuerzas suficientes para detenerlos y nos dedicamos a salvar de la matanza a las personas que pudimos. Luego, cuando llegaron las tropas de refuerzo, fue necesario perseguir y rastrear a los xiks que se escondieron; permanecían ocultos esperando la oportunidad de matar a alguien más antes de morir.

—Tuvo que ser horroroso —dijo mientras el teniente le llenaba la copa de licor. En la botella estaba grabada la imagen de un saurio.

—Este licor lo conozco —dijo, probándolo—. Es el famoso licor órfida.

—Así es. Y me costó mucho conseguirlo. Los órfidas lo guardan como un auténtico tesoro. Por suerte, hice amistad con uno de los capitanes que nos ayudaron en Urán.

—Está riquísimo. Podría beberme la botella entera.

—Adelante.

—Tú lo que quieres es emborracharme y que caiga rendida en tus brazos.

—Líbreme Dios de semejantes intenciones —protestó riendo.

—Pero no caes en la cuenta de que, si me emborrachas, cuando me lleves a casa mi padre te regañará a ti.

Sofía reía. Su padre, el gran almirante Remxis, era muy capaz de encerrar al teniente por semejante osadía.

—Gracias por recordármelo. —Le quitó la copa y se la bebió—. Por nada del mundo haría enfadar al almirante.

—¡Eh, gamberro! Devuélveme la copa. Querías una excusa para beberte lo mío.

Sofía quiso servirse más licor, pero el teniente lo impidió. Forcejearon hasta que la chica quedó inmóvil. Tabarxis la rodeó con sus brazos. Se besaron. Al principio con timidez, pero luego con gran pasión. Él le acarició el pecho a través de la tenue seda. Los pezones se endurecieron al primer contacto, y mucho más cuando los dedos del joven se movieron expertamente pellizcándolos con suavidad. Sofía era consciente de que debía pararlo, pero no tenía fuerzas para ello.

Él musitaba en su oído palabras cariñosas mientras la acariciaba. Sofía sentía cómo la pasión corría por su cuerpo al compás de la voz del joven. Hizo un esfuerzo y se apartó. ¿Qué iba a pensar de ella si caía con tanta facilidad?

—Vamos a bailar —dijo intentando manipular los botones del «Disco».

Tabarxis protestó, pero hizo descender la plataforma y abrió la cúpula de cristal.

El baile fue un fracaso. La fuerza del aire le subía el vestido y se sentía muy incómoda cubierta solo por el pequeño tanga. A las demás chicas les sucedía lo mismo, pero Sofía insistió en que se sentaran.

Esta vez no lo dejó cerrar el «Disco». Permanecieron frente a la pista de baile con la cúpula abierta.

—Así estamos mejor —dijo Sofía.

—Arriba se apreciaba mejor el paisaje.

Él estaba muy excitado. Sofía, al notarlo, acarició ligeramente el bulto que amenazaba con romper el fuerte uniforme de la armada.

—¡Cómo vienen los soldados de las guerras! —exclamó riendo.

Tabarxis quiso atraparla; ella le advirtió que el «Disco» estaba abierto y resultaban visibles.

—No se puede llegar y conquistar la fortaleza —comentó divertida ante el enfado del teniente—. Los buenos castillos caen tras largos asedios. Y ahora, mi gentil caballero, supongo que no le importará llevarme a casa. Se hace tarde y tengo que volver antes que mi padre. Si me ve con este vestido se acabarán el asedio y la fortaleza.

Tabarxis reía.

Se dirigieron hacia la puerta cogidos de la mano. Tabarxis le pasó el brazo por los hombros y Sofía se apretó contra él, besándole ligeramente en el cuello.

—Me gusta usted, señor teniente.

Tabarxis escogió adrede el camino más largo. Mientras recorrían las calles le hablaba de su amor por ella e intentaba concertar una próxima cita. Circulaban por las afueras de Dorado, cerca de los antiguos cementerios.

—¿Vas a dar la vuelta al planeta antes de llevarme a casa? —preguntó Sofía con sorna cuando, a través del parabrisas, vio una gran multitud que entraba en una caverna—. ¿Qué es eso? ¡Para!

—No lo sé —detuvo el vehículo—. Parece que se introducen en aquella cueva.

—Vamos a acercarnos.

Sofía salió tan rápido que Tabarxis tuvo que correr para alcanzarla. Se mezclaron con la multitud que entraba en silencio en la tenebrosa caverna.

—Todo esto es muy misterioso. Vamos a seguirlos.

Se sentía protegida por el teniente. A pesar de que recelaba de aquel lugar, su curiosidad pudo más y empujó al joven hacia la cueva.

—Es la entrada de uno de los primeros cementerios de Dorado. ¿De verdad quieres entrar?

—Claro —cogió su mano—. Quiero saber lo que pasa.

La gruta no estaba iluminada. La escasa claridad existente provenía de las farolas de la calle. Al entrar, casi se caen al toparse con una estrecha escalera que descendía a las profundidades de la tierra. Los escalones de

piedra estaban muy desgastados por el tiempo. Olía a moho, como si el lugar hubiera estado cerrado durante muchos años. La oscuridad aumentaba según bajaban por aquella galería.

Se aferró más al teniente, que casi la llevaba en volandas. El pasadizo descendía constantemente y parecía no tener fin. En algunos lugares rozaban las paredes por la estrechez del túnel. Había mucha humedad. Se oía el goteo del agua, aunque no podían distinguir su procedencia. Escuchaban el continuo ruido procedente del lento caminar de la muchedumbre en la escalera. Abajo asomaba una extraña y cambiante claridad.

Entraron en una gran bóveda, iluminada por antorchas, donde se apretujaban más de mil personas. Tabarxis se tranquilizó al ver uniformes de la armada. La ropa de Sofía destacaba entre las austeras vestiduras de los presentes.

Sofía reconoció a varios aristócratas de Dorado. Sin embargo, mezclados con ellos, había muchas personas harapientas que debían ser los más pobres de la ciudad.

Un murmullo estremeció a la multitud. Un anciano, vestido con una raída túnica blanca, apareció sobre una gran roca que ocupaba en centro de la gruta. La canosa y sucia barba le llegaba hasta la cintura. Sus ojos brillaban con una luminiscencia fantasmal. Parecía una aparición sacada de los libros de terror.

—Hermanos —comenzó a hablar logrando que se acallara el leve murmullo existente—. Gracias a Dios cada vez somos más los que nos reunimos. Los que, a pesar de ser pecadores, nos arrepentimos por haberle faltado y nos humillamos juntos para implorar su perdón. Pero todavía somos pocos. —Su voz retumbaba en la penumbra—. Somos insuficientes para cambiar a la humanidad y detener el castigo divino. Él, que es pura bondad, nos perdonó siempre que lo ofendimos. Desde el principio de los tiempos nos dedicamos con más afán a los pecados y vicios que a santificar su nombre. Los hombres han fornicado, han matado, lo han injuriado y, pese a ello, siempre obtuvimos su perdón. Él nos hizo a todos iguales y tuvo que ver cómo, salvo en la muerte, los seres humanos se diferenciaban. Unos se enriquecían mientras sus hermanos morían de hambre. Pero nos perdonó, pues estos pecados son propios de la naturaleza humana. No somos perfectos y lo sabe. Ahora lo hemos ofendido en algo que ya no puede tolerar. Él, que nos creó a su imagen y semejanza, nunca permitirá que entreguemos a nuestros hermanos para que sean devorados por esos diablos que vinieron del espacio. Hemos prostituido nuestra especie. Comerciamos con la carne de nuestros semejantes. Y eso merece el peor de los castigos.

» No está lejos el día de la destrucción del Imperio. Vendrán guerras fratricidas. Los que ahora nos llamamos hermanos nos mataremos unos a

otros. Llegarán grandes plagas y las más terribles enfermedades. He visto en mis sueños a un gran jinete negro cabalgar sobre Bahía, y eran tantos los cadáveres que no quedaban manos para enterrarlos, y se pudrían, sin tierra encima, en las calles de las ciudades. Habrá muertes terribles. La sangre se nos escapará del cuerpo y muchos desearán no haber nacido.

Sofía, estremecida, clavó sus uñas en el brazo de Tabarxis. A su alrededor percibía el miedo de la multitud.

—Los profetas ya lo anunciaron —prosiguió el viejo—. Cuando la princesa de la muerte cumpla quince años, comenzará la cuenta atrás. Ya no falta mucho tiempo para que empecéis a notar la cólera divina. Dios nos dará señales antes de destruirnos. Serán severas advertencias que anunciarán el Apocalipsis. Pero no le haremos caso y seguiremos construyendo el camino que nos lleva a la destrucción.

—Vámonos —dijo Sofía tirando del joven.

Mientras salían, persistía en sus oídos la atronadora voz del viejo. La multitud estaba hipnotizada por sus palabras.

Sofía temblaba. Tabarxis la rodeó con su brazo.

—Es horrible lo que dice —se lamentó. Lloraba.

—No te preocupes. Solo es un loco.

Pese a su aparente seguridad, tampoco estaba tranquilo. Sabía que ese tipo de reuniones sucedían en todo el planeta.

—¿Cómo habla así en público y no lo detienen? —preguntó Sofía.

—No lo sé, pero me voy a enterar. Predica una auténtica rebelión.

La ayudó a subir al vehículo, colocándole sobre los hombros su chaqueta militar. Mientras conducía, Tabarxis contaba todo tipo de anécdotas divertidas intentando distraerla.

Sofía admiraba las perfectas calles de su amada ciudad. ¿Cómo podían querer destruirla? ¿Cuántos locos sembraban el terror en esos momentos?

Se despidió dando cita al teniente para una semana después. Un ligero beso en los labios selló su compromiso.

En la casa, corrió a cambiarse de ropa. Su padre, el todopoderoso gran almirante Remxis, había llegado.

—De modo que ya con pretendientes —espetó al verla. Estaba enfadado. Menos mal que no vio el vestido.

—Era un amigo, el teniente Tabarxis. Sirvió a tus órdenes en Urán. —Los temas militares siempre lo pacificaban y orientaban su conversación hacia las batallas en las que había intervenido, su tema favorito.

—Buen muchacho. —Su rostro se dulcificó un poco—. Y muy valiente. Uno de los mejores oficiales que tuve en esa campaña. —Al mirarla notó su inquietud—. ¿Qué te pasa? ¿Ese desgraciado se atrevió a ofenderte?

Sofía rompió a llorar echándose en los brazos de su padre. Luego le contó lo sucedido en la caverna.

—¿Cómo pudo Tabarxis llevarte a ese antro? —La cólera asomó de

nuevo en el rostro del almirante.

—No fue él. Yo lo arrastré. Vimos a muchas personas entrar en una gruta y quise saber adónde iban.

—De todas formas, tuvo que impedirlo.

—No sé cómo hubiera podido hacerlo. Yo quería enterarme de lo que sucedía. —Reía entre lágrimas.

—Manejáis a mis oficiales como si fueran títeres. Mañana hablaré con él, me dará explicaciones de su conducta.

—Papá, no tuvo culpa. Yo lo llevé.

—Bobadas. Un teniente de la armada debe saber los lugares a los que no puede ir. Y más, si pretende engatusar a mi hija. —Ya no estaba enfadado.

—¿Cómo se le permite a esa gente hablar así de Selene?

—No se lo permitimos, pero tampoco queremos crear mártires. Vivimos en una época bastante próspera. El esplendor de Bahía ha superado con creces al del Imperio de Horgón. La gente vive bien, sin apenas problemas, y no es nuestra intención creárselos. Es cierto que esos locos están impactando en parte de la población, pero es algo que debemos tratar con delicadeza. Mucha represión puede ser peor que el daño causado por los profetas.

—¿Los has escuchado?

—Sí, se aferran a una profecía muy antigua. Siempre que se acerca la fecha del cumplimiento de alguna, aparecen iluminados que creen en ella y la defienden públicamente. En otras épocas, eso bastaría para llevarlos al cadalso. Pero sabemos por experiencia que los movimientos creados en torno a una profecía expiran cuando se cumple el plazo sin que nada suceda. Y eso es lo que estamos esperando.

Seneka la esperaba en el espacio-puerto. La divisó a través de los ventanales de la nave y enseguida enrojeció. Durante todo el viaje había temido ese momento. Y allí estaba, tan bella como siempre. Tuvo que reconocer, a su pesar, que la atraía.

Esa fue su mayor preocupación desde que las tres estuvieron en el palacio de Seneka. ¿Sería lesbiana? ¿No podría dar hijos al Imperio siendo la heredera del espíritu de los primeros colonizadores de Bahía? Patrexis le gustaba, pero no sabía quién la atraía más.

Seneka la besó en la mejilla. Se comportaba con naturalidad, como si nada hubiera sucedido entre ellas.

—¿Te gustó Ciudad Sargul? —preguntó sonriendo.

—No mucho. Demasiados edificios de hormigón sin nada que los suavice. Aunque estuve poco tiempo para conocerla bien.

—Yo solo fui una vez y me pareció horrorosa.

La tomó del brazo y la llevó hacia los vehículos terrestres que

utilizarían para visitar la factoría. Seneka parecía muy contenta y era amable y dulce con ella.

Muchas naves órfidas estaban estacionadas en aquel colosal espacio-puerto. Algunas habían llegado de estrellas muy lejanas.

A quince kilómetros de la pista de aterrizaje se encontraba el edificio principal. Era una inmensa torre de ladrillo rojo donde se desarrollaban las labores burocráticas de la gigantesca explotación. Los primeros pisos estaban destinados a la recepción de visitantes y estaban plagados de órfidas.

—El Kidang adjudica hoy la factoría —dijo Seneka—. Han venido desde los más remotos confines de la galaxia para ver si pillan algo.

—¿No te la iba a regalar? —preguntó Selene.

—Es lo que quiere, pero será difícil que lo consiga. Los desarrapados consiguieron que el Sumo Sacerdote los apoye. No sé qué hará el Kidang. Quizá tenga que cederla.

Circulaban despacio, parándose muchas veces al estar taponada la vía por infinidad de vehículos. Al pasar junto a la torre escucharon el descomunal griterío que surgía del interior.

—Luego nos contará Sanatakur lo que suceda. —A Seneka no parecía importarle perder la factoría—. Mientras, te enseñaré la explotación.

Patrexis y la escolta de Selene viajaban en otros vehículos que los seguían a corta distancia. El capitán estaba intranquilo por la imposibilidad de proteger a la princesa en el enorme bullicio. Hubiera deseado ir con ella, pero Seneka no lo invitó.

Se detuvieron en las puertas de un enorme edificio de una sola planta. Los límites longitudinales se perdían en el horizonte y podía tener más de un kilómetro de ancho.

Patrexis se colocó junto a Selene. Guardaba un par de metros de distancia, para no molestar a Seneka, pero desde esa posición haría frente a cualquier imprevisto.

Un órfida vestido de blanco salió presuroso a recibirlas.

—Bienvenida sea la esposa del Kidang —dijo haciendo una gran reverencia.

—Este es Serikur, el ingeniero jefe. Él nos explicará el funcionamiento del criadero. Si te digo la verdad, yo apenas lo entiendo.

El ingeniero las condujo al interior. Era una edificación muy funcional. Se veían grandes tubos por todas partes y saltaba a la vista que la estética no se tuvo en cuenta en la construcción del complejo.

—Vamos a empezar por la sala de reproducción —dijo Serikur, invitándolas a pasar al barracón contiguo—. Es la base de nuestro negocio actual. Al principio, cuando se montaron las factorías, tuvimos problemas para conseguir que los humanos se reprodujeran en cautividad. Pero, gracias al concienzudo estudio de nuestros sabios, en la actualidad resulta

más rentable un criadero que cazar humanos libres.

El barracón tenía un ambiente muy caldeado, sobre los treinta grados centígrados. Muchas mujeres y algunos hombres desnudos pululaban en una gran habitación de suelo de paja. Varias parejas fornicaban. Selene no pudo evitar enrojecer al verlos.

—Los sementales son escogidos —dijo el técnico—. Cuando cumplen quince años los traemos a este lugar para que monten a las hembras. A los veinte, pasan a la sala de engorde. Procuramos que cada semental que salga bueno nos dé varios hijos similares. Los expertos genéticos deciden los mejores cruces.

Selene se ruborizó. A pocos metros de ella un hombre y una mujer fornicaban de una forma bestial, sin que les importara su presencia. La mujer gemía y jadeaba, mientras que el hombre emitía rugidos guturales más propios de las bestias.

En la siguiente habitación, también inmensa, las mujeres embarazadas aguardaban el parto. Los veterinarios órfidas les prestaban una esmerada atención.

—Aquí controlamos rigurosamente el embarazo. En cuanto una hembra se queda preñada pasa a esta sala donde recibe los más extremos cuidados —dijo Serikur, orgulloso—. Tenemos el menor índice de mortalidad durante el embarazo de todas las factorías de Bahía, que son las mejores de la galaxia. Les permitimos tener hasta seis hijos. Más no, pues aumentan los riesgos del embarazo y está prohibido vender la carne de un animal que muera sin ser sacrificado. Estas hembras, cuando han cumplido su misión, pasan a las salas de engorde. De ellas obtenemos una carne de mediano precio.

Varias mujeres parieron atendidas por los veterinarios.

Llegaron a la sala de los recién nacidos. Algunos estaban en el interior de incubadoras transparentes.

—A los recién nacidos les dedicamos especial atención pues ha aumentado mucho su demanda —explicó Serikur—. El kilo de una cría de pocos meses vale diez veces más que el del adulto. Tenemos que satisfacer su demanda sin olvidar la producción de mayores, que son quienes mantienen una buena factoría. Alguna se ha arruinado por dedicarse exclusivamente a los lactantes.

En las salas de engorde vieron cientos de humanos totalmente desarrollados, desnudos e increíblemente gordos.

—No tienen más de cinco años —informó Serikur—. Los nuevos piensos hormonados son fantásticos. Logramos enseguida su máximo desarrollo. Después, les provocamos una enfermedad renal para que retengan sodio y agua, y mejoren su peso. Aunque dicen que esto último lo van a prohibir. Esta carne es barata. Un humano de diez años vale cinco veces más. Pero gracias a estos ejemplares, cualquier órfida tiene la carne

humana al alcance de su bolsillo.

A Selene le parecía encontrarse en la sala de los horrores. Una y otra vez se mentalizaba de que eran animales, como decía Patrexis, quien tampoco podía ocultar su desazón.

Selene dijo que quería irse y Seneka dio la orden de partir.

—Pero si queda por ver lo mejor —protestó Serikur—. La sala de la matanza y el despiece. Todo automático. Muchos de los instrumentos los trajimos directamente de Orpha.

Cuando salieron, pudo respirar. Quería mantener la compostura, que Seneka no apreciara su afectación, y lo consiguió con dificultad. No recordaba otro rato peor en su vida. Sabía que las terribles imágenes quedarían grabadas en su cerebro mientras viviera. Aunque aquellos humanos solo repetían algunas palabras en órfida, y se les veía torpes y sin apenas inteligencia, por lo que debían pertenecer a una especie diferente.

El Kidang no tardó en reunirse con ellas. Parecía enfadado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Seneka acariciando sus blancos cabellos.

—Ese maldito ladrón del Sumo Sacerdote. Tuve que darle cincuenta mil créditos para que no apoyara a los muertos de hambre que querían nuestra factoría.

—Entonces… ¿Es nuestra?

—Sí, te lo prometí y siempre cumplo mis promesas.

Seneka lo abrazó con grandes muestras de alegría.

Selene pensó que debía irse cuanto antes. Alegó una indisposición y se retiró a la nave con los demás bahiianos. Todos estaban impresionados. En el viaje de regreso nadie dijo una palabra.

Capítulo 10
Primera Gran Reunión

Los preliminares de aquella histórica reunión donde los reinos de Coria, Delta, Grog y Devón, y los grupos rebeldes de Amargaz, firmaron la alianza contra los órfidas, estuvieron marcados por la guerra de Amargaz, la primera gran guerra en el interior de la Bolsa.

Las fricciones entre los dos reinos que ocupaban los planetas de la estrella Amargaz databan de la época en que se independizaron de la Tierra. Para intentar la paz, Saldur, rey de los tres primeros planetas, se desplazó al reino de Pancisto, rey de los cuatro últimos. Parece ser que la entrevista fue fructífera y acordaron una paz duradera. Pero el día que Saldur retornó a su reino, Pancisto sufrió un serio atentado en el cual pereció un hijo suyo y varios de sus súbditos más allegados. Junto al arma que disparó contra el rey encontraron muertos a servidores de Saldur, y esa fue la causa de la cruenta guerra que sobrevino. Por primera vez se usaron armas atómicas contra ciudades, y faltó poco para que todos los planetas quedasen arrasados.

Este salvaje atentado es otro de los innumerables hechos inexplicables de aquellos tiempos revueltos, pues Saldur negó siempre su participación, y los grupos rebeldes de ambos reinos también negaron saber algo del crimen.

A lo largo de los siglos los historiadores han formulado muchas hipótesis, pero no contribuyeron a aclarar lo que sucedió. Quizás obtengamos una perspectiva mejor si buscamos a quien favoreció la guerra, en vez de estudiar una y otra vez los informes de los hechos.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Arinia, al igual que los demás componentes de la expedición deltana, vestía el uniforme celeste de la armada. Su padre, el rey Astar, y Ajax, el primer ministro, la flanquearon al salir de la magnífica residencia donde estaban alojados. Los seguían Mefersis, el almirante jefe, y el general Horsis, principal responsable del servicio de inteligencia militar.

Habían pasado tres apacibles días desde su llegada a Ilamad. La reunión se aplazó pues varios participantes tuvieron problemas para llegar.

Arinia sentía que le gustaba Coria. Solo conocía Ilamad, el planeta más externo, y una minúscula parte de él, pero le gustaba. El olor del aire, la claridad, las noches de Ilamad, la magnífica estrella Coria. Todo empezaba a serle entrañable. Percibía que le sería muy fácil amar esa tierra.

En la puerta de la residencia los esperaba un joven llamado Salvrey en

un extraño vehículo ovalado sin conductor. Él fue quien los atendió durante su estancia en el planeta. A Arinia le resultaba simpático, aunque le parecía demasiado protocolario.

El vehículo partió alcanzando muy pronto gran velocidad. A través de una extensa pradera repleta de amapolas, se dirigió hacia un bosque que asomaba en el horizonte. No tardaron en introducirse en un amplio túnel vegetal. Las ramas de los enormes árboles laterales estaban entrelazadas para que cubrieran todo el camino. Pese a la velocidad del vehículo, y al extraordinario follaje que llenaba los huecos entre los grandes árboles, divisaron riachuelos, lagos y muchos animales. Arinia estaba maravillada.

—Es el bosque de Terwol —explicó Salvrey—. Se extiende sobre más de cien mil kilómetros cuadrados y en parte es artificial. Ya había una gran selva cuando hicieron aflorar corrientes subterráneas para crear ríos y lagos. Más tarde, trajeron animales y plantas de otros planetas y organizaron el bosque. Los resultados fueron mucho mejores de lo esperado. Es uno de los lugares más bellos de la galaxia.

—¡Es magnífico! —exclamó Arinia—. ¡Me encantaría visitarlo! —Su padre la miró con severidad y ella supo que había cometido una grave indiscreción. Los corios no permitían a los extranjeros otra visita que la programada. Nunca mostraban nada más, y el visitante era advertido sobre la necesidad de permanecer dentro de los límites estrictamente marcados.

—Veremos si puedo arreglarlo —apuntó Salvrey sonriendo. Estaba claro que debía consultar al respecto.

El túnel vegetal acabó en un lago de unos diez kilómetros de diámetro cuya superficie el vehículo horadó levantando olas a su paso. En el mismo centro había un bonito castillo de piedra blanca.

—Nuestro lugar de reunión —informó Salvrey—. Aunque parezca antiguo, no tiene más de cien años. Se construyó en piedra para que estuviera acorde con el entorno.

En la pared oeste del castillo, la muralla se abrió para dejarlos pasar. Aparcaron en un amplio patio donde había varios vehículos similares. Arinia supuso que serían de las delegaciones de los demás países que participaban en la reunión.

El interior del palacio era muy acogedor. No habían utilizado materiales caros, estaba construido en madera y piedra, pero el conjunto era armonioso y resaltaba por su extraordinaria elegancia.

Salvrey los acompañó hasta una habitación circular ocupada por seis mesas. En una de ellas aparecía la palabra Delta. Ya habían llegado todas las delegaciones excepto la coria.

Los deltanos tomaron asiento y Salvrey los presentó a los asistentes. De Amargaz había representantes rebeldes de ambos reinos. Por los tres primeros planetas, el reino de Saldur, capitaneaba la delegación de seis personas un tal Sentender. Salvrey le presentó como «futuro rey», igual que

a Avirio, jefe de los grupos que combatían a los órfidas en el segundo reino de Amargaz

A Grog lo representaba el propio rey Olabertum, de quien se contaban las más crueles historias. Era un hombre inquietante. De mediana edad y rasgos achinados, sus facciones eran muy duras. La espesa barba que cubría su rostro le daba, si cabe, un aspecto más fiero. A Arinia le recordó al ogro de los cuentos infantiles y tuvo que reprimir una sonrisa.

Tarquín, el rey de Devón, estaba acompañado por su esposa Naconda, famosa en toda la Bolsa por su hermosura. Arinia apreció las lujuriosas miradas que le dirigía Olabertum.

Salvrey dijo que Orgaz era un planeta habitado por tribus salvajes y piratas, y no había nadie capaz de liderar la rebelión.

La mesa de la delegación coria pronto tuvo un ocupante. Salvrey lo presentó como Ledón. Estaba a cargo de la guerra contra los órfidas.

Una persona de unos cuarenta años entró en el salón y se dirigió a la mesa coria. Andaba despacio, mirando a los presentes. De su figura emanaba un extraño halo que reclamó la atención de toda la sala.

El jefe de protocolo lo presentó.

—Su excelencia Allamire, el regente de Coria.

Todos esperaron expectantes la voz del recién llegado. Ante ellos tenían a la persona sobre la que corrían las más siniestras historias. Se le achacaban infinidad de atentados, asesinatos y hasta desastres naturales. Había quien decía que estaba detrás de todo lo malo que sucedía en la Bolsa, y nadie podría vivir tranquilo mientras existiera.

—Queridos amigos —habló y la sala enmudeció. Sus palabras eran cordiales, aunque el timbre metálico de su voz parecía indicar lo contrario. Era la voz de una persona acostumbrada a mandar y a que se le obedeciera. La voz que dictaría una sentencia de muerte. Arinia, al igual que los demás, contemplaba fascinada a Allamire—. El motivo por el que estamos reunidos es de sobra conocido y no lo discutiremos de nuevo. Sugiero que, para mayor brevedad —la sugerencia sonaba a orden—, cada uno de los representantes exponga la situación en sus respectivos países. Posteriormente, estudiaremos la forma de actuación conjunta que resulte más eficaz.

Hablaba como si pudieran enfrentarse a los órfidas y aquella no fuese una reunión de desahuciados.

—Ya que lamentablemente Amargaz está en guerra, tengan ambos representantes nuestras más sinceras condolencias, serán los primeros en intervenir.

A todos les pareció bien la propuesta, y también mostraron su pesar por la guerra a los jefes rebeldes de Amargaz.

Sentender y Avirio, los dos «futuros reyes», hablaron a la vez, ninguno quiso ceder el turno de palabra. Allamire ordenó que comenzara Sentender

por ser el cabecilla con mayor número de adeptos.

—La guerra, aunque hizo que dejaran de perseguirnos, destrozará todos los planetas si no se detiene. Las tropas de Pancisto bombardearon atómicamente más de cuarenta ciudades. La cifra de muertos, y sobre todo de heridos a causa de las radiaciones, es enorme. Si esto dura dos meses más no quedará nada que conquistar. En lo que respecta a la resistencia contra los órfidas y Saldur, disponemos de dos millones de hombres armados, aunque el potencial humano es mucho mayor. En los tres planetas, antes de la llegada de los órfidas, en la época del rey Lis, habría unos dos mil millones de habitantes, de los cuales al menos mil quinientos éramos comestibles. Sufrimos una considerable merma, pero todavía quedamos muchos.

» Cuando los Órfidas pusieron a Saldur en el poder, inmediatamente prohibió que los humanos comestibles abandonáramos las ciudades. Fuimos pocos los que escapamos para internarnos en las selvas. En la actualidad, la demanda de las factorías está cubierta con el cupo de personas pactada con el Gobierno, pero hay muchas bandas que cazan humanos. Los órfidas pagan muy bien la carne y no se preocupan de averiguar si es parte del cupo. La población de las ciudades está aterrorizada. Tenemos listas de millones de personas que quieren venir a los santuarios de la selva, pero no damos abasto. Integrar a más gente sería el fin de la resistencia. Los secuaces de Saldur no tardarían en descubrirnos.

» En estos últimos días, los órfidas obligaron a los reyes a pactar la paz. Su actividad comercial se resentía y les amenazaron con destituirlos si no suspendían las hostilidades. El día antes de mi partida ya había tregua y mensajeros de Aspatakur, el Dang órfida dueño de Amargaz, se entrevistaban con los dos Gobiernos.

Sentender cedió la palabra a Avirio, que se manifestó de manera similar, si bien sus problemas eran más acuciantes ya que la raza predominante en los cuatro últimos planetas de Amargaz era la amarilla. La población blanca no llegaba a trescientos millones antes del advenimiento de los órfidas y estaban en peligro de extinción. La presión contra la resistencia había disminuido por la guerra, pero coincidía con Sentender en que, si continuaba, destruiría todo Amargaz.

—En Costas, la última ciudad bombardeada por el ejército de Saldur, murieron quinientos mil humanos de raza blanca junto con dos millones de amarillos. Si esta guerra no se detiene acabará con nosotros en cuestión de meses.

La intervención de los dos Amargaz terminó. Arinia estaba consternada. En Delta aún persistía la pacífica y agradable vida de siempre mientras las más espantosas tragedias ocurrían a su alrededor.

Allamire le otorgó la palabra al rey de Grog.

—En Grog no tenemos problemas. —Su voz era áspera y salvaje. Habló sin apartar los ojos de Naconda—. Los criados -se refería a las diecisiete especies esclavas- estuvieron revueltos pues sabían, y no sé cómo, que los únicos comestibles éramos nosotros. Ya se imaginaban dueños del planeta. Pero lo solucionamos. —Sonrió malignamente—. No creo que vuelvan a tener semejantes pensamientos.

» En lo referente al esfuerzo militar —continuó, sin retirar su mirada de la reina de Devón—, hacemos lo que podemos. Todos los niños desde los seis años están militarizados. Las siete fábricas de naves A-2 funcionan a pleno rendimiento, y nuestros soldados ya manejan bien las nuevas armas corias.

» Un impedimento importante para la lucha contra los órfidas es que somos trescientos millones, y tenemos que vigilar a cuatro mil millones de criados.

» Aparte de dar las gracias a la gran nación Coria por su ayuda, desearía pedirles más. —Era la primera vez que desviaba la mirada de Naconda para dirigirse a Allamire. Se comportaba como si las demás delegaciones no le importaran—. Queremos duplicar el número de fábricas de naves A-2. Podríamos mantener catorce a pleno funcionamiento. También desearía que viniesen más instructores militares corios.

Allamire aceptó la petición.

Arinia, aunque no entendía de armamento, estaba al corriente de lo concerniente a aquella reunión. Sabía que la nave coria A-2 era muy superior a las deltanas. Ellos lograron fabricarla gracias a unos planos que consiguieron sus espías en Orgaz, aunque sospechaban que se los entregaron los mismos corios. En Delta solo había una nave A-2, construida con mucho esfuerzo pues las fábricas no estaban adaptadas, y un horroroso reyezuelo, de una estrella que más valía olvidar, contaba con siete fábricas y quería otras tantas. ¡Estaban en manos de los corios! No dijo nada, pero, por la expresión de su padre, supo que pensaba lo mismo que ella.

Le tocaba el turno a Tarquín, rey de Devón, el cuarto planeta de la estrella Aitana. Junto con Orgaz eran los únicos habitados. Los otros siete planetas no tenían atmósfera y nadie tuvo el menor interés en terraformarlos.

Tarquín, muy molesto con Olabertum por la forma de mirar a su esposa, comenzó su exposición.

—Hace doscientos años mis antepasados cometieron el error de acoger a los sairios, unos saurios inteligentes que vagaban por la galaxia. Su estrella natal se convirtió en nova y huyeron abandonando sus posesiones. Nos pidieron permiso para instalarse en nuestro país. Los gobernantes de la época, conmovidos por su dramático relato, les cedieron las zonas pantanosas del hemisferio sur. Los sairios se asentaron con rapidez y

edificaron sus primeras ciudades. Eran muy primitivas. Nos sorprendió que un pueblo que dominaba el viaje espacial viviera de forma tan precaria. Su comercio con nosotros era escaso. No producían nada. Parasitaron las zonas que les cedimos acabando pronto con sus recursos. Surgieron entonces en Devón asociaciones benéficas para ayudarles. Eran tiempos prósperos y nadie veía mal echar una mano a nuestros invitados. Los sairios se acostumbraron a vivir de la caridad. Sus caciques repartían la ayuda del pueblo de Devón, quedándose siempre con la mejor parte. Ya no trabajaban, ni cazaban, ni hacían nada productivo. Solo lloraban y se lamentaban de su indigencia para pedirnos más ayuda.

» En el año 9980 una nave órfida llegó a nuestro país. Hasta entonces nunca habíamos tratado con ellos y solo sabíamos de su existencia por los viajeros interestelares. El capitán solicitó autorización para instalar una factoría. Denegamos el permiso, horrorizados, al saber a qué se dedicaban. Durante un tiempo pensamos que el peligro había pasado hasta que, seis meses más tarde, una flota órfida aterrizó en Devón nombrando rey de todo el planeta a Tarancosia, el jefe de los sairios.

» En la primera batalla destruyeron la mayor parte de nuestra flota. Desde entonces nos mantenemos en continua lucha, pero siempre cediendo terreno. Los órfidas se instalan en una zona y la explotan hasta la extenuación. Cuando desaparecen los humanos, guerrean de nuevo contra nosotros conquistando otra porción de territorio, con todas las personas que la habitan. Desde el año pasado controlan completamente el hemisferio sur del planeta. Toda la población humana de ese territorio fue capturada. Hace tres semanas ocuparon una parte del hemisferio norte. Ni siquiera las armas corias son capaces de frenarlos. Nuestra situación es desesperada. Los sairios parasitan a los órfidas como lo hacían antes con nosotros. Se acostumbraron a comer carne humana y su único trabajo es firmar autorizaciones para la ocupación de territorio.

» Solicitamos —dijo solemnemente— toda la ayuda que esta reunión pueda prestarnos. Aunque lucharemos hasta el final, este llegará pronto si persisten las circunstancias actuales.

Era el turno de Delta. Ajax se dispuso a hablar mientras Tarquín quedaba para más tarde con los asesores militares corios.

Ajax hizo un breve resumen de la visita de los órfidas, del viaje de la nave deltana por la galaxia y de la preparación militar del país. No ocultó que reclutaban a los jóvenes a partir de los dieciséis años, ni que solo tenían una nave A-2. Pero Arinia se sorprendió cuando, a diferencia del resto de los presentes, no solicitó ayuda a Coria. Ella pensaba que, si un miserable reino como Grog disponía de catorce fábricas, Delta debía tener doscientas.

Ajax acabó pronto. No deseaba repetir lo dicho por otros delegados y, aunque de forma concisa, definió la capacidad militar de la nación.

Solo faltaba por hablar la delegación coria.

El propio Allamire tomó la palabra. Todos estaban pendientes. Se escuchaba como las olas del lago chocaban contra las murallas del castillo.

—Empezaré por el único hecho que considero positivo. Lo extraje de la propia historia de los órfidas. Mantenemos excelentes relaciones con ellos y nos enteramos de cosas muy interesantes. Sus orígenes están perdidos en el tiempo, pero, según sus científicos, provienen de un animal parecido al oso. No encontraron demasiadas razas guerreras en Andrómeda, su galaxia natal, y se expandieron sin dificultad. Lo que nos interesa de su historia es que llegaron al espacio hace quinientos mil años. Y su era pre-espacial fue de un periodo similar. Hoy su tecnología nos supera, pero hay que tener en cuenta que los humanos salimos de la Tierra en menos de tres mil años. No debemos desmoralizarnos, ni nos tiene que impresionar su poderío; son, sencillamente, más viejos que nosotros. Nuestro avance tecnológico es monstruoso si lo comparamos con el suyo. Somos una especie mucho más inteligente; nuestro destino es dominar el universo. El único problema que existe para asumir nuestro legado es que ellos llegaron antes.

Allamire miró uno a uno a los presentes para que asumieran la importancia de lo expuesto.

—No nos han atacado todavía porque me comprometí con el Kidang de Bahía a conquistar, en el plazo máximo de tres años, Delta y Grog y entregarles a todos sus habitantes. Intervienen en el acuerdo Aspatakur, el Dang de Amargaz, y Orphelenka y Orphetor, las dos principales compañías que comercializan carne humana.

» A ellos les interesa pues su religión, que surgió antes de su etapa espacial, predica el pacifismo y solo admite la violencia en caso de legítima defensa. La religión está refrendada por sus leyes, que son muy estrictas y de obligado cumplimiento, con gravísimas sanciones para las faltas. Ningún órfida respeta el sentir religioso cuando trata de enriquecerse, pero tienen un enorme interés en simularlo. Yo conquistaría, con su ayuda, las naciones citadas, para venderlas después por medio de un contrato acorde con su legalidad.

» Otro factor que influye, y quizás bastante más, es que si ahora mismo nos invadieran les correspondería el turno a los órfidas pobres. Estos, sin fortuna y con desmesuradas ansias de enriquecerse, montarían un número enorme de factorías inundando el mercado de carne humana con el consiguiente deprecio de la misma. Los representantes del Kidang consideran que necesitan tres años para arreglar legalmente que la Bolsa sea propiedad de una compañía formada por él y los órfidas más poderosos. Así producirían según la demanda y mantendrían el control de los precios.

Arinia estaba aterrada por las palabras de Allamire. También percibía el miedo de los presentes. Olabertum no parecía afectado, seguía con los

ojos fijos en Naconda. Su desvergüenza llegaba hasta el extremo de hacerle muecas e insinuaciones desde su mesa.

—De todas formas —continuó Allamire —, no debemos confiarnos. Por nuestros agentes en Bahía sabemos que los órfidas pobres presionan al Kidang. Ya nos habría vendido si no fuera por su enorme avaricia. Tenemos que estar preparados. Me dieron un plazo de tres años y ya ha pasado uno.

» Me voy a permitir hacer algunas sugerencias sobre la forma de actuar: En Amargaz cesará toda actividad armada. La resistencia tiene que permanecer oculta a la espera de tiempos mejores. Nosotros mandaremos armas e instructores militares, y hay que aumentar el ejército rebelde, pero no tienen que suceder acciones militares que comprometan el futuro. Toda la población masculina menor de veinte años, incluso los recién nacidos, vendrá a las naciones seguras. Crearemos centros de instrucción en Coria, Delta y Grog donde formaremos el futuro ejército de Amargaz.

—¿Y el resto de la población? —preguntó Sentender.

—Los demás ciudadanos permanecerán en sus lugares de origen —contestó el regente—. Solo nos interesan los soldados, o los futuros soldados. No podemos evacuarlos a todos pues el planeta que los asilara sería atacado. Si sacamos de Amargaz a los varones menores de veinte años es posible que noten algo extraño, pero, al mantenerse su reserva de carne, no actuarán al respecto.

Arinia sintió que enfermaba. Abandonaban a la población civil para que sirviera de alimento a los órfidas. Los jefes rebeldes se miraron consternados antes de aceptar la propuesta de Allamire. Tarkín, el rey de Devón, también estaba triste. El único que permanecía ajeno a lo que se hablaba era Olabertum, que seguía pendiente de Naconda. La expresión de su rostro reflejaba lo poco que le importaba que devorasen a todos los habitantes de Amargaz.

—Delta y Grog tienen que incrementar su esfuerzo bélico. Los niños, desde los seis o siete años, han de prepararse para la lucha. Esta guerra será larga y nos vendrán muy bien dentro de diez años. Mandaremos instructores a ambos países e instalaremos fábricas de armamento. También sugiero que los principales jefes militares vengan a Coria para formarse. Vamos a crear una comisión permanente, con representantes de todas las naciones, para llevar la guerra. Ningún país actuará unilateralmente sin su beneplácito. La comisión residirá en Coria.

Ajax aceptó tras consultar con el rey Astar. El que la comisión estuviese en Coria significaba darle la jefatura de la alianza. Arinia comprendió que no tenían otra opción. Todos los demás eran armados y mantenidos por los corios. Y ellos, los únicos independientes y que disponían de un potencial humano mayor al de Coria, no estaban en condiciones de defenderse por sí mismos.

Allamire de dirigió a Tarkín.

—Os sugiero que nos enviéis a los jóvenes, igual que harán en Amargaz. Os daremos armas y formaremos en Coria a vuestros oficiales, pero no es posible hacer nada más. Aún no estamos en condiciones de enfrentarnos a los órfidas, y la guerra que libráis nos comprometería en caso de participar. Sólo puedo ofreceros esperanza.

Tarkín, como todos los demás, asintió. Se le veía defraudado pues esperaba algo más, pero los razonamientos de Allamire eran irrefutables.

—Voy a hablar de otro tema en el que tendrán que confiar en nosotros. Ha llegado a la galaxia una nueva enfermedad, cuya evolución suele ser mortal, que afecta tanto a los humanos como a los órfidas. En Coria conseguimos la vacuna contra el germen que la produce. Como los órfidas aún no la tienen, queremos mantenerla en secreto. Médicos corios vacunarán a los habitantes de la Bolsa. Tenemos vacunas suficientes y nuestros hombres están dispuestos para partir. Solo falta vuestro consentimiento.

—¿Pretendéis que nos inoculemos una vacuna sin saber lo que es? —A Ajax le causaba pavor la propuesta de Allamire. Los demás no pusieron ningún reparo.

—Sé que es difícil de aceptar —repuso el regente con una sonrisa—, pero tiene que haber confianza entre nosotros. Hay aquí dosis de vacuna para los presentes y, aunque todos los corios están vacunados, yo esperé este momento para hacerlo.

Salvrey entró en la sala acompañado de unas enfermeras vestidas de blanco. En un carrito llevaban jeringas de plástico y ampollas de vidrio que contenían un líquido oscuro en su interior.

—Ahora —Allamire se dirigió a Ajax—, usted mismo escogerá las vacunas para todos nosotros.

—No es que desconfíe —se apresuró a decir Ajax—, pero, ¿y si fuera un veneno y solo los corios tuvierais el antídoto?

—En ese caso lo sabríais enseguida. Esta vacuna produce anticuerpos que se pueden detectar en la sangre de cualquier ciudadano corio. Dentro de unos días también aparecerán en la suya. Y ahora, por favor, ¿quiere escoger mi vacuna?

La bella chica que llevaba el carrito se acercó a Ajax. Este señaló un frasco y la mujer se lo inyectó a Allamire. Posteriormente todos fueron vacunados. Cuando llegó el carro hasta la legación deltana, intencionadamente dejada para el final, fue el propio rey Astar quien ordenó que se vacunaran.

—No tenemos más remedio que confiar en los corios —sentenció.

Arinia apenas notó el pinchazo, y admiró la destreza de la enfermera.

Ya se levantaban de las mesas cuando un soldado entró en la sala para entregar un mensaje a Allamire.

—Hay malas noticias de Amargaz —anunció el regente—. Pancisto sufrió otro atentado. Había acordado la paz con Saldur y hoy tenían que firmarla. Lo lamento por nuestros compañeros de la resistencia.

El bosque de Terwol

—No me creo lo de la nueva enfermedad —dijo el general Horsis mientras troceaba el exquisito asado de Nuk—. No sé lo que el corio se trae entre manos, pero ninguno de mis espías, y los tengo en muchos mundos, me informó al respecto.

—Ya no hay remedio —comentó el rey Astar, que devoraba su plato con deleite—. Estamos vacunados.

—Es muy extraño —intervino Ajax—. Primero pensé que Allamire quería entregarnos a los órfidas sin lucha, pero podemos descartar esa idea. Sería el fin de los corios. El pacto con el Kidang no se mantendrá. Allamire conoce bien a esos monstruos y sabe que, tarde o temprano, instalarán factorías en Coria. Las sucesivas avalanchas de órfidas en busca de riquezas no respetarán ningún acuerdo ante la posibilidad de grandes beneficios.

—Allamire inventó la enfermedad —Horsis hablaba entre bocado y bocado. Quería manifestar su opinión, masticar el Nuk y guardar las normas de educación en la comida, muy estrictas en Delta.

—¿Piensas que no existe? ¿Entonces por qué nos vacunaron?

—No digo que no exista, sino que la creó él. No sabemos nada de Coria, pero si sus laboratorios biológicos están a la altura de su tecnología militar, pueden diseñar una nueva enfermedad.

—¿Serían capaces de ello? —Arinia estaba sobrecogida por la idea de que alguien, voluntariamente, difundiera una plaga mortífera por la galaxia.

—Y de más — reía Horsis—. La seguridad de Allamire me hace pensar que tiene bazas escondidas. Antes de venir a Coria llegué a la conclusión de que no tenemos posibilidad de victoria. Los órfidas son demasiado poderosos. Sin embargo, el zorro corio habla como si estuviera seguro de la victoria. ¡Y lo dice convencido! Debe de haber mucho más de lo nos contó.

—También pensé en ello —intervino Ajax—. Y en la extraña guerra de Amargaz no se puede descartar la mano de Allamire. Su único interés era rescatar a los posibles soldados. El potencial bélico no disminuye, aunque sufra la población civil, mientras el enemigo se desgasta en una estúpida guerra.

—Me temo que tendremos bastantes sorpresas en esta campaña —comentó Horsis—. Siempre se dijo en la Bolsa que la peor plaga que sufrió

la humanidad comenzó con el nacimiento de Allamire.

—No tenéis ninguna prueba para difamar a nuestro anfitrión —intervino el rey—. Es un aliado y no voy a consentir que se le ataque gratuitamente.

Un soldado entró en la habitación.

—Majestad, un corio trajo este mensaje. —En su mano llevaba un papel que entregó al rey.

—Es una invitación del propio Allamire a Arinia para visitar mañana el bosque de Terwol —dijo Astar, sorprendido.

—¿Es extensiva a todos nosotros? —preguntó Ajax.

—La invitación está dirigida a Arinia y no aparece ningún nombre más.

—Solo quiere que vaya ella. Los corios siempre se expresan con claridad.

Era una enorme descortesía. No se podía invitar a una princesa de otra nación y dejar claro que debía acudir sola a la cita.

—No debe ir —opinó Mefersis—. Aparte de retrasarnos la partida, no conocemos a Allamire. Quizá sea como el rey de Grog.

—Estoy de acuerdo contigo —manifestó el rey Astar—. Denegaremos la invitación.

—Yo quiero ir —intervino Arinia, poniéndose de pie—. No podemos dudar de nuestro aliado. Además, yo misma solicité esta visita.

—No debes ir sola —dijo su padre, confundido por su inesperada intervención—. Y es una ofensa que no nos invite a nosotros.

—¡Bah! Serán costumbres corias. No podemos rechazar una invitación del poderoso regente.

—Vaya con la mocita —dijo el rey, riendo—. Ya tienes voz propia.

—Tú mismo dijiste que los tiempos de los niños han pasado.

—Por una vez daré la razón. Retrasaremos la partida y visitarás el bosque de Terwol. Espero no tener que arrepentirme. Tampoco creo que Allamire sea como esa mala bestia de Olabertum.

—Me desagrada profundamente ese reyezuelo —dijo Horsis—. En su reino es dueño de las personas y bienes. Tiene derecho de pernada sobre todas las mujeres del planeta, sean o no esclavas, y lo ejerce sin ningún miramiento. También la vida o la muerte de los ciudadanos dependen de su real capricho.

—¿Es cierto que hay diecisiete especies esclavas en Grog? —preguntó Arinia.

—Sí. Durante la dominación de la Tierra los no humanos eran ciudadanos libres. Cuando Horgón la conquistó, los terrestres de Grog dieron un golpe de Estado y elaboraron leyes que limitaban la libertad de las demás especies. Estas leyes evolucionaron de tal forma que, en muy pocos años, los humanos adquirieron el derecho de poseer a los demás seres inteligentes; y hoy, todos los habitantes no humanos del Grog son

esclavos.

» Hubo una época en que se cometían tantas aberraciones que quisimos intervenir militarmente. Pero Coria nos avisó que si invadíamos Grog lucharía contra nosotros. En aquel tiempo éramos superiores, pero habría sido una guerra tremenda, abierta a muchas posibilidades. Nuestros gobernantes pensaron que el riesgo era excesivo y no acudieron en auxilio de los esclavos.

—Los corios siempre fueron aliados incondicionales de Grog —aclaró Mefersis—. Los historiadores opinan que esa unión estaba motivada por la posibilidad de una guerra contra nosotros.

—¡Son las doce! —exclamó el rey Astar dirigiéndose a Arinia que estaba muy interesada en la conversación—. Es hora de que te acuestes. Ha sido un día agotador y mañana te recogerán pronto.

Arinia se acostó, aunque no le fue fácil conciliar el sueño. Pensaba en las terribles historias que sucedían en un mundo que consideraba plácido hasta pocas semanas antes.

En cuanto asomó el sol en el horizonte, ya estaba sumergida en una gran bañera, disfrutando del agua tibia y nerviosa por su cita con Allamire. Era una preciosa mañana y se sentía alegre y ligera.

Dos imponentes soldados de blancas armaduras la escoltaron hasta el patio del castillo. El regente la esperaba en un vehículo aéreo de dos plazas.

—Buenos días —saludó el corio sonriendo—. Estás encantadora.

—Gracias. —Allamire no parecía tan temible como en la reunión del día anterior. Incluso, mirándolo con buenos ojos, podía resultar simpático.

Las paredes del castillo se abrieron para dejarlos pasar. Se dirigían hacia las gigantescas palmeras de la lejana ribera. Arinia se dio cuenta de que no se dirigían al túnel vegetal por donde pasaron la primera vez. Se desviaron hacia la parte sur del lago.

—El otro camino es para los turistas. —Allamire sonreía—. Lo utilizamos cuando tenemos invitados. Hoy quiero que te sientas como en tu casa y conozcas el bosque vedado a los extranjeros. —La voz no le parecía tan agresiva, persistía el timbre metálico, pero era más suave.

El paisaje era de una belleza sobrecogedora. Abundaban los grandes árboles —principalmente cedros, abetos y eucaliptos— pero, entremezclados con la arboleda, había praderas, bellísimos jardines y multitud de serpenteantes riachuelos que brillaban con el sol temprano de la mañana. También se veían lagunas de considerable tamaño y espléndidas cascadas donde los arroyos tropezaban con los lechos de roca.

En toda la inmensidad del horizonte solo había un estrecho y sinuoso sendero de tierra que sorteaba las corrientes de agua por medio de puentecillos de madera. El camino muchas veces desaparecía en el bosque para volver a surgir en cuanto los árboles dejaban paso a la pradera.

Sobrevolaron lentamente una laguna de mediano tamaño donde vieron peces de formas y colores muy variados, que nadaban entre abundantes algas y flores de loto.

—Como verás, hay muchos peces. Al no tener sus predadores naturales, ni siquiera al hombre, se multiplican sin problemas. Los cuidadores del bosque se encargan de que no les falte alimento. Hoy los probarás en la comida.

Allamire detuvo el vehículo en un prado de hierba rodeado de jardines repletos de flores. Se notaba la mano del hombre, pero también la maravillosa aspereza de la vegetación que crece libre. A partir de ahí siguieron el camino andando. A Arinia le extrañó que fueran solos. No llevaban escolta.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Allamire.

—Catorce. Cumpliré quince el primer mes del año próximo.

—Eres muy joven para estar embarcada en la gran aventura. Pero son tiempos difíciles y todos debemos participar en la guerra que se avecina.

El camino atravesaba puentecillos colgantes, de suelo de madera y barandillas de cuerda, que permitían el paso sobre arroyos de aguas cristalinas. En los primeros puentes, Arinia pasó insegura por el balanceo de la estructura, pero pronto se acostumbró y los atravesaba decidida y disfrutando del oscilante movimiento.

Hablaban de Delta. El corio demostró un gran conocimiento de su planeta natal. Y era muy curioso sobre todo lo que se refería a ella. Sus estudios, actividades, deportes que practicaba, amistades e incluso sus más íntimos sentimientos. Estaba extrañada por la forma como la hacía hablar. Por medio de una amena conversación, en la que una palabra tiraba de la otra, conseguía que le dijera cosas que nunca comentó con nadie, ni siquiera con sus padres. Y todo le brotaba de una forma natural, sin que sintiese el menor recelo hacia el gran desconocido que era Allamire.

De una pared de granito brotaba un manantial. El sonido del agua al chocar contra las piedras del suelo, en el silencio del bosque, le pareció una linda melodía.

—Bebe. Es agua de Coria. Viene de las profundidades de Ilamad. El mejor agua que has probado.

A Arinia le pareció magnífica. Era muy fresca y sabía a Coria.

Por el camino aparecieron animales que se acercaban sin miedo a saludarla. Un cervatillo se encariñó con ella y la seguía restregando su hocico contra sus piernas.

Al cruzar el siguiente puente cambió la vegetación. Los árboles eran acacias y encinas, y una hierba muy alta crecía en los prados. Enormes setas de casi un metro de altura estaban escondidas en el follaje. Algunas eran de rarísima belleza. Todo el ambiente olía a ellas.

Allamire sacó un cuchillo y cortó un trozo de una seta gigantesca de un

intenso color rojo.

—Toma, pruébala —le ofreció.

La seta era muy jugosa y de una dulzura incomparable. Encontró en el sabor un ligero parecido al de las fresas, pero mucho más sabroso. El regente cogió otro trozo para él.

—En este bosque crecen raras y extraordinarias setas. ¿Ves esas otras? —Señaló unas verdes que invitaban a probarlas—. Son muy venenosas, una simple rozadura puede producir la muerte en unos instantes.

—¿Por qué no las elimináis? —preguntó sobresaltada.

—Todas las formas de vida tienen su función. Las hay buenas y malas, pero ambas son necesarias. Los bosques son peligrosos para quien no los conoce... Con los animales pasa lo mismo —dijo señalando al cervatillo—. Los hay encantadores y peligrosos, incluso malignos. Aunque con un poco de imaginación todos pueden ser útiles.

Arinia pensó en las palabras de Allamire. Luego, aparentemente sin intención alguna, dijo:

—Como Olabertum.

—Muy despierta me pareces —contestó riendo—. Tendré cuidado en las conversaciones contigo.

Atravesaron otro arroyo donde una docena de saurios miraban desde abajo abriendo sus grandes bocas. En el otro lado, el terreno estaba plagado de flores cultivadas con exquisito cuidado. Había multitud de rosas, tulipanes y jazmines, que inundaban el paisaje con sus maravillosas fragancias.

Varios pavos reales se acercaron curiosos exhibiendo su plumaje. La rozaron con sus picos y se mantuvieron a su lado.

Observó que los animales procuraban no acercarse a Allamire. Tanto el cervatillo como los pavos reales y unos similares a las llamas que parecían muy sociables si, al festejarla, se descuidaban y se arrimaban al regente, huían como si les persiguiera el diablo.

A unos dos kilómetros, protegida del fuerte sol por unos bellos castaños, había una cabaña de madera rodeada de campos cultivados donde brillaba el amarillo del trigo. Era la primera vez que veía señales de la presencia humana.

Caminaban por el camino empedrado que se dirigía a la cabaña cuando escucharon unos feroces ladridos. De repente, aparecieron unos perros terribles de más de metro y medio de altura. Al abrir sus grandes mandíbulas mostraban unos blancos y afilados dientes. Iban hacia ellos.

—Son los sárdenas, los perros del infierno —comentó Allamire—. Los más feroces del universo.

El espectáculo de los cinco perros no podía ser más aterrador. Cuando llegaron a unos veinte metros frenaron su carrera, derrapando en el suelo de tierra, y dieron la vuelta con aullidos lastimeros.

En la puerta de la cabaña apareció un hombre mayor vestido con ropas campesinas. Su pelo, blanqueado por el sol, y las profundas arrugas que surcaban su rostro hablaban de muchos años dedicados a la tierra.

—Sabía que tenías que ser tú —dijo el viejo—. Nadie más puede asustar a mis chuchos de esta forma.

—¡Hola padre!

El hombre la observó con gran atención.

—¡Qué bonita es! —Tomó su mano y Arinia enrojeció—. Mara, sal. Vino Alli con una niña preciosa.

Una mujer de su misma la edad, también vestida de labradora, salió enseguida.

—¡Alli! ¡Qué alegría! ¿Cómo pudiste escapar de tus obligaciones?

Abrazó a Allamire.

—Son mis padres. —El regente se dirigió a la princesa.

Mara la abrazó y besuqueó.

—¡Qué bella eres! Pronto tendrás que espantarte los moscones. —Luego preguntó—: ¿Quién es?

—Es Arinia, la hija del rey Astar de Delta.

—¡Ah! ¡Eres de Delta! Hace muchos años que no voy por allí. Quizás el año próximo mi marido pueda llevarme si Alli no tiene revuelto el universo.

Mara se apropió de su brazo y la condujo al interior de la cabaña. Arinia se extrañó de lo confortable que era a pesar de su aspecto tan rústico. Allamire hablaba con su padre fuera. Mara le preguntó sobre su vida. Todo parecía ser de un enorme interés para la anciana.

Notó que había algo en aquella mujer que las hacía congeniar. Mara hablaba de cosas sin importancia, pero Arinia apreció lo mucho que la relajaba aquella conversación después de los días pasados.

—Ven, pasa. Quiero enseñarte algo. —La condujo a otra habitación y sacó la fotografía de un joven de un cofrecito de madera.

—Es mi nieto Vanda. En cuanto crezca un poco será el rey de Coria.

A Arinia, quizás debido al encanto del lugar, por el amor que empezaba a sentir por Coria, o por razones de índole más compleja, se le grabó la imagen de aquel muchacho.

—Es muy guapo. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete. Ya lo conocerás algún día. El ogro de su tío, mi hijo, lo envió fuera de Coria contra mi parecer. No sé qué se le ha perdido en el espacio. Pero los tiempos están revueltos y los hijos ya no hacen caso de sus padres. Cuando Vanda estaba en Ilamad nos visitaba con frecuencia. Creció en estos bosques. Pero ven, nos llaman a comer.

En la mesa ya estaban sentados Allamire y su padre. Unos criados trajeron peces, agua y vino.

Arinia se sirvió agua. No estaba acostumbrada a beber alcohol y el agua

de coria cada vez le gustaba más.

Los perros se mantenían a una prudente distancia. No se atrevían a arrimarse a la comida.

—Fíjate cómo tiene a los pobrecillos —dijo Mara—. Le ha pasado desde pequeño. Los animales siempre le tuvieron miedo. Deben considerarlo una fiera aún más peligrosa.

—Vamos, madre, no exageres.

—No tienes más que ver a los perros —insistió—. No se acercarán hasta que se vaya.

Los peces de Terwol estaban deliciosos y Arinia, contra su costumbre, se atracó. Al terminar de comer, no podía moverse.

Mara y Arinia pasaron toda la tarde charlando. Había surgido una rara simpatía entre las dos. Era como si el sentimiento hubiera existido siempre, a pesar de que acababan de conocerse.

Allamire y su padre hablaban de política.

—Nosotros gobernamos Coria durante un tiempo, pero nos cansamos y nos retiramos a este paraíso —comentó Mara—. Allamire viene de vez en cuando a pedir consejo, pero ya apenas lo necesita y cada vez nos hace menos caso. Me alegro de que nos permitiera conocerte. Eres una chiquilla encantadora y te convertirás en una gran mujer.

Al atardecer Allamire decidió volver. Oscurecía y temía que el rey Astar se preocupara.

—¿Me permite ver otra vez la fotografía del chico? —preguntó Arinia.

—Claro que sí. Yo pensaba lo mismo —le dio la fotografía—. Guárdala, así lo reconocerás si algún día el destino te reúne con él. —Mara sonreía con placer—. A mí me encantaría veros juntos.

Poco después, un vehículo aterrizó para recogerlos y regresaron acompañados por la puesta de sol más maravillosa que Arinia había visto nunca.

—Tengo la impresión de que hoy me examinaron —dijo Arinia.

—Quizá. —Allamire sonreía—. Pero aprobaste con la mejor nota.

—¿Me puede decir el motivo?

—¡Ah, muchacha! No vayas tan deprisa. Deja correr el tiempo que desvela todos los misterios.

Cuando llegaron al castillo el regente la despidió con un beso en la mano, como si ya fuera una dama. Arinia, aunque pensaba que se reía de ella, se sintió orgullosa. Estaba muy contenta cuando acudió a las habitaciones de su padre para contar lo sucedido.

Ya en la nave espacial, al emprender el viaje de retorno, mientras veía como el gran planeta Ilamad se alejaba poco a poco, pensaba con nostalgia en los días pasados en Coria, en el bosque de Terwol y, para su sorpresa, en el chico de la fotografía que Mara le regaló. Los órfidas y la reunión quedaron como recuerdos lejanos, mientras en su joven mente sucedían

escenas de amor con aquel muchacho que aún no había conocido.

Capítulo 11
La capa del pirata

Casablanca, el sexto planeta del sistema solar de Nador, era un mundo dedicado exclusivamente al ocio. Todos los placeres conocidos se ofrecían a los visitantes a cambio de dinero, y ciudadanos acaudalados de muchas estrellas acudían allí a divertirse.

Gracias a lo acomodaticios que eran sus dirigentes no sufrió la guerra entre el Imperio de Horgón y Bahía. El sistema solar de Nador, al limitar con Bahía, fue escenario de grandes batallas. Horgón lo quería como base para el asalto definitivo y Bahía como muralla de contención contra las hordas del Imperio. Casi todos los planetas resultaron dañados. El octavo quedó destruido e inútil para la vida humana en muchos siglos, y los demás sufrieron, en mayor o menor medida, los devastadores bombardeos. Solo Casablanca se mantuvo intacto. Sus gobernantes pactaron con los dos bandos y convirtieron el planeta en un oasis de paz en medio de una galaxia arrasada por la guerra.

Cuando por fin Horgón comprendió que no conquistaría Bahía sin sufrir grandes pérdidas, solicitó un armisticio para pactar la paz definitiva. Celebraron las conversaciones en Casablanca por ser un país neutral y, principalmente, por las diversiones que ofrecía a los embajadores.

En Casablanca no importaba en absoluto quién fuera el visitante. El único requisito para ser bien recibido era llevar dinero en abundancia; por eso, acudían a gastarse los botines la mayor parte de los piratas de esa zona de la galaxia.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Lars se contempló en el espejo. Acababa de colocar sobre sus hombros la capa que le hicieron los sastres corios con la piel del Dang órfida que capturó. ¡Se veía magnífico! Era una capa propia de reyes. No recordaba piel alguna que se pudiera comparar. ¡Qué sorpresa se llevarían sus amigas de los burdeles de Casablanca! Ellas siempre le consideraron un piratucho pobretón sin apenas dinero para pagarlas. Ahora llegaba al mando de una poderosa tropa coria y con aquel abrigo.

Por los altavoces llamaron a los que bajarían al planeta. Esa vez iban muchos, la red coria de Casablanca era muy importante. También Oberón quería darles diversión a los jóvenes. Antes de abandonar la nave, le sugirió a Lars que el paso por los burdeles no les haría daño. ¡Se tenían que hacer hombres! No todo iba a ser la guerra. Algo más debía llenar su vida.

Oberón también desembarcaba, pero tenía que ocuparse de otros asuntos, por lo que dejó en sus manos la dirección de la expedición, y le dio tal cantidad de créditos de Bahía para gastos que Lars sospechó que los corios los fabricaban.

Esta vez lo único que tenía que hacer era divertir a los niños. Nada de batallas ni enfrentamientos con monstruos. Y todos sus hombres iban con él. Se sintió tan cómodo que pospuso su decisión de abandonar a los corios.

Antes de partir visitó a Esau. Estaba deprimido desde que abandonaron Orgaz. Lo único que le hacía feliz era manejar el incinerador y no había nada parecido en la nave coria. Le propuso bajar al planeta y divertirse con ellos, pero era inútil. A Esau no le gustaba el alcohol ni disfrutaba con las mujeres. Lars le prometió que construiría el mayor incinerador del universo en cuanto fuera rey de Orgaz, cosa que acalló su conciencia -presumía de ser sensible a los problemas de sus hombres-, pero no alegró a Esau, pues no se fiaba de las promesas de Lars.

En tres transbordadores descendieron hacia la gran ciudad. Oberón lo había hecho horas antes. Según le dijo, tenía ciertas misiones y no convenía que los vieran juntos.

Los transbordadores aterrizaron en una pequeña aldea mercantil a varios kilómetros de la ciudad. Podían hacerlo en el mismo espacio-puerto, pero era el primer lugar que controlaría la policía local en caso de altercados y preferían una base de operaciones más resguardada.

Lars alquiló varios vehículos de tres ruedas y asignó un grupo de muchachos a cada uno de sus piratas. Casablanca, la capital del planeta, tenía doce millones de habitantes, sin contar a los innumerables forasteros, y era muy fácil perderse.

Abandonaron los vehículos en un aparcamiento del centro. Lars sostuvo una interminable batalla dialéctica con el guardián del lugar por sus precios abusivos. El hombre, extremadamente amable como todos los nativos, no rebajó un solo crédito del precio inicial. El pirata pagó muy enfadado y después distribuyó su tropa en varios grupos. Eran cien hombres y no podían ir todos juntos.

Habían desembarcado todos los piratas. Lars, tras insistir en que no se metieran en líos, les señaló los prostíbulos a los que debían ir y quedaron en el aparcamiento de los vehículos como cita de seguridad. Después, se dirigió a su burdel favorito con los principales corios. No quería perderlos de vista, Oberón lo responsabilizaría de lo que les sucediera.

Vanda, Alamarik, Aberdatín y los demás jóvenes estaban fascinados por el espectáculo que ofrecían las calles de Casablanca. Las mujeres llevaban bonitos vestidos de seda que mostraban toda su anatomía. Unas descubrían un pecho, o los dos, y las había completamente desnudas y cubiertas de joyas de la cabeza a los pies. En Casablanca no estaba mal visto que las

chicas fueran con forasteros a cambio de regalos. Lo hacían hasta las amas de casa para mejorar el presupuesto familiar. Tan arraigada estaba esta costumbre que los ministros del Gobierno ofrecían sus mujeres e hijas a los visitantes distinguidos.

Los muchachos paseaban inquietos. Muchas mujeres los llamaban y el grupo se entretenía demasiado. Lars dejó libres a los corios para moverse a su aire. Les dio dinero y los obligó a que fuesen en grupos de tres. Nunca se sabía lo que podía pasar y ellos, pese a ser buenos guerreros, eran muy inexpertos en otras lides.

Poco a poco se fueron desperdigando. Los jóvenes acudían a la llamada de alguna mujer, hablaban con ella, enseguida buscaba otras dos y el sexteto se perdía en el bullicio de la ciudad.

El decorado de las calles era variado y atrayente. Había multitud de comercios, exquisitamente decorados, donde se vendían las cosas más dispares. También vieron carnicerías y restaurantes de carne humana para órfidas, pero eran muy discretos. En los escaparates no exhibían las carnes y los menús estaban escritos en órfida para no molestar al resto de los visitantes.

Había comercio de esclavos. Cualquier capitán podía venderlos. Pero las transacciones se hacían en locales cerrados para que las personas sensibles no se sintieran ofendidas.

El grupo, con Lars a la cabeza, se detuvo en la puerta del Jardín de Venus. Una gran casa de dos pisos pintada de color rosa que tenía fama de ser el mejor burdel de Casablanca. La entrada simulaba los labios mayores de un sexo femenino, con un enorme y sobresaliente clítoris que hacía las veces de llamador.

Con gran sorna, Lars se colgó del gigantesco clítoris moviéndolo repetidamente de arriba a abajo, y una campanilla resonó en el interior de la mansión. Las puertas de madera se abrieron y pasaron al amplio recibidor del burdel.

Las paredes estaban recubiertas de un acolchado terciopelo rojo, con focos de luz del mismo color incrustados en disimulados orificios. Un sinfín de espejos escondidos reflejaban los rayos en todas direcciones creando una extraordinaria luminosidad roja.

Cinco mujeres muy jóvenes, cubiertas por un tenue tul de gasa rosa, acudieron a la llegada de los corios, acompañándolos hasta la antesala de dos grandes salones. El de la izquierda estaba dedicado a los homosexuales y varios efebos esperaban en la puerta. Lars dijo con brusquedad que entre sus hombres no había ningún maricón y las muchachas los introdujeron en la sala de la derecha, una gran habitación con colchonetas en el suelo donde estaban sentadas, o tumbadas, quince bellas chicas vestidas con muy poca ropa. Enseguida les dirigieron gestos y muecas obscenos que, aunque vulgares, no desentonaban en aquel lugar.

Una mujer de unos cuarenta años acudió a saludarlos. Vestía un traje rojo de seda transparente que llegaba hasta el suelo. La parte delantera de la falda tenía una abertura que mostraba su sexo depilado.

—¡Capitán Lars! —Parecía muy contenta—. ¡Qué alegría verte de nuevo! Deben irte muy bien las cosas. —Tocó el abrigo—. ¡Qué piel tan bonita! ¿Dónde la has conseguido?

—La mandé hacer en Coral. Proviene de un animal parecido al oso. Buen dinero me costó que cazaran uno.

—¡Coral! ¡Qué planeta tan asqueroso! ¡Chicas! ¡Mirad quién ha venido!

Unas mujeres muy jóvenes entraron corriendo para abrazar a Lars. Miraban a los corios sin aproximarse. Lars era el jefe de la expedición y aguardaban lo que decidiera.

Varias criadas desnudas les llevaron licores y comida. Al servirles, se aproximaron tanto que más de una terminó en brazos corios.

—Estas no —protestó Lars—. Vanessa —se dirigió a la jefa del local—. Hoy quiero las mejores mujeres.

—¿Sabes lo que te costará? —Se sentó en las rodillas de Lars y atrajo su poderosa mano hacia los labios mayores de su sexo.

—¿Acaso pregunté precio? —Arrojó sobre la mesa un montón de créditos de Bahía—. Si no tienes suficiente pide más. Ahora quiero mujeres para todos. Y trabájame bien a los muchachos. De aquí han de salir convertidos en hombres.

—Si me regalas tu capa —dijo acariciándola—, yo te invito.

Lars dudó unos segundos. Los créditos de Bahía no le costaban nada, se los regalaba Oberón. Mientras que para conseguir otra capa tendría que cazar un órfida y regresar a Coria para que los sastres trabajasen la piel.

—Esta no, pero si salgo contento de tu casa la próxima vez que venga te traeré una.

Vanessa, tras insistir un poco más, habló con una esclava negra que salió de la habitación y volvió acompañada de unas niñas desnudas, extraordinariamente bellas.

Vanda las contempló interesado cuando notó que le tiraban del pelo. Al volverse reconoció a la mujer del mercado de Orgaz.

—Hola guapo joven. ¿Te acuerdas de mí?

Claro que la recordaba. Un muchacho de diecisiete años no olvida con facilidad ciertas cosas.

—Soy Haideé —dijo dulcemente—. Ven.

Vanda se levantó. La vio por primera vez cuando ella y su amiga se acercaron al tenderete de los piratas, protegidas por dos formidables guerreros. Las dos estaban desnudas bajo sus lujosas capas de piel. Aquel día quisieron comprarles a él y a Alamarik.

—Sabía que el pirata vendría a Casablanca y convencí a mi marido para que me trajera. Tiene negocios en este planeta. Quería volver a verte.

Vanda estaba embrujado por la bella joven. Haideé llevaba un vestido corto de seda verde muy escotado, que contrastaba con las casi inexistentes ropas de las otras mujeres.

—En cuanto os vi entrar hablé con la dueña y alquilé una habitación. —Después, lo tomó de la mano para sacarlo de aquel salón.

Vanda pidió permiso a Lars para abandonar el grupo. Tras darle mil consejos, el pirata accedió a que fuese con ella.

Haideé lo llevó a una habitación recubierta por entero de terciopelo rojo. En las paredes había innumerables espejos que reflejaban la gran cama central desde todas las posiciones. En el piso, bajo el terciopelo, se apreciaba un material mullido y confortable que sería una superficie ideal para hacer el amor. La cama estaba cubierta por una colcha roja donde estaban bordados dos amantes.

—Buena la organizasteis en Orgaz —dijo Haideé mientras desabrochaba la armadura de Vanda—. ¡Qué difícil es! —Quitar o poner una armadura coria llevaba su tiempo. Por el contrario, nadie dudaba de su efectividad en la batalla.

—Cuando os fuisteis, los órfidas revolvieron la ciudad buscándoos. Al no encontrar a nadie, se tornaron muy violentos y hubo unos días que fue imposible salir a la calle. Capturaban y torturaban a quien les parecía para conseguir información sobre vosotros.

Ya le había quitado casi toda la armadura. El príncipe estaba en ropa interior mientras Haideé pugnaba por desabrochar el peto.

—Estas habitaciones están reservadas para parejas ricas —explicó—. Las prostitutas nunca entran en las alcobas ni en los baños que ahora verás. Muchos recién casados pasan su luna de miel en esta casa. Y tú y yo imaginaremos que es la nuestra. Después, aunque no nos veamos, ¿cómo vas a olvidar a la mujer que te acompañó en tu noche nupcial?

Le quitó la camiseta y después el *slip*. Vanda tenía una soberana erección.

—Me parece que lo vamos a pasar bien. —Haideé reía mientras se despojaba de su vestido. Cuando estuvo desnuda, se agachó y besó el pene del corio. Luego, evitó que Vanda la enganchara.

—¡No! ¡Loco! —exclamó divertida—. Antes nos bañaremos. No quiero que te pierdas las maravillas del burdel.

Tomó su verga y lo arrastró hacia una puerta lateral. La luz de los baños contrastaba con la penumbra de la habitación. Había piscinas con cabida para varias personas. Unas eran de burbujas y otras de fuertes corrientes de deliciosa agua caliente. Había veinte personas desnudas. En un rincón de los baños estaban las duchas, unos poderosos chorros de agua que surgían a gran presión desde el techo. Dos hombres resistían su empuje.

—Aseguran que es el mejor masaje que existe —dijo Haideé.

Ella escogió una bañera de agua con burbujas y, tras pedir permiso a la pareja que la ocupaba, se metieron en ella.

La sensación de las burbujas recorriendo su cuerpo era deliciosa. Haideé oprimió un tubo de goma y un jabón con olor a fresas le cayó en la mano. Empezó a enjabonar el pelo del corio.

—Primero te enjabono yo —le dijo, riendo—, y después tú haces lo mismo conmigo.

Haideé enjabonó con meticulosidad cada rincón del cuerpo de Vanda. La preciosa chica morena que les permitió entrar en la bañera no dejaba de mirarlos.

—¿Sois forasteros? —preguntó por fin.

—Sí —contestó Haideé sonriendo—. ¿Vosotros no?

—Somos de Casablanca. —Se irguió y mostró sus hermosos pechos— Nos casamos ayer y escogimos este lugar para nuestra luna de miel.

Haideé levantó a Vanda para enjabonarle los genitales. Lo hizo con mano experta, frotando cuidadosamente. La erección del príncipe era superlativa.

—Como no arregles eso vas a hacerle estallar. —La chica morena reía con la mitrada fija en el pene.

—Ya vendrá —replicó Haideé—. Cada cosa a su tiempo.

Vanda empezó a enjabonarla por el pubis. La vulva estaba muy mojada. En los ojos de Haideé asomaba un tremendo deseo.

—Me llamo Ardelea —intervino de nuevo la chica—. Creo que es incorrecto compartir semejante bañera y no presentarnos.

—Yo soy Haideé —se presentó entre las risas de todos—. Me estás volviendo loca —dirigiéndose a Vanda.

El marido de Ardelea salió de la bañera para ducharse y esta se acercó a ellos.

—¿Os gusta el burdel? —preguntó mientras Vanda enjabonaba el culo de Haideé.

—¡Mucho! —exclamó el joven—. Lugares como este son necesarios en toda la galaxia.

Vanda se recostó para disfrutar de las burbujas y acarició la pierna que tenía a su lado.

—¡Eh! ¡Que te equivocas! —protestó Haideé viendo que acariciaba a Ardelea

—¡Bah! —exclamó, riendo—. Déjalo, no me molesta. —Miró a su marido que ya se había duchado y estaba tumbado expuesto al sol que entraba por un gran ventanal—. No sé si le molestará a él. No es celoso, pero estamos recién casados.

Ardelea se acercó más a ellos y los tres se entremezclaron en un revoltijo de brazos y piernas.

Haideé mostró el pene a Ardelea.

—¿Quieres probarlo?

—Me encantaría.

Ardelea atrapó el pene con los labios y su lengua recorrió el glande. Haideé la atrajo y la besó en la boca. Después, hizo que se pusiera a gatas y ella misma introdujo el pene de Vanda en su vagina.

Muy pronto Ardelea comenzó a gritar. Vanda imprimió un movimiento cada vez más rápido mientras acariciaba sus grandes pechos. Haideé apretó sus testículos y se vació dentro de la chica.

—Las mujeres después de hacer el amor necesitan cariño —dijo Haideé y besó a Ardelea que parecía dormida.

Estuvieron un rato los tres en la bañera acariciándose y besándose, pero cada vez llegaba más gente. Ya había unas cuarenta personas desnudas. Algunas haciendo el amor de las más diversas maneras.

Haideé dijo de marcharse a la habitación. Con un beso en la boca ambos se despidieron de Ardelea y quedaron en verse otro día.

Fueron a las duchas. El fortísimo chorro tonificaba los músculos. Una vez acostumbrados a la potencia del agua costaba trabajo abandonarlo.

Nada más entrar en la habitación la joven cerró el pestillo de la puerta.

—Bueno golfo. Ahora me toca a mí. Te traigo yo y te vas con otra. Te podía dar vergüenza por lo menos.

—Pero si tú lo has buscado —protestó.

—Tenías que haber sido un caballero y dejar claro que estabas acompañado.

Haideé empezó a lamerle la ingle. Vanda enseguida estuvo erecto. Tras recorrer varias veces los testículos con su lengua, pasó a chuparle el pene. Se lo introducía todo lo posible en la boca y, con movimientos expertos y rápidos de la lengua, le transmitía una sensación eléctrica que lo excitaba cada vez más.

Vanda vio reflejado en los múltiples espejos como su verga entraba y salía de la boca de Haideé. La chica, presa de un furioso deseo, se incorporó y se sentó sobre el pene, dejándolo resbalar entre las paredes de su vagina.

Aquel día hicieron el amor muchas veces antes de caer rendidos. Al anochecer, Haideé pidió comida, aunque apenas la tocaron.

Después de la cena, se amaron de nuevo hasta terminar extenuados con las primeras luces del alba.

Desnudos y abrazados dormían profundamente cuando escucharon fuertes golpes en la puerta.

—¡Me vas a matar al chico! ¡Déjalo ya! —gritó Lars.

Vanda tardó en despertarse. Fue una noche maravillosa y se sentía muy cansado.

—¿Qué pasa Lars? —preguntó—. ¿Nos vamos?

— No, aún no. Quería saber si estabas vivo.

—Ya sabes que estoy bien. Déjanos dormir en paz.

—Escucha, dentro de un rato daremos una vuelta por la ciudad y no quiero dejarte atrás. Oberón me encargó tu custodia. Al atardecer volveremos y pasaremos la noche en el burdel. Queda con tu hembra para follártela luego, o, si estás cansado, me la follo yo.

Escucharon las carcajadas del pirata al otro lado de la puerta.

—De acuerdo, estaré listo cuando salgáis.

—Qué amigos tan groseros tienes —comentó Haideé—. ¿Tú también eres pirata?

—Un aprendiz de pirata.

—Me engañas. ¿De dónde eres?

—De Orgaz —mintió.

—No te creo. Te conocería. Es imposible que no te haya visto.

—Es que salgo poco. Me dedico a estudiar.

—Mentiroso. —Pellizcándole—Ya veo que no me quieres decir nada. ¡Pero si está levantado! —exclamó acariciando el pene.

—Me duele mucho... Ni lo mires.

—Eso se cura con actividad —replicó hincando sus dientes en el glande.

—Ten más cuidado —protestó.

—Vamos a hacer algo nuevo. —Hurgó en el cajón de la mesilla de noche y sacó un tubo de vaselina aromatizada para untarla en el pene. Después, se colocó a gatas sobre la cama, ofreciéndole el culo.

—Ahora úntamelo tú a mí.

—¿Por detrás?

—Claro, ¿por dónde va a ser?

Vanda esparció la crema por el ano y los alrededores.

—Por dentro también. Méteme el dedo. Muy bien. Ahora fóllame.

Le costó trabajo al principio, pero consiguió introducir el pene en el ano de la muchacha. La mano de la chica cogió la suya para acariciarse el clítoris con los dedos de Vanda. Haideé comenzó a gritar. La primera vez que hicieron el amor emitió algunos suspiros, pero después gemía con solo rozarla y chillaba incontrolada en cuanto entraba en ella.

El sexo anal fue una rara y agradable experiencia. Al acabar, se ducharon en los baños. Ardelea se acercó muy amable y cariñosa. Pero no estaban para muchas fiestas. Aceptaron una invitación para verse los tres por la noche.

En la habitación, Haideé quiso colocarle la armadura.

—Me gusta arreglar lo que descompongo

Poner una armadura de combate coria era complicado y Lars aporreaba de nuevo la puerta, por lo que al final tuvo que hacerlo Vanda.

—Ese sinvergüenza se reirá de mí.

—No se atreverá —dijo muy seguro, pero nada más abrir apareció el

rostro sonriente de Lars.

—¿Está bien servida la señora? —preguntó socarronamente.

Haideé enrojeció y desvió con orgullo su mirada. Tanto ella como Vanda estaban muy pálidos. Era innegable que venían de una larga noche de amor.

Haideé desapareció después de acordar una nueva cita para la noche. El príncipe se unió al grupo de corios que se alojaron en el burdel. Tenían un aspecto horroroso. Se les veía cansados, con ojeras y orgullosos por la noche pasada. Los jóvenes se contaban unos a otros las experiencias vividas. Todos hablaban a la vez. Lars supo que siempre contaría con la gratitud de los muchachos.

Vanessa, la jefa del local, les preparó un magnífico desayuno.

—Los bravos guerreros deben reponer fuerzas después de la batalla —dijo con sorna.

Era un día espléndido. La desgastada tropa marchaba desordenada por las calles de Casablanca. Habían quedado con el resto de los corios en el aparcamiento de los vehículos, pero, como aún era pronto, paseaban despreocupados curioseando en los comercios.

Encontraron a muchos jóvenes que volvían de su noche de amor y hacían tiempo hasta la hora de la cita. Todos contaban lo mismo. La acogida de sus anfitrionas fue magnífica. Los instalaron en espléndidos alojamientos y les atendieron en todas sus necesidades. Algunas los habían llevado a sus propias casas donde los presentaron a sus familias, que los trataron como a grandes personajes, y durmieron con las muchachas sin que los padres pusieran ningún reparo. Acostumbrados al recato de las mujeres corias, Casablanca les parecía un paraíso.

Las chicas nunca les hablaron de la necesidad de hacer regalos, pero ellos, avisados por Lars el día anterior, y no estando acostumbrados a manejar dinero, y mucho menos aquellos créditos de cristal de Bahía, les dieron todo lo que tenían.

Hubo quien se enamoró y paseaba orgulloso con su novia, presentándola a sus amigos.

Lars observó que la férrea disciplina coria solo se rompía en presencia de mujeres. El grupo informe paseaba por la calle principal, abriéndose paso entre el enorme bullicio, en dirección al aparcamiento.

Vieron un prostíbulo órfida. Alamarik tradujo el cartel, escrito en idioma local, en el que ofrecían hembras órfidas. Lars era el único que conocía. Las leyes órfidas prohibían rigurosamente la prostitución, así como casi todo lo referente al sexo.

—Las hembras que ejercen en este burdel se enriquecen en pocos años —le explicó a Alamarik—. Luego, cuando han hecho dinero, se instalan en Bahía para buscar esposo.

A esa hora se empezaban a ver órfidas por la calle. Todos lo miraban

con atención. Lars se sintió intranquilo. Con la mano izquierda tapaba una mancha de su hermosa piel. Recordaba que el Dang tenía una similar en el cuello y supuso que, con mala suerte, podrían reconocerla. Su mano derecha aferraba a la pistola.

Cada vez había más órfidas comprando recuerdos en los tenderetes callejeros. Todos miraban con curiosidad la capa. Se arrepentía de haberla llevado para presumir ante las putas del burdel.

Estaba nervioso. Podía escuchar los rápidos latidos de su corazón. Las miradas dirigidas hacia él, pocas al principio, cada vez atraían más ojos. Suponía que todos los viandantes lo observaban. Cualquier mirada le parecía una acusación sobre la procedencia de la capa.

Aparentando una tranquilidad que no sentía, se dirigió a B-T que caminaba a su lado.

—Fíjate cómo miran esos hijos de puta —dijo echándole el brazo por encima.

—No debiste ponértela. Llama mucho la atención. Aunque no creo que piensen que exista alguien capaz de hacerse una capa con la piel de su importante Dang, y exhibirse con ella en la calle principal de una ciudad repleta de órfidas.

B-T reía. Lars pensaba, indignado, que la situación no era para risas.

—Avisa a todos —ordenó muy serio—. Que alerten a los que nos esperan. Quiero que algunos hombres cubran los lados del camino. En cuanto lleguemos a los vehículos estaremos a salvo.

La calle parecía interminable, y más cuando se dio cuenta de que ya eran seguidos

Pasaron frente a un bello y aristocrático restaurante de paredes de cristal azul transparente que permitían ver a los comensales. En la puerta, varios órfidas con insignias de jefes los seguían con la mirada. Sus hembras, situadas junto a ellos, examinaban con gran atención la preciosa capa. Las hembras órfidas amaban las pieles. Lars pensó que intentarían averiguar de qué animal procedía la suya.

Los corios se prepararon para un posible combate. Todos permanecían expectantes. Por detrás, un grupo de órfidas los seguía. La calle estaba abarrotada a esa hora. Era imposible caminar más deprisa.

Una de las hembras del restaurante dijo algo a un órfida gigantesco que, por sus insignias, debía ser un alto mando del ejército. Ambos miraron a Lars con atención.

Por las calles laterales aparecieron grupos corios marchando paralelamente a ellos. Lars maldecía la hora en que se le ocurrió hacerse una capa con la piel del Dang. Si hubiese ido entero al incinerador, no pasaría semejante mal trago.

El militar órfida emitió un grito en su espantoso idioma. Por el rabillo del ojo vio cómo dos de sus perseguidores caminaron más deprisa para

alcanzarlo.

Aparentó ignorarlos, pero su mano derecha apretaba con fuerza la pistola. De repente, sintió una gran presión en su hombro izquierdo. Se volvió y disparó contra el gigantesco ser que lo había atrapado. Fue el zafarrancho. Los corios dispararon haces de energía en todas direcciones.

Los nativos de Casablanca estaban asombrados. Nadie empleaba jamás armas de fuego en la ciudad, y se consideraba un sacrilegio atacar a los amos del universo.

Los órfidas del restaurante fueron barridos con sus hembras en el primer instante del combate.

Algunos humanos dispararon contra ellos. Lars ordenó disparar «contra todo lo que asome» y la calle fue arrasada. Los viandantes no heridos huían atropelladamente mientras los corios intentaban escapar a toda prisa.

Todos corrían en perfecto orden. Otros grupos cubrían los flancos. Lars creyó distinguir entre ellos a Oberón. Hacían fuego contra cualquiera que no estuviera tumbado en el suelo, sin distinguir si era órfida o no. En un instante la calle quedó repleta de cadáveres.

Doscientos metros después del restaurante, tropezaron con la policía local. Varios vehículos policiales se lanzaron contra ellos. Los primeros corios arrojaron varias bombas. Los vehículos quedaron convertidos en un amasijo de metal y carne.

Habían pasado cinco minutos desde que se disparó por primera vez. Tenían muy pocas bajas. Lars estaba admirado por la destreza militar de los jóvenes corios.

Por un estrecho pasadizo situado entre dos grandes edificios de más de cincuenta plantas, atajaron hacia la enorme plaza rectangular donde estaba el aparcamiento. Al grupo se le iban uniendo muchachos con señales de lucha en sus armaduras.

Lars se deshizo de la capa, la tiró airado. Al descubrirse observó una zona quemada en su armadura. Algún disparo lo rozó.

En el aparcamiento aguardaba Oberón. Había corios en los tejados y tenían tomadas las cuatro entradas de la plaza.

—Veo que tuviste suerte —dijo Oberón al verlo. Después, señalando a los vehículos dijo—: No serán necesarios, ya vienen nuestros transbordadores.

Los corios instalaron cañones en las terrazas de algunos edificios. Querían hacerse fuertes hasta que llegaran a recogerlos.

Dos helicópteros de la policía llegaron disparando, pero enseguida fueron abatidos. Uno cayó envuelto en llamas, mientras que el otro se estrelló contra uno de los grandes edificios circundantes, que comenzó a desmoronarse poniéndolos a todos en peligro.

Cada vez llegaban más corios, algunos vestidos con ropas civiles. Lars

pensó que debían formar parte de la red clandestina de Casablanca. Tenían tropas ocultas en muchos lugares de la galaxia.

—Espero que nos recojan antes de que se nos eche encima el ejercito local —comentó Oberón—. Los nativos tienen que perseguirnos. La matanza de órfidas es un hecho muy grave y habrá terribles represalias.

Ya se combatía en los edificios que rodeaban la plaza cuando llegó el primer transbordador. Otra nave se situó sobre ellos y disparó contra objetivos lejanos.

Oberón hizo entrar primero al príncipe. Después, abarrotó el transbordador antes de ordenar el despegue.

—Evertrey —llamó a uno de los jóvenes vestidos con ropas del planeta —. Abandonad Casablanca de inmediato. Estableceros en Jartum, en el hemisferio sur. La venganza órfida no se hará esperar.

El corio departió con Oberón durante unos minutos sobre la forma de organizar la resistencia.

—Hay que aprovechar el malestar que causen las represalias. Tenéis que crear grupos armados que algún día puedan sublevarse contra ellos.

Arriba, a unos cincuenta metros del suelo, el transbordador disparaba hacia un lugar en el otro extremo de la ciudad.

La operación de embarque se efectuaba con rapidez. Oberón cargaba al máximo los transbordadores antes de enviarlos al espacio. La presencia coria en el planeta iba a reducirse al mínimo imprescindible.

Se escuchó un ruido atronador.

—Es nuestra nave —dijo Oberón—. Entra en la atmósfera demasiado rápido. —Luego, dirigiéndose a Evertrey—Partid ahora, mientras están entretenidos con nosotros. Que los hombres se quiten las micro-bombas.

—¿Micro-bombas? —preguntó Lars cuando Evertrey se alejó.

—Las llevan todas las armaduras, incluso la del príncipe. Antes de salir de Casablanca emitiré una señal de radio que hará que exploten los cadáveres corios. No podemos permitir que averigüen nuestro lugar de procedencia.

—¿Y si queda alguno vivo?

—Estamos en guerra. —Fue la lacónica respuesta de Oberón cuando subió con Lars en el último transbordador.

A lo lejos ya divisaban la nave coria que acudía a recogerlos.

Los transbordadores giraban en círculos en torno a la gigantesca panza de la nave esperando su turno para entrar.

Los hangares estaban repletos, muchos soldados corrían en todas las direcciones. Al apearse, Lars no pudo menos que apreciar de nuevo el magnífico orden corio. Los hombres que recogieron en el planeta, sin ninguna función a bordo, esperaban en un rincón a que los acomodaran. Los altavoces no cesaban de llamar para que se dirigieran a sus puestos de combate.

Oberón y Lars fueron al puesto de mando. En los corredores había una intensa actividad y los altavoces no dejaban de emitir órdenes.

Lars notó la tremenda aceleración de la nave. Huían a la máxima velocidad, sin preocuparse por disminuir las molestias de los viajeros.

En el puesto de mando ya estaban los jefes corios. Vanda y Alamarik dirigían las operaciones. Por medio del comunicador solicitaban información del estado de alerta de las distintas secciones.

—Ellos dirigirán la batalla, si la hay —le explicó Oberón viendo su extrañeza—. Son jóvenes, pero para esto los preparamos desde los nueve o diez años. En Coria, las decisiones las tomamos los mayores, pero el aspecto técnico de la guerra está en sus manos.

—La nave está preparada para combatir —dijo el comunicador—. Todas las secciones informaron en este sentido.

—Máxima velocidad —ordenó Vanda.

—La señal de emergencia fue enviada a las otras naves. Nos esperan fuera del sistema solar.

—A esta velocidad no creo que puedan alcanzarnos —dijo Lars a Oberón.

—En Casablanca hay una base de OPH-1, la mejor nave órfida. Todo depende de lo que tarden en despegar. Con suerte, saltaremos al hiperespacio antes de que salgan del planeta.

Vanda y Alamarik fueron a dormir. Estaban fatigados por la noche anterior y por la batalla en las calles de Casablanca. Si había combate, se esperaba serio.

Aberdatín y Deriamis se hicieron cargo de la nave. Ya hacía casi una hora que salieron de la atmósfera del planeta y no había señales de que los persiguieran.

Lars también se retiró a su camarote. Si hubiese sabido lo que iba a suceder habría llevado alguna mujer a bordo. Era lo que más le relajaba en los momentos de tensión. Con todo, y a pesar de no creerlo posible, se durmió nada más tumbarse en la litera.

Se despertó bruscamente a causa de una sirena que no paraba de ulular.

—Todos a sus puestos de combate —repetía constantemente el altavoz.

Miró el reloj. Había dormido seis horas. Dudó si ducharse o correr hacia el puesto de mando. Decidió que no era tan necesario y optó por lo primero.

Después de refrescarse, se encontraba como nuevo. Un café y algo de licor lo dejarían en condiciones óptimas para la batalla.

En el puesto de mando ya estaban Vanda y Alamarik. Un soldado servía un exquisito café que estimulaba de inmediato.

La causa de la alarma era un destello que había aparecido de repente en la pantalla. Provenía de Casablanca, de eso no cabía duda.

—Velocidad de la nave enemiga 1.5 luz y aumentando.

Hasta entonces siempre habían considerado la velocidad de la luz como un límite inalcanzable en espacio normal.

—Con esto no contábamos —dijo Oberón—. Me temo que nos alcanzarán.

—Instalen el mantenedor de aire —ordenó Alamarik.

—¿Mantenedor de aire? —preguntó Lars.

—Es una especie de campo de fuerza para el aire —explicó Oberón—. En el caso de que nos agujereen, el aire no escapará.

De nuevo cada sección de la nave informó sobre su estado de alerta. Como siempre, todas estaban preparadas.

—Velocidad de la nave enemiga 2 luz. Estaremos a tiro en cuatro horas.

Oberón ordenó alertar a las otras naves corias. Lars observaba absorto cómo el destello de la nave perseguidora se hacía cada vez más grande.

—Soltad las sondas —ordenó Vanda—. Vamos a ver quiénes son.

Unos globos metálicos salieron al espacio en dirección a sus perseguidores.

—¿Son bombas? —preguntó el pirata.

—Pueden serlo —contestó Alamarik—, pero su principal misión es observar la nave enemiga. Estas esferas se abrirán dentro de poco y soltarán unas esferitas mucho más pequeñas. Cuando la nave pase a su altura se adherirán a su estela energética y observaremos el combate desde su posición. También es posible utilizarlas como bombas, pero no creo que traspasen su escudo.

—¿No las descubrirán e inactivarán?

—Hemos lanzado más de dos mil. Además, pronto verán que son inofensivas.

—Velocidad de la nave enemiga 2 luz. Estaremos a tiro en tres horas.

—¡Increíble! —exclamó Oberón—. Las otras naves vienen a ayudarnos, pero no pueden competir con esa velocidad. Los órfidas nos alcanzarán antes de lleguen.

Una tremenda tensión se percibía en la sala de mando. Vanda dio la orden de disparar en cuanto la nave enemiga estuviera al alcance de los cañones atómicos.

Los artilleros examinaban una y otra vez sus armas. Los nervios se notaban hasta en gente tan disciplinada como los corios.

—¿Habrá represalias en Casablanca? —preguntó Lars a Oberón.

—Sí, y serán terribles. Ordené que nuestros hombres abandonen la ciudad. En Nuevo Marte, hace dos semanas, una de sus naves fue destruida por un extraño rayo verde. Como no encontraron a los culpables, asesinaron a todos los dirigentes y ejecutaron a uno de cada diez ciudadanos para que sirviera de ejemplo. No sé lo que serán capaces de hacer en Casablanca, pero temo lo peor. Uno de los pilares de su inmenso

poder es el pánico que generan. Un simple órfida muerto equivale al más feroz de los escarmientos.

—Velocidad de la nave enemiga 2 luz. Nos podrán disparar en dos horas.

Un terrible fogonazo iluminó la nave. Las luces se apagaron y encendieron repetidas veces.

—Temperatura del campo de fuerza diez millones de grados. La energía se elimina bien.

—¡No pueden dispararnos desde esa distancia! Es tres veces mayor de lo que pensábamos que alcanzarían las naves órfidas.

Vanda ordenó soltar al espacio emisores de energía con el objeto de atraer los disparos hacia ellos.

—Impacto pleno —indicó el comunicador—. Ningún daño. Temperatura del campo de fuerza cinco millones de grados. Disminuyendo normalmente. Estarán a tiro en dos horas.

—Nos van a machacar antes —dijo Lars en voz alta lo que pensaban todos.

En la pantalla apareció la imagen de la nave órfida según la transmitían las esferas. Inmediatamente, todos los visores de la sala de mando mostraron la misma figura, aunque de muy diversas formas. Estaba la imagen tomada con el foto-calorímetro. En ella sobresalía el lugar donde se encontraba el motor de fusión nuclear. Otra imagen señalaba las densidades. El ordenador hizo un dibujo esquemático de la nave enemiga que fue el que permaneció en las pantallas.

Se desintegraron varios emisores de energía. La treta funcionó, pero sabían que no los engañarían mucho tiempo.

—En las prácticas que hicimos con los órfidas en Orgaz —comentó Vanda—, cuando persiguen una nave, programan el ordenador para dirigir los disparos al emisor de energía más lejano. Creo que no tardarán en alcanzarnos de nuevo.

En efecto, a los pocos minutos recibieron otro impacto directo. La nave se tambaleó. Las luces permanecieron apagadas por espacio de dos o tres minutos. Por suerte, el sistema de comunicaciones seguía bien y Vanda ordenó un ligero cambio de dirección y la expulsión al espacio de más emisores de energía.

—Temperatura del campo quince millones de grados.

—A los diecisiete empezará a derretirse el casco y a los veinte, adiós —dijo lúgubremente Alamarik.

—Estarán a tiro en una hora.

De nuevo los órfidas erraban los disparos.

—Si nosotros tuviésemos esa nave ya habríamos ganado la batalla —observó Vanda con satisfacción.

—Aunque consigamos estar a tiro, supongo que nos darán una nueva

sorpresa con la resistencia de su campo de fuerza —apuntó Alamarik sin apartar los ojos de la pantalla—. El nuestro aguanta a duras penas los veinte millones de grados. ¿Y si el suyo resiste mucho más?

Discutían sobre el tema cuando recibieron el tercer impacto. Los órfidas fallaron muchos disparos, pero iban mejorando su puntería.

—Doce millones de grados. Ningún daño.

Fue el momento de mayor bamboleo. Todo se movió. Comenzaron a caerse los aparatos que no estaban fijados en las paredes. Algunos soldados rodaron por el suelo. Las luces centellearon durante unos segundos y luego se apagaron. Habían recibido dos impactos seguidos.

—Dieciocho millones de grados. Se derriten las paredes de los compartimentos 16 y 17.

Las sirenas de alarma sonaban en toda la nave. Del techo de la sala de mando caían gotas de metal derretido que quemaron a varios de los presentes. En una de las pantallas apareció una imagen de la nave con la descripción de los daños. Dos compartimentos se derrumbaron y casi todos estaban en situación crítica. Las goteras de metal incandescente aparecían por doquier.

—Incendio en las salas 5 y 6. Dos muertos.

Todas las secciones informaron de su estado mientras el ordenador registraba los datos en el esquema gráfico de la nave.

—Así no podemos seguir —dijo Vanda—. Que suelten todos los emisores de energía. —Luego, ordenó al piloto—. Darmis, gira 180 grados.

Oberón se sobresaltó. Vanda había ordenado dar la vuelta para dirigirse hacia el enemigo en vez de huir.

—Máxima velocidad. Que ningún artillero dispare hasta que dé la orden.

Hablaba por el comunicador general, que se oía en toda la nave, en vez de marcar el específico para cada sección.

Los disparos órfidas se alejaron de nuevo. Los emisores de energía estallaban continuamente.

—Están despistados —observó Vanda con alegría.

Todos contenían el aliento. Los únicos que parecían divertirse con la batalla eran Vanda y Alamarik.

—Nave enemiga a tiro.

—Artilleros, no disparen, aguarden la orden. No quiero llevarme una sorpresa con la resistencia de su campo de fuerza y delatar nuestra posición.

La nave enemiga se engrandecía. Los órfidas continuaban disparando hacia puntos lejanos y dispersos. Parecía incapaces de detectarlos.

—Diez minutos para la distancia crítica. La velocidad de la nave enemiga se mantiene en 2 luz. —La distancia crítica era aquella en la que el escudo ya no podía defender la nave. Un impacto directo significaba la

destrucción.

—¡Fuego! —ordenó el príncipe.

Observaron cómo se conmovía la nave órfida. Se bamboleaba con cada impacto.

—Diez impactos.

—Doce.

—Diecisiete. Su campo de fuerza resiste.

Lars no podía creerlo. En diez segundos habían hecho diecisiete impactos. A pesar de que todo parecía perdido, no pudo menos que maravillarse por lo bien que los corios jugaban a la guerra.

—Sigan disparando hasta la destrucción total del enemigo.

La nave órfida aparecía en la pantalla con zonas más coloreadas. Algunos de sus compartimentos se estaban derritiendo.

Los órfidas disparaban alocadamente. Casi todos los disparos iban dirigidos hacia los emisores de energía más lejanos, aunque algunos resultaban peligrosos para la nave coria.

—Distancia crítica.

Vanda y Alamarik permanecían impasibles. De pie, con la mirada fija en la pantalla y cerca del micrófono, aunque no había necesidad de ello pues este lo captaba todo, Vanda parecía un joven Dios de la guerra. Lars tuvo la impresión de que quizás escaparan con vida del enfrentamiento.

—Diez impactos. Su campo de fuerza resiste. Es increíble la cantidad de aspectos en que nos aventajan. —La voz de Alamarik no tenía inflexión alguna. Manifestaba su curiosidad por un hecho sorprendente, sin tener en cuenta que lo hacía en mitad de un combate a vida o muerte.

En la nave órfida cada vez se veían más zonas en color rojo, lo que indicaba su destrucción, pero increíblemente no sucumbía y sus disparos se acercaban muy peligrosos.

Una nueva sacudida seguida de un apagón de luces les indicó que habían sido tocados. El escudo alcanzo los dieciséis millones de grados y otra vez empezó a caer metal derretido. El bamboleo de la nave los tiró al suelo.

—Quince millones de grados. Eliminamos energía más lentamente de lo normal. Hay daños de consideración. El disparo enemigo ha pasado a 3.257 metros de distancia

¿Qué clase de arma podía emitir tal cantidad de energía? El disparo pasó a más de tres kilómetros y les causó daños considerables.

—Quince impactos.

Desde el suelo, y en la oscuridad de la sala, solo se distinguía la gran pantalla donde se representaba la nave enemiga. Cada vez estaba más coloreada de rojo. Lars vio que el número de compartimentos en ese color aumentaba por segundos. Luego, de repente, toda la superficie pareció fragmentarse y cada trozo voló en una dirección.

Allí, sentado entre tinieblas, sin ver ni escuchar nada, al pirata le pareció irreal la destrucción de la nave órfida.

—Nave enemiga destruida —avisó el comunicador provocando el jolgorio de la tripulación que no ignoraba lo cerca que estuvieron del desastre.

—Darmis —Vanda se dirigió al piloto—. Gira 180 grados. Mantendremos la dirección inicial. —Luego, como quien se quita un gran peso de encima, se unió a la fiesta y al griterío general.

Los muchachos se abrazaban unos a otros relatando lo que sintieron durante el combate. Para todos, su primera sangre en el espacio. Aunque en Coria disponían de aparatos simuladores, nada podía igualar a una auténtica batalla.

—Si yo fuera el jefe «real» de esta expedición, repartiría ron entre los hombres —dijo Lars muy risueño tras la victoria.

—A ellos les basta con la satisfacción de la victoria —replicó Oberón bastante serio. Lars vio que Oberón tomaba de nuevo el mando. Los jóvenes hicieron su parte y fueron los amos absolutos de la nave durante la batalla. En cuanto acabó, los devolvieron a su lugar. Solo un corio puede aguantar esto, pensó el pirata.

Oberón comunicó con las otras dos naves corias que se dirigían hacia ellos a la máxima velocidad posible.

El navegante avisó de la salida de más naves de Casablanca, aunque esta vez estaban demasiado lejos para alcanzarlos.

—El capitán Avalgarde os felicita por la victoria —dijo Oberón dirigiéndose a Vanda y Alamarik.

Luego, dio las coordenadas para efectuar el salto hiperespacial nada más salir de la órbita del último planeta del sistema.

—Esta vez nos arriesgaremos un poco y saltaremos antes de lo previsto. No me gustaría tener otro encuentro semejante.

—Tres naves, que provienen de Casablanca, se acercan a 1,5 luz. Velocidad que está aumentando.

—¡Maldita sea! No estamos en condiciones de combatir.

Los distintos departamentos informaban de los daños. Eran considerables. El peor era un incendio en el casco que no lograban controlar.

—Se está desarrollando una reacción nuclear —informó un técnico. Por los ventanales se veía una enorme fuente de chispas. Varios soldados vestidos con trajes espaciales intentaban apagarla. Uno de ellos cayó al vacío perdiéndose para siempre en el espacio.

—Treinta minutos para el salto.

—No podemos detener el incendio —dijo el jefe de los técnicos—. Perdimos tres hombres.

—¿Cuánto tiempo podrá aguantarlo?

—No lo sé. Se extiende rápidamente por todo el casco. Tengo veinte hombres trabajando en él y ordené que salgan al exterior diez más. Pero se va de las manos por momentos.

—Intenten contenerlo hasta que saltemos. Luego abandonaremos la nave.

Conectó el micrófono para que lo escucharan todos.

—Vamos a proceder al desalojo de la nave. Tienen treinta minutos para recoger sus pertenencias. Nos iremos cinco minutos después de efectuar el salto hiperespacial.

—Convoca a los artificieros —ordenó a Alamarik—. No quiero que queden más que microscópicas partículas de la nave. Es fundamental no dejar ningún residuo que pueda orientarlos sobre nuestra procedencia.

De nuevo se desarrolló una febril actividad. Ordenar un desalojo en media hora era una locura.

—Las naves enemigas mantienen la velocidad de 2 luz. Podrán dispararnos en una hora.

El ordenador había calculado el alcance de los cañones órfidas.

—¿No nos rastrearán después del salto? —preguntó Lars.

—Podrían hacerlo si sólo saltásemos una vez —contestó Oberón—. Pero vamos a efectuar tres saltos seguidos y ellos no son capaces de hacerlo. Nos detectarán en el primero, pero es imposible que nos sigan en el segundo. Ellos tienen que navegar por espacio normal durante unas horas para recoger hidrógeno.

—Diez minutos para el salto.

—Que entren todos los que trabajan en el incendio.

Alamarik avisó que las cargas explosivas estaban preparadas. El explosionar una nave era una de las prácticas habituales entre los soldados. No querían dejar rastros que condujeran a Coria.

Lars se dispuso a contemplar el salto. Por más que lo observara muchas veces, siempre le fascinaba el hecho de encontrarse en un lugar y, en cuestión de segundos, a años luz de distancia. Las estrellas del firmamento cambiaron tres veces seguidas y supo que se habían salvado.

Surgieron de la nada otras cinco naves. Oberón dijo que habían mandado tres nuevas naves de Coria.

Las sirenas anunciaban la evacuación. Varios transbordadores se llevaron a los que no seguían en la expedición. Los demás esperaban a que otra de las naves les tendiera un puente.

En los hangares, filas perfectas de soldados aguardaban la orden de partir. Fuera, ardía todo el casco.

De la nave más próxima surgió una especie de tubo que se acopló en un instante al lugar destinado para tal fin. Todos pudieron escuchar el choque de las superficies metálicas.

—Puente instalado. Prepárense para el traslado.

Se abrió la compuerta y todos pasaron por aquel puente espacial corriendo ordenadamente. Oberón y Lars fueron los últimos en salir. El corio llevaba como único equipaje la grabación del combate con la nave órfida.

Llegaron a otro hangar donde los altavoces impartían órdenes para los recién llegados. Oberón y Lars se encaminaron a la sala de mando. Allí los esperaba Vecardatin, el capitán.

Desde los ventanales vieron cómo las llamas envolvían a la nave anterior. Era una inmensa pira que rompía la oscuridad del espacio.

El puente se retiró y comenzaron a alejarse. Una gran explosión acabó para siempre con la nave coria. Aunque, según dijo Oberón, se la recordaría siempre como la primera que venció a una nave órfida en la historia de la humanidad.

Capítulo 12
Intriga

Patrexis aguardaba en la antesala del despacho del rey. La inmensa estancia, habitualmente repleta de emisarios de los más remotos confines de la galaxia, estaba vacía. Era el único invitado.

Cada vez veía de un color diferente los maravillosos cristales de Danán que decoraban las paredes, lo que manifestaba su inquietud interior.

¿Para qué lo habrían llamado? ¿Sería algo relacionado con Selene? El rey lo nombró capitán de su guardia, lo que significaba que veía con buenos ojos su relación con ella. La aristocracia de Dorado lo consideraba el novio de la princesa, y hasta cierto punto así parecía. Al ser el jefe de su escolta, la acompañaba a todas partes. Aunque era tan esquiva. Había intentado declararse varias veces, pero siempre lo eludió.

Un teniente interrumpió sus meditaciones al anunciar que el rey le esperaba.

Cruzó la estancia hasta el discreto gabinete donde se trataban los principales asuntos del Imperio.

—El capitán Ares Patrexis —anunció el teniente.

El rey Traxis estaba acompañado por el príncipe heredero Debis, que tenía veinticinco años, como él, y el gran almirante Remxis, hermano del rey, que fue su jefe durante la campaña de Urán. También estaban presentes cuatro mariscales del Imperio. Uno de ellos era Tracortonxis, descendiente del famoso almirante del mismo nombre que arrasó la capital del Imperio de Horgón.

—Siéntate Pat —dijo el rey amablemente—. Antes de empezar quiero felicitarte por tu actuación en la guerra de Urán. Mi hermano me transmitió los mejores informes que pueden darse de un soldado.

—Gracias, Majestad.

—Ahora, él te expondrá el motivo de esta reunión.

—Esta conversación es estrictamente confidencial. —Remxis tenía fama de no andarse con preámbulos—. Sé que no es necesario decírtelo, pero, dada la gravedad de los hechos, no puede trascender lo que hablemos.

Patrexis lo miró intrigado y ofendido. No necesitaba que le recordaran sus obligaciones.

—La primera noticia que tuvimos de que algo fuera de lo normal sucedía en la galaxia fue la destrucción de una nave órfida en Nuevo Marte... Sí —afirmó viendo la mueca de asombro de Patrexis—. La nave OPH-1 que explotó por causas desconocidas, fue en realidad atacada por

un extraño rayo verde procedente de un artefacto que se desintegró una vez cumplida su misión. Los técnicos órfidas trabajaron meses con los restos del dispositivo, pero no consiguieron averiguar su origen. Fue un trabajo muy bien hecho. Los órfidas mataron a los gobernantes de Nuevo Marte e impusieron severos castigos a la población. Torturaron a muchas personas en busca de información, pero nadie sabía nada.

» Otro hecho extraordinario es el ataque que sufren los obletas, esos seres globulosos de color verde que trabajan para los órfidas. Son asesinados en los planetas donde habitan. Los misteriosos asesinos les cortan los genitales, lo que, según su religión, les impide alcanzar el paraíso. Los obletas están aterrorizados y quieren volver a su galaxia natal. Los órfidas, por primera vez en toda su historia común, tuvieron que retenerlos a la fuerza. Pero lo más sorprendente de todo es lo sucedido en Casablanca. No sé si te habrán llegado rumores sobre la destrucción de la ciudad.

Patrexis lo negó.

—Hace pocos días hubo una refriega en Casablanca donde resultaron muertos unos treinta órfidas.

—¿Alguien se atrevió a disparar contra ellos? —preguntó estupefacto.

—Sí, y no solo eso. Los autores de los disparos, que eran humanos considerados comestibles, huyeron posteriormente en una nave que, al ser perseguida, destruyó en combate una OPH-1 antes de desaparecer. Los órfidas sometieron a los nativos a su habitual represión —prosiguió ante la atónita mirada de Patrexis—. Capturaron a los habitantes comestibles para engrosar sus despensas y los demás fueron ejecutados durante el asalto o murieron posteriormente cuando tres naves bombardearon la ciudad. Donde antes había una gran ciudad de doce millones de habitantes hoy solo queda un inmenso cráter. Muy pocos consiguieron escapar.

» Lo más curioso del caso es que el combate comenzó por un personaje que ya está apareciendo muchas veces en esta historia. Es un tal Lars de Orgaz, un pirata que figura en busca y captura en los archivos de nuestra policía espacial. Su campo de acción era la estrella Australia y atacaba pequeñas naves comerciales. En la batalla de Casablanca llevaba una capa hecha con la piel del Dang Kokur, el que desapareció junto con su esposa y otros órfidas al ser asaltado el mercante «Vences». El Kidang y los principales órfidas están furibundos. Ya estaban frenéticos con las noticias de Casablanca, cuando, al analizar genéticamente la piel, descubrieron que pertenecía al Dang Kokur. En las grabaciones de las cámaras de los comercios vieron al pirata lucir con orgullo la capa por las calles de la ciudad, y se pusieron tan rabiosos que era peligroso estar a su lado. Aullaban desaforadamente y se rasgaban las vestiduras.

» Los órfidas aseguran que estuvo en Orgaz y es el responsable de la primera matanza de obletas. Entre los artículos robados que vendió,

figuraban algunos procedentes del mercante «Vences». En las grabaciones de las naves que aterrizaron en el planeta en esos días, no han identificado la del pirata. No viajaba en la que utiliza habitualmente para sus correrías, que lleva mucho tiempo sin ser vista. La buscan por toda la galaxia, pero no encontraron el menor rastro.

» ¿Cómo pudo conseguir Lars una nave capaz de vencer en combate a una OPH-1? Suponemos que encontró nuevos aliados que le han hecho muy poderoso. Ha dejado de ser un pirata de poca monta, destinado al cadalso, para convertirse en alguien peligroso.

—Ayer —interrumpió el rey—, me entrevisté con el Kidang Sanatakur. Está convencido de que los ataques provienen del misterioso Gran Mundo Stel. Por lo visto, y eso no lo sabíamos nosotros, los órfidas emprendieron varias expediciones contra dicho mundo siendo derrotados en todas ellas.

La idea de que alguien pudiera vencerlos le causaba consternación. Hasta entonces los consideró sus invencibles aliados.

—El enemigo de los órfidas también está en Bahía —manifestó Remxis —. Ya te comunicamos que la revuelta de los xiks fue provocada y los ayudaron desde el exterior de las minas. No pudimos desenmascarar a los culpables, pero no resulta difícil relacionarlos con los mismos que atacan los intereses órfidas en toda la galaxia. Los profetas, esa chusma que pregona la profecía sobre Selene, divulgaron la noticia del bombardeo de Casablanca dos días después de producirse. Además, hablaron de las atrocidades cometidas con los habitantes de la ciudad. Lo supieron antes que nosotros, lo que demuestra que alguien los informa y dirige. De momento, mantenemos en secreto la destrucción de Casablanca, no queremos que nuestro pueblo empiece a odiar a los órfidas pero, aunque la mayoría de los ciudadanos no presta atención a los profetas, es una noticia que no podremos ocultar siempre.

» Te llamamos para que averigües quién está detrás de ellos. Tendrás a tu disposición los medios que sean necesarios y estarás siempre en contacto conmigo.

Hubo una pausa que Patrexis interrumpió.

—Supongo que habrán pensado en alguna línea de actuación.

—Te sugiero que visites la biblioteca real. En la sección de libros prohibidos encontrarás todo lo referente a la profecía. Hay algunos profetas encerrados en la Prisión Central. Podrías hablar con ellos, a pesar de que sus interrogatorios están grabados. En el laboratorio de Terionxis III han realizado la autopsia a los que murieron en nuestras manos y quizás obtengas algún dato útil. En varias ocasiones infiltramos hombres entre sus seguidores, aunque nunca obtuvimos información; incluso, varios de nuestros espías fueron asesinados.

» Dejamos la forma de actuar a tu elección. Todo el poder del Imperio te respaldará. Pero no olvides que este tema es prioritario. No queremos

que suceda en Bahía algo parecido a lo de Casablanca. Los órfidas son amigos y aliados, pero no sabemos cómo reaccionarían ante un ataque en nuestro país.

Nada más despedirse del rey, Patrexis se dispuso a actuar. Tenía un presentimiento fatalista. No le quedaba mucho tiempo para resolver los enigmas. El Imperio de Bahía era todopoderoso y sus aliados, los órfidas, mucho más, pero intuía que les amenazaba un peligro inminente.

En la biblioteca, el anciano Tocornix le sirvió valiosamente de guía tras mostrarle el sello real. Leyó todo lo referente a la profecía y descubrió que Selene era la veinteava princesa de la casa de Tenerxis, solo que, doscientos años antes, y por temor a posibles sublevaciones, el rey Ares Tenerxis cambió el nombre de la familia por el de Orlán. Ella era la «princesa de la muerte».

En las dependencias policiales estudió minuciosamente los interrogatorios de los profetas. No sacó nada en claro, pero algo no encajaba y no lograba descubrir lo que era. Todos respondían con entereza a la tortura, pero sus respuestas eran muy parecidas. No cabía duda de que su iluminación procedía del mismo lugar.

Aictemis, el jefe de policía de Dorado, se puso a su entera disposición.

—Son desconcertantes. No se quejan cuando los torturamos. Si abren la boca es para perdonarnos por su martirio y avisarnos de que, si no cambiamos, llegará el fin del mundo.

—¿Ha notado que todos dicen lo mismo?

—Sí, las cintas fueron examinadas minuciosamente por los mejores técnicos. Yo mismo las escuché diez veces cada una y, si no fuera por los distintos tonos de voz, diría que siempre habla la misma persona.

—¿Es posible que estén drogados?

—No sabría decirle. Supongo que cabe esa posibilidad, aunque actúan de forma muy cuerda, y en los análisis de sangre no se detectó nada. Hace tres días capturamos a un profeta en las catacumbas del antiguo cementerio. Ahora está en los calabozos. Si quiere, puede interrogarlo.

—Quiero hablar con él ahora mismo.

Por unas estrechas escaleras espirales bajaron hasta el sótano del edificio donde se encontraban los calabozos de máxima seguridad. Las paredes estaban recubiertas por espesos paneles de corcho blanco para lograr su absoluta insonorización.

Sentado en el suelo de la celda, sin probar otra cosa que no fuera pan o agua, estaba un viejo desgreñado de largos cabellos blancos. Vestía una especie de hábito azul desgarrado por todas partes. La luminosidad de su mirada enaltecía su miserable persona. Tenía la forma de mirar de los fanáticos o los poseídos.

—¿Me deja solo? —pidió Patrexis al jefe de policía, que enseguida salió de la celda.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —preguntó acercándose al viejo.

—Qué importa mi nombre —replicó con una sonrisa y lo embrujó con su áurea de bondad. Parecía poseer la verdad absoluta.

—Mi nombre es Patrexis. Soy capitán de la armada imperial. Deseo hacerte algunas preguntas.

—Patrexis... Bonito nombre para un soldado. ¿Quién te manda? ¿Alguno de mis verdugos?

—Solo quiero saber la verdad sobre ti. En tu ficha policial aparece escrito un nombre: Simonis. ¿Es el tuyo?

—Supongo que sí, mas no significa nada. Mi vida anterior no tiene importancia. Era un miserable pecador, como casi todos. Tuve la suerte de que Dios me eligiera para predicar su palabra.

—¿Por qué te eligió a ti?

—No lo sé. Hay cosas que no recuerdo bien. Estaba encerrado en un manicomio y a mi memoria no acude ningún hecho anterior. Un día Dios me liberó para convertirme en su portavoz.

—¿Viste a Dios personalmente?

—Sí, apareció en mi celda con la imagen de un venerable anciano. Puso sus manos en mi frente y curó mi demencia. Después, me encomendó la misión de salvar a los hombres.

—¿Tienes éxito?

—Convenzo a algunas personas, pero todavía son muy pocas. Unos cuantos justos no salvarán a un mundo impuro.

—¿Estás seguro de que este mundo está condenado? —preguntó Patrexis sorprendido por el aplomo del profeta.

—Somos nosotros su única esperanza, aunque cada vez estoy más desilusionado de que podamos cambiar nuestro terrible destino. Cuando me detuvieron, yo tenía un rebaño de mil fieles. Ahora, con mi detención y mi posible muerte, estas personas se desperdigarán y quizás se pierdan para siempre.

—¿Conoces a más profetas?

—No soy ningún profeta. —Volvió a sonreír sin apartar sus ojos de Patrexis—Y si te refieres a aquellos que, como yo, pregonan la palabra divina, te diré que Él quiere que cada uno vaya por su propio camino. Yo no tengo nada que decir a quien ya está con Él. Mi misión es lograr que los pecadores encuentren el camino de la santidad.

—¿Ves a Dios con frecuencia?

—Una vez al mes. Me llama cuando quiere trasmitir algún mensaje.

—¿Cómo te llama?

—No lo sé. Siento que Él me requiere y voy.

—¿Recuerdas su imagen con claridad?

—Es lo más nítido que tengo en mi mente. —La charla era franca y campechana. Patrexis tenía la impresión de que aquel individuo jugaba

con él. Se le veía muy seguro. Le hablaba como un maestro a un niño. Respondía con sinceridad y no rehusaba ninguna pregunta. Aquel hombre no mentía. Creía en sus propias palabras.

Decidió marcharse. La solución no estaba en aquella celda. O era un verdadero profeta, cosa que se negaba a creer, o quien lo manejaba, a través de hilos invisibles, consiguió que el hombre no supiera nada.

—Patrexis —dijo el viejo cuando salía de la celda—. Nunca conseguirás a la princesa.

Le sonrió con la apacible mirada de quien está por encima de todas las cosas. Sin saber por qué, se sintió muy mal de repente.

Antes de salir, recomendó al jefe de policía la custodia del prisionero. No quería interrogatorios ni torturas. Lo observarían durante meses si fuera preciso con tal de descubrir lo que ocultaba tras aquella máscara de santidad. Solo sacó en claro que los profetas morían demasiado pronto a consecuencia del castigo que sufrían en los interrogatorios. Algunos perecían el mismo día de su detención, sin tiempo para observar su evolución.

Después, visitó el gigantesco centro sanitario erigido en honor de Terionxis III, el emperador que destruyó el Imperio de Horgón. Era un complejo inmenso. Una auténtica ciudad dentro de la ciudad. Allí trabajaban treinta mil personas y se consideraba el mejor hospital de la galaxia.

Había edificios destinados exclusivamente a los órfidas. Éstos descubrieron que la medicina bahiiana era mejor que la suya, y las familias de sus principales jefes eran tratadas por médicos de Bahía.

El director lo recibió y lo acompañó al extraordinario laboratorio del hospital. Allí le presentó a Tarexis, el jefe médico del sector.

—No encontramos nada en la autopsia —comentó Tarexis—. Y la hacemos célula a célula.

—Me interesa saber si han descubierto alguna anomalía común a todos.

—No sé, quizás los leucocitos.

—¿Los leucocitos?

—Sí, en todos los casos están ligeramente disminuidos. Al principio no nos dimos cuenta de este detalle porque llegaban de la jefatura de policía con heridas infectadas. Cuando hay infección aumentan los leucocitos y eso nos ocultaba su disminución.

—¿Podrían estar drogados?

—No lo sé. Casi todos han llegado en muy malas condiciones. No los pudieron examinar nuestros psiquiatras.

Tecleó el ordenador y apareció la lista de drogas que producían una disminución de leucocitos. Era inmensa.

—Vamos a reducirla un poco —dijo sonriendo—. Voy a ver cuáles de estos fármacos tienen acción sobre el sistema nervioso central.

La lista se redujo, pero seguía siendo demasiado larga.

—Como en la autopsia no hallamos ninguno, voy a pedir ahora los fármacos indetectables por los procedimientos utilizados en los cadáveres de los profetas.

Solo quedaron cuatro nombres.

— ANTARAX
— LINOTERM
— SIBELIUM
— TEORMIN

—Si los drogaron con alguno de estos productos lo descubriremos. Sería ideal que nos entregaran a los profetas ilesos para que los reconozcan nuestros psiquiatras.

Patrexis se despidió esperanzado. Tal vez hubiera respuestas en el gran hospital.

Ordenó al jefe de policía que capturase profetas y los enviase a Terionxis III. Insistió en que no fueran maltratados. Después se dirigió hacia los antiguos cementerios. Era la hora de verlos en su propio ambiente.

—Vamos, llévame otra vez —rogó Sofía.

—No, la otra noche hicimos una locura. Si quieres voy yo y te lo cuento.

Se encontraban en el apartamento de Tabarxis en las afueras de Dorado. Por el gran ventanal podían ver una imagen preciosa del río de Oro bordeando la ciudad. Con el transcurso de los siglos había excavado una profunda sima a su alrededor.

—No, así no tiene gracia —protestó Sofía que llevaba un bonito, pero extraño, vestido azul que llegaba a media pierna.

Ese día no le permitió acercarse. Habían paseado de la mano por los jardines cercanos, pero siempre que Tabarxis quiso abrazarla ella evitó, riendo, el contacto.

—Todo el mundo va a ver a los profetas. ¿Por qué no puedo ir yo?

—No es seguro. Además, tu padre me lo prohibió expresamente. Me dijo que no llevara a su hija a tugurios donde corriera peligro.

—No se va a enterar.

—Ya se lo dijiste la otra vez.

Los cambios de postura de Sofía, al cruzar y descruzar las piernas le levantaban la falda, y a veces Tabarxis creía vislumbrar el tanga. Pero el movimiento del vestido le parecía irreal.

—Si vamos a las catacumbas, te daré un premio.

—¿Qué premio?

—¡Ah! Eso es saber demasiado.

Tabarxis quiso atraparla, pero se escapó y se refugió al otro lado de una

mesa de cristal. Sin embargo, en el escaso segundo que estuvieron en contacto, le pareció tocar su espalda desnuda.

—¿Qué clase de vestido es ese?

—¿Te gusta? —preguntó con una cándida sonrisa.

—Me gustaba más el que llevabas el primer día.

—¡Qué sinvergüenza eres! —Reía—. ¿Te gustaría que este vestido fuera transparente? —Su mirada era traviesa y divertida.

—¡Pues claro!

Sofía introdujo su mano derecha en el bolsillo y, un instante después, Tabarxis vio aparecer sus pechos a través del vestido. La veía casi desnuda. Cubierta solo por el tanga y una tenue gasa azul.

—¡Uy! Me he pasado —dijo y rio al verse en el espejo. El vestido se oscureció de nuevo. Tabarxis veía los pezones con dificultad.

—¿Qué pasa con tu ropa?

—Llevo la última moda. Ropa que no existe. Es un traje de energía. Tengo un cinturón que emite energía y puedo darle la forma que desee. Tiene acoplado un ordenador que controla los movimientos. Intenta hacer que sean naturales, como si fuera ropa normal.

Manipuló el cinturón y el vestido, que le llegaba a media pierna, bajó hasta los pies.

—¿Ves? Lo puedo alargar o acortar a voluntad.

El vestido subió hasta mostrar el tanga de encaje blanco, a través del cual apreció los rizados vellos negros del pubis.

—Qué tonta soy. Aún no lo manejo bien —dijo mientras volvía a colocar la falda a media pierna—. En realidad, solo llevo puesto un tanga y el cinturón. Pero puedo estar todo lo vestida o desnuda que quieras.

Tabarxis no pudo más, se lanzó tras Sofía. Antes de que escapara, sus manos rozaron la suavidad desnuda de sus pechos; los erectos pezones resbalaron entre sus dedos.

—No seas impulsivo. Primero tienes que prometer que me llevarás a ver a los profetas.

—¿Qué ofreces a cambio? —Dudaba si saltar sobre ella o entablar serias negociaciones.

—Ya viste lo bien que manejo el ordenador.

De nuevo el vestido comenzó a cambiar. Bajaba hasta el suelo, subía a la cintura, mostraba los hombros, un pecho, los dos, los tapaba otra vez.

—De acuerdo —cedió muy excitado—. Te llevaré donde quieras, pero déjate de juegos.

La ropa desapareció. Sofía quedó vestida con el minúsculo tanga transparente, sobre el que sobresalía el vello púbico, y el cinturón que controlaba el vestido. La joven dio una lenta vuelta sobre sí misma para exhibir su culo desnudo cubierto solo por el finísimo cordel.

Sofía se quitó el cinturón.

—Mira, la última moda en Dorado.

Tabarxis la abrazó. Poco después estaban en el sofá acariciándose y besándose. Los pequeños pechos eran muy bonitos y suaves al tacto. El joven los besó entusiasmado.

Acarició el vello público. Sofía no le apartó. Profundizó y sus dedos penetraron en una vulva caliente y húmeda hasta alcanzar el clítoris. Sofía gimió. Tabarxis notaba su excitación.

Le quito el tanga temiendo que se arrepintiera de llegar tan lejos, pero ella misma lo ayudó. Después, se desabrochó el pantalón del uniforme.

Con movimientos poco hábiles y nerviosos, Sofía le bajó los pantalones, sacó el pene del *slip* y lo lamió. Parecía querer introducirlo entero en la boca. Tabarxis estaba a punto de terminar. La apartó suavemente y, tumbándola con mucha ternura, apoyó la cabeza del pene en la entrada de su vagina. Presionó un poco y tropezó con el himen. Acopló bien el pene y con un movimiento brusco la penetró.

Sofía gritó de dolor, y él se vació en su interior.

—Ha sido maravilloso —dijo el joven después de un rato. Estaban abrazados.

—A mí me ha dolido. Supongo que las demás veces será mejor. Pero mira, estoy sangrando.

Se ducharon. Sofía no dejaba de sangrar y tuvo que improvisar una compresa con una pequeña toalla.

—Qué horribles son los apartamentos de los hombres. No se encuentran las cosas más elementales —protestó mientras se colocaba el cinturón-vestido—. Ahora llévame a la guarida de los profetas.

Nada más manipular el cinturón, apareció un austero traje azul que le llegaba hasta los tobillos.

El vehículo de Tabarxis estaba en la misma puerta del apartamento y Sofía lo agradeció pues esa noche, a pesar de ser verano, el viento de las montañas había refrescado el ambiente y la ropa imaginaria no protegía del frío.

Se dirigieron a las catacumbas donde vieron por primera vez a los profetas. Por el camino, Tabarxis jugaba con sus pechos y ella lo dejaba hacer. El joven estaba encantado con aquel nuevo tipo de ropa.

Aparcaron a un kilómetro del cementerio. Tabarxis prefirió dejar el vehículo donde fuera fácil escapar si se producía algún tumulto.

No tuvieron dificultad en hallar el angosto pasadizo por el que bajaron el primer día. Iban con ellos unos pocos rezagados, la muchedumbre ya estaba en la cueva. Mientras bajaban por las estrechas y desgastadas escaleras, Sofía se maravilló de lo poco que duraban las resoluciones humanas. Pocas semanas antes juró no volver a ese lugar.

La gran caverna estaba repleta. Había más gente que la vez anterior. La multitud se apretujaba como podía. Hacían grandes esfuerzos para ver y

oír al anciano de raída túnica blanca. Tabarxis la rodeó con sus brazos para protegerla. El vestido de energía no evitaba los roces y alguien podía darse cuenta.

—Mirad, hermanos. —La voz del viejo atronó en la sala—. Os traje una reproducción de lo que los órfidas hicieron en Casablanca.

Una pantalla se iluminó y apareció la ciudad de Casablanca vista desde el espacio. Poco más tarde, la siguiente imagen mostró un gran agujero negro en su lugar. Hubo exclamaciones de sorpresa y terror. Mientras, los súbditos del profeta repartían fotografías de la ciudad bombardeada.

—El Gobierno impío se niega a admitir esta verdad. Y me consta que lo saben. No quieren que el pueblo conozca la esencia de nuestros aliados. Están exterminando a la raza humana. En verdad os digo que Dios nos castigará. Nuestra impiedad ha llegado demasiado lejos.

—¡Mira! —avisó Sofía a Tabarxis—. Allí está Patrexis.

En un rincón de la caverna, vestido con ropas vulgares, estaba Patrexis. Parecía haberlos visto, aunque no hizo la menor señal de reconocimiento.

El profeta hablaba en un tono exaltado que llegaba al alma de los presentes, cuando sonaron unos silbatos. La policía irrumpió en la catacumba. Se produjo un gran desconcierto. La gente corrió atropelladamente intentando escapar. Algunos policías dispararon sus armas. Tabarxis arrastró a Sofía hacia las escaleras. Muchas personas rodearon al profeta en un inútil intento de protegerlo.

Tabarxis sintió que lo llamaban por su nombre en medio de aquel alboroto. Al volverse vio que era Patrexis.

—Por aquí —señaló una puerta lateral.

Subieron por una escalera de cemento tan gastada que se desmoronaba a su paso, y llegaron al exterior después de atravesar una intrincada red de túneles. En la calle, la policía detenía a todos los asistentes.

Patrexis los llevó por un oscuro callejón poco concurrido. Al mirar atrás vieron cómo la policía arrastraba al profeta y a sus principales acólitos, maniatados, hacia los gigantescos furgones.

Pensaban que habían escapado cuando tropezaron con cuatro fornidos policías, mandados por un sargento, que les apuntaron con sus armas.

—¡Dense presos! —gritó el sargento. Por su furia, creyeron que iba a golpearlos.

Patrexis le enseñó algo que llevaba en la mano. El sargento cambió de actitud.

—A sus órdenes, señor. ¿Le importa que lo verifique?

—Hágalo, pero rápido. No puedo perder el tiempo. Quiero que sus hombres impidan que la gente venga por aquí. Como comprenderá, no me pueden relacionar con ustedes. Llame directamente a Aictemis.

El policía así lo hizo y minutos los liberó y se alejaron de la catacumba.

—¿Cómo os metéis en estos antros? —preguntó Patrexis enfadado.

—Fue culpa mía —contestó Sofía todavía asustada—. Quería conocer a los profetas. Me harás el favor de no informar a mi padre.

—Debería hacerlo. Y tú —dirigiéndose a Tabarxis—, no sé cómo eres capaz de traerla a un lugar tan peligroso.

Tabarxis no dijo nada. Parecía muy apesadumbrado.

—Ya estamos lejos de la cueva. ¿Tenéis vehículo?

—Sí —contestó Sofía—. Está muy cerca, entre aquellos árboles. Nos vamos.

Patrexis la besó en la mejilla y se despidió de ambos.

Tabarxis permanecía cabizbajo. Sofía se preocupó.

—Muchacho, anímate. Nunca volveremos a un sitio como este.

Iban abrazados. La mano del teniente reposaba en su pecho desnudo, pero parecía indiferente. En el vehículo, sacó la fotografía.

—La imagen es de Casablanca —dijo afligido—. Hice prácticas militares allí y mi misión era tomar fotografías aéreas. ¡Lo que dicen los profetas es cierto! ¡Los órfidas la destruyeron!

—Nos habrían informado. Un hecho tan importante no se puede mantener oculto. Esas fotos son propaganda malintencionada. —Sofía estaba sorprendida al ver el motivo de la tristeza de Tabarxis.

—No, porque se trata de los órfidas. Una noticia así enemistaría a nuestro pueblo con ellos. ¡Casablanca tenía doce millones de habitantes! No creo que se salvara nadie. Y, ahora que lo pienso, siempre nos dijeron que los seres que utilizan como alimento no son personas sino animales, pero después de hoy creo que los profetas tienen razón en todo lo que dicen.

—Vamos, mi valiente soldado —dijo, abrazándolo—. ¿No creerás a esos locos?

Continuó pegada a Tabarxis hasta que llegaron a su casa. Lo mimó, pero no consiguió animarlo. Estaba muy deprimido. Sofía se despidió con un leve beso en los labios y le prometió que iría a su apartamento al día siguiente. No pudo entretenerse pues por el rabillo del ojo vio el vehículo oficial de su padre.

Se encontraron en la puerta. Remxis la besó muy contento porque llevara un austero vestido y no siguiera la impúdica moda que se había impuesto en el país.

Aquella noche Tabarxis soñó con la otrora gran ciudad de Casablanca.

Capítulo 13
La espada

Lars se notaba extraño en la nueva nave. A su parecer, era más incómoda que la anterior, o quizás no le agradaba el largo y monótono viaje que emprendieron.

Apenas estuvieron doce horas en el lugar donde abandonaron la nave envuelta en llamas. Los jefes corios tenían prisa por alejarse de la zona. Habían efectuado tres saltos hiperespaciales y la posibilidad de que los localizaran era remota, pero no estaban tranquilos. Ya fueron sorprendidos por la tecnología órfida y lo último que deseaban era otro combate.

Efectuaron la primera serie de tres saltos. Las estrellas cambiaron tres veces consecutivas para pasar luego a una aparente inmovilidad. Las naves tardaban doce horas en recoger el hidrógeno necesario para realizar otra tanda de saltos y, aunque navegaban a buena velocidad, la sensación era de quietud absoluta.

Oberón le comunicó que tenían noticias de Coria. Habían cambiado las naves pues temían que los órfidas reconocieran la que aterrizó en Orgaz. También era probable que lo hubiesen identificado a él. Habían interrogado y torturado a muchas personas. Como Lars era muy conocido, y su ficha figuraba en los archivos policiales de las naciones de la zona, lo habrían relacionado con la matanza de obletas y lo estarían buscando. Después, sin darle importancia, le anunció que el próximo destino sería el Gran Mundo Stel.

A Lars no le quedaba otra opción que los corios, y lo sabía. Olvidó la idea de abandonarlos tras la batalla de Casablanca. «La maldita capa». Los órfidas identificarían genéticamente la piel del Dang, y lo reconocerían a él por las grabaciones de las cámaras de las tiendas y las declaraciones de las prostitutas del burdel. Ya sabrían que, tras matar al Dang, se confeccionó una capa con su piel. Lo buscarían por toda la galaxia. Los órfidas eran capaces de torturar a todos los habitantes de una ciudad para descubrir su paradero. Si antes su fotografía figuraba en las comisarías de policía, especializadas en piratas, de las naciones cercanas a la estrella Australia, en ese momento sería un personaje público que aparecería a diario en los ordenadores domésticos.

Aunque los corios eran su única salida, reconocía que estaban locos. No terminaban de salir de una cuando ya se embarcaban en la siguiente, y cada vez peor. Ahora le tocaba el turno al Gran Mundo Stel, un lugar tenebroso donde desaparecieron todas las expediciones que fueron a

explorarlo. Daba igual que fueran militares o pacíficas, ninguna volvió. Y ellos, gracias a la extrema osadía coria, se dirigían a ese mundo siniestro como si fuesen a un país habitado por gentes pacíficas y hospitalarias.

Una novedad que le resultó molesta fueron las vacunas. Al segundo día de viaje, los sanitarios inocularon una sustancia en el brazo de los viajeros. La inyección no fue dolorosa, pero no le gustó que no le dijeran de qué se trataba. También cometió el error de manifestar que era la primera vez que lo vacunaban, lo que causó que inyectaran a los piratas todas las vacunas obligatorias en Coria.

Llevaban varias semanas viajando hacia el Gran Mundo Stel, cuando lo llamaron a una reunión en la sala de mando. Estaban los capitanes de las tres naves: Avalgarde, Cotrey y Vecardatín, más Oberón, Vanda y Alamarik. A los jóvenes les permitieron asistir por primera vez a un consejo del alto mando de la expedición. No tenían voz ni voto, pero Oberón consideró que debían estar presentes.

—Creo que no es prudente viajar directamente a Stel —dijo Avalgarde —. Sólo sabemos que sus habitantes son hostiles.

—Las órdenes de Coria son precisas —intervino muy serio Vecardatín —. La expedición se dirigirá hacia Stel para solicitar ayuda en la guerra contra los órfidas.

—No pretendo que no vayamos, sino que nos detengamos en alguna de las estrellas limítrofes para recabar información.

—Estoy de acuerdo —afirmó Oberón zanjando el tema—. ¿Qué estrella es la más próxima a Stel?

Avalgarde señaló una minúscula estrella.

—¿Cómo se llama?

—Corinto —indicó el ordenador de la nave.

—¿Tenemos datos sobre ella? —preguntó Oberón.

El técnico manipuló el ordenador, pero solo apareció el nombre y la situación. Ni siquiera había referencias a la existencia de planetas habitados.

—¡Empezamos bien! —protestó Lars provocando miradas recelosas de los corios.

—Encontraremos los planetas cuando lleguemos —aseguró Oberón con ironía—. Si te portas bien, tal vez bauticemos alguno con tu nombre.

—Ahí está Alfa Centauri —avisó Vecardatín señalando en la pantalla un puntito luminoso especialmente brillante—. En esa estrella tuvo lugar la última gran revuelta contra los órfidas. Durante unos días pareció que lograrían expulsarlos, pero al final los rebeldes fueron aniquilados y la civilización humana destruida. Los supervivientes retornaron a la prehistoria.

El universo formaba un marco de incomparable belleza para el viaje de las naves corias. De vez en cuando detectaban alguna nave espacial. Eran

momentos de tensión, sobre todo si faltaban horas para el nuevo salto, aunque era improbable que los órfidas los buscasen tan lejos de Casablanca.

Por fin, tras dos meses de aburrido viaje y doscientos cuarenta saltos hiperespaciales, llegaron a la estrella Corinto. El Gran Mundo Stel se veía maravilloso. Un enorme empedrado de brillantes soles que ocultaban todo lo que había detrás.

—Hay dos planetas aptos para la vida humana en Corinto —avisó Marino tras un rato de búsqueda.

—Elegiremos uno al azar —dijo Oberón—. Espero que los nativos sean sociables.

Tres transbordadores se dirigieron al planeta elegido. Parecía un mundo salvaje. Había una gran selva y no aparecían ciudades, ni detectaban masas de población. Los transbordadores sobrevolaron grandes extensiones de terreno buscando la civilización, pero solo encontraron la jungla y los gigantescos ríos que la alimentaban.

A la tercera hora divisaron una ciudad. La detectaron como una formación rocosa porque no emitía energía. Estaba deshabitada.

Oberón ordenó descender. La ciudad fantasma había sido importante en otro tiempo. Unos cien o doscientos mil habitantes. A pesar de parecer vacía, estaba demasiado cuidada.

Aterrizaron en la plaza principal. Un gran rectángulo enlosado con adoquines rojos bellamente tallados, rodeado de hermosos edificios de piedra blanca que debían haber albergado a las principales instituciones. La zona estaba limpia y no parecía deteriorada por el abandono. Solo escuchaban el ruido del viento al chocar contra los árboles de la cercana selva.

Instalaron un campamento provisional en el centro de la plaza. Oberón distribuyó a los hombres en grupos para reconocer la ciudad.

A Vanda, Alamarik y otros ocho soldados les tocó registrar la parte sur, desde la plaza hasta el comienzo de la selva.

Recorrieron las calles desiertas utilizando las armas para forzar las puertas de los edificios. En todos los lugares la imagen era similar. Las estancias estaban vacías pero el mobiliario se veía cuidado. No daba la impresión de estar abandonado.

En una biblioteca encontraron libros escritos en caracteres ilegibles. También había aparatos de visión con sus correspondientes cintas metálicas reproducibles, pero no lograron hacerlos funcionar.

Tras recopilar los libros y las cintas, Vanda ordenó salir de la biblioteca. En el exterior la sensación de quietud era impresionante.

Al final de la calle la selva había penetrado en la ciudad. La calzada acababa en una hermética muralla de árboles y arbustos. Era una vegetación elevada y espesa; daba la impresión de que pronto devoraría las

casas cercanas.

—¿Volvemos? —preguntó Alamarik.

—Quiero inspeccionar la selva. No perderemos mucho tiempo. Me resulta extraña la forma en que termina la ciudad. Lo lógico es que aquí hubiera una salida. Quizás esté oculta entre los árboles.

Con sus armas a la máxima potencia abrieron un hueco en la densa vegetación. Se llevaron una sorpresa cuando, al calcinar los primeros árboles, apareció un camino en el interior del bosque. No medía más de tres metros de ancho, pero se prolongaba todo lo que abarcaba la vista. El suelo de tierra permitía el paso de vehículos que se movieran sobre un colchón de aire.

El techo vegetal estaba formado por ramas de los árboles colindantes, entrelazadas artesanalmente y guiadas en su crecimiento. Era una obra notable de jardinería.

—¡Mirad! —gritó Alamarik—. ¡Huellas! —señaló unas marcas de pies humanos grabadas en el barro del camino—. Son recientes. Nos vigilaban desde aquí.

—Valderamis, avisa a los demás —ordenó Vanda—. Nosotros exploraremos la selva durante una hora, quizás los nativos no estén lejos.

Los corios se internaron en la selva. A los lados de la pista de tierra la vegetación era exuberante. Predominaban unos arbustos muy ramificados que daban extrañas y aromáticas flores violetas. El musgo verde cubría el camino y los primeros metros de los árboles adyacentes. Había muchos surcos de agua que brotaban de la espesura y formaban extensos charcos.

Cien metros más adelante encontraron un puentecillo de madera que sorteaba un arroyo de aguas turbulentas. Los corios se agruparon antes de pasar al otro lado.

El sol se filtraba entre los grandes árboles creando juegos de luces y sombras. Vanda vio un brillo extraño en la maleza y se retrasó para averiguar su origen.

Iba a penetrar en la espesura tras el misterioso destello cuando escuchó el grito de Alamarik. Una gran red con muchas piedras atadas en los extremos cayó encima del grupo. Varias sombras, procedentes de los árboles, se lanzaron sobre ellos.

Vanda sacó la pistola y se dirigió hacia el puentecillo, pero lo detuvo una voz de mujer que procedía de la arboleda.

—¡Quieto ahí, cazador!

Una adolescente muy hermosa, de rizados cabellos rubios, vestida con pieles de animales que dejaban al descubierto sus largas y bonitas piernas, le apuntaba con un arma alargada. Sus esbeltos brazos desnudos sobresalían por los laterales abiertos de la mal confeccionada vestimenta. No podía tener más de catorce años y le habló en galáctico.

En la red se combatía cuerpo a cuerpo. Los corios, pese a estar

atrapados y en inferioridad numérica, presentaban seria resistencia.

—Tira el arma —le ordenó la chica sin dejar de apuntarlo.

Vanda arrojó la pistola hacia la muchacha y, aprovechando que miró al lugar donde había caído, saltó encima de ella. La joven forcejeó, pero no fue difícil desarmarla. Asiéndola del pelo, recuperó el arma y se encaminó al lugar del combate.

Cinco corios, entre ellos Alamarik, habían salido de la red y cada uno peleaba con varios contrincantes. Otros dos hacían lo posible por luchar atrapados bajo el singular aparejo. La pelea estaba equilibrada. Ninguno de los bandos había sacado las armas.

—¡Suéltala, jonio! —le gritó el cabecilla de los nativos cuando llegó con la muchacha sujeta por los cabellos.

Vanda apreció que la niña era valiosa para aquellos salvajes. Apoyó el cañón de la pistola sobre su sien.

—Si no dejáis de pelear, la mataré.

La lucha se interrumpió el tiempo suficiente para que los corios saltaran para atrás y empuñaran sus pistolas. Los que aún permanecían en la red salieron con las armas en la mano. La situación estaba estancada. Ambos grupos se apuntaban mutuamente. Vanda y la muchacha estaban en medio.

—Si le haces daño, maldito cazador, dispararemos.

—Somos amigos. Venimos en paz. —Sus palabras resonaron en el tenso silencio.

—Ningún cazador es amigo nuestro. —El cabecilla dirigió su rudimentario fusil contra Vanda.

Le resultaba agradable sentirla tan cerca. Los bonitos senos, de sonrosados pezones, se entreveían por el lateral abierto de las pieles. Notaba sus músculos en tensión, prestos para saltar a la menor oportunidad. La joven sabía que condicionaba el comportamiento de sus amigos.

Escuchó ruido a su espalda. Eran Oberón, Lars y un importante contingente corio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Oberón.

—Nos atacaron. —La tensión disminuyó, pero no soltó a la joven. Era posible que escaparan aprovechando su conocimiento del terreno.

Oberón se adelantó hacia los nativos. Los corios, ya en superioridad numérica, podían acabar fácilmente con ellos.

—Amigos. —Oberón habló en galáctico—. ¿Por qué no bajamos las armas?

—No caeremos en tu trampa, jonio —dijo el jefe apuntando su fusil al pecho de Oberón.

—No somos enemigos. —Arrojó su pistola al suelo— Queremos hablar.

—Nunca habrá paz con los cazadores jonios, ni con sus amos los orcos.

—No somos jonios. Además, pudimos mataros fácilmente. —Se dirigió a Alamarik—: Haz una demostración de nuestra fuerza.

Alamarik puso su arma a la máxima potencia y la apuntó contra los árboles situados a su espalda. Se volatilizaron de inmediato.

La prueba tuvo éxito. Los nativos no pudieron contener una exclamación de asombro.

—Devolvednos a la mujer y os dejaremos marchar. Hemos avisado a nuestra gente. En breve llegará un ejército al que no podréis vencer.

—No deseamos luchar, pero no nos iremos sin la información que buscamos. Quiero hablar con vuestros jefes. La muchacha es la única garantía para que no escapéis.

Cada vez llegaban más corios que dirigían sus armas contra los nativos. No eran más de veinte y estaban muy asustados.

Vanda aflojó la presión sobre el pelo de la bella joven.

—Si no intentas escapar, no te apretaré —dijo intentando ser amable—. ¿Por qué no les dices a tus amigos que nos lleven a vuestra aldea?

—No me engañarás, jonio. —Intentó soltarse, lo que obligó a Vanda a sujetarla con más fuerza.

—Hablemos tú y yo —le dijo Oberón al cabecilla—. Os interesa un acuerdo con nosotros.

Oberón y el nativo se sentaron sobre el tronco de un enorme árbol caído con orificios de carcoma en su corteza.

Vanda enfundó la pistola sin soltar a la muchacha.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—No soy pequeña y mi nombre no te importa, estúpido cazador.

—¿Todas las mujeres de este planeta sois tan agresivas?

La chica volvió despectivamente la cabeza hacia el otro lado.

La tensión disminuyó entre los grupos, pero no dejaban de apuntarse.

—Suéltala, Vanda —ordenó Oberón.

Nada más hacerlo, corrió hacia los suyos. Vanda notó que tenía moratones en la cara, causados, sin duda, en el forcejeo que mantuvieron.

—¿Cómo demostraré que no somos jonios? —gritó Oberón poniéndose de pie y elevando los brazos al cielo—. ¿Tienen alguna característica distintiva?

Las negociaciones persistieron una hora más. Al final, el cabecilla, que dijo llamarse Héctor, después de examinar la impedimenta por si encontraba algo de procedencia Jonia, y de preguntar a algunos soldados para comprobar la veracidad de las palabras de Oberón, accedió a llevar un grupo reducido hasta donde estaban sus jefes. No debían ser más de diez, y permitió que fuesen armados a cambio de un arma coria para cada uno de sus hombres. Insistió en que fueran con los ojos vendados y los registró por si llevaban algún aparato que facilitara su localización.

El resto de los corios debía permanecer acampado en la ciudad durante

los tres días siguientes.

Antes de partir, los nativos repararon los destrozos de la vegetación, sobre todo el agujero por donde penetraron en la selva.

—Nuestra seguridad depende de que no nos encuentren —explicó Héctor.

Anochecía cuando Héctor ordenó la partida. Deseaba llegar esa noche a su ciudad, aunque fuera a altas horas de la madrugada. Temía que se preocuparan por ellos. Por su inquietud, sospecharon que había alguien importante en aquel grupo de desarrapados.

Los nativos les vendaron los ojos.

Iban Vanda, Alamarik, Oberón, Lars y otros seis hombres reclutados entre los principales científicos del grupo.

Héctor asignó un nativo a cada corio. El camino era accidentado y no lo podrían hacer, sin ayuda, con una venda en los ojos.

El acompañante de Vanda tiró de él y la comitiva se puso en marcha. El joven notó una presencia femenina.

—¿Eres tú otra vez? —preguntó sonriendo.

—Sí —contestó—. Fuiste un bruto, me has destrozado la cara.

—¿Me dirás cómo te llamas?

—Aradiel, cazador.

—Ya te dije que no soy un cazador. —Ella lo llevaba de la mano procurando, con extraordinaria delicadeza, facilitarle el paso por las irregularidades del camino. Muchas veces casi se encontraba entre sus brazos al hacerlo—. Aunque puedo ser peligroso.

—¿De veras? —se burló.

—Llevo dos meses encerrado en una nave espacial y una presencia femenina me pone nervioso —bromeó Vanda—. Aunque no corres peligro por ser tan pequeña.

—No soy pequeña, estúpido cazador. Y si no fuera por los jonios y sus amigos los orcos, yo sería algún día la reina de este país.

Vanda notó la presencia de agua en las cercanías. Pisó un charco y decidió no enfadar más a la chica, sabía cómo vengarse.

—¿En qué país estamos?

—En Tracia. El cuarto planeta de la estrella Corinto. Cuidado, hay un escalón —le indicó, ayudándolo—. Sube ahora. Eso es. Ya te puedes sentar.

Aradiel subió y se sentó a su lado. Estaban en un vehículo que flotaba sobre un colchón de aire.

—Es un carro que funciona con baterías solares. No podemos utilizar otro tipo de energía. La atómica sería detectada por los cazadores y la de combustión dejaría rastros en la selva.

—¿Quiénes son los cazadores?

—Los jonios. Nos capturan para vendernos a los orcos. Dicen que también les entregan a su propia gente.

—¿Jonios?

—En nuestro sistema solar solo hay dos planetas habitados: Tracia y Jonia. Cuando llegaron los orcos hace muchos años, los jonios se aliaron con ellos y nos atacaron. Perdimos una batalla y se desató el terror en el planeta. Las naves enemigas asolaron nuestras ciudades, matando y capturando tracianos por millones. Los supervivientes se refugiaron en cavernas subterráneas y organizaron de nuevo la vida civilizada de nuestro país. Poco a poco salimos a la superficie, y ya hace ochenta años que empezamos a construir caminos escondidos en los bosques para comunicar las poblaciones.

—¿Todas las ciudades de la superficie están abandonadas?

—Sí, pero las cuidamos. A los niños se les inculca la idea de regresar a ellas. Mi padre dice que somos hombres y no ratas, y, aunque estamos obligados a vivir miserablemente, nunca debemos olvidar nuestra estirpe.

Vanda notó un cambio. Ya no estaban al aire libre. El mínimo ruido que hacía el vehículo retumbaba contra una pared.

—¿Dónde estamos?

—En uno de los túneles que llevan a Tesalónica, la mayor ciudad subterránea de Tracia. Ya notificamos vuestra llegada y se están reuniendo nuestros dirigentes. Hace tanto tiempo que no vienen amigos que debe existir una gran curiosidad por vosotros.

La muchacha se recostaba sobre él. Vanda la percibía muy cercana, como si le hablase a pocos milímetros de su cara.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó apoyando la mano en su hombro.

—Vamos al Gran Mundo Stel y decidimos aterrizar en este planeta para obtener información.

—¿Gran Mundo Stel?

—Ese conglomerado de estrellas que hay frente a la vuestra.

—¡Grecia! ¡Qué suerte tenéis!

—¿Grecia? ¿La conocéis?

—Nuestra historia está plagada de sus recuerdos. Los griegos visitaban este país hasta hace poco más de cien años, cuando no abundaban los orcos y el mundo era feliz. Muchos habitantes de Tracia somos descendientes de la gente hermosa, como aquí los llamábamos. Todos estos bosques maravillosos se los debemos a ellos. Cuando los orcos empezaron a llegar en oleadas, obstaculizando las vías comerciales, dejaron de venir. El ultimo griego estuvo en nuestro planeta hace ciento cinco años. Tenemos una bella pirámide de piedra que conmemora la visita. Ya llegamos a Tesalónica —dijo sin retirar la mano de su hombro.

—Quitadles las vendas. —ordenó Héctor, que también viajaba en el vehículo.

Aradiel le quitó el vendaje permitiendo que sus cabellos le rozaran la cara.

Vanda vio su rostro muy cercano. Era una de las chicas más hermosas que había conocido. Sus ojos de cristal emitían luz al sonreír. Sintió una gran atracción por ella, aunque reconocía que era demasiado joven. Había cosas que podía hacer un pirata, pero no un príncipe corio.

A duras penas escapó del embrujo de Aradiel y descubrió una ciudad en las profundidades de la tierra. Habían llegado a una gran caverna subterránea llena de edificios de ladrillo. Las paredes de granito estaban completamente horadadas por viviendas, a las que se accedía por estrechas escaleras excavadas en la roca, que ascendían serpenteando hasta los ciento cincuenta metros de altura del techo de la cueva.

Los focos que iluminaban la gruta le daban un aspecto irreal. Casi fantasmal, pensó Vanda.

Circulaban por estrechísimas calles, con el espacio justo para el paso de un vehículo. Desde los orificios de las paredes, o en las edificaciones que poseían terrazas, una gran multitud los observaba en silencio. Toda la ciudad había salido a recibirlos.

El vehículo de detuvo en un edificio de ladrillo de tres pisos de altura. Héctor indicó a los corios que debían bajar allí.

Aradiel continuaba la marcha. Se despidió de Vanda solo con una mirada, pero fue suficiente. Sus ojos verdes emitieron un intenso fulgor que le hirió con intensidad. No comprendía qué le pasaba con ella. Estaba nervioso desde que, antes de bajar, la joven le rozó la mano de forma intencionada.

Héctor les mostró la casa. Era una extraña vivienda de pasillos diminutos. Había dos dormitorios con cinco camas cada uno, una cocina muy pequeña, un minúsculo cuarto de baño y una estancia algo más amplia destinada a la vida social de los habitantes.

—No puedo ofreceros nada mejor —dijo Héctor—. El espacio es vital en Tesalónica. Esta casa es un palacio si la comparamos con las demás. Viven aquí setecientas mil personas. Ahora os traerán comida. Mañana temprano os entrevistareis con el rey y el Gobierno de Tracia.

Cuando Héctor se fue, Oberón examinó las posibilidades de defensa del edificio.

—Haremos guardias de tres horas. Parecen amigos, pero no nos podemos fiar.

Unas bellas camareras, vestidas con raídos hábitos de tela de saco, llevaron la cena. Oberón recriminó a Lars para impedir que las capturase.

—No sabemos las costumbres de esta gente. Podrían ver mal que te acerques a sus mujeres. No quiero problemas por tu lujuria

—¿Crees que nos servirán de algo? —preguntó Alamarik.

—De mucho. Conocen a los habitantes del Gran Mundo Stel, aunque no los visiten desde hace más de cien años. También tienen observatorios astronómicos, muy sofisticados, que nos ayudarán a diseñar el itinerario y

evitar las estaciones espaciales órfidas.

—¿Órfidas?

—Sí —contestó Oberón, sonriendo—. Parece ser que desde hace tiempo los órfidas, u orcos como los llaman en Tracia, intentan conquistar el Gran Mundo Stel y fueron derrotados en todas las ocasiones. Ya sabemos de alguien que ha vencido a los amos del universo. Los Órfidas han rodeado Stel de estaciones espaciales, desde donde atacan cualquier nave que intente entrar o salir. Tendremos que elaborar cuidadosamente el itinerario para no tropezarnos con ellas, aunque no estoy seguro de que podamos eludirlas.

Lars se sirvió otra copa de vino. Pensaba en la facilidad con que los corios se metían en todas las trampas del universo. Pero aquella noche estaba resignado.

—No creo que los habitantes de Stel nos reciban con los brazos abiertos —manifestó Alamarik.

—Héctor me dijo que jamás permitieron la llegada de forasteros. Es algo que resolveremos sobre la marcha. Ya conocemos su idioma, es el mismo que el de los tracianos, aunque con algunas modificaciones. Es una lengua antigua, ya olvidada en la galaxia, que se hablaba en la tierra en una nación llamada Grecia. Nos entregarán sus textos gramaticales y los traductores aprenderán el idioma.

—¿No vive nadie en la superficie del planeta? —preguntó uno de los científicos.

—Hay tribus humanas que habitan en las selvas y son el objetivo de los cazadores. Tracia y Jonia pertenecen a un mismo amo órfida desde hace ciento diez años. En un principio capturaron millones de tracianos, pero ahora las factorías de Jonia se nutren de sus propios criaderos. El órfida es muy rico y perezoso. No tiene intención de ampliar el negocio con los habitantes de Tracia. Son comerciantes independientes quienes cazan a los nativos para venderlos en las estaciones espaciales. No imaginan que existen ciudades repletas de humanos en el subsuelo del planeta. Piensan que el mundo civilizado acabó con la gran matanza. Por eso los tracianos visten pieles cuando salen a los bosques, quieren simular que son miembros de las tribus salvajes del exterior. Si algún día los cazadores supieran la verdad, sería el fin de nuestros amigos.

Poco después se acostaron todos. Vanda tardó en dormirse pensando en las palabras de Oberón, en la bella muchacha y en aquel mundo condenado que luchaba por su supervivencia.

Los despertó Héctor. Iba vestido con el uniforme verde de la armada traciana. Tenía mejor aspecto que con las pieles, ya no parecía un montaraz.

Héctor los llevó en un vehículo similar a los utilizados el día anterior hasta el palacio real. A diferencia de las demás casas de Tesalónica, estaba

construido con la misma piedra blanca que la ciudad de la superficie, y tenía puertas y ventanas de madera, en vez de los simples agujeros tapados con trapos del resto de las viviendas.

Los habitantes de Tesalónica se aglomeraban en las terrazas aplaudiendo al paso de los corios. Era increíble que semejante multitud viviese en aquella caverna.

—Sois la esperanza para ellos —explicó Héctor—. Por primera vez sabemos que no estamos solos en la galaxia y que quizás tengamos futuro.

Vanda apreció la misma iluminación mortecina de la noche anterior. En aquel lugar no existían el día ni la noche. Acostumbrados a la penumbra de las calles, cuando entraron en el palacio quedaron deslumbrados por los potentes focos que lo iluminaban.

Héctor los condujo por un largo pasillo de paredes de piedra adornadas con blasones de la aristocracia del país. Una larga hilera de soldados, con uniformes verdes, presentaron sus armas al paso de los corios.

Llegaron a un amplio salón decorado con exquisita elegancia, vestigio sin duda del antiguo esplendor de la nación traciana.

Había varios personajes sentados en los sillones de la sala. En el centro, sobre un gran trono de oro y pedrería, estaba el rey Antlemas. A su derecha, Vanda distinguió a Aradiel. Sin las pieles del día anterior, y vestida con un precioso traje azul, la veía, si cabe, aún más bella.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó el rey después de las consabidas presentaciones.

—Íbamos a Grecia para pedir ayuda en la lucha contra los orcos. Nos detuvimos en Tracia con el fin de obtener información y abordar la empresa con ciertas garantías. Hasta ahora sólo sabemos que los griegos no admiten visitantes.

—No podemos hacer nada al respecto. Pese a ser descendientes de los mismos griegos, nunca nos permitieron visitar su mundo. Pero os apoyaremos. Cualquier enemigo de los orcos es amigo nuestro. Me han notificado que otras naves aterrizaron en ciudades de Tracia. ¿Son vuestras?

—Sí, al encontrar desierta la primera ciudad ordené que se registrara el planeta. Pero no se preocupe, en cuanto pueda comunicar con ellas haré que regresen al espacio.

—Tendréis a vuestra disposición todos los medios de que disponemos y os podréis quedar el tiempo necesario para preparar el viaje. Héctor os ha informado de nuestra situación actual. ¿Podéis hacer algo por nosotros?

Era una nación antigua y orgullosa. Al rey le costó un gran esfuerzo formular su petición.

—De momento, poca cosa —dijo tristemente Oberón—. Todavía no estamos preparados para afrontar la guerra contra los orcos. Os daremos armas y adiestraremos a vuestros soldados; también os vacunaremos

contra una nueva enfermedad que esos monstruos trajeron de sus mundos de origen y se ha convertido en una plaga mortífera para ciudadanos de la galaxia.

El rey manifestó su intención de hablar a solas con Oberón. Ambos se retiraron a una habitación contigua.

Aradiel aprovechó el momento para acercarse a Vanda.

—¡Hola, príncipe corio! —lo saludó tomando su brazo—. ¿Sabes por qué mi padre quería hablar aparte con vuestro jefe?

—No.

—Es sobre la vacuna. Vimos en sus ojos que nos mentía. ¿Tú no sabes nada?

—No. —Miró a Aradiel. La joven se acercaba mucho al hablar y conseguía turbarlo.

—Tú no mientes, pero vuestro jefe sí. Nosotros notamos esas cosas.

Vanda siempre pensó que había algo extraño en aquellas vacunas. No era normal que no quisieran informarles del motivo de las mismas. Pero estaba seguro de que Oberón resolvería el problema.

No tardaron en salir. Antlemas ordenó que preparasen los vehículos necesarios para distribuir las vacunas a todas las ciudades de Tracia en cuanto los corios las entregaran.

Nada más acabar la reunión, Oberón y Héctor marcharon a la ciudad de la superficie. Iban a buscar a los técnicos y a ordenar los envíos de armas y vacunas desde las naves. También tenían que retirarse los demás corios de Tracia. Los jonios podrían apreciar excesivos movimientos y enviar naves para ver qué sucedía.

Los tracianos no perdieron el tiempo. Esa misma mañana multitud de jóvenes se dirigieron hacia otra gruta, situada a ocho kilómetros, para recibir instrucción en el manejo de las armas corias. Vanda, Alamarik y Lars serían los instructores hasta que no llegaran más soldados.

Como tenían pocas armas cada uno adiestraba a un grupo de diez, observados atentamente por los demás. Eran muchachos ansiosos por aprender. Antes de la comida casi todos sabían montar y desmontar las pistolas corias.

Dedicaron la tarde a ejercicios de tiro. Los reguladores de potencia se les resistían a los tracianos, pero no fallaban en nada más. Acostumbrados a la vida montaraz, y a la caza en difíciles condiciones, pronto hicieron puntería con facilidad gracias a las magníficas armas.

Al anochecer, si es que se podía llamarse así en un lugar donde siempre había la misma luz, volvieron a la ciudad.

Oberón había regresado con los técnicos y desplegaban una febril actividad. Esa noche irían a un observatorio astronómico de primera magnitud, oculto en una cordillera montañosa a unos cincuenta kilómetros de Tesalónica. Había sido construido por los griegos en la época de las

primeras expediciones órfidas, por eso lo instalaron en un lugar inaccesible de muy difícil localización.

Alamarik, Lars y Vanda estaban agotados después del entrenamiento, y fueron los únicos que no subieron a la superficie. La instrucción del día siguiente comenzaría muy temprano.

Cenaron unas exquisitas perdices que les regaló el rey Antlemas.

—Vanda, ¿por qué no pides que nos manden mujeres? —Lars ya había bebido dos botellas de vino.

—Ya sabes lo que dijo Oberón. Las mujeres son muy bellas, pero nosotros solo estamos en contacto con hombres. Las mantienen apartadas. Deben de ser muy severas sus costumbres.

—Yo solo quiero que las pidas. Si te dicen que no, pues no. Pero puede que no nos las nieguen.

Lars miraba a las hermosas camareras que servían la cena. Sus ojos enrojecidos las seguían por la habitación.

—Lars, Oberón dijo que no las tocásemos.

—Oberón está hoy lejos.

Al acostarse, más desahogados que el día anterior pues solo estaban los tres, Alamarik durmió en la misma habitación que el pirata. Estaba borracho y temían que escapara y cometiera alguna fechoría.

Vanda apenas había dormido un par de horas cuando despertó sobresaltado. Algo le rozaba la cara.

—Hola Vanda. Qué sueño más ligero tienes. —Era Aradiel que, sentada en la cabecera de la cama, jugaba con sus cabellos.

—¿Qué hora es? —preguntó sin creérselo del todo.

—Las cinco. Dentro de dos horas comienzas la instrucción. Pensé que podrías dedicarme algún tiempo. Anda, vístete.

—Pero salte de la habitación —dijo, incorporándose.

Ella salió riendo.

La chica le atraía mucho. Era mejor evitar las tentaciones.

A esa hora las calles estaban vacías. El paseo por la ciudad resultaba sobrecogedor. Vanda tenía la impresión de encontrarse en los primeros tiempos de la historia recorriendo una aldea primitiva. Los límites de Tesalónica estaban marcados por las imponentes paredes de piedra de la gran caverna. Aradiel lo condujo por un sendero de tierra que circunvalaba la ciudad. Atravesaron una hendidura, tallada artificialmente en el granito, y entraron en un estrecho y sinuoso túnel débilmente iluminado por lámparas fijadas en el techo.

Cogidos de la mano se introdujeron en una intrincada red de galerías. A Vanda le recordaban el interior de algunas minas de Ilamad, pero en las minas corias los caminos estaban bien señalizados y era difícil perderse, mientras que en aquellos túneles estaba desorientado. No sería capaz de volver a la ciudad. Aradiel, sin embargo, caminaba con seguridad. No dudó

al elegir las múltiples desviaciones que tomaron.

El sendero era muy irregular. En algunos lugares tuvieron que arrastrarse por la poca altura de la galería, y otras veces atravesaron enormes grutas subterráneas. Había muchos riachuelos de agua helada que corrían paralelos al camino.

—Tengo curiosidad por saber qué vacuna nos vais a inocular esta mañana —dijo Aradiel colgándose con las dos manos de su hombro para evitar rozarse con las fosforescentes paredes de piedra—. Mi padre, contra su costumbre, no quiere decir nada. Se limitó a ordenar que nos vacunemos.

—Aunque te parezca mentira, sé lo mismo que tú. A nosotros nos vacunaron hace dos meses y tampoco nos explicaron el motivo.

—¿En Coria los príncipes no mandan? —preguntó sonriendo—. Oberón, que no es rey, es el jefe de vuestra compañía, e incluso ese gorila lascivo que os acompaña también te da órdenes.

—Puede que algún día llegue a ser rey, pero mientras tanto soy uno más. Somos una nación guerrera y debe dirigirla el más apto. En el futuro, si consideran que mi aprendizaje es defectuoso, no seré coronado.

—Es extraño. En Tracia no sucede así. Aquí tenemos un destino asignado desde el nacimiento, incluso en estos tiempos difíciles que vivimos.

La escabrosa travesía desembocó en una fascinante cueva iluminada por bellos y extraordinarios destellos, procedentes de una laguna ovalada de agua verde, que recorrían las estalagmitas y estalactitas y las magníficas figuras de piedra creadas por el agua caliza a lo largo de los siglos. La luz debía provenir de la superficie de planeta y, a través de mil reflejos, alcanzaba la caverna, donde el agua de la laguna la trasmitía a las paredes de roca dándole aquel extraño y maravilloso movimiento.

—Mi lugar favorito —dijo Aradiel metiendo las manos en el agua cristalina que irradiaba la mágica luz. Era uno de los lugares más bellos que Vanda había visto nunca—. A los niños nos traían aquí una vez al año. Era el día más feliz para todos nosotros.

Vanda tocó el agua. Estaba templada. A la laguna debía afluir alguna corriente subterránea de agua caliente.

—Vamos a bañarnos. —Aradiel le acarició el pelo. Después, se despojó de su ropa y quedó desnuda ante él. Si vestida era bella, desnuda parecía una diosa. Sus pequeños pechos de sonrosados pezones y el pubis con escaso y dorado vello joven, le atraían enormemente.

Con un ágil salto, Aradiel se introdujo en el agua. Tras dar varias brazadas, llamó al corio.

Vanda estaba excitadísimo. Dudaba entre lanzarse tras la bella sirena o salir huyendo. Por fin, con la excusa de que no conocía el camino de regreso, se quitó la ropa y entró en la laguna.

Nadó detrás de la chica que, muy divertida, le rehuía. Cuando estaba a punto de atraparla, Aradiel se zambullía y aparecía en otro lugar, hacia donde nadaba el corio.

Aradiel se subió en una roca sumergida, dejando que sus senos surgieran del agua. El pelo mojado le caía sobre los hombros y su increíble belleza lo llamaba.

Se abrazaron. Él acarició la exquisita suavidad de su piel. Los pezones erguidos se clavaron en su pecho. La mano de Aradiel bajó hasta apoderarse del pene.

—¡Qué grande está! —Lo miró con una dulzura incomparable. Vanda la besó en la mejilla.

—Eres una niña. No debería seguir con este juego. —Hizo ademán de retirarse, pero ella se aferró a su cuerpo.

—No es culpa mía tener esta edad y no me puedes dejar ahora. —Tenía lágrimas en los ojos—. Te amé desde que nos encontramos. Cuando me retenías del pelo ya te amaba. Tenía miedo e intentaba escapar, pero te sentía como te siento ahora. —Sus ojos lloraban, aunque su mirada era tan intensa como siempre.

—Si se entera tu padre, ¿qué pasará contigo?

—Ya lo sabe —contestó ante la estupefacción de Vanda—. Entre nosotros no nos podemos mentir. —Reía entre lágrimas.

—¿Ha consentido que tengamos relaciones?

—¿Por qué no? Protestó alegando que soy muy joven, pero en Tracia somos mujeres de un solo hombre y cuando éste llega lo sabemos. Me extrañó descubrir que te amaba cuando me tenías prisionera y me amenazabas con el arma. Era una sensación extraña. Pensaba que eras un cazador jonio, pero sentía una fortísima atracción por ti. Me sorprendí al encontrarme segura apoyada contra tu cuerpo. Después, quise ser tu guía en el viaje a Tesalónica para aclarar mis sentimientos, y supe que estabas dentro de mí.

—Pero de ahí a que tengamos relaciones sexuales media un abismo. —Su excitación desmentía las palabras. Aradiel acariciaba suavemente el pene y los testículos.

—¿Cuándo te volveré a ver? Posiblemente nunca. Soy joven pero ya puedo quedarme embarazada. Tendría parte de ti para toda la vida y me quedaría tu recuerdo.

La joven lloraba abrazada a Vanda, al que se le olvidaron Oberón y todas las leyes corias. La tomó en brazos y la depositó en la arena blanca de una diminuta playa de la ribera del lago. Tumbada y desnuda, Aradiel parecía una maravillosa ninfa.

Vanda acarició los sedosos vellos del pubis. Después, la besó en la boca por primera vez. Ella apenas sabía cómo hacerlo. Pasó su lengua por los sonrosados pezones, que temblaron con la caricia, y alojó su mano entre

sus piernas. Aradiel gemía y respiraba entrecortadamente. Vanda estaba muy excitado.

Desde los pezones, paseó los labios por su piel hasta llegar al dorado sexo, donde penetró con la lengua. El clítoris se estimuló al primer contacto, y en aquella tierna vulva aparecieron los primeros jugos del amor. Aradiel gritó estremeciéndose en violentos espasmos, al son de la trepidante danza entre su clítoris y la lengua del corio. Sus manos apretaban con fuerza la cabeza de Vanda e impulsaba sus caderas contra su boca. Tras unas intensas convulsiones, quedó desvanecida.

Cuando despertó, enseguida estuvo otra vez mojada con las nuevas caricias. Vanda colocó el pene en la entrada de la vagina y empujó suavemente. Tras la rotura del himen fue difícil terminar de penetrarla. La bella niña gritó de dolor cuando entró completamente en ella, y Vanda acabó enseguida para no dañarla.

Abrazaba su frágil cuerpo cuando vio que sangraba. En su corta experiencia amorosa nunca estuvo con una virgen.

Aradiel se lavó la sangre en el agua del lago. Tenía los ojos fijos en él. Vanda sintió una gran ternura. Parecía un animal herido cuidando de sus lesiones. Corrió a besarla.

Recorrieron abrazados el camino de regreso. Aradiel no hablaba, pero sus ojos lo decían todo. Había tanto amor en ellos que los oscuros pasadizos se iluminaban a su paso.

—Ahora soy tuya —dijo enamorada y orgullosa.

Llegaron dos horas tarde al entrenamiento. Aunque interrumpieron su abrazo antes de entrar, por la mirada que le dirigió Lars supo que no albergaba dudas sobre lo que hicieron.

—Aquí el único que no folla soy yo —le recriminó el pirata.

Por la noche, Oberón reprobó su conducta. Dijo que no sabía en qué se estaba convirtiendo, que era mejor que se dedicara a la piratería en vez de aspirar a ser el futuro rey de Coria. Recalcó el gran ejemplo moral dado por todos los reyes corios, y luego disertó largo rato acerca de lo diferente que era la juventud actual de la de sus tiempos.

—No tengo explicaciones —alegó Vanda—. Habla con ella. A mí me convenció.

—Yo estoy convencido —dijo Lars estallando en una tremenda risotada.

En las dos semanas siguientes, a pesar de las broncas de Oberón, Aradiel recogía a Vanda todas las mañanas a las cinco, se refugiaban en su nido de amor, y a las nueve se incorporaban al trabajo.

Los nativos aprendieron pronto el manejo de las armas. Los corios eligieron a los más aptos para hacer de instructores. Cada día llegaban más jóvenes de todos los lugares del planeta y no daban abasto. Por las noches, Oberón y los principales navegantes, entre los que estaba Marino, se recluían en el observatorio astronómico para diseñar la ruta hacia Grecia.

Veinte corios, entre ellos Oberón, Vanda, Alamarik y -sorprendentemente- Lars, aprendían el idioma griego y ya había varios capaces de entablar conversaciones con los nativos. Según el rey Antlemas, los griegos no hablaban otro idioma. Se había escrito mucho en Tracia sobre los habitantes de Stel, recalcando que no conocían el galáctico.

Todas las tardes, Oberón y el rey departían hasta la hora de ir al observatorio astronómico. Como en anteriores ocasiones, lo primero que quiso saber Antlemas fue el lugar del universo donde estaba Coria y sobre cuántos mundos ejercía su dominio.

Frente al mapa de la galaxia resultaba ridículo señalar el puntito microscópico que representaba a la Bolsa, y admitir que ni siquiera dominaban las cinco estrellas.

—Cada vez vienen más cazadores jonios —dijo tristemente el rey después de ver el mapa—. No tardarán en encontrar los caminos de la selva, y con ellos a nosotros. Mucho me temo que, aunque derrotéis a los orcos, no llegaréis a tiempo para salvarnos, y cuatro mil años de historia se hundirán para siempre en el horror.

Oberón le ofreció palabras de ánimo, pero sabía que decía la verdad. Si los corios ganaban la guerra, cosa imposible en aquel momento, cuando llegaran, en su conquista, al confín de la galaxia donde estaba Corinto, era muy posible que no existiera ni rastro de su civilización.

Al mes de su estancia en Tesalónica, Oberón anunció que el itinerario hacia Stel ya estaba trazado y partirían tres días después.

Los tracianos organizaron una fiesta de despedida. Querían desearles suerte y mostrarles su cariño. A pesar del poco tiempo que llevaban en el planeta, surgió una gran fraternidad entre los jóvenes de ambas naciones. Al anochecer del treintavo día, muchos vehículos partieron de Tesalónica para introducirse en un laberinto de túneles naturales y artificiales. El recorrido fue lento, por la complejidad del camino, pero muy pintoresco. Vadearon corrientes subterráneas a través de rudimentarios puentes de piedra, vieron hermosos lagos dormidos en el interior de la tierra, y atravesaron grandes cuevas en cuyas paredes centelleaban los saltos de agua con la luz de los vehículos. Los corios estaban ensimismados por el extraordinario paisaje.

Se detuvieron en la antesala de otra gran caverna cerrada por dos colosales puertas de hierro.

—Estas puertas solo se abren una vez cada cinco años —dijo el rey—. Hoy haremos una excepción pues presiento la llegada de tiempos mejores.

Metió una llave de oro en la cerradura y cien soldados del ejército traciano empujaron las puertas hasta abrirlas de par en par. Vanda creyó distinguir una extraña luz en la oscuridad del fondo de la gruta.

Numerosos sirvientes entraron en la cueva para iluminarla y preparar la fiesta. Pusieron manteles en las grandes mesas de piedra y las llenaron

de comida. Decenas de criados perfumaron la estancia, intentando, sin éxito, quitarle el olor a humedad, y la luz de mil candelabros iluminó la gruta.

El suelo estaba formado por grandes losas de mármol rojo, pero las paredes y el techo conservaban su belleza natural. La piedra calcárea, humedecida por las goteras, reflejaba la luz de los candelabros creando destellos que le daban un aspecto mágico a la cueva.

Por primera vez desde su llegada alternaron con las mujeres del país. Sobresalían por su extraordinaria belleza, aunque sus vestiduras no fueran muy atrayentes. Los miraban con risas y curiosidad.

En un rincón de la caverna había una roca transparente con una espada enclavada en ella. La piedra parecía preciosa y la espada era de una incomparable belleza.

—Es la espada de Irindel, el último griego que visitó el planeta. La clavó en la roca antes de abandonarnos para siempre —explicó Héctor y tradujo la inscripción grabada en la piedra.

Llegará el día en que la espada salga de su prisión de piedra,
y será el primero de una nueva época.
Asomará entonces la esperanza para los habitantes de la galaxia,
y sabremos que ha nacido un gran caudillo.
Sus hazañas serán conocidas en todos los mundos,
pues es quien está destinado a vencer a los monstruos
que vinieron de las tinieblas.
La hora de los hombres habrá llegado.

—Cada cinco años abrimos esta caverna para que las nuevas generaciones intenten extraer la espada. Todos pasamos por ese ritual.

La fiesta había entrado en su apogeo. Los corios entablaban conversación con las bellísimas naturales de país. Los músicos tocaban, en extraños instrumentos, desconocidas melodías que en aquel asombroso entorno eran lo mejor que habían escuchado nunca.

Aradiel, vestida con un precioso traje de seda violeta, estaba maravillosa. En su papel de anfitriona recorría la cueva saludando a los invitados y presentando los corios a las mujeres de Tesalónica. De vez en cuando, dirigía una tierna y traviesa mirada a Vanda. A continuación, y antes de que se acercara, proseguía con su tarea.

Vanda estaba hipnotizado con los movimientos de la hermosa chica, cuando Lars manifestó a Héctor su intención de extraer la espada de la piedra y este lo consultó con el rey.

—Todo el que quiera puede y debe intentarlo —dijo solemnemente Antlemas.

El pirata agarró la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas.

Se hizo un impresionante silencio. Los comensales observaban entusiasmados el esfuerzo de Lars. Sus poderosos músculos parecían a punto de estallar, se escuchaban los rápidos latidos de su corazón y el sudor corría por su cuerpo, pero no consiguió mover un solo milímetro aquella espada que formaba parte de la roca. Por fin, extenuado y sintiéndose ridículo, abandonó su intento.

Todos los ojos se volvieron hacia Vanda. Hasta el mismo Oberón parecía impulsarlo para que lo intentara.

Se acercó a la piedra y asió la empuñadura. Notaba una extraña comunicación entre él y la espada. La mano se ajustaba ella o ella a la mano. Tiró suavemente y, como si saliera de un montón de mantequilla, la hoja surgió de la roca. ¡Era magnífica y brillaba con luz cegadora!

Las mujeres lloraban, los hombres se ponían de rodillas y Vanda no sabía qué hacer con la espada. Aradiel, con lágrimas en los ojos, lo miraba fijamente. Incluso Oberón parecía desconcertado.

—Un nuevo día se cierne sobre Tracia —dijo el rey—. Ha nacido el caudillo que hará que vuelva a amanecer. —Y, ante la sorpresa de todos, se arrodilló a los pies del príncipe corio.

Los ojos de Vanda buscaron a Aradiel. La llamó con la mirada, pero ella no se acercó, a pesar de irradiar hacia él un amor tan fuerte que se podía palpar. Sola, sentada en un rincón, parecía muy triste. Cuando fue a buscarla, había desaparecido.

Esa misma noche, al regresar a la casa, Oberón le recriminó.

—Supongo que no creerás esa tontería sobre la espada.

—No.

—Y no pienses que el sacarla de la piedra te servirá de justificación para fornicar con una menor.

—No.

—Solo faltaría ahora que te creyeras un gran caudillo.

—Ya te dije que no pienso eso. Fue pura casualidad. No tengo la culpa de que la espada saliera nada más tirar.

Lars, desde la esquina de la mesa, lo miraba con un respeto extraordinario. Siempre acataba a Oberón, y le aterrorizaba la sola mención de Allamire, pero a los jóvenes corios los trataba como a rapazuelos que debían rendir homenaje a su edad y méritos. Sin embargo, miraba al príncipe con tanta veneración que Oberón tuvo que reconvenirlo.

—Bien —dijo Oberón observando enfadado a Vanda—. Hablemos de la espada. El rey piensa que, durante el viaje a Stel, deberíamos emitir un mensaje en griego diciendo que recuperamos la espada de Irindel. Cree que aumentaría las posibilidades de que no nos ataquen en cuanto entremos en su territorio.

Al día siguiente, el penúltimo de su estancia en Tracia, Aradiel no

acudió a despertarlo. Vanda se levantó tarde y no fue a la sesión de instrucción. La buscó por todas partes, pero no apareció.

En su paseo por las estrechas calles descubrió a Alamarik saltando desde un balcón. Por lo visto, también había conseguido una muchacha traciana.

—Hola, libertador de la galaxia. —Reía—. ¿Cómo es que no te dedicas a tus habituales menesteres a estas horas?

—Busco a Aradiel —contestó molesto por la ironía. El trato con los piratas había cambiado a los jóvenes. La exquisita educación que tenían al salir de Coria se había perdido bastante.

En todo el día no tuvo noticias de la chica. Llegó incluso hasta el lago subterráneo, y faltó poco para que se perdiera en el laberinto de galerías, pero ella no apareció.

Apenas pudo dormir esa noche. La imagen de Aradiel haciendo el amor con él en la orilla del lago le impedía conciliar el sueño.

Se levantaron pronto. Oberón había fijado la salida para las diez de la mañana. El día anterior muchos corios partieron hacia las naves con el instrumental científico. Solo se quedaron en Tesalónica Oberón, Vanda, Alamarik, Lars y seis soldados para participar en la ceremonia de despedida que ofreció el rey Antlemas.

El acto duró una hora. Estuvieron presentes los principales nobles de Tracia. Muchos habían llegado a Tesalónica desde lejanas ciudades subterráneas para rendir homenaje al futuro conquistador del universo.

El rey lucía las ancestrales ropas de los reyes de Tracia. Prometió en su juventud no utilizarlas hasta que no pudiera ofrecer esperanza a su pueblo. Estaba majestuoso.

En cuanto concluyó la ceremonia, los corios, aclamados por el impresionante gentío, se dirigieron hacia los vehículos que los llevarían a la ciudad de la superficie. Oberón dio la orden de partir.

Vanda, apenado por la ausencia de Aradiel, se disponía a subir a uno de los vehículos cuando Héctor, con sumo respeto, le indicó que viajaría en el último.

Los tracianos se arrodillaban a su paso.

Al llegar al vehículo, uno de los pocos cubiertos, encontró a Aradiel sentada en el asiento trasero. Estaba vestida con las pieles que llevara el primer día. Mostraba sus largas y hermosas piernas. Vanda pensó que nunca la había visto tan bella. La abrazó nada más entrar.

—No, mi señor —dijo resistiéndose—. Sé que no merezco tu atención.

—¿Estás loca? —la interrumpió—. ¿No creerás en la profecía?

—Sí la creo, mi señor.

Los vehículos partieron inmersos en una atronadora ovación de la multitud.

Vanda estaba ajeno a todo lo que no fuera Aradiel. La besaba en los

ojos, en la cara, en los labios y ella, aunque llorosa, ya no se resistía.

—Vine a pedirte un gran favor —dijo entre lágrimas.

—Si está en mi mano, te daré lo que pidas. —Vanda acarició las piernas desnudas de la muchacha hasta rozar con sus dedos, bajo las pieles, el inicio del dorado vello púbico.

—Mi lugar no es permanecer junto a ti. Vendrán otras mujeres mejores que yo para ser la futura reina del universo. —Sollozaba sin poder controlarse —Solo te pido que, cuando derrotes a los orcos, te acuerdes de Tracia. Quizás todavía tengas tiempo de salvarnos.

—Volveré... Si vencemos —dijo solemnemente.

—Sé que triunfarás. Irindel nunca se equivocó en sus profecías. Y la que hizo sobre la espada fue la más importante de todas. Eres el futuro emperador de la galaxia… Aunque no te vea más, seré muy feliz con mis recuerdos que es lo único que no me podrán quitar. Puede que te encuentres en el mundo más alejado, pero siempre estarás aquí, conmigo. Nos bañaremos en el lago todas las mañanas, besarás cada centímetro de mi cuerpo y me dirás al oído palabras de amor. Luego, de la mano, pasearemos por los pasadizos subterráneos e iremos a entrenar las tropas. No comprendes, mi señor, que en mi mente yo seré tu mujer

Se besaron. Fue un beso tan dulce como el infinito que detenía el transcurso del tiempo y nada podía continuar mientras ellos estaban enlazados.

Cuando Vanda levantó la cabeza habían llegado a la ciudad de la superficie y la comitiva lo esperaba.

Se despidió de Aradiel, desolada, que lloraba con la cara escondida entre las manos.

Al dirigirse al transbordador pensó que ni siquiera Oberón intentó interrumpirlos, cosa inaudita días atrás. Todos lo aguardaban en un silencio casi religioso.

Subió al transbordador. Oberón no le reprochó por retrasar la partida de la expedición. Pronto la ciudad quedó reducida a un punto en medio del verdor de la selva y luego a nada.

Capítulo 14
Profecías

La reunión se celebraba en el apartamento del teniente Tabarxis. Todos eran jóvenes oficiales que destacaron en la guerra de Urán contra los xiks. Habían llegado por separado y vestidos de paisano. La habitación estaba iluminada por la maravillosa luz rojiza con que la estrella de oro bañaba la ciudad al atardecer.

—Esto no puede seguir así —dijo Grel Antraxis a sus cinco interlocutores—. Lo de Casablanca es cierto. Yo comandaba una de las naves que acudieron a la ciudad, a petición de los órfidas, y fui testigo de la masacre. Nos ordenaron ayudarlos a transportar mercancías a Nuevo Marte, sin decirnos de qué se trataba. Al llegar, nos encontramos con la sorpresa de que teníamos que cargar a los habitantes de Casablanca Había varios millones de personas encerradas en un campo de concentración cercano al espacio-puerto.

» Los órfidas abarrotaban sus gigantescas naves despensa. En cuanto llenaban una, otra ocupaba su lugar. A pesar del gran número de naves, parecía imposible que pudiéramos trasladarlos a todos. Los jefes órfidas, como si esperaran de nosotros la máxima colaboración, nos dieron turno y hora para cargar. Cuando nos tocó, quedamos horrorizados por la brutalidad que emplearon para introducir a las personas en las bodegas de nuestras naves. Iban peor que el ganado, todos de pie y terriblemente apretados. En mi nave murieron más de doscientos antes de terminar el viaje.

» Yo fui uno de los últimos oficiales en abandonar la ciudad y vi cómo tres poderosas OPH-1 bombardearon Casablanca. Fue algo impresionante. ¡Nunca vi armas tan terroríficas! Las llamaradas se elevaron a varios kilómetros de altura y un enorme rodillo de fuego barrió la superficie. No quedó nada. En pocos segundos, una gran ciudad de doce millones de habitantes se convirtió en un inmenso cráter negro.

—¿Cuántos oficiales fueron testigos de la masacre? —preguntó el comandante Ceres, el mayor de los presentes.

—Había ciento ocho naves bahiianas. En cada una íbamos cuarenta oficiales y doscientos soldados.

—¿Hablasteis con los prisioneros?

—Sí. Estaban despavoridos y seguros de que serían sacrificados. Nos contaron que los órfidas llegaron al amanecer del día anterior y se desató el terror. Asaltaron casa por casa, apresando a los humanos comestibles y

disparando contra quien oponía la mínima resistencia. Después los encerraron en el espacio-puerto, sin agua ni comida, hasta la llegada de las naves que los trasladaron a Nuevo Marte.

—¿Y los llevasteis sin más? —preguntó escandalizado Kerensky, un teniente lituano.

—Antes consultamos con Dorado. Notificamos lo sucedido en Casablanca y que, posiblemente, asesinarían a las personas que viajaban con nosotros. Nos contestó el mismo gran almirante Remxis, ordenándonos obedecer en todo a los órfidas. Así lo hicimos y dejamos nuestro cargamento en una factoría de Nuevo Marte. Estaban tan asustados que muchos se negaron a abandonar las naves. Los órfidas dispararon contra ellos sin importarles nuestra presencia.

—¿Los asesinaron allí mismo? —preguntó Ceres, incrédulo.

—Actuaron como si nosotros no estuviéramos.

—¿Informasteis a vuestros superiores?

—Puntualmente, nada más regresar. Recibimos la tajante orden de no comentar lo sucedido y amenazaron con degradarnos si la noticia trascendía.

—No os extrañe. En el mismo Bahía asesinan personas y nadie se escandaliza.

Lituania, la estrella natal de Kerensky, no permitió la instalación de factorías y, al ser uno de los cien mundos que se asociaron para crear el Imperio de Bahía, el emperador le concedió esa gracia. Era el único sistema estelar bahiiano donde no había órfidas.

—Pero esos son animales. —Tabarxis se levantó—. No se les puede llamar personas.

—Eso nos dicen. —Kerensky, como buen lituano, odiaba a los órfidas y a su comercio con los humanos—. Imaginaos a quien nace cautivo, no recibe educación y solo le ofrecen los piensos órfidas para lograr un crecimiento acelerado. ¿No se parecerá a esos seres que engordan en las factorías? En otros países cazan a los nativos sin importarles que sean inteligentes.

—Rompimos una alianza defensiva con Valeria para que ellos se establecieran —intervino Grel Antracis—. En Bahía no le dimos importancia. Nuestros dirigentes dijeron que los órfidas intervinieron a causa de la intransigencia del presidente valeriano. Hace dos meses fui a llevar maquinaria y vi el inconcebible horror que impera en el planeta. Ciudad Luz es un inmenso campo de concentración donde los ciudadanos esperan la hora de ser devorados por esos monstruos. La ciudad está cercada para que nadie pueda escapar. Han surgido, entre los mismos nativos, bandas armadas que atacan a sus convecinos buscando carne para vender a los órfidas. Ya no están seguros ni en sus propias casas. La hermosa Ciudad Luz se puede considerar una inmensa despensa. En el

planeta hay cien factorías, y eso que en el tratado de paz pactaron la instalación solo de tres.

—¿Qué queréis que hagamos? —preguntó el comandante Ceres. Parecía asustado por la propuesta de los jóvenes oficiales.

—No pretendemos una revolución —contestó Kerensky—. Pero sí lograr que los órfidas se vayan de Bahía. Hay muchos militares que piensan como nosotros. Tenemos que captarlos. Si conseguimos que el ejército se posicione contra ellos, el rey los echará.

—¿Queréis obligar al rey a actuar según os plazca? —Ceres estaba asombrado.

—Otra solución es la destitución de Traxis —intervino Tabarxis—. Hace unos días fui a las catacumbas para escuchar, por mera curiosidad, a un profeta. Este relataba lo acontecido en Casablanca. Llevaba hablando media hora cuando entró la policía y arrestó a casi todos los presentes. Esta mañana me enteré de que, salvo el profeta que está internado en el psiquiátrico de Terionxis III, los demás prisioneros murieron torturados. Y lo mismo ha sucedido con otros detenidos por participar en reuniones similares. Tenemos que levantarnos contra los órfidas, si no queremos que la situación en Bahía se degrade hasta límites insospechados.

—Son mucho más poderosos que nosotros.

—En eso se equivoca, comandante. Poseemos casi toda su tecnología militar. Nos aventajan con su nave OPH-1, que no nos han permitido copiar. Pero, para derrotarnos, tendrían que reunir fuerzas de muchos lugares de la galaxia con la pérdida económica que supone. Y ya sabéis lo mucho que aman la riqueza. Solo pretendemos que se vayan. No deseamos que Bahía se convierta en la defensora de las razas perseguidas, sino que no nos sometan a la vergüenza de tratar a nuestros semejantes como carne en nuestra propia tierra. —Kerensky se levantó para continuar su charla—. Además, todos sabemos que alguien combate a los órfidas. Si seguimos siendo sus aliados incondicionales, nos convertiremos en el blanco de los ataques contra ellos. La última rebelión xiks lo demuestra.

—¿Pretendéis que nosotros cinco iniciemos la rebelión? —preguntó Ceres.

—No estamos solos. Hoy se celebran cien reuniones como esta en Dorado. La flota que vigila Urán, al mando del almirante Orlando, está preparada para iniciar la sublevación. Y en muchos mundos los oficiales se reúnen. No tardaremos en ser un grupo importante dentro del ejército. Entonces será el momento de exigir al rey la expulsión de los órfidas.

—¿No tenéis miedo de provocar una guerra civil? —Ceres comprendía las razones de los sediciosos, pero no se atrevía a adherirse a la causa.

—Por eso te hemos llamado, y avisaremos de nuestros proyectos a todos los oficiales. Hay que dejar claro que vamos contra los órfidas y no contra el rey. Queremos que el ejército actúe unido para evitar

derramamientos de sangre.

—Nos reuniremos otra vez dentro de una semana —anunció Tabarxis—. Para entonces, cada uno habrá formado un grupo similar. Las reuniones serán clandestinas y es necesario tener cuidado con los invitados. No queremos que nuestra conspiración llegue prematuramente a oídos de la policía.

Era medianoche cuando abandonaron el apartamento. De uno en uno, y en direcciones distintas, se alejaron caminando en la oscuridad. La semilla de la rebelión empezaba a fructificar

Patrexis pasaba largas horas en la biblioteca real. Había varios puntos oscuros sobre la profecía. ¿Cómo pudo salir de la biblioteca? El cuidado con que Tocornix la guardaba era admirable. Para llevarse cualquier libro era preciso dejar impresa la huella genética, de forma que siempre se sabía dónde estaba. Y, salvo las personas autorizadas por el rey, nadie tenía acceso a los libros prohibidos.

Encontró otras profecías relacionadas con la familia real. En casi todas Selene era identificable, aunque la consideraban heredera del Imperio, lo que no era cierto por ser Debis el futuro rey.

La veréis rubia y bella, gentil e inocente.
Pero no os confundáis, lleva en sí la semilla de la destrucción,
y gracias a ella el sol de Bahía dejara de brillar.

Había libros enteros dedicados a Selene. Todos los autores coincidían al señalar la mayoría de edad de la princesa como la fecha del apocalipsis.

Encontró un profeta, de hacía dos mil años, que describía perfectamente a la familia real. Y por primera vez hablaba de Debis, el príncipe heredero. Se llamaba Ascesco y murió en la hoguera. Toda su vida transcurrió entre largas peregrinaciones para ayunar en el desierto y después predicar lo que Dios le inspiró en su retiro. La mayoría de sus escritos fueron quemados con él. Los que quedaban sobrevivieron milagrosamente gracias a que los encontraron durante el reinado de Teriomxis III, el emperador que derrotó a Horgón. Era un hombre amante de la cultura y no quiso destruirlos, pero ordenó que se guardaran donde nadie pudiese verlos.

Patrexis devoró el libro de Ascesco. Describía a la perfección a los dirigentes de Bahía y de otros muchos mundos. De Debis decía:

Nacerá heredero del imperio, aunque nunca
reposará en su cabeza la corona de diamantes.
Muchacho frágil y asustadizo que morirá muy

joven a manos del salteador.

¿El salteador? Era la primera vez que encontraba esa figura en los libros de Ascesco.

La muerte del delfín anunciará que el final se acerca.
La muerte negra vendrá semanas después para llevarse
a los hijos de Bahía de forma tal que no habrá manos
para enterrar los cadáveres.

La muerte negra también aparecía en obras de otros autores, aunque eran posteriores a Ascesco y supuso que serían imitadores. Eran tiempos de hambre para las clases más bajas de la población y abundaban los profetas. Muchos copiaban escritos antiguos haciéndolos públicos como propios.

Habrá algunos años de paz hasta que empiece la
guerra entre hermanos que asolará Bahía.
Nos equivocaremos al luchar contra el terrestre
que nos derrotará, siendo ese el final, pues pasarán
pocos meses antes de que la muerte roja se lleve,
para siempre, los últimos residuos de lo que fue una vez
el gran Imperio de Bahía, dominador de mil estrellas.

La muerte roja eran los xiks. Los escritores antiguos los llamaban así cuando causaban una revuelta con gran mortandad. Pero el terrestre no sabía quién podía ser. La Tierra, el planeta madre, llevaba una precaria existencia desde la caída de Horgón. Combatía con los planetas de su propio sistema solar por su supervivencia, y su atraso tecnológico era considerable. Aunque mantenía una ilusión de independencia, era presa fácil para cualquier nación de los alrededores. En Bahía se hicieron varios proyectos para conquistarla, con la idea de que los mundos bárbaros cercanos no destruyeran la cuna de los hombres, pero fueron desechados por su elevado coste. La Tierra, un mundo explotado desde hacía más de diez mil años, no era rentable en absoluto, y su conquista conllevaba la guerra contra las naciones de esa zona de la galaxia. Todavía alguna universidad luchaba por ocuparla para evitar su definitiva destrucción, pero, en cuanto se elaboraba un proyecto y se calculaba su coste económico y las implicaciones políticas, era desechado de inmediato.

Ascesco era de los pocos profetas que alababan a Selene. Para la mayoría era un dechado de maldades y la consideraban culpable de la destrucción de Bahía. Ascesco definía a la princesa como una de las mejores mujeres de la historia, con la mala suerte de que le correspondió

vivir los años finales del Imperio.

Cuando Patrexis abandonó la biblioteca estaba impresionado por el profeta. La descripción de la familia real bahiiana y del entorno político de la época no podía ser más parecida. Sus escritos no mencionaban a los órfidas, una importante omisión que le tranquilizó. Aunque no creía en profecías, las narraciones de Ascesco le helaron la sangre.

Ya anochecía. Había perdido la noción de tiempo, absorto con la lectura de los libros prohibidos. A medianoche le esperaba Aictemis para asaltar una catacumba donde predicaba el profeta con mayor número de discípulos.

Encontró a Selene en los jardines del Palacio de Invierno.

—¡Hola! —saludó sonriendo.

—¡Hola Pat! —Alzó los ojos sin ocultar su tristeza.

—¿Qué te pasa?

—Nada, tonterías. —Miraba hacia el estanque de los patos.

—No me engañes. Sé que te ocurre algo.

—No es nada. O por lo menos nada fuera de lo normal. Desde que apareció aquel profeta ha cambiado mi vida. Lo veo todo diferente y estoy confusa.

—Por la profecía no debes preocuparte —dijo Patrexis recordando con temor el libro de Ascesco—. Ya te habrá informado tu padre que los profetas actúan drogados, y esa terrible historia no tiene nada de sobrenatural, sino que la urdieron seres de carne y hueso para atacarnos.

—Sí, algo me dijo. Eres un detective impresionante. Descubriste la trama enseguida —dijo sonriéndole.

—En realidad la descubrieron los sabios de Teriomxis. Al analizar muchas veces la sangre de los profetas encontraron rastros de Sibelium, una droga muy potente. Los psiquiatras demostraron que también los hipnotizaban.

—¿Quién quiere hacernos daño?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Es probable que no seamos nosotros su objetivo, sino los órfidas.

—¿Crees que son los mismos que provocaron la rebelión xiks?

—Supongo que sí. No tengo pruebas, pero sería muy rara la existencia de dos grupos diferentes actuando contra nosotros en Bahía.

Paseaban por el borde del estanque. Selene se detenía para examinar a los patos. Patrexis deseaba estrecharla entre sus brazos, pero no se atrevía. Últimamente estaba muy distante. En la corte, casi todos daban por hecho su noviazgo. Ellos eran los únicos que sabían que aún no había sucedido nada entre los dos.

—Hace tiempo que deseo hablar contigo —dijo con esfuerzo. Prefería la guerra de Urán a pasar por ese momento.

—¿Sí? —Selene se agachó para acariciar a un patito que salió del

estanque.

—Sí. Sobre nosotros. —Tenía la impresión de que ella no deseaba abordar el tema. Selene palideció—. Yo te amo desde que te conozco y me gustaría mantener contigo una relación que supere a la amistad. —Ya estaba dicho. Por fin consiguió expresar sus sentimientos.

Selene permaneció silenciosa, como si esperara la declaración de Patrexis. Indudablemente, no era una sorpresa.

—Todo el mundo en Dorado debe de pensar que somos novios —dijo sonriendo.

—Los únicos que no lo sabemos somos nosotros —bromeó Patrexis.

Caminaban muy despacio. Selene meditaba, y él dedujo que no le iba a dar un no rotundo, pero tampoco un sí.

—Si me lo hubieras pedido hace un año habría caído rendida en tus brazos —dijo nerviosa—. Y creo que debo responderte que sí, pero no sé qué me pasa. Estoy confundida y no veo claro casi nada.

—¿Eso quiere decir que sí o que no? —Pat intentó darle un tono informal a la conversación.

—Supongo que sí. Solo te pido que me des algún tiempo. Ya sé que en la corte casi nos han casado y te aseguro que siempre que pensé en un hombre ha sido en ti. No debería poner reparos, pero, por favor, dame unas pocas semanas para que pueda decidir con claridad.

—El tiempo que quieras. Si he esperado hasta ahora, puedo hacerlo unos días más.

La conversación era más relajada. Los jóvenes se confiaban sus pensamientos.

—¿Sabes que hasta mi padre me apremió con el noviazgo? —comentó Selene muy risueña.

—No será verdad.

—Pues sí. Me preguntó varias veces por nuestra relación. Como yo me defendí diciendo que tú no habías insinuado nada, llegó a decir, ante mi horror, que hablaría contigo para ver si te decidías de una vez. —Ambos rieron.

—Que sorpresa si me llaman de palacio y, en vez de encontrarme con un asunto de Estado, el rey me dice muy serio: «¿Qué pasa con usted, capitán Patrexis? ¿Por qué no se declara a mi hija? ¿No será afeminado?».

Selene reía divertida. Pat notaba que la nube que los separaba parecía disiparse y una nueva comunicación surgía entre los dos.

—Deseo besarte —dijo con solemnidad.

—Pare usted, capitán. No es mucho pedirle que se contenga unos pocos días.

—¿Cuántos?

—No sé. Eso nunca se sabe. Quince, veinte... Yo que sé.

—Me parecerán quince siglos.

—Ya será menos. —Selene disfrutaba con la conversación y Patrexis tuvo la impresión de que faltaba un microscópico hilo para que la princesa cayera esa noche en sus brazos.

Se quedó a cenar en palacio. Fue una cena maravillosa en la mejor compañía posible. Después, cuando salió para hacer su ronda nocturna, flotaba en una nube. Ella no le dijo que no. Aunque tuviese que esperar, le dio una respuesta afirmativa. En breve los rumores sobre su noviazgo serían realidad.

Aquella noche fue la más feliz de su vida.

Capítulo 15
Gran Mundo Stel

El explorador terrestre Jacques Stel (2995-3054) describió por primera vez esta mítica colección de estrellas del sur de la galaxia. No eran visibles desde la Tierra, y solo cuando colonizaron Aurora pudieron distinguirlas en el firmamento.

En aquel tiempo, los saltos hiperespaciales tenían escasa amplitud y llegar al Gran Mundo era una quimera. Durante varios siglos hubo una gran controversia entre los científicos sobre la posibilidad de que los planetas de Stel estuviesen habitados. Unos decían que, al estar tan próximas las estrellas, emitirían tal cantidad de radiación que haría imposible la vida, y otros aseguraban que las masas de unos astros protegerían de las radiaciones de otros y podría existir una civilización.

El Gran Mundo permaneció espectacular y misterioso durante cientos de años, y fue el lugar preferido por los escritores de ciencia ficción para situar la trama de sus novelas.

Con el avance tecnológico llegaron las primeras expediciones colonizadoras a Stel, pero desaparecieron sin dejar rastro y no aportaron ninguna información. Ni siquiera se aclaró el enigma de si era apto para albergar la vida, pues nunca se supo si las naves se perdieron a causa de los infinitos peligros del espacio, o porque fueron atacadas por nativos hostiles. Como estas expediciones eran muy costosas, tampoco enviaron flotas de rescate para averiguar el destino de las anteriores.

El Imperio de Horgón aclaró la incógnita que había durado tantos siglos. El Gran Mundo Stel estaba habitado por una civilización superior extremadamente hostil hacia los visitantes. Sus intentos colonizadores fueron desastrosos. Perdió cinco flotas hasta que desistió de la conquista, y Stel continuó siendo un mundo desconocido para el resto de la galaxia.

A finales del siglo cien se difundieron ciertos rumores sobre una expedición coria al Gran Mundo que contactó con sus habitantes, aunque los corios siempre negaron que sucediera.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

El Gran Mundo Stel se veía magnífico desde donde se encontraban. Era una inaudita colección de estrellas tan cercanas entre sí que parecía un mosaico de puntitos brillantes sobresaliendo en la negrura del espacio.

Había pasado una semana desde que salieron de Tracia. Antes de

abandonar el sistema solar de Corinto bombardearon varias ciudades jonias, según lo acordado entre Oberón y el rey Antlemas. Eran las bases de donde partían los cazadores para realizar correrías en Tracia. También les sirvió para comprobar su capacidad de ataque contra objetivos terrestres. Las ciudades atacadas quedaron reducidas a un inmenso amasijo de escombros y fuego. Muchos vieron en ello el preludio de la Gran Guerra.

Abandonaron Corinto temiendo ser perseguidos, pero no partieron naves en su busca. Nada más salir del sistema solar, efectuaron el salto hiperespacial en dirección a Stel y a las bases órfidas.

El plan de viaje preparado en Tracia consistía en saltar una sola vez al hiperespacio, navegar durante doce horas recogiendo el hidrógeno necesario para efectuar tres saltos consecutivos y así eludir las estaciones espaciales que controlaban el paso hacia el Gran Mundo Stel. Sabían que serían detectados, pero confiaban en que cuando los órfidas quisieran actuar fuese demasiado tarde. Muchas naves jonias aprovisionaban las bases y esperaban que no los reconocieran como enemigos.

Todos estaban en sus puestos de combate. En esas doce horas podían ser atacados. Vecardatín, el capitán, dirigía las operaciones estando en continuo contacto con las otras dos naves de la expedición.

Vanda, aunque intentaba poner interés, no conseguía salir de su ensimismamiento. Su cabeza iba una y otra vez hacia Aradiel, la bella princesa de aquel mundo perdido. Sentía un dolor físico al evocarla y en su mente se repetían las imágenes de los últimos días pasados. Veía Tracia y la ciudad subterránea de Tesalónica como un auténtico paraíso. Recordó haber escuchado, no sabía dónde, que no se aprecia en verdad lo que se tiene hasta que se pierde.

Habló con Oberón sobre la posibilidad de que Coria ayudara a Tracia, pero este descartó la idea. No podían mantener una guerra en el último confín de la galaxia. Ya era difícil luchar por la propia supervivencia, para preocuparse por planetas «ya perdidos» que nada podían aportar en una contienda que duraría siglos, si todo iba bien, si no eran derrotados en la primera batalla.

En la undécima hora de navegación, después del salto hiperespacial con que abandonaron Corinto, recibieron señales procedentes de las estaciones espaciales solicitando la identificación de la nave.

El número de bases que captaban los radares era impresionante. Cerraban el paso hacia el Gran Mundo Stel, al menos para naves que solo pudiesen hacer un salto hiperespacial sin repostar hidrógeno.

—Piden la contraseña. —La voz de Marino retumbó en el comunicador.

—¿Cuánto falta para saltar? —preguntó Oberón

—Cuarenta minutos.

—Mucho es. Estamos lejos de las estaciones, pero no me extrañaría que

fueran capaces de alcanzarnos con sus disparos.

—Insisten en que nos identifiquemos y demos la contraseña.

—Diles que somos cazadores jonios y llevamos carne.

Mientras aguardaban la respuesta, los ordenadores evaluaron la información sobre las bases. Eran pequeños planetas compuestos de una aleación de titanio con otros minerales que los sensores no detectaban bien. Nunca habían visto semejante alarde tecnológico.

—Vuelven a pedir la contraseña.

—Contesta que no la sabemos porque es la primera vez que hacemos este viaje. Diles que en Jonia nos prometieron mucho dinero si aprovisionábamos de carne humana las estaciones. —Luego, sin dirigirse a nadie en especial, dijo—: Espero que no estén informados de la destrucción de las ciudades jonias. No sería grato enfrentarse con semejantes monstruos.

Oberón no conocía la forma de enviar un mensaje que adelantase a la nave después de haber efectuado un salto hiperespacial, pero en la galaxia había tecnologías muy superiores a la coria. Las estaciones espaciales órfidas eran buena muestra de ello.

—Comunican que nos destruirán si alteramos el rumbo actual. Nos debemos considerar prisioneros. Ahora desean hablar con el capitán. —La voz de Marino consiguió un absoluto silencio en la sala de mandos.

—Pásamelo —dijo Oberón.

Surgieron extraños sonidos de la radio y por fin una voz irritada que maldecía en órfida.

—¡Malditos! ¿Es que queréis ser destruidos? Ponedme con vuestro capitán u os reduciremos a cenizas ahora mismo.

—Soy el capitán Héctor, de Jonia. —Oberón habló en órfida—. ¿Qué desea de nosotros, poderoso señor?

—¿De dónde procedéis? ¿Cómo es que ignoráis la contraseña comercial?

—Somos jonios. Este es nuestro primer viaje. Cazamos humanos en Tracia y queremos venderlos.

—No aclaras mis dudas. Más bien creo que os dirigís a Stel y sois los responsables del bombardeo de las ciudades jonias. —Pasaron unos segundos de tenso silencio—. Escúchame bien, capitán. No repetiré las órdenes. Mantendrás el rumbo y la velocidad actual hasta que me ponga en contacto contigo para darte nuevas instrucciones. Seréis destruidos a la mínima señal de desobediencia. Y no intentes saltar al hiperespacio, pues donde surjas serás atacado. También nuestras estaciones tienen un dispositivo de atracción de cuerpos que evitará vuestro salto.

El órfida cortó la comunicación. En la pantalla, las bases se hacían cada vez más grandes.

—Cinco minutos para el salto.

—Avisa a las otras naves —ordenó Oberón.

Comunicaron en griego por pensar que el galáctico era conocido por los órfidas. No querían hacerlo en corio para que no hubiera grabaciones que delatasen su procedencia.

Las luces moradas que anunciaban la inminencia del paso al hiperespacio relampaguearon en toda la nave.

Las estrellas se borraron. Durante unos segundos la nave tembló incontrolada. Parecía resistirse a salir del hiperespacio. Por fin, surgieron de nuevo las estrellas, para desaparecer y resurgir dos veces más.

—Pasó el peligro —exclamó Oberón—. Llegué a pensar que no salíamos del primer salto.

Por los ventanales observaron el curioso fenómeno de la aparición de las otras dos naves. En un momento no había nada y, en el siguiente instante, una nave espacial se materializaba.

—El primer salto duró cuarenta segundos —informó Marino.

Teóricamente el paso por el hiperespacio se hacía en tiempo cero, aunque siempre, por motivos de diversa índole, transcurrían décimas de segundo, o incluso segundos, desde el inicio de salto hasta el final del mismo. Tardar cuarenta segundos era algo inaudito. Una fuerza desconocida intentó detenerlos. Las naves estuvieron en peligro.

—Me parece que la fortuna se ha aliado con nosotros. Podíamos habernos estrellado contra cualquiera de las gigantescas esferas.

Ya no captaban señales de las bases órfidas. Quedaron a muchos años luz de distancia.

—Estarán desconcertados por no detectarnos en todo el universo que controlan desde su posición. Supongo que enviarán naves al lugar donde llegamos en el primer salto.

Fuera, el panorama era increíble e inolvidable. Las casi mil estrellas del Gran Mundo Stel brillaban a poca distancia. Los cristales de la nave se oscurecieron automáticamente, como si estuvieran en combate, por la cantidad de luz que recibían.

Oberón ordenó radiar en griego el mensaje sobre el príncipe y la espada. Se acercaban a un mundo habitado por gentes hostiles hacia los forasteros. Cualquier cosa que favoreciera un encuentro amistoso era necesaria.

La espada de Irindel ha sido recuperada.
El guerrero que la rescató viaja en estas naves
para rendiros homenaje.
Paz y amistad a los pueblos griegos.
Paz y amistad a la gente hermosa.

Marino calculaba que tardarían tres días en llegar a la primera estrella

del Gran Mundo Stel. Atravesaban uno de los sistemas solares limítrofes. No sabían dónde dirigirse, pero confiaban en que alguien acudiera a recibirlos.

—Han aparecido extrañas señales —dijo Marino por el comunicador tras comprobar una serie de ondas acústicas.

—¿Dirigidas a nosotros? —preguntó Vecardatín.

—No sabría decirlo. No es un mensaje. Son ondas extrañas, pero en modo alguno anárquicas. Proceden de un planeta situado a veinte millones de kilómetros cuya órbita cruzamos ahora.

Las sondas examinaron el planeta. Era extremadamente radioactivo.

—No podemos acercarnos —dijo un técnico—. Se desarrollan en su superficie tremendas reacciones de fusión. Yo diría que se está convirtiendo en una estrella.

Los instrumentos contradecían sus inclinaciones. Había algo confuso que les hacía desear dirigirse al planeta. También creían oír dulces palabras en órfida.

—Aumentan las emisiones. Proceden de ese planeta, no cabe duda. Creo que somos el objetivo de las mismas.

Lars y sus piratas, que no entendían el órfida, percibían una sensación agradable mezclada con extrañas voces, pero los corios escuchaban palabras amables invitándolos a aterrizar.

Oberón, después de preguntar a varios por sus sensaciones, supuso que sería una trampa órfida y ordenó mantener el rumbo, comunicándolo a las demás naves.

Los técnicos ya habían clasificado el planeta. Era una especie de sol sin fuego, y con sobrecarga magnética suficiente para absorber las naves si se aproximaban demasiado.

La sensación de bienestar aumentaba. Percibían los agradables cantos en órfida con enorme claridad.

—Es imposible que exista vida. Los sensores indican que el nivel de radiación que emite es similar al de cualquier estrella pequeña.

—Puede que no sea una trampa órfida —comentó Oberón—, sino una trampa para órfidas.

Se dirigió a Vecardatín.

—Ordene a las otras naves que ignoren las emisiones y mantengan el rumbo actual. Quiero que lo entiendan con claridad y que, por ninguna razón, se desvíen del itinerario fijado. Es posible que los órfidas capten con más intensidad las ondas y se sientan obligados a dirigirse hacia ese planeta.

La emisión cambió. La percibieron mucho más fuerte y en galáctico. Todos tuvieron conciencia de que unas bellísimas mujeres los llamaban. Los cánticos eran embriagadores por su incomparable dulzura.

Ven con nosotros bravo soldado.
Olvídate de las guerras
y toma la felicidad que te ofrecemos.

—Tenemos que aterrizar —gritó Lars, levantándose—. Nos esperan.

—Conecten el piloto automático —ordenó Oberón tras luchar contra el embrujo de las imágenes que danzaban en su cerebro—. Que las otras naves hagan lo mismo.

Las mujeres eran reales. Les pedían que aterrizaran para recogerlas. Era el paraíso. Veían fuentes, lagos, bosques y muchos animales, pero las muchachas destacaban por encima de todas las cosas. Una de ellas, la más hermosa, era la que cada uno creía destinada para él.

—Capitanes. —Oberón comunicó directamente con las otras dos naves, muy alarmado porque aún no habían conectado la navegación automática —. Fijen el piloto automático en el rumbo actual. Una vez hecha esta operación, que nadie se acerque a los mandos. Si es necesario, disparen contra quien contradiga mis órdenes. Esto se mantendrá hasta que desaparezcan las ilusiones que obsesionan nuestras mentes. ¿Han comprendido?

Avalgarde y Cotrey respondieron afirmativamente. Sólo una mentalidad disciplinada como la coria podía aceptar órdenes tan contrarias a sus deseos.

Algunos piratas estaban muy nerviosos, pero fue el mismo Lars quien, ya repuesto, los encerró en sus camarotes.

La sensación se percibía cada vez más fuerte. Oberón no hacía más que comprobar las señales sobre aquel extraño planeta. El análisis no dejaba lugar a dudas. Pero, en cuanto se apartaba del cuadro de mandos, perdía la imagen racional que le mostraban los instrumentos y veía un mundo maravilloso.

Al alejarse de la órbita del planeta las emisiones disminuyeron. Todos despertaron del embrujamiento. Vanda había permanecido más tranquilo que el resto de los corios porque tenía grabada la imagen de Aradiel. Ella y la hermosa mujer lucharon en sus pensamientos y, por un instante, la batalla estuvo indecisa. Pero Aradiel se impuso y llenó su mente. Vanda ayudó a los demás a volver a la realidad.

Oberón, ya más tranquilo, estaba orgulloso del comportamiento del príncipe. Crecía en la dirección que todos deseaban. Y también estaba gratamente sorprendido por la actuación del pirata. Salvo en un primer momento de duda, Lars colaboró eficazmente a que los demás mantuvieran la serenidad. Se estaba convirtiendo en un auténtico corio. Debía reconocer que nunca se fio de él. Incluso, después de escapar de Casablanca, cuando les ordenaron dirigirse a Stel, pensó en eliminarlo pues ya no era necesario y podía ser una fuente de problemas. No lo hizo y se

alegraba por ello. ¿Quién sabía lo que el destino deparaba a Lars y a sus hombres?

—¡Naves! —gritó Marino, interrumpiendo las meditaciones de Oberón—. Se acercan cuatro naves. Provienen de uno de los planetas que orbitan en este sistema. No las detectamos antes por estar poseídos por las ilusiones.

—Conecten el escudo. Que todos acudan a sus puestos de combate. Y vuelvan a emitir lo del príncipe y la espada.

Vanda y Alamarik se situaron en el centro de la sala de mando, preparados para dirigir la batalla.

—Comunican con nosotros en griego.

Los traductores se colocaron en los aparatos de radio.

—Quieren que nos identifiquemos. Estrella de procedencia, relación con los órfidas y último lugar donde aterrizamos. También desean saber los nombres de las estrellas visitadas en nuestro viaje.

Oberón contestó haciendo especial hincapié en la estancia en Tracia y en la recuperación de la espada.

Pasaron unos minutos de tenso silencio mientras aquellas naves se acercaban a una velocidad increíble. Eran mayores que las corias, pero menores que las OPH-1 órfidas. Marino admiró sus inverosímiles cambios de trayectoria para sorprenderles en posición ventajosa. Intentó diseñarlos en el ordenador, pero le resultó imposible. Para navegar de esa manera necesitaban conocimientos que no poseían.

—No conocen Coria. Quieren que les demos las coordenadas. Desean saber quién es el jefe de la expedición y qué relación tiene con el Gobierno de nuestra nación.

Oberón redactó la contestación palabra por palabra. En vez de las coordenadas de Coria dio las de Amargaz. Siempre habría tiempo para aclararlo y nadie sabía lo que podía traer el futuro.

Oberón solicitó información sobre los misteriosos anfitriones.

—Nosotros hacemos las preguntas, pero, por una vez, y teniendo en cuenta que no conocéis nuestras costumbres, os diremos que formamos parte de la flota del dios Hefesto de la estrella Frigia.

Las misteriosas naves del Gran Mundo Stel rodearon a las corias. Se dirigían hacia un pequeño planeta que hasta ese momento no habían detectado.

—La suerte está echada —dijo Oberón sonriendo—. No me gusta nada eso de «dios Hefesto», pero por lo menos no nos han atacado.

Lars estaba mucho más tranquilo que antes de visitar Tracia. En parte era debido a que había decidido su futuro. Sería el de los corios. El tema de la espada lo impresionó y, unido a que los órfidas lo buscaban por toda la galaxia, le hizo tomar una decisión irrevocable y fácil. Su temor a encontrarse en el bando perdedor se disipó. No podía ganar nada

apostando por los órfidas, y los corios no permitirían que nadie fuese neutral. Sabía que aquellos simpáticos muchachos serían unos encarnizados enemigos en caso de ser traicionados. Oberón le habló sobre la matanza de obletas que llevaban a cabo en toda la galaxia y no dudaba de que, si les fallaba, lo buscarían hasta en la última estrella. Pero había algo más. Una seguridad interior que hasta entonces no había sentido. Tenía la sensación de estar predestinado para algo y de ir en el camino correcto. ¿Rey de Orgaz? Quizás. Si los corios triunfaban y Allamire cumplía su promesa, lo que tampoco era seguro.

Después de entrar en la atmósfera del planeta sobrevolaron durante cientos de kilómetros un inmenso desierto de arena blanca. De vez en cuando aparecían montañas desprovistas de vegetación. No se veían poblaciones, ni señales de posibles habitantes.

Pasaron una elevada cordillera donde se veían cráteres humeantes de volcanes con señales de riadas de lava en sus laderas. Al otro lado, había una formidable base militar.

Vieron largas filas de naves espaciales, similares a las que les escoltaban, cuyo final se perdía en el horizonte. Un edificio rectangular de paredes metálicas era la única construcción de aquel gigantesco espacio-puerto, aunque surgían del suelo innumerables torretas de piedra negra.

—Deben de tener instalaciones subterráneas —manifestó Oberón—. Es inconcebible que mantengan toda esta flota desde ese pequeño hangar.

Nada más aterrizar, dos hombres vestidos con trajes espaciales abordaron la nave. Llevaban aparatos para detectar gérmenes extraños a aquel mundo. También tomaron muestras de la sangre de algunos soldados para comprobar la existencia de anticuerpos contra los gérmenes habituales del lugar.

Al cabo de tres horas les comunicaron que debían salir de las naves. Les permitían permanecer armados y tenían que llevar consigo su equipaje. El portavoz del dios Hefesto les dijo que, mientras no se decidiese otra cosa, eran invitados de los dioses de Grecia.

—Han debido de tener contactos anteriores con la humanidad —dijo uno de los médicos—. Si poseemos anticuerpos contra los gérmenes de este mundo y ellos los poseen contra los nuestros, solo puede ser porque tuvimos una estrecha relación en el pasado.

Antes de salir, Oberón ordenó cambiar las coordenadas de Coria por las de Amargaz en los ordenadores de las tres naves. Estaba seguro de que los habitantes de Stel extraerían toda la información.

Unos extraños vehículos sin conductor los llevaron hasta una aldea abandonada cercana al espacio-puerto. Volaron a cincuenta metros sobre la blanca arena, divisando amplios paisajes del desierto. No había el menor vestigio de vida en todo el terreno que alcanzaba la vista. Las casas, en ruinas, estaban dispuestas en círculo alrededor de un extraño edificio

hexagonal. La misma voz de siempre les indicó que se alojarían allí.

El edificio estaba deshabitado, pero dispuesto para recibir a los visitantes. Los dormitorios preparados, los muebles inmaculados y en la cocina encontraron abundantes provisiones. Los corios, con su habitual eficacia, en poco tiempo estuvieron instalados.

Pasaron dos días sin que sus anfitriones aparecieran. Les permitían pasear por la aldea, pero no podían salir de sus límites. Las casas estaban destrozadas y ocupadas por la arena. Hacía un calor infernal. El termómetro externo superaba los setenta grados centígrados durante el día. Los corios pasaron la mayor parte del tiempo en el interior del confortable alojamiento.

En el cercano espacio-puerto había un tráfico enorme. A todas horas aterrizaban y partían innumerables naves espaciales. Aquel lugar debía de ser una de las claves de la defensa del Gran Mundo. Como los jefes corios no tenían otro entretenimiento, pasaban el día observando la base militar con potentes prismáticos. Habían conseguido clasificar seis tipos de naves diferentes.

En una montaña de pelada roca negra, situada a unos dos kilómetros de la aldea, había un observatorio astronómico, similar al que utilizaron en Tracia, en el que se apreciaba una intensa actividad. Los grandes telescopios giraban constantemente, según una ordenada pauta, y visualizaban grandes extensiones de espacio.

En la tarde del tercer día un vehículo se detuvo en la puerta del edificio. De él descendió un formidable guerrero vestido con una larga túnica blanca. Medía cerca de dos metros de altura, era muy fornido y los rubios cabellos traspasaban sus hombros.

—Señor —avisó un soldado—. En la puerta espera alguien que dice llamarse héroe Ulises y solicita una entrevista.

—Hazlo pasar —ordenó Oberón y envió a buscar a Vanda y a los traductores.

El guerrero entró en la estancia principal donde lo aguardaban Lars y Oberón, que se levantaron enseguida.

—¡Salud, valerosos soldados! —saludó en griego—. Es un placer recibir a los hombres que rescataron la espada de Irindel.

—Sea bienvenido —contestó Oberón—. Por favor, siéntese. Ordené llamar al príncipe que recuperó la espada.

—Permitid que me presente. Soy el héroe Ulises. Mi misión es entrevistaros y conduciros a Atenas, la capital de la confederación de mundos griegos.

—Yo soy Oberón, estoy al mando de las fuerzas corias en el sur de la galaxia —omitió decir que solo estaban ellos—. Ahí viene Vanda, el futuro rey de nuestra nación. —Señaló hacia la puerta por donde entraba el príncipe con la espada en la mano, seguido de los traductores—. Él rescató

la espada de Irindel.

Ulises apretó los brazos de Vanda a modo de saludo.

—Es para mí un gran honor conocerte. Toda Grecia quiere honrar tu hazaña.

Luego, con un respeto casi religioso, tomó en sus manos la maravillosa espada.

—Espero que perdonéis mi falta de cortesía —se dirigió a Oberón—, pero tengo que obtener la máxima información sobre vosotros. Mañana partiremos hacia Atenas y debo presentar un informe lo más completo posible.

—Preguntad cuanto queráis —replicó Oberón.

—En primer lugar, me gustaría saber el motivo de vuestro viaje. ¿Por qué decidisteis venir a Grecia? Y, sobre todo, quiero conocer los pormenores del rescate de la espada de Irindel.

—Somos corios. Nuestra nación está situada en el otro extremo de la galaxia. Vivimos en uno de los pocos sistemas estelares que todavía no han colonizado los órfidas u orcos, como los llaman en Tracia. Nos atacarán pronto y preparamos la guerra contra ellos. Sabemos poco de vuestro mundo, pero nos consta que derrotasteis a todos los enemigos que intentaron invadiros. Por eso, el Gobierno de Coria nos envió para solicitar la ayuda que podáis ofrecernos en esta contienda. Nos detuvimos en Tracia en busca de alguna información que nos permitiera venir con garantías de ser bien recibidos. Los tracianos nos llevaron a la caverna donde estaba la espada y el príncipe Vanda la extrajo de la roca.

—El mensaje sobre la espada evitó que os destruyéramos. Por casualidad me informaron a tiempo y evité que os atacaran las naves que vigilan la frontera. Nuestro mundo es muy receloso con los forasteros. Me costó trabajo convencer a la asamblea de dioses de Atenas para que pudierais visitarnos, y será más difícil que os dejen salir. Hace milenios que ningún extranjero pisa el suelo griego, y ha transcurrido más de un siglo desde que visitamos por última vez mundos habitados por hombres.

—Pero vosotros sois enemigos de los órfidas. En Tracia nos dijeron que os han atacado repetidas veces y los derrotasteis.

—Sí, los vencimos siempre que intentaron acercarse. Pero eso hizo que nos consideremos invencibles y no veamos que, de persistir en esta actitud, nos invadirán en el futuro. A los largo de los siglos hemos visto cómo los órfidas se apoderaban de la galaxia. Muchos nos horrorizamos al conocer el destino de la humanidad y quisimos ayudaros, pero se decidió que lo que ocurriese fuera de Grecia no era asunto nuestro.

Ulises hizo muchas preguntas, quería saber todo sobre Coria y sobre los pueblos de la galaxia que combatían contra los órfidas. También habló de su país. Intentó que conocieran, aunque fuera vagamente, el mundo donde estaban a punto de entrar. Por él supieron que Grecia era una enorme

federación de naciones independientes cuya capital estaba en la estrella Atenas. El planeta donde aterrizaron formaba parte de lo que llamaban Cinturón de Hierro, un gigantesco complejo defensivo que abarcaba muchas estrellas y convertía al Gran Mundo Stel en una fortaleza inexpugnable.

Según les dijo Ulises, los habitantes de Grecia se dividían en tres grupos principales: dioses, mortales y dálmatas. Los dioses, seres de apariencia humana cuya principal característica era la longevidad -algunos vivían más de doscientos años- gobernaban en los mundos griegos. Cada país estaba regido por una asamblea de dioses, y el dios supremo de cada nación la representaba en el foro de los dioses, la reunión de dirigentes que decidía las actuaciones conjuntas. Los dioses dominaban la vida política y militar. No trabajaban, su única preocupación era la guerra y ocupaban las jerarquías superiores del ejército.

Los mortales eran ciudadanos libres, de vida corta, casi nunca sobrepasaban los cien años. Tenían a su cargo el comercio y la obligación de mantener a los dioses. No participaban en el Gobierno. Eran comerciantes o se integraban en el ejército, pero nunca alcanzaban un rango superior al de suboficial.

Los héroes, o semidioses, eran hijos de un dios y un mortal. Ejercían las mismas funciones que los dioses, con la salvedad de que en la asamblea tenían voz, pero no voto.

Por último, estaban los dálmatas, los esclavos. Cualquier dios podía poseer todos los esclavos que deseara. Los mortales también los tenían dependiendo del trabajo que desempeñasen. Los dálmatas eran quienes hacían el trabajo duro de Grecia. De vez en cuando originaban alguna revuelta que solía ser bañada en sangre por dioses y mortales.

—Para discutir vuestra petición de ayuda se reunirá en Atenas el foro de los dioses. Yo tengo que enviar un informe a todos los mundos para que lo estudien en su propia asamblea. Existe una enorme curiosidad por vosotros desde el primer mensaje que radiasteis. Y se incrementó notablemente cuando escapasteis, sin daño, de la trampa de las sirenas. No se habla de otra cosa en Grecia y, aunque os parezca extraño, ya tenéis amigos y enemigos.

—¿Ves factible que nos ayuden? —preguntó Oberón.

—No lo sé. Cualquier cosa es posible en un foro de dioses. Muchos son enemigos y esperan a que el contrario se manifieste para adoptar la postura opuesta. Por lo general, suele predominar la gente sensata, pero eso nunca se sabe con antelación.

Al día siguiente, Oberón, Lars, Vanda, Alamarik y otros diez corios embarcaron con Ulises en una extraña nave con destino a Atenas. Oberón solicitó que también viajaran los principales técnicos, pero Ulises contestó que no era posible ninguna acción hasta que se celebrara el foro. Si los

dioses aceptaban ayudar a los corios, todo se movería muy deprisa y los técnicos serían reclamados.

La nave griega se dirigió a un determinado punto del espacio y desde allí llegaron a Atenas en décimas de segundo. Ulises explicó que viajaron a través de un puente de hidrógeno creado en el hiperespacio. La nave, al no necesitar captar el gas, efectuaba un gigantesco salto hiperespacial.

La primera visión de Atenas fue sobrecogedora. Era una ciudad colosal que se extendía cientos de kilómetros a lo largo de la costa de un gran océano. Estaba iluminada por la estrella de la que tomaba el nombre y por otros dos soles menores. En el centro de la urbe se alternaban gigantescos edificios de mármol blanco con bellísimos jardines.

El edificio principal del espacio-puerto era un enorme rectángulo de cristal transparente. Una multitud los esperaba. El aterrizaje fue clamoroso. Aunque Ulises mantuvo en secreto su misión, numerosos ciudadanos se congregaron para recibir a los corios. La gente llevaba pancartas alusivas a la espada de Irindel y gritaban palabras de bienvenida. Grecia saludaba a los primeros visitantes que tenía en muchos siglos.

Los trasladaron a un palacio de la capital aclamados por el gentío que abarrotaba las calles. Las mansiones de piedra eran majestuosas. Grandes columnas de mármol blanco adornaban sus pórticos.

—Nunca he visto nada parecido —dijo Alamarik—, pero estos edificios me recuerdan algo que no podría precisar.

—Sí —intervino Oberón—, tienen parte de muchas cosas que conocemos. Incluso creo recordar que vi fotografías de edificios similares en un libro sobre la Tierra.

En el palacio asignaron a cada corio una espaciosa habitación y dos esclavas dálmatas. En la parte posterior del edificio había un enorme jardín con especies botánicas desconocidas, estanques donde abundaban las aves acuáticas y muchos canales que nacían de un riachuelo de agua cristalina.

Ulises se hospedó con ellos. Debía ser quien introdujera a los corios en la sociedad ateniense.

—En breve os recibirá el dios Zeus, el tirano de Atenas. Después os entrevistaréis con los dirigentes de las asambleas de dioses de todos los mundos de Grecia. Querrán obtener información de primera mano.

—¿Debemos recluirnos en este palacio? —preguntó Oberón.

—No, podéis pasear con libertad por la ciudad. Hay museos y lugares interesantes que os gustarán. Aunque me temo que seréis asediados por los atenienses. Hoy traje películas informativas sobre nuestra historia. Están en griego, pero domináis lo suficiente la lengua para comprenderlas.

Las películas de Ulises los entretuvieron el resto del día. Por ellas supieron que los griegos llegaron al espacio cincuenta mil años antes. La

civilización surgió en Atenas y enseguida se diferenciaron las clases sociales. Unos pocos dominaban política y económicamente en las recién creadas ciudades. El tirano y su grupo se enriquecían mientras el resto de la población vivía en la miseria. Al pueblo libre no le quedaba más alternativa que la revuelta —algunas triunfaron y surgieron nuevos tiranos más déspotas que los anteriores—, o la emigración. De este modo se originó la colonización espacial de los mundos de Grecia. Una nave de dioses, huyendo de la pobreza, llegaba a un planeta y construía ciudades. Pronto se creaba una economía y una estructura de poder similares a los de la antigua metrópolis. Los dirigentes de los recién llegados se enriquecían, y de nuevo los menos afortunados tenían que desplazarse a otro lugar con la esperanza de ser reyes o cuando menos ricos. La colonización de las mil trescientas estrellas de Grecia sucedió de esa manera. Al expandirse, encontraron otras civilizaciones. A algunas las esclavizaron, en el futuro serían los dálmatas, mientras que a otras les permitieron seguir siendo libres, pero sin poder político ni militar; con el transcurso del tiempo, y dado que su vida era más corta que la de los dioses, los llamaron mortales.

Una vez colonizado el Gran Mundo Stel, los dioses no prosiguieron su aventura espacial. Algunas naves griegas comerciaron en la galaxia sin establecer asentamientos duraderos. Solo se instalaron en la Tierra. Los humanos estaban en la etapa pre-espacial y su civilización era muy primitiva, pero, a tenor de la importancia que les dedicaban las películas, ejercieron un gran influjo sobre los dioses. Estos dieron el nombre de Grecia a una parte del planeta y allí fundaron las principales colonias. Cada dios protegía una ciudad o una aldea, donde era adorado. Tenía relaciones carnales con hombres o mujeres e intervenía en las peleas de sus súbditos. Los humanos eran muy beligerantes. Cualquier motivo generaba una grave disputa que ocasionaba heridos y muertos. Después del enfrentamiento, cada bando acudía a su dios para que les ayudara y se produjeron peleas entre los mismos dioses. El sitio de una ciudad llamada Troya ocasionó una guerra terrible. Muchos dioses apoyaron a cada contendiente y la batalla se trasladó a sus mundos de origen, causando la única guerra interestelar que sufrieron los griegos, y duró hasta cien años después de que en la Tierra finalizara la guerra de Troya. El foro de los dioses que consiguió la paz consideró que los humanos solo servían para crear problemas de envergadura y prohibió cualquier relación con ellos: *En lo sucesivo ningún dios se mezclará en los asuntos de los hombres.* Pero no por eso los humanos dejaron de tener simpatizantes, ni la Tierra de ser observada con expectación.

Las películas mostraron a los terrestres saliendo al espacio por primera vez y cómo, tímidamente al principio y de forma arrolladora después, colonizaron planeta tras planeta y se expandieron en la galaxia derrotando

a otras civilizaciones existentes. A la conquista siguió la emancipación de las colonias y el advenimiento de nuevos imperios, como el de Horgón, que llegó a conquistar la misma Tierra. Horgón envió varias expediciones militares contra Grecia que fueron destruidas por los dioses. Mas no por ello los griegos salieron de sus mundos. Se limitaron a una guerra defensiva en la que vencieron en todas las batallas.

Horgón cayó y pasaron varios siglos sin que ninguno de los grandes imperios humanos lograra imponerse a los demás. Después, llegaron los órfidas. Los dioses apenas les prestaron atención. Solo después de que los atacaran, por ser comestibles para ellos, advirtieron el peligro y prepararon una formidable defensa. Todas las naciones griegas colaboraron en el esfuerzo militar. Enviaron millones de naves al Cinturón de Hierro hasta crear una barrera inexpugnable.

Ulises llevó una película sobre Irindel. Fue rey de Argos, una estrella famosa en el mundo griego por dedicarse a las ciencias ocultas, y una de las pocas cuyos habitantes aún mantenían relaciones con los humanos. Las profecías de los adivinos de Argos se equivocaban en el cincuenta por ciento de las ocasiones, pero tenían buena reputación y el rey Irindel era bien recibido en el foro de los dioses. Antes de morir, cuando su nave fue capturada por los órfidas, escribió una profecía sobre la espada que dejó clavada en una roca de Tracia.

Sé que va a nacer un gran conquistador en algún lugar del universo.
Donde quiera que esté, y por motivos que no alcanzo a vislumbrar,
llegará hasta mi espada y la recuperará.
Esa será la señal para que conozcáis al futuro emperador de la
galaxia, quien hará que surja la luz donde ahora solo existen tinieblas.
No veo que será de nosotros, los dioses, cuando esto suceda.

En un primer momento el mensaje llegó al alma de los griegos, pero se olvidó con el paso del tiempo, y ya habían transcurrido más de cien años desde la muerte de Irindel.

La sesión se alargó y todos terminaron muertos de sueño. Cuando llegaron a sus aposentos, ni siquiera Lars disfrutó de sus esclavas. Se durmió antes de desvestirse.

A la mañana del día siguiente, el dios Zeus, tirano de Atenas, les dio la bienvenida oficial en su palacio. Zeus departió con todos, pero Vanda acaparó su atención. Quiso hablar con él sin que Ulises ni Oberón estuvieran presentes. Cuando se quedaron los dos solos, mostró gran interés por conocer su perspectiva del futuro. Quería saber si creía posible vencer a los órfidas, con o sin ayuda de Grecia, y, si conseguían la victoria, cómo pensaba ejercer el dominio de la galaxia. No tenía interés en la postura oficial de Coria, solo quería conocer sus pensamientos.

Oberón estaba disgustado por no controlar aquella conversación. Confiaba en la preparación de Vanda, pero cualquier desliz podía costarles la vida. Por suerte, Zeus tenía programado un viaje a otra ciudad y la recepción no duró más de dos horas. Se retiraron después de aceptar las disculpas del dios por no ofrecerles un gran banquete.

En los días sucesivos las jornadas fueron agotadoras. Oberón, como comandante en jefe, y Vanda por ser quien rescató la espada, se llevaron la peor parte. Acompañados por Ulises, recibieron a todo dios de alguna importancia que llegaba a Atenas. Hablaron varias veces con Zeus —se decía que su opinión prevalecía en el foro de los dioses—, así como con otros dirigentes locales. Según Ulises, era muy importante tener contentos a los atenienses, pues, a pesar de ser los mundos griegos independientes, Atenas ejercía una gran influencia sobre ellos. Dominaba en la mayor parte de las estrellas. Solo era contestada por los mundos coaligados con Esparta, la otra gran potencia de la Confederación de Mundos Griegos.

Lars pidió a Oberón que lo dispensara de la obligación de informarse sobre la cultura griega y le permitiese disfrutar de sus esclavas, para las que apenas tenía tiempo. Pero el jefe corio le dijo que todos eran importantes y cualquier cosa que aprendiesen podía ser útil en un momento dado. El pirata se resignó y paseaba todas las mañanas con Alamarik por las calles de Atenas. A esas horas, al entrevistarse Vanda con los principales jerarcas, no había sesiones video-culturales y Oberón ordenó a los corios que recorrieran la ciudad e hiciesen amistades. Nunca se sabía a quién se podía conocer en un mundo desconocido.

—Podríamos dejarlo por hoy y volver al palacio —le dijo Lars a Alamarik—. Tú me prestas tus esclavas y yo te dejo las mías.

Aún no había conseguido que Alamarik aceptase sus sugerencias, aunque cada vez tenía más influencia sobre el muchacho.

Los primeros días visitaron el centro de la ciudad y quedaron impresionados por los colosales monumentos de mármol construidos miles de años antes. Había uno, que los nativos llamaban Partenón, de grandeza sobrecogedora. Sus gigantescas columnas podían medir cien metros de altura, y treinta hombres enlazados de las manos no podrían abarcar una de ellas. Había un edificio similar en todos los mundos griegos, pero este era el más colosal y el primero que se edificó.

Despertaban una enorme curiosidad en las calles. Todos los miraban, aunque solo se atrevían a acercarse los dioses. Estos, seres de una belleza impresionante, nada más verlos entablaban conversación con ellos. Su actitud, aún disfrazada por el tono amable, era claramente de superioridad. Muchas veces fueron invitados a sus mansiones, y acudía enseguida todo el vecindario para conocerlos.

Las mujeres eran muy hermosas y llevaban muy poca ropa encima. Solían ser rubias y bastante altas. Algunas diosas lucían túnicas que no

cubrían sus pechos, o llevaban cortísimos vestidos de gasa transparente que mostraban toda su anatomía. Alamarik siempre temía que Lars se desmandara. Notaba cómo al pirata le hervía la sangre ante la presencia de tanta carne provocadora. Lars se quejaba por tenerse que conformar con sus esclavas.

En las calles había multitud de cintas transportadoras que enlazaban el centro de Atenas con las barriadas periféricas. Generalmente estaban repletas, y sólo eran utilizadas por mortales y dálmatas. Los dioses eran difíciles de ver. No solían circular por la ciudad. Pero aparecían, ocasionalmente, conduciendo sus maravillosos carros de fuego, vehículos aéreos que despedían una gran luminiscencia.

Les resultó difícil acostumbrarse a utilizar las cintas transportadoras. Alamarik, que dominaba bien el griego, hizo un mapa de Atenas en el que dibujó las distintas trayectorias.

Lars buscaba tabernas y, al no encontrar ninguna en el centro, cada vez se desplazaban más lejos. Aquel día llegaron a un barrio periférico habitado por mortales. Las edificaciones, aun siendo confortables, distaban mucho de parecerse a las majestuosas mansiones de los dioses.

Encontraron una taberna donde solo vendían cerveza. Estaba poco concurrida, los únicos clientes eran dálmatas. Alamarik ya distinguía a los esclavos de los mortales y a estos de los dioses.

Lars se bebió un litro sin apenas respirar. Ya pedía el segundo cuando se les acercó un mortal.

—Dispensadme nobles señores —dijo en griego—. ¿Sois acompañantes del guerrero que recuperó la espada de Irindel?

—Sí —contestó Alamarik, sorprendido. Era el primer mortal que se atrevía a acercarse.

—Mi señora os felicita y pide que me acompañéis, pues desea conoceros.

El mortal se dirigió a ellos con extraordinaria humildad. Su trato era opuesto al que recibían de los dioses, o incluso del mismo Ulises.

Alamarik aceptó para evitar que Lars continuara bebiendo. No quería cargar con el pirata borracho en una ciudad desconocida.

Pagó las consumiciones con un Zeus de oro y le devolvieron noventa centizeus de plata. En Atenas las monedas llevaban el nombre y la efigie del tirano del momento. A la muerte de éste se emitían otras con el rostro del sucesor, dando muy pocos días para cambiar las anteriores. Ulises les habló de dioses que se arruinaron por no cambiar su dinero a tiempo.

El mortal, que dijo llamarse Platón, los guio por una intrincada red de callejuelas repletas de comercios artesanales. Atravesaron un mercado donde los orfebres trabajaban el oro y el cristal dándoles formas muy curiosas. Los diversos objetos, una vez acabados, eran de extraordinaria belleza. Alamarik supuso que serían bastante caros.

Las casas de ladrillo de aquel barrio eran las más pobres que habían visto en Atenas. Parecían habitadas exclusivamente por dálmatas.

Platón, mirando continuamente hacia atrás, los condujo por un largo y tortuoso callejón sin salida, y se dirigió a una miserable casucha situada en el más oculto rincón del mismo. Varios dálmatas y mortales se apoyaban en las paredes en actitud de vigilar. Alamarik estaba nervioso, se arrepentía por no llevar armas. Como en Atenas nadie las mostraba, Oberón decidió que pasearan desarmados para no causar mala impresión.

Platón los invitó a entrar en la casa. Los siguieron dos dálmatas de piel negra, muy fornidos, que atrancaron la puerta con un grueso cerrojo. Llevaban objetos en las manos que parecían de cristal. Alamarik estaba seguro de que eran armas.

La casa tenía una sola habitación. Sus paredes eran de adobe y el suelo de madera vieja y astillada. Había varios desvencijados muebles y una gran mesa que ocupaba el centro de la estancia. Platón la apartó, dejando al descubierto una trampilla redonda que daba acceso a un oscuro sótano. El mortal desapareció por una tenebrosa escalera espiral. El descenso se hizo interminable. Detrás de ellos iban los dálmatas con las armas en la mano. Alamarik, presto para la lucha, notaba a Lars también en tensión. Pensaba hacerle una indicación en ese sentido, cuando una tenue luz aclaró poco a poco las sombras.

Llegaron a una habitación de paredes encaladas y suelo de tierra. La iluminación era artificial, aunque no adivinaban su procedencia. Solo había dos sillones de madera donde Platón les pidió que se sentaran. Después, desapareció por una puerta oculta. Los dálmatas se quedaron en el comienzo de la escalera, impidiéndoles la huida.

—No me gusta. —dijo Lars en galáctico.

—Estate preparado. Al menor asomo de peligro escapamos. No creo que esos gorilas puedan con nosotros.

—Yo les atacaba ya. Después volvemos a la taberna que es un lugar tranquilo y acogedor.

—Vamos a esperar. Oberón quiere que intimemos con los nativos. No podemos perder esta oportunidad.

Platón apareció seguido de una de las mujeres más bellas que habían visto nunca. Sus rubios cabellos le llegaban a la cintura. Vestía una túnica blanca muy corta que mostraba sus bonitas piernas.

—¡Salud valientes guerreros! Me hacéis un gran honor visitando mi humilde morada. —Sus delicadas manos tomaron las de Alamarik, que olvidó la idea de escapar.

—El honor es nuestro —saludó en griego—. Nunca vi una mujer tan bella. Es para mí un placer contemplarla.

—No es necesario que mienta, poderoso señor. —Sonreía, sin soltar sus manos—. Sé que está rodeado de diosas y es difícil que aprecie la belleza

de una simple mortal. De todas formas, le agradezco esas bonitas palabras.

Le miró a los ojos, sonriendo, mientras él protestaba sobre la veracidad de su afirmación.

—¿Para qué nos ha llamado? —preguntó Lars rompiendo el embrujo del momento.

—Deseaba conoceros. Todos queremos saludar a los héroes que recuperaron la espada de Irindel —contestó, sentándose en el mismo sillón que Alamarik, rozando su cuerpo. El corio estaba fascinado por ella.

—Mi nombre es Helena. Soy mortal en un mundo de dioses, pero tengo la misma curiosidad que ellos. ¿Por qué no me contáis cómo fue el rescate de la espada?

La joven dominaba la situación. Alamarik relató las aventuras pasadas en Tracia, interrumpiéndose muchas veces por las preguntas de Helena. Tenía una curiosidad insaciable. ¿Dónde estaba Coria? ¿Eran tan poderosos los orcos como decían los Dioses? ¿Cómo era Vanda? ¿Oberón? Todo lo quería saber, y preguntaba con tal encanto que le costó un gran esfuerzo no hablar de los asuntos considerados secretos por Oberón.

Tres dálmatas entraron en la estancia. Portaban una jarra llena de un líquido rojo, de magnífica presencia, y varias copas.

—Es Icor —comentó Helena mientras les servía—. Ellos lo llaman sangre de dioses, pero lo fabricamos los mortales. Está hecho a base de zumos de fruta. No embriaga y es delicioso.

Alamarik pensó que nunca había bebido nada mejor. Se llenó otra vez la copa mientras las piernas desnudas de Helena, y el fugaz avistamiento ocasional de sus bragas blancas, acaparaban toda su atención.

—Bebida de maricas —musitó Lars en galáctico—. ¿Por qué no le preguntas si tiene algo que puedan beber los hombres?

—¿Desea algo de nosotros? —demandó Alamarik sin hacer caso de las protestas de Lars.

—Quizás. Antes de hablar debería conoceros mejor, pero no tenemos tiempo y voy a correr el riesgo. Dejaré mi suerte en sus manos.

Ambos esperaban las palabras de la cautivadora joven.

—Somos mortales en un mundo de dioses y nos gustaría ser mortales en un mundo de mortales.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Lars que, aunque hablaba mal el griego, lo entendía bien.

—Quizás seáis importantes en nuestro futuro. Sois un pueblo que puede ayudarnos a conseguir la libertad.

» Platón fue el único mortal que os habló, y procuró que no lo viera ningún dios, porque tenemos prohibido contactar con extranjeros, como otras muchas cosas. No somos esclavos, pero tampoco completamente libres. Vivimos para mantener a esos haraganes que son los dioses. A diferencia de ellos, que se adoran a sí mismos, los mortales somos

religiosos. Creemos en un Dios único al que ofrecemos nuestro culto. No veréis edificios dedicados a la religión porque a los dioses no les gusta. Llevamos el culto en el alma y celebramos los sagrados oficios de forma clandestina

» Irindel, que era el rey del planeta Argos, se convirtió a nuestra religión. Cuando clavó su espada en la roca de Tracia, los sacerdotes vieron en ello un signo divino, y en el rescate de la espada la señal que marcaría la hora de la libertad para los mortales de Grecia. Por eso me encomendaron la misión de ponerme en contacto con vosotros.

Alamarik pensaba en las palabras de la chica. Estaba estupefacto. Comprendía el peligro que se cerniría sobre ellos si los dioses se enteraban de la conversación. Ella proponía una rebelión de resultado muy incierto. Atenas era más poderosa que mil Corias juntas.

—¿Sois muchos? —preguntó para ganar tiempo, mientras pensaba cómo responder.

—Todos los mortales de Grecia estamos unidos por la religión y hartos de los dioses. Pero todavía somos pocos los que nos levantaríamos contra ellos. Existe un miedo ancestral. Somos un pueblo dominado desde el principio de los siglos. E igual les ocurre a los dálmatas, que tienen muchos más motivos para estar aterrorizados ante la sola idea de enojar a los dioses.

—Como comprenderá, no soy nadie para decidir. Ni siquiera sé si quien está al mando de nuestra expedición puede hablar al respecto.

—No es mi intención pediros ayuda ahora. Tenemos suficientes espías trabajando con los dioses para saber vuestra fuerza actual. Pero las cosas vendrán siguiendo su curso natural. —Le sonrió y posó la mano en su hombro—. Creemos en el cumplimiento de la profecía de Irindel. Sois nuestra esperanza, aunque ahora os seamos más útiles nosotros. Quiero que trasmitas a tus jefes nuestra buena disposición. Los mortales hacemos todo el trabajo en Grecia. Controlamos las fábricas de armamento y los astilleros de las naves espaciales.

Alamarik evitó un sobresalto. La bella chica les ofrecía lo que vinieron a buscar, independientemente de lo que decidieran los dioses.

—Han convocado el foro para dentro de quince días, aunque aún no os avisaron. Allí determinarán si os ayudan. También pueden decidir si os dejan marchar o no. Sea cual sea el resultado del foro, contáis con los mortales de manera incondicional.

La muchacha se levantó dando por terminada la entrevista. Al despedirse, tomó de nuevo las manos de Alamarik.

—Ha sido un placer conocerte, galante joven. Ya tendréis noticias mías.

—¿Cuándo la volveré a ver? —No quería que se perdiera.

—No lo sé. Los dioses no desconfían, pero es peligroso que vuelva por aquí.

—¿Puede venir a nuestro palacio?

—Imposible —contestó riendo—, soy «carne de dios». Así llamamos en Atenas a las mortales lo suficientemente bellas para atraer el deseo de los dioses. Si saliese a la calle no tardaría en ser raptada y poseída. Y no quiero servir de amante a ninguno de ellos.

—¿Eso es posible? —preguntó Alamarik indignado.

—Son todopoderosos, aunque los mortales también tenemos parte de culpa —dijo con tristeza—. Las familias con hijas hermosas desean, en secreto, que algún dios las posea. Con suerte, quedan embarazadas y nace un héroe. Aunque el dios, pasados los instantes de lujuria, se olvide de su compañera, no lo hará de su hijo, y éste velara por toda la familia. A tal estado de degradación hemos llegado. —Tenía lágrimas en los ojos—. Si quieres verme, pasee por estos barrios. Alguien te avisará.

Antes de irse besó la mejilla de Alamarik. Fue un casto beso, pero durante todo el camino de regreso el corio notó en la cara el lugar que habían rozado los labios de Helena.

El foro de los dioses

Vanda se levantó pronto. Le gustaba desayunar y salir al jardín. Aquel día el aroma de las flores era embriagador. No sabía si siempre olían así o estaban en alguna estación del año favorable para ello.

Se encontraba cansado. La noche anterior estuvieron hasta muy tarde con Ulises preparando las entrevistas del día siguiente. Al retirarse el héroe, Alamarik dijo que tenía hablar con ellos y no podía esperar. En cuanto acabó, se quedaron más de dos horas ideando la forma de recibir información de los mortales y almacenarla sin que lo notaran los dioses. No encontraron ningún medio seguro y aplazaron la solución para más adelante. Oberón ordenó a Lars y a Alamarik que pasearan todos los días por aquel barrio a la espera de noticias. Ya clareaba el día cuando se acostaron todos.

Vanda seguía el curso del riachuelo que atravesaba el jardín. Le encantaban los paseos matutinos por aquel lugar paradisíaco que le recordaba al bosque de Terwol, en el lejano planeta corio de Ilamad, donde pasó buena parte de su infancia.

Pensaba en Aradiel y en Tracia. ¿Qué sucedería en aquel planeta? ¿Habrían sufrido represalias por el bombardeo de las ciudades jonias? La bella joven continuaba impresa en su mente, pero no podía hacer nada por ella. No estaba en sus manos la decisión de ayudar a Tracia, ni a Coria le era posible una guerra tan lejos de sus fronteras. Solo el azar determinaría la posibilidad de un nuevo encuentro.

El río creaba graciosas cascadas que surgían de una maraña de

vegetación. Algunos peces las saltaban a contracorriente y a veces tropezaban con rocas sumergidas y rebotaban hacia atrás. A continuación, volvían a intentar el salto. Vanda estuvo unos minutos entretenido con ellos.

Se acercó a una fuentecilla que representaba una rana de piedra expulsando el chorro de agua por la boca. Bebió. El agua era muy buena pero no se podía comparar a la de Ilamad, el agua de Coria.

La estrella Atenas empezaba a calentar. También habían salido los otros dos soles menores que iluminaban el planeta.

Vanda vio que había sobrepasado los límites del palacio y caminaba por el jardín de la casa contigua. En Atenas nadie cercaba los jardines y las casas colindantes se comunicaban por él, aunque estaba mal visto pasar de una propiedad a otra sin previa invitación. Dudó si continuar. El riachuelo se adentraba en una frondosa arboleda donde el agua se estancaba. Le apetecía explorarla, pero decidió que no valía la pena una reprimenda de Oberón por husmear en un bosquecillo. Ya se disponía a volver cuando escuchó risas femeninas. Venían del interior de los árboles. Fue hacia ellas.

Aquellas risas cantarinas eran el sonido adecuado para aquel maravilloso entorno. Bordeó el riachuelo por un estrecho sendero de tierra rodeado de arbustos muy espesos. Ya divisaba las rocas que marcaban el comienzo del estanque, y percibió unas formas que se movían en el agua. Se acercó con precaución, guarnecido por los altos matorrales del lugar.

Dos bellas mujeres y cuatro adolescentes se bañaban desnudas. Las mujeres, una rubia y otra morena, color de pelo bastante raro entre las diosas, eran muy hermosas. Las adolescentes, de pechos recién nacidos y casi impúberes, acariciaban a las mayores.

La rubia enlazó los hombros de la morena. Sus pechos salieron del agua. Eran grandes, erguidos y muy bellos.

Hablaban en griego, idioma que comprendía, pero desde donde estaba apenas distinguía algunas palabras. La rubia besó en la boca a la morena mientras una de las niñas le lamía los pechos. Las dos mujeres fueron a más en sus caricias y las niñas se apartaron, observando la escena con religioso silencio.

Vanda no sabía cómo integrarse en aquel maravilloso cuadro. Si salía de su escondite y no era bienvenido, las mujeres se enfadarían, sobre todo si estaban casadas. Las diosas eran promiscuas, pero cuando se casaban tenían que obrar con prudencia. A ningún dios le agradaba que su mujer tuviese devaneos.

Decidió pasear distraído y fingir una equivocación por creer que se encontraba en su propio jardín. Estaban tan abstraídas con sus juegos que llegó a tres metros del estanque sin que lo descubrieran. A través del agua se transparentaba el magnífico cuerpo desnudo de la mujer morena. Se había colocado encima de la rubia y la besaba.

Una de las niñas las avisó e interrumpieron su abrazo para sumergirse hasta el cuello en el agua. Lo miraron con enfado.

—Perdonad si os he molestado —se excusó en griego—. No sabía que viviera nadie más en este palacio.

Las dos mujeres estaban expectantes.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —preguntó la bella rubia, muy seria.

—Acabo de llegar. Y os vuelvo a repetir que me perdonéis. Nada más lejos de mi intención que molestar a tan distinguidas señoras. Ya me voy. —Pero no se iba—. Ha sido un malentendido. Creía que los corios estábamos solos en esta mansión.

—¿Eres uno de los que rescataron la espada de Irindel? —preguntó la mujer morena, irguiéndose y permitiendo que sus bonitos pechos salieran del agua.

—Sí, yo la rescaté.

—Entonces eres el príncipe de quien todos hablan en Atenas.

Vanda percibió una ligera sonrisa en la bella mujer. Había notado cómo miraba sus hermosos senos.

—Sí. ¿Puedo conocer vuestros nombres?

—No me gustaría ser descortés —intervino la mujer rubia que, por pudor, sólo asomaba la cabeza fuera del agua—, pero debes comprender que estamos desnudas y no podemos mantener esta conversación.

—¡Oh! Déjalo —intervino la morena—. Deseaba conocerlo. A los demás los vemos de vez en cuando, pero a él lo tienen acaparado los dioses. Yo soy la diosa Afrodita. Tu vecina y la dueña de esta casa.

Su voz parecía música en los oídos de Vanda. La mujer le sonreía abiertamente.

—¿Estoy en su casa? Que lamentable error. He debido abstraerme tanto con el riachuelo que no advertí que invadía su propiedad.

—¡Por favor! Dile que se marche —pidió la rubia.

—No seas tonta. Mi casa es segura, y supongo que este guapo joven será muy discreto por la cuenta que le tiene. —Dirigió a Vanda una sonrisa traviesa—. Mi amiga es Safo, la mujer del dios Zeus, el tirano de Atenas. Según nuestras leyes, ningún hombre debe verla nunca. El tirano se enfadaría si supiera que otros ojos la han mirado, aunque sean los de un extranjero como tú. Pero pareces un joven despierto que entiende pronto las cosas. ¿No es así?

—Sin duda, bella señora. Estos árboles serán testigos de nuestro secreto. Temo que estén incomodas hablando conmigo desde el agua. ¿Me permitís que comparta vuestro baño?

Afrodita estalló en carcajadas y Safo protestó escandalizada. A pesar de sus quejas, Afrodita le permitió bañarse en el estanque.

Vanda se quitó la ropa y entró en el agua, acercándose a las mujeres.

Las niñas lo miraban con expectación.

—Estás loca —protestó Safo—. Me comprometes.

—Mi casa es la más segura de Atenas. Hace años que tapié las ventanas que dan al jardín ante la curiosidad de los criados, y mis pequeñas amantes no dirán nada. Solo queda nuestro hermoso joven. Supongo que sabrá agradecer el honor que le hacemos con su discreción.

—Os doy mi palabra de que mis labios estarán sellados para siempre —aseguró con cierta sorna sentándose entre ellas. Safo estaba nerviosa, pero Afrodita acarició los esbeltos brazos del príncipe.

—Si llego a saber que fuera de Grecia existían jóvenes tan apuestos, te habría pedido que convencieras a Zeus para que conociéramos otros mundos.

—En mi país, cuando unos amigos se encuentran por primera vez suelen besarse.

—Muy atrevido eres —replicó Afrodita, riendo—. No me extraña que llegaras hasta nosotros tras sortear todos los peligros de la galaxia.

—No es atrevimiento, sino quizás es que tenemos costumbres diferentes.

Vanda atrajo a Afrodita y la besó. Fue una sorpresa el profundo beso de la diosa. Logró arrastrarlo hacia el infinito en un torbellino de pasión. Los bellos pechos terminaron en sus manos y sus suaves pezones bailaron entre sus dedos.

Afrodita lo separó con dificultad. En sus ojos se leía la pasión.

—Querido muchacho, me atraes en gran manera, pero no debemos olvidarnos de los presentes. —Señaló a Safo—. Es mi más amada amiga y deseo que la sirvas como si de mí se tratara.

Vanda quiso tomar la mano de Safo, pero ella lo rehuyó. Afrodita, con un grácil desplazamiento, se acercó a la diosa rubia.

—No temas nada. Estás segura en mi casa. Disfruta de este hermoso joven —propuso y la empujó a sus brazos. Vanda la besó. Al principio opuso cierta resistencia, aunque acabó entregándose con pasión.

Afrodita tomó en sus manos los pechos de Safo.

—¿Viste alguna vez senos más hermosos? —preguntó cogiendo la mano de Vanda para acariciarlos. Al contacto de sus dedos los claros pezones se irguieron, y cuando puso su lengua sobre ellos la bella mujer comenzó a temblar.

Afrodita se levantó, el agua le llegaba al muslo. Vanda quedó impresionado por su encanto. La diosa alzó a Safo y las dos, sin más ropa que su hermosura, se pegaron a él, que permanecía sentado en el lecho del estanque.

—Nadie en el universo puede hacer sombra a vuestra belleza.

—Muy gentil eres —dijo Afrodita, acariciando el pubis de Safo—. Este dorado vello solo lo toca el dios más poderoso. —La rodeó con sus brazos

por detrás, bajó las manos y abrió la vulva—. Bésala.

Vanda acarició con sus labios la rosada superficie. Se acordó de las enseñanzas de Haidee. Deslizó con suavidad su lengua por el clítoris y la mujer comenzó a gemir. Afrodita la besó en la boca.

La excitación de Safo aumentaba por segundos. Clavó sus uñas en la cabeza del joven, y de sus hermosos labios brotaran suspiros y palabras de amor.

Las cuatro niñas estaban muy pendientes de lo que acontecía.

Afrodita arrastró a Safo, que no quería separar su pubis de la boca de Vanda, hasta la ribera del estanque y la tendió en la hierba.

—Ahora, poséela.

Afrodita misma tomó el pene y le ayudó a penetrarla. Safo gritó, gimió y arañó su espalda. Hubo un momento en que se estremeció. Las paredes de su vagina abrazaron el pene con fuerza. Después, bajó la intensidad de su excitación, para muy pronto aumentar exponencialmente, y su cuerpo estalló en fuertes convulsiones. Afrodita le apretó los testículos por detrás y con la lengua recorrió la unión de ambos glúteos. Vanda descargó su semen en un torrente incontenible en el interior de Safo, que perdió el conocimiento. Afrodita extrajo el pene de la vagina y lo lamió muy excitada. La hermosa mujer temblaba de pasión.

—Espero que no tardes en estar dispuesto otra vez. Me voy a volver loca. —Se abalanzó sobre el príncipe besándolo por todas partes. Los cuerpos desnudos se abrazaron mientras Safo continuaba desvanecida. La mujer dorada fue maravillosa, pero notaba algo diferente en Afrodita. De ella emanaba una tremenda sensualidad. Cada una de sus células parecía desearla. Era una extraña y maravillosa droga.

Sentada sobre él, la diosa se introdujo el pene y comenzó una salvaje galopada. Ella le arañaba, gritaba y decía palabras de amor. Al joven le resultó difícil no vaciarse enseguida, interrumpiendo aquel frenesí.

—Dame tu semen —gritó inmersa en tremendas convulsiones—. Dámelo, por favor.

No tuvo que repetirlo dos veces, un surtidor de caliente semen afloró en su vagina. Afrodita profirió un gutural grito que enervaba la piel y aceleraba el corazón. La diosa no hacía el amor, era el mismo amor.

Safo, ya recuperada, comenzó a llorar. Afrodita se acercó a ella profiriendo palabras cariñosas y besándola en la cara y en los labios.

—No sabía que esto pudiera existir —suspiró—. Fue maravilloso.

—Ven —le dijo Afrodita al corio—. Está enamorada y te necesita.

Safo abrazó a Vanda con todas sus fuerzas, mojándole la cara de lágrimas.

—Te amo, guapo muchacho —dijo entre sollozos—. Soy más feliz que nunca lo he sido. Si por mí fuera, no te abandonaría jamás.

Vanda empezó a preocuparse. Solo faltaba que por una veleidad

amorosa se enfrentaran con el más poderoso de los dioses.

—No está en mi mano el tenerte —continuó Safo—, pero has de saber que en lo sucesivo notarás mi amor en todas las cosas. Siempre que pueda escapar de mi palacio vendré aquí, y tú me poseerás cuando quieras.

Afrodita se unió a ellos y los acarició. El más mínimo roce de su piel le excitaba. La diosa le generaba un deseo increíble, pero Vanda comprendió la necesidad de no ofender a Safo. Ante una mujer tan poderosa tenía que obrar con cautela.

Afrodita, con pequeños besos, acarició el pene de Vanda.

—Mira —avisó a Safo riendo—. Está dispuesto otra vez.

Se agachó y atrapó el pene entre sus pechos, consiguiendo que se irguiera por completo. La boca de la diosa lo capturó con un poderoso movimiento de succión y sus manos asieron los testículos.

Safo, ya recuperada, quiso integrarse con ellos.

—No conviene que hagas más el amor —le dijo Afrodita—. Zeus podría notar algo. Pero acércate y lo paladearemos juntas.

Safo chupó los testículos.

—Bebe tú los jugos de la vida —dijo Afrodita introduciendo el pene en la boca de Safo. Después, mordisqueó los labios de Vanda con una sonrisa cómplice. Tomó su mano e hizo que sus dedos penetraran en la vulva mojada y acariciaran el clítoris. Se masturbó con sus dedos y los del corio entrelazados mientras Vanda derramaba su semen en la boca de Safo.

Los tres, desnudos y abrazados, permanecieron largo rato tumbados en el césped. Se acariciaban de todas las formas posibles y Vanda tuvo otra erección, pero Afrodita dijo que ya era tarde. Los compañeros del príncipe podrían preocuparse y buscarlo, lo que comprometería a Safo.

Vanda tomó de nuevo el estrecho sendero hacia su mansión. Cada pocos metros volvía la cabeza para ver a las magníficas diosas que reían y lo saludaban con la mano.

Aún se deleitaba con el recuerdo del rato pasado cuando vio a Oberón poseído por todos los demonios.

—¡Maldito seas! —gritó al verlo—. ¿Dónde te has metido?

Llevaban dos horas buscándolo en secreto. No querían que Ulises se enterara de su desaparición.

—Falta media hora para la entrevista con los dioses de Etolia. Ulises quiere prepararte antes. ¿Dónde estuviste?

Vanda se lo contó. No podía ocultar a Oberón nada que pudiese afectar a la expedición.

—¡Príncipe fornicador! Ya sabía yo que juntaros con piratas no iba a dar buen resultado. Y nada menos que con la mujer de Zeus. No te conformas con esclavas o diosas menores. Apuntas alto. ¿Qué pasará si se entera el marido?

Vanda no dijo nada. Aguantó estoicamente la lluvia de improperios.

Pensaba que fue un error, pero, ¿cómo podía saber que era la esposa del dios más poderoso? Cuando se enteró, ya Afrodita manejaba los hilos y era imposible escapar.

—¿Qué le decimos a Ulises?

—¿Sabe que me estáis buscando?

—No le dijimos nada, pero temo que percibiera nuestro malestar.

Cuando llegaron a la casa, Alamarik y Lars salían para su habitual paseo matutino. Miraron de reojo a Vanda. El príncipe creyó notar una mueca risueña en la cara del pirata.

Encontraron a Ulises en el pórtico del palacio. Si notó algo fuera de lo normal no dio muestras de ello, pues aleccionó a Vanda para la entrevista que tendría a continuación.

Los dioses de Etolia se mostraron muy amables, como todos los anteriores. Querían saber las peripecias de su viaje a Grecia y, fundamentalmente, los pormenores del rescate de la espada de Irindel. También mostraron interés por los órfidas. Sobre un mapa de la galaxia, pidieron que les señalaran los límites del Imperio órfida, quedando asombrados por su tremenda expansión en apenas tres siglos. Siempre preguntaban por Coria, y también era motivo de asombro el puntito minúsculo que representaba la Bolsa. Oberón indicó a Vanda que, cuando tocaran el tema, confundiese Coria con Amargaz. No estaban los tiempos para fiarse de nadie.

En las entrevistas siempre estaban presentes Ulises, en calidad de traductor, y Oberón. Los dioses se interesaban exclusivamente por Vanda. Al resto de los corios los consideraban una raza inferior, similar a los mortales. Pero el hecho de que el príncipe rescatara la espada lo diferenciaba de los demás. Incluso, algunos mostraban hacia él un reverente respeto. Otros, en cambio, los que no creían en la magia de Irindel, entrevistaban a Vanda para acudir al foro con conocimiento de causa, y les parecía una insensatez convocar un foro de dioses porque una nación humana pidiese ayuda.

Los dioses de Etolia, gracias a la cercanía de su estrella natal con la de Argos, patria de Irindel, creían en la profecía y mostraron una gran admiración por Vanda. Si bien no dejaban de preguntarse cómo el azar eligió un humano, y no un Dios, para gobernar el universo.

Alamarik y Lars paseaban infructuosamente por el barrio de los mortales. Encontraron las tiendas de orfebrería y el callejón sin salida donde estaba la casa de Helena, pero nadie les avisó.

Alamarik ansiaba verla de nuevo. Pensaba en ella continuamente. Podía estar escondida en cualquiera de las casas de piedra; tal vez mirándolo desde alguna ventana.

Entre los trabajadores de las tiendas de orfebrería creyó reconocer a

uno de los esclavos negros que los siguieron al interior de la casa, pero no estaba seguro y, por prudencia, se abstuvo de dirigirse a él.

Después de dar muchas vueltas, y ante la insistencia de Lars en buscar tabernas, Alamarik decidió regresar al palacio. Apenas faltaba una hora para la sesión video-cultural de Ulises.

Ya estaban cerca de la residencia cuando un dálmata negro les cortó el paso. Era viejo, muy delgado y no les habló con la habitual humildad de los esclavos.

—Me envía mi señora Helena. Quiere saber si os puede servir. —Llevaba una vasija ovalada llena de un líquido viscoso.

—¿No podemos verla? —preguntó Alamarik, esperanzado.

—No, deben decirme lo que desean. Yo lo transmitiré. Tampoco dispongo de tiempo para perder. Algún dios podría pasar por aquí.

—Armas y naves, toda la información posible —contestó Alamarik—. Y cualquier cosa que tu señora crea que pueda sernos útil.

—Mañana pasead por el mercado de Libia. Si os preguntan por mí, decid que os extraviasteis y os indiqué el camino de regreso a vuestra morada.

—No tenemos medios de almacenar la información —dijo Alamarik cuando ya se iba el dálmata.

—Mi señora sabrá que hacer —replicó y después desapareció entre la multitud de mortales y dálmatas que abarrotaban las calles.

—Este no te gusta tanto como la rubia de ayer —bromeó Lars—. Aunque si quieres que te diga la verdad, deberías intentarlo con el negro. Seguro que te resulta más fácil que su señora.

Alamarik estuvo a punto de enfadarse ante las risotadas del pirata. Le indignaba la poca delicadeza con que trataba su atracción por Helena.

En el palacio, apenas tuvo tiempo de intercambiar dos palabras con Oberón cuando fueron interrumpidos por Ulises. Había acudido a avisar que el foro de los dioses se celebraría en el plazo máximo de catorce días.

En los días sucesivos, mientras se preparaba el foro, los corios estuvieron muy atareados con las películas informativas de Ulises. El héroe quería mostrarles todos los mundos de Grecia antes de la reunión.

Vanda se levantaba muy temprano y acudía al palacio vecino en busca de Afrodita. Cuando aparecía Safo, se mostraba enamorada y ansiosa de él, como si hubiera pasado meses sin verlo. Afrodita se retiraba, dejándolos solos, a menos que la llamaran para algún juego amoroso. Si estaban solos, él y Afrodita se entregaban a una desenfrenada orgía, en la que en ocasiones participaban las niñas. Vanda quedó asombrado por su gran experiencia a pesar de la corta edad. Pero lo que más deseaba era poseer a Afrodita. Llenarse de la diosa. Permanecer dentro de ella todo el tiempo del mundo. Se embriagaba con su presencia. Su sola mirada lo excitaba. Su piel despedía un aroma que lo volvía loco. Ella le hizo ver que tenía que

cortejar a Safo si quería que los asuntos que los llevaron a Grecia salieran a satisfacción de todos. No dijo más, ni respondió sus preguntas al respecto, pero quedó muy claro. Si iba Safo, todo su amor debía ser para ella. Si no, serían libres para dejar que se desbocara la gran fuerza con que sus cuerpos se atraían.

—Ayer estuve con dioses campesinos —le dijo un día Afrodita mientras se abrazaban, desnudos, en el césped.

—¿Qué pasó? —preguntó con cierto interés.

—Eran muy palurdos, pero pasamos un rato divertido. —Al hablar de Dioses campesinos los atenienses se referían a los nativos de los apartados mundos agrícolas. Tenían fama de ser muy rústicos, motivo por el que eran objeto de las burlas de los demás dioses—. Los convencí para que votaran a vuestro favor en el foro.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó extrañado. Las diosas no solían intervenir en la política griega.

—¿Quién sabe? —respondió, riendo—. Quizás lo haga porque crea en la espada de Irindel, o porque te ame, o por esto. —Tomó el pene—. O por reírme de esos pobres labradores. Intenta adivinarlo. —Con la nariz le hizo cosquillas en la ingle. Parecía muy divertida, pero era evidente que no le iba a decir más.

Oberón lo pasó mal aquellos días. Todas las mañanas Vanda iba a la casa contigua y al volver se notaba que había hecho el amor. No sabía si prohibir sus correrías. Una prohibición rotunda podía provocar que el príncipe se rebelara. Se estaba haciendo un hombre y comenzaba a tomar sus propias decisiones. Por otra parte, no sabía si la amistad de Vanda con la diosa sería positiva para la misión. Safo, como mujer de Zeus, quizás influyera en su marido, y la voz de este se escuchaba en muchos mundos griegos. Pero tenían que procurar que el tirano no se enterase del romance. Oberón apostó soldados rodeando el palacio para prevenir cualquier eventualidad.

Llovía torrencialmente cuando Alamarik y Lars llegaron al mercado de Libia. La tormenta los pilló desprevenidos, sin protección contra la lluvia y estaban empapados.

El mercado era inmenso. En su interior había miles de puestos donde se vendían mercancías procedentes de todo el mundo griego. Alamarik paseaba por los larguísimos corredores, absorto en la contemplación de artículos desconocidos y maravillosos.

Para satisfacción de Lars, encontraron muchas tabernas donde vendían licores además de cerveza. Entraron en una de muy buen aspecto. El dueño, un mortal gordo bastante agradable, les explicó que en Atenas se producían los licores más exquisitos de Grecia, pero estaban destinados a las bodegas de los dioses. A las tabernas, frecuentadas únicamente por

mortales y dálmatas, solo llegaban productos de desecho y cerveza. El tabernero, gracias a un familiar que trabajaba en una destilería, conseguía un buen suministro de licores de manera clandestina.

Alamarik quedó sorprendido por el caudal de simpatía que Lars derrochó con aquel hombre. Enseguida se hicieron íntimos amigos, y el pirata bebió de gorra todo lo que quiso, hasta que el joven, viendo que peligraba la misión, lo sacó a rastras de la taberna. Lars y el tabernero se despidieron con fuertes abrazos y quedaron en verse al día siguiente.

Había una gran muchedumbre en los puestos comerciales. Todos eran mortales o dálmatas. Los dioses no frecuentaban el mercado porque no se mezclaban con los seres inferiores. Ocasionalmente, alguna diosa estacionaba su magnífico carro de fuego en la entrada, daba un rápido paseo y después enviaba a sus esclavos para comprar los artículos elegidos.

—Comprad frutas de Apulia —les aconsejó una hermosa dálmata que llevaba sobre su cabeza un cesto lleno de pan—. Son exquisitas. —La joven desapareció sin decirles dónde las vendían.

Tras mucho preguntar, llegaron a un puesto donde se apilaban unos frutos parecidos a las sandías. Un dálmata, que empujaba una carretilla que flotaba en aire llena de racimos de uvas, les indicó que aquellas eran las frutas de Apulia.

—¿Qué precio tienen? —preguntó Alamarik mientras Lars examinaba una.

—Medio Zeus —contestó la vendedora, una mortal ya entrada en años —. Compren rápido que han llegado hoy y me las quitan de las manos.

Alamarik dudaba. La mujer no le dio tiempo a pedir.

—¿Las quiere todas? Eso es imposible, señor. Los demás también tienen derecho a probar esta fruta exquisita. Le daré sólo la mitad, el resto lo venderé a mis clientes habituales. Perdone, pero yo me debo a ellos. Se ofenderían si no les ofrezco frutas de Apulia las pocas ocasiones que las consigo. Casi siempre los dioses se quedan con todas las que llegan a Atenas.

Luego, se dirigió a un muchacho que estaba tumbado sobre unos sacos de patatas.

—¡Sócrates! ¡Perezoso! Busca un vehículo y lleva la fruta al domicilio de estos señores. Si me dejan su dirección las tendrán en casa dentro de media hora. No olviden pagarle veinte Zeus al muchacho. El transporte lo regala la casa. Encantada de haberles servido.

Alamarik, que no dijo una sola palabra, comprendió la urgencia de volver a la mansión para preparar la llegada de la mercancía. Estaba preocupado. Los cocineros eran dálmatas y no podía fiarse de ellos. Resultaría muy extraño introducir cuarenta frutas de Apulia sin que pasaran por la cocina. De cualquier forma, Oberón ya pensaría en algo.

Al llegar a la residencia, Vanda y Oberón habían salido para

entrevistarse con los dioses del Tártaro. Alamarik tuvo que resolver el problema. Organizó a los soldados para recibir la mercancía y guardarla en sus habitaciones. Avisó al cocinero para que inventase algo que justificara que las frutas llegaran a la cocina abiertas. Si había algo escondido tenía que estar en el interior. Fue un acierto acudir a él. Tomó el mando de la cocina y, con la excusa de que iban a preparar las frutas al estilo de su tierra, reemplazó a los dálmatas por soldados corios, sus teóricos ayudantes. Abrieron las frutas y las colocaron en bandejas como si fueran sandías. Llevaban en su interior pequeñas cajitas, de dos centímetros de ancho por cinco de largo y tres de altura, que ocultaron enseguida.

En todas las frutas venía el mismo contenido salvo en seis de ellas, en las que aparecieron piezas desmontadas de algún aparato, y en otra, un extraño papel muy bien enrollado. En su habitación deslió el papel, parecido al plástico, que llevaba el esquema que debían utilizar para unir las piezas. En el borde inferior había un mensaje.

Mañana acude a la fuente de Antígona.

Helena

Después de la comida, encargaron a Vanda entretener a Ulises mientras Oberón y Alamarik revisaban la mercancía. Cada una de las cajitas contenía dos mil finísimas laminillas de un extraño metal y, al unir las piezas, montaron un ultramoderno lector de microfilms donde encajaban a la perfección las laminillas. Tuvieron que contener el deseo de verlas enseguida. Ulises se mostraba muy confiado, pero no querían darle motivos para que recelase.

Por la tarde, tuvieron una nueva sesión cultural dedicada a los sistemas solares periféricos de Grecia. Al finalizar, Lars, que había conseguido licores gracias a su amigo tabernero, volvió a proponer un intercambio de esclavas. Alamarik aún no había utilizado las suyas. Pensó que el pirata merecía un poco de juerga, y accedió a cambio de que Lars prometiese no beber en los paseos por la ciudad.

Lars y él pasaron toda la noche en compañía de las cuatro dálmatas. Les sorprendió el amanecer todavía en faena. Gracias a una ducha y bastante café pudieron ir a la fuente de Antígona.

Oberón no dijo nada cuando los vio salir, su mirada reprobadora hablaba por él. Contrastaba con la faz adormilada y satisfecha de Lars.

La fuente estaba en el otro extremo de la ciudad, en un barrio que aún no habían visitado. Alamarik, tras observar el plano de Atenas, supo que debían viajar en cinco cintas transportadoras diferentes.

Era aún temprano, las calles no estaban concurridas y no se retrasaron al hacer los transbordos entre las cintas a causa de la muchedumbre

habitual en otros momentos del día. En menos de una hora llegaron a las inmediaciones de la fuente. Las bonitas casas de piedra de aquel barrio eran las mejores que habían visto en lugares habitados por mortales.

Una colosal estatua de mármol negro que representaba a Antígona enterrando a su hermano presidía el barrio. De la boca de la mujer de piedra brotaba un caudaloso torrente de agua cristalina que caía, cien metros más abajo, en un enorme estanque y creaba una espesa bruma de varios metros de altura. En las aguas tranquilas alejadas de la catarata cisnes, patos, flamencos, y otros animales acuáticos desconocidos para ellos, se solazaban al sol.

Durante un buen rato contemplaron como la chiquillería del lugar tiraba migas de pan a los cisnes, hasta que llegó una niña de siete años para preguntarles si eran gente de Coria. Tras la respuesta afirmativa de Alamarik, los condujo hasta una enorme mansión de piedra blanca, cuyas paredes estaban adornadas con placas de cerámica azul donde se representaban escenas acuáticas. Era un balneario de aguas termales.

Entraron en el edificio a través de una arcada de piedra repleta de flores aromáticas que mezclaban en el aire sus fragancias. Después, pasaron a un espacioso vestíbulo techado por una cúpula de cristal multicolor, donde una anciana les entregó una bolsa de tela blanca que contenía una toalla y varios tipos de jabones. También enumeró los servicios que la casa ofrecía y los precios de cada cosa. Podían utilizar la sauna, el agua a presión, los baños de burbujas y un sinnúmero de modalidades de las que nunca habían oído hablar.

Alamarik dijo que dentro escogerían y, seguido de Lars, penetró en la sala de baños.

La vieja sujetó el brazo del pirata.

—Señor, se equivoca. Esos son los baños de mujeres. Los hombres no pueden entrar.

Lars hizo un ademán indicando que Alamarik ya había entrado, pero la mujer lo llevó cogido del brazo hasta los baños de hombres. Resignado a su suerte, entró en los baños masculinos maldiciendo a la vieja.

Nada más traspasar la puerta, Alamarik llegó a un oscuro corredor de paredes de tela donde se escuchaba el ruido del agua. Al final se veía una estancia iluminada y el comienzo de una piscina de la que emanaba una nube de vapor. Le pareció ver a una muchacha desnuda saliendo del agua. Se dirigió interesado hacia ella cuando le sujetaron del brazo. Una joven morena lo atrajo al interior de una pequeña recámara formada por telas entrelazadas entre sí.

La muchacha puso un dedo en sus labios pidiendo silencio. Solo estaba cubierta por una corta toalla que dejaba al descubierto la mitad de sus pechos y sus hermosas piernas. Tenía el cabello mojado.

—Debes aguardar aquí. —Era un vestuario para una sola persona y

había muy poco espacio. Ella se quitó la toalla húmeda. Al moverse, rozó con sus pechos desnudos los brazos del corio. Después, tomó una toalla seca y salió del habitáculo con ella en la mano.

La aparición de Helena fue mística para Alamarik. Al igual que la joven anterior, su única vestimenta era un diminuto paño blanco que apenas la tapaba.

Recordó lo mucho que había anhelado su presencia. En ese momento estaba pegada a su cuerpo, casi desnuda y más bella aún que en sus sueños.

—Te saludo con alegría, joven soldado —dijo nada más entrar—. ¿Recibisteis el material según lo convenido?

—Sí, todo fue bien. Los sirvientes no se dieron cuenta de nada.

—Por el servicio de la mansión no debéis preocuparos. Todos son nuestros. Pero es bueno que toméis precauciones. Ulises, aunque está de vuestra parte, no toleraría que contactéis con nosotros. Es un héroe y siempre apoyará a los dioses. ¿Montasteis el lector de microfilms?

—Sí —contestó más pendiente de su cuerpo que de la conversación.

—Hoy te entrego un mapa de todos los mundos de Grecia. —Le mostró una cajita similar a las anteriores—. Guardadla bien. Puede hacernos mucho daño si cae en manos de los dioses. Os describimos la distribución de las guarniciones y cuántos mortales hay en cada una. También señalamos las que estarían dispuestas a rebelarse, y aquellas donde puede triunfar la rebelión. Es posible que pase mucho tiempo hasta que utilicéis esta información, pero apenas variará en el futuro. Los dioses son enemigos de cualquier cambio si la ordenación antigua funciona bien.

Alamarik se daba cuenta de lo terrible que sería para los mortales que la información cayera en manos de los dioses. Helena y sus amigos asumían un gran riesgo al depositar tanta confianza en ellos.

—Mañana os llegará un nuevo envío de material en la octava hora —continuó Helena—. Vanda y Ulises tienen una entrevista con Zeus y no estarán en casa. Continuad paseando por la ciudad. Es indiferente el lugar que escojáis, estamos en todas partes. El recorrido debe ser diferente cada día. Solo si tenéis algo urgente que comunicarnos acudid a la taberna donde Platón os encontró el primer día. Ahora debo marcharme —Le miró intensamente—. Decid a vuestro príncipe que el camino que ha elegido es bueno.

Helena se disponía a desenganchar el cordel que cerraba la recámara cuando Alamarik la atrapó. Intentó besarla, pero escapó de sus brazos, aunque en el forcejeo perdió la toalla y quedó desnuda.

—¡Quieto! —gritó, y su tono de voz lo detuvo mejor que cualquier arma—. ¿Piensas que soy una prostituta como las diosas? —Alamarik estaba paralizado, admirando su magnífico cuerpo—. Debes saber que los mortales consideramos una virtud como la castidad. Yo fui enviada para

ayudaros y no para entregarme a ti. —Helena parecía muy enfadada, pero hablaba en voz baja.

—Te amo —dijo Alamarik avergonzado.

—Amáis más a vuestras esclavas —afirmó con una sonrisa hiriente brillando en sus ojos. Después, con un ágil salto, se deslizó entre la pared de tela y el cuerpo de Alamarik, y abandonó la recámara.

Alamarik salió poco después con la toalla que cubría el cuerpo de Helena en la mano. Hizo avisar a Lars y abandonaron los baños.

Durante el camino de regreso pensaba en Helena. La deseaba como nunca había deseado a mujer alguna. Pero ella era una embajadora enviada por los mortales para tratar con un pueblo que podía ayudarlos a conseguir su libertad. Sus sentimientos nunca serían correspondidos. Él, además, había fracasado como negociador al abordarla. Lars, viendo su tristeza, le relató historias de cuando era pirata para distraerlo, pero Alamarik no le hizo caso. Helena ocupaba hasta los más remotos rincones de su cerebro.

En la mansión, comunicó a Oberón lo sucedido y éste le recriminó por acercarse sexualmente a la mortal. Sin embargo, la reprimenda fue más suave de lo esperado. Alamarik estaba seguro de que Oberón iba a elegir a otro para hablar con los mortales, pero se equivocó. El jefe de la expedición coria manifestó que no sabía si eran hombres o animales que no podían ver una mujer sin lanzarse sobre ella. Preguntó dónde estaba la educación que les habían inculcado en Coria. Incluso llegó a decir que pensaba ponerles a todos unas fajas de cuero, como a los verracos, para evitar que sacaran el rabo a la menor oportunidad, pero no pasó de ahí la bronca. Oberón, además de confiar en Alamarik, estaba muy contento. Se quitó un gran peso de encima porque Helena afirmó que Vanda estaba en el buen camino. En ese momento su mayor preocupación era el resultado de las relaciones amorosas del príncipe.

Los mortales, sin dar muestras de sentirse molestos por su comportamiento, continuaron enviándoles material, y Alamarik mantuvo varias entrevistas con ellos. Pero no volvió a aparecer Helena. Siempre enviaban a hombres ancianos, lo que le ofendía y avergonzaba.

Pese a la insistencia de Lars, no volvió a tocar a las dálmatas. Evitaba hasta mirarlas.

A los cuarenta días de la llegada de los corios a Atenas se reunió el foro de los dioses. Comenzó con un gigantesco y teatral desfile por las calles de la ciudad. La caravana salió muy temprano del Partenón encabezada por los dioses de Esparta. Al ser los principales rivales de los atenienses, la cortesía obligaba a cederles el lugar preferente. Por otra parte, el iniciar el desfile suponía un largo rato de aburrimiento en el foro mientras aguardaban la llegada del resto de los convocados. Los dioses de los demás

mundos seguían a los espartanos. Iban a bordo de más espléndidos carros de fuego que se habían visto nunca. Estaban reservados exclusivamente para las reuniones del foro.

En el centro de la comitiva, en un carro de fuego que despedía una gran luminiscencia verde, iban Ulises, Oberón y Vanda. Habían colocado la espada de Irindel dos metros por encima del vehículo, sostenida por un artilugio magnético, y sobre ella incidían los haces de varias lámparas multicolores que, al reflejarse en el metal, se convertían en finos filamentos rectilíneos de más de un kilómetro de longitud. Vanda solo los podía comparar al rayo láser, pero mediando un abismo entre éste y las bellísimas luces griegas.

El último carro en desfilar fue el del dios Zeus, tirano de Atenas. Iba rodeado de una intensa aureola roja. La multitud se arrodillaba a su paso, aclamándolo con verdadera devoción.

Las calles estaban repletas de mortales y dálmatas para los que era obligatoria la asistencia. Días antes, enviados de Zeus repartieron entre ellos las consignas que debían corear durante el desfile. Acogieron con respetuoso silencio a los enviados de Esparta y naciones coaligadas con ella, con entusiasmo variable, según fueran más a menos amigos, al resto de los dioses, y con verdadero frenesí a los corios y, por supuesto, al tirano de Atenas.

—Empezamos bien —dijo Ulises mientras la multitud los aclamaba—. Estos vítores muestran la disposición de Zeus hacia vosotros. Ya hemos ganado la mitad, ahora solo falta un poco de suerte.

El foro se celebraba en el Olimpo, un inmenso edificio de piedra blanca contorneado por una auténtica jungla de columnas entre las que era fácil perderse. Las paredes y el suelo de los corredores estaban recubiertos con placas de mármol verde, veteadas con finos hilos de oro que dibujaban escenas cotidianas de la vida de Atenas.

Entraron a un enorme salón ovalado. El techo estaba cerrado por una gran cúpula de cristal, pródigamente coloreada, que, al filtrar la luz, creaba un efecto mágico en la estancia.

Sobre cada una de las confortables mesas flotaba el nombre de la delegación que la ocupaba. La mesa del tirano de Atenas presidía la sala.

Los tres mil asistentes ya estaban acomodados cuando el dios Zeus inauguró el foro.

—Dioses de Grecia, bienvenidos a Atenas y a nuestro foro. —Zeus, alto y corpulento, tenía un aspecto impresionante. Iba vestido, como todos los demás, con una túnica blanca. El largo pelo negro y las rizadas barbas estaban impregnados con un ungüento que emitía extraordinarios destellos azules—. Como todos sabéis —prosiguió—, convocamos el foro por la petición de ayuda de la nación Coria para la guerra contra los orcos. Sus enviados extrajeron de la piedra la espada de Irindel y, por ello,

merecieron el derecho de que los escuchemos. Desde este momento yo, Zeus, tirano de Atenas, declaro abierto el foro de los dioses de Grecia. Ahora intervendrá Orión Calán Oxel Detrey Vanda, el príncipe heredero de Coria.

En cada mesa había una lámina de cristal oscuro donde se amplificaba la imagen del orador, y las condiciones acústicas del edificio hacían posible que lo escucharan desde el punto más alejado.

Vanda se levantó e hizo un resumen del viaje. No puso especial hincapié en el rescate de la espada, porque lo había repetido muchas veces a todos los asistentes, y se esforzó en plasmar la amenaza órfida, y la posibilidad de que, en poco tiempo, la galaxia estuviera dominada por ellos y sus aliados. Después reiteró la petición de ayuda de Coria a los dioses de Grecia.

Cuando terminó fue muy aplaudido y los dioses de Argos lo aclamaron como futuro soberano del universo.

Entre el desfile y la intervención de Vanda habían consumido el tiempo de la mañana y se acercaba la hora de la comida, sagrada para los dioses. Zeus suspendió la reunión durante dos horas.

Ulises los condujo a los hermosos jardines del Olimpo donde instalaron el comedor. Las lujosas mesas de madera estaban adornadas con flores de temporada. Los platos eran de finísima porcelana, los vasos de un preciado cristal rojo y los cubiertos de oro. La comida fue servida por bellísimas dálmatas desnudas.

—Son esclavas del propio Zeus —explicó Ulises—. Muchos dioses no acudirían a los foros si no fuera por la comida, la bebida y las esclavas.

Las hermosas mujeres, soportando agarrones y caricias de los dioses, sirvieron una exquisita comida, donde las aves eran el plato principal.

—Estuviste muy bien —le dijo Ulises a Vanda—. Te mereciste el aplauso final. No significa otra cosa que un reconocimiento a la oratoria, pero demuestra cierta simpatía. No nos viene bien la actitud de los dioses de Argos —agregó mientras troceaba una perdiz—. El que te aclamen como soberano del universo solo puede traernos la enemistad de los demás.

Algunos dioses campesinos habían atrapado a varias esclavas y jugueteaban con ellas. Se comportaban con moderación en todo lo demás. No bebían mucho y tampoco se atiborraban de comida. Ninguno deseaba estar indispuesto y perderse las intervenciones de la tarde.

Cuando comenzó de nuevo el foro, intervino Ulises. Habló en calidad de anfitrión de los humanos y de máximo defensor de una alianza con Coria en la futura guerra.

—Dioses de Grecia, semidioses y humanos presentes. Os manifiesto mi más profundo respeto y, con vuestra venia, comenzaré mi ponencia. Solo quiero reflejar lo que todos sabemos: estamos prisioneros en nuestro

mundo. —Hubo murmullos de protesta—. Y si alguien piensa lo contrario, que me diga por qué hace más de cien años que no salimos de Grecia. —Más protestas. Ulises se calló hasta que pararon—. Hemos visto la expansión de los orcos en la galaxia y sufrido su osadía. Devoraron a Irindel sin que mediara provocación alguna. También nos atacaron varias veces. Hasta ahora los detuvo el Cinturón de Hierro, pero, ¿hasta cuándo seguirá haciéndolo? ¿Podemos atravesar la barrera que forman sus bases? Me temo que terminaremos solos frente a una galaxia unida y hostil que nos atacará. Cuando esto suceda, ya será demasiado tarde para modificar nuestro destino y acabaremos sucumbiendo ante su poder. —Se alzaron muchas voces de protesta. Ulises esperó a que volviera el silencio para proseguir—. Por estas razones, pido al foro que vote la guerra total contra los orcos. Las naciones que, como Coria, deseen luchar, serán nuestras aliadas y les prestaremos ayuda. Pero aquellas que se unan a esa raza infame deberán sufrir la ira de los dioses de Grecia.

Ulises acabó entre aplausos y silbidos. Había muchos que disentían de sus palabras, sobre todo porque era la primera vez que alguien hablaba de la posibilidad de ser derrotados por una especie que consideraban inferior.

Era el turno de Heracles de Esparta. Vanda lo recordaba como un simpático viejecito que se mostró muy amable durante las entrevistas. También fue el que le hizo el interrogatorio más exhaustivo. No poseía ya la apostura de los otros dioses, pero, en cuanto se levantó, la sala entera quedó en silencio. Del viejo emanaba una considerable sensación de poder.

—Hermanos, Esparta os saluda. —Fue muy aplaudido—. Debo aclarar que asisto al foro para que nadie diga que nos negamos a colaborar en las necesidades comunes. Pero siempre manifesté que para convocar un foro de dioses es necesario un verdadero motivo y éste no lo es. En Esparta no creemos en majaderías como la espada de Irindel. Si los brujos de Argos pierden el tiempo clavando espadas en las rocas, como hicieron a lo largo de toda su historia, y luego aclaman a quien las rescata, no es un problema nuestro. Y el hecho de que una nación humana nos pida ayuda, es una causa irrisoria para convocar un foro.

» Sobre el peligro que los orcos representan, difiero del héroe Ulises. No tenemos más que reforzar el Cinturón de Hierro para que no puedan entrar. Las derrotas que les infligimos fueron aplastantes. Nos rodearon de bases para proteger su territorio de un enemigo que les causa pavor. Nunca atacarán Grecia, son demasiado inferiores y lo saben.

El viejo hizo una larga pausa para que sus palabras calaran en los presentes.

—Pido al foro que no nos inmiscuyamos en una guerra que no es nuestra. Si los orcos quieren la galaxia, que la tengan. Nosotros no la necesitamos. Mayor peligro supone que las tropas griegas combatan en mundos lejanos. A nuestros ilotas solo los sujeta el terror que les tienen a

los militares y, a pesar de nuestra energía y determinación, a veces se rebelan. Imaginaros lo que sucedería si el ejército partiera hacia otras estrellas. En Esparta es segura una rebelión de ilotas y, supongo, que vuestros dálmatas tampoco lo pensarían dos veces.

» También quiero recordar que los humanos causaron la única guerra que sufrimos en Grecia. En la Tierra fue una pequeña guerra, en Grecia duró cien años y muchas de nuestras mejores ciudades fueron destruidas. El foro de dioses que impuso la paz lo dejó bien claro: queda prohibido inmiscuirse en los asuntos de los hombres.

» Propongo al foro que nos abstengamos de intervenir en la guerra. No permitamos que los hombres nos embarquen otra vez en una contienda que no nos incumbe. Hay que dejar claro, de una vez y para siempre, que los caminos de los dioses y los hombres son diferentes y nunca deben volver a cruzarse. Con respecto a los corios, teniendo en cuenta que vinieron de buena fe, y con la humildad debida, propongo dejarlos marchar con la clara advertencia de que los trataremos como enemigos si retornan a Grecia.

Heracles se sentó. Hubo bastantes aplausos y ningún silbido. Ulises explicó que la ausencia de reprobaciones se debía al inmenso respeto que inspiraba el dios de Esparta.

Posteriormente hablaron varios dioses con posturas diversas sobre la intervención. Estaba mal visto repetir lo que otros ya habían dicho. Cada dios solo podía manifestarse una vez; después, por muy aludido que se considerara, no le era posible retomar la palabra.

Hellas, dios de Argos y heredero de Irindel, hizo un discurso muy favorable a los corios. Propuso al foro que se reconociera a Vanda como soberano del universo y que las naciones griegas lo acataran como tal. El silencio con que lo despidieron fue un mal augurio según Ulises.

Polifemo, dios de la estrella Tártaro, se levantó para dirigirse a la asamblea. Era un siniestro personaje bastante mayor, delgado y muy feo. En sus ojos se reflejaba una extraordinaria inteligencia.

—Los dioses del Tártaro os saludan. —Se levantó y aguardó a que la sala quedara en silencio—. He querido intervenir porque creo que mis hermanos están equivocados. O, mejor dicho, no le dan el enfoque adecuado a la cuestión. En lo referente a los orcos, hay que reconocer que nos descuidamos. Los derrotamos una vez y nos olvidamos de su existencia, como si no fueran peligrosos. No soy tan pesimista como Ulises, pero creo que la situación no es tan benigna como la describe Heracles. Los orcos son una especie torpe e inferior a nosotros, que tuvieron la suerte de llegar muy temprano a la vida. Tardaron quinientos mil años en alcanzar el espacio y eso lo dice todo. No encontraron en Andrómeda, su galaxia natal, otras especies inteligentes o, si las había, estaban muy atrasadas, y la colonizaron fácilmente. En su historia nunca encontraron enemigos

poderosos. De no ser por esa inmensa suerte hoy no hablaríamos de ellos, y ni siquiera existirían. No obstante, su gran expansión no deja de ser una molestia que puede ocasionarnos disgustos. Al final de mi alegato propondré medidas al respecto.

» Pero olvidamos el verdadero peligro que tarde o temprano se cernirá sobre nosotros: la amenaza humana. —Hubo susurros en la sala—. A los orcos podemos manejarlos como seres inferiores, cuyo único peligro es su número, pero sería un gravísimo error tratar a los humanos de esa manera. Ellos no son inferiores a nosotros. No tenéis más que ver su evolución en el tiempo. Su era pre-espacial fue significativamente menor que la nuestra y se desarrollaron en el espacio a una velocidad increíble. En ocho mil años conquistaron casi toda la galaxia.

» Ahora están a merced de los orcos debido a su desunión. Siempre han guerreado entre ellos y contra cualquier otra civilización existente. No conozco especie más beligerante ni ambiciosa, nunca se conformarán con nada. Querrán apropiarse de lo nuestro por mucho que ya posean. A los orcos les podemos marcar límites, a los humanos no.

» Nuestros antepasados, cuando visitaron la Tierra, quedaron sorprendidos por la habilidad mental de una raza tan primitiva. Su fascinación por los hombres les hizo liarse en sus problemas y se produjo la única gran guerra que hemos padecido. Y eso sucedió cuando todavía eran tribus salvajes. Pensad en lo que pueden hacer ahora, tras diez mil años de evolución tecnológica. Ellos son la gran amenaza que se cierne sobre Grecia.

» Los orcos han unido la galaxia. Si son derrotados, el futuro imperio que surja será humano y dominará en todos sus territorios. Imaginaos una galaxia gobernada por los hombres. ¿Cuánto duraría Grecia como pueblo independiente? Al contrario que Heracles, yo creo en los magos de Argos y en la profecía de Irindel; tengo motivos para ello, y pienso que, si no tomamos medidas, ese muchacho será el futuro emperador de la galaxia. Aunque lo conozco poco, sé que será un gran emperador, pero... ¡un emperador humano! —gritó—. Un dirigente que no vacilará en destruirnos si no entramos en sus planes.

» Irindel, en su profecía, dice que no sabe qué será de nosotros, los dioses, cuando esta se cumpla. No nos encontró en su visión porque los hombres ya habrán conquistado Grecia. Aún podemos actuar para modificar el futuro, pero quizás no nos quede mucho tiempo.

Las palabras de Polifemo impactaron en los dioses. Algunos asentían como si hubieran percibido en ese momento el peligro que suponían los humanos, aunque muchos protestaban.

» Propongo al foro que permitamos que los orcos dominen la galaxia, mejor ellos que no otros, pero marcándoles límites estrictos. Debemos destruir las bases que rodean Grecia, y eliminar la vida inteligente de las

estrellas cercanas en un radio por determinar. Así crearemos un cinturón desierto a nuestro alrededor donde no permitiremos asentamientos. No volveremos a recibir visitantes, y nosotros solo viajaremos para conocer lo que sucede en la galaxia y que no nos sorprendan contingencias inesperadas. En cuanto a los humanos, propongo eliminar a los que están aquí, dejándoles el resto a los orcos. Y, por supuesto, no debemos intervenir en la guerra a no ser que éstos últimos necesiten ayuda.

Cuando acabó hubo muchas voces que defendieron posturas contrarias. Las palabras de Polifemo llegaron a los dioses, pero la mayoría tenía una simpatía ancestral por los humanos.

Zeus dio por terminada la sesión y aplazó el foro hasta el día siguiente. Ningún participante podía salir del Olimpo hasta que no concluyera. Ulises y los corios se retiraron a sus habitaciones.

—Ese maldito Polifemo puede haberlo estropeado todo —se quejó Ulises—. Nadie le prestaría mucha atención si los idiotas de Argos hubiesen hecho propuestas moderadas, pero la idea de que quien mande en la galaxia, y en Grecia, no sea un dios les aterra.

A diferencia de la comida, la cena era privada. Casi todos los dioses se encerraron en sus aposentos con las hermosas dálmatas. Nadie vio a los dioses campesinos una vez terminada la sesión. Se reunieron en grupos de seis o siete, con bebidas y mujeres, y se perdieron hasta la mañana siguiente.

Oberón, Vanda y Ulises examinaron lo acontecido. Según Ulises, era remota la posibilidad de que Grecia interviniera en la guerra. También veía difícil que votasen eliminar a los corios, aunque sí que les prohibieran abandonar Grecia.

Se acostaron bastante apesadumbrados ante el incierto pronóstico de la votación del día siguiente y apenas durmieron, aunque eso también pudo deberse al gran escándalo que los dioses montaron esa noche.

A la décima hora de la mañana se reanudó el foro. El aspecto de los dioses era lamentable. Estaban adormilados, ojerosos y con las conjuntivas enrojecidas. Muchos de ellos salían del salón precipitadamente hacia los aseos. En general, parecían menos dioses que el día anterior.

En esa sesión solo hablaría Zeus. Por ser el anfitrión, tenía la última palabra. Cuando acabara, se votarían las propuestas presentadas.

La mesa del tirano de Atenas se elevó unos metros en el aire y se desplazó hasta el centro de la sala. El silencio de los dioses era absoluto cuando comenzó a hablar.

—Dioses de Grecia, en la jornada de ayer todos los mundos definieron sus posturas. Las diferentes propuestas se pueden reducir a cuatro. Las demás, con apenas modificaciones, están incluidas en ellas. La primera, la del héroe Ulises, consiste en apoyar a los humanos y declarar la guerra a los orcos. La segunda, la del dios Heracles de Esparta, propone no

intervenir en la guerra, dejando marchar a los corios. La tercera, expuesta por el dios Hellas de Argos, es básicamente la primera más la proclamación del príncipe corio como emperador de la galaxia. Voy a someterla a votación por respeto a Hellas, pero es una propuesta de imposible cumplimiento. Atenas nunca aceptará un soberano que no sea griego. Muchos dioses manifestaron estar de acuerdo. Sus mundos jamás acatarían a un soberano extranjero.

—Esto nos viene bien —musitó Ulises—. Zeus ha tranquilizado a la mayoría haciendo ver que la propuesta de Hellas es irrealizable.

—La cuarta y última —continuó Zeus—, es la del dios Polifemo del Tártaro. Consiste en eliminar a los corios, independientemente de las medidas que tomemos para frenar a los orcos. Voy a aprovechar mi turno de palabra para hacer al foro una quinta proposición. Considero que, aunque los orcos serán un peligro en el futuro, en la actualidad los dominamos bien e impedimos que penetren en Grecia, por lo que no creo necesaria nuestra intervención directa en la guerra.

» No pienso que los humanos sean un peligro potencial en el futuro. Repasad la historia y veréis que nuestra relación con ellos no pudo ser mejor. Es cierto que nos arrastraron a sus combates, pero nunca nos han atacado. El daño nos los causamos nosotros mismos. Jamás los humanos alzaron sus manos contra los dioses.

» Y, aunque alguien pudiera considerarlos una amenaza, no tenéis más que ver el tamaño de la nación que solicita ayuda para comprender lo irrisorio del peligro que preocupa a Polifemo. —Era la primera vez que Oberón se alegraba de lo pequeña que era Coria—. Propongo al foro que apoyemos a los hombres para que puedan vencer. Dejémosles compartir nuestra tecnología militar. No les daremos armas, pero les diremos cómo se fabrican. No les daremos naves, pero les enseñaremos a diseñarlas. Si son capaces de derrotar a los orcos, hablaremos de nuevo.

» Ellos fueron siempre nuestros amigos y aliados. Unidos podemos hacer grandes cosas. No seamos tan limitados como para pensar que nos atacarán si conquistan la galaxia. Hay mucho más universo que colonizar, y lo haremos juntos. Pero antes, que nos demuestren su empuje.

El foro estalló en una enorme ovación. Hubo vítores y aclamaciones a Zeus y a los corios.

La votación se resolvió con una rotunda victoria de la propuesta del tirano. De novecientos ochenta y cinco votos posibles, uno por cada mundo, consiguió seiscientos treinta y ocho. Doscientos cincuenta fueron para la propuesta de Heracles de Esparta, seguida de la de Polifemo con treinta y siete. La de Ulises tuvo diez y solo tres votaron las tesis de Hellas. Dieciocho dioses no votaron, unos porque eran recalcitrantes en la abstención, y otros porque un incontenible deseo de acudir al servicio les impidió estar presentes.

Ulises abrazó a Vanda y a Oberón, e incluso el mismo Zeus fue a darles la enhorabuena.

—Espero que no tardéis en barrer a esas ratas de la galaxia —dijo el dios—. Ya estoy impaciente por preparar la conquista de Andrómeda.

—Vendremos lo antes posible —dijo Vanda sonriendo.

—Así lo creo. Tengo un saludo que darte. Safo, mi esposa, te felicita y te desea la máxima suerte en la próxima contienda. Es una gran admiradora tuya. Y creo que sus continuas charlas sobre la espada de Irindel, y sobre ti, influyeron en mi opinión. Lamento que no puedas conocerla, pero nuestras leyes matrimoniales son muy rígidas.

—Dad las gracias a Safo y aseguradle que despierta en mí los más nobles sentimientos —contestó Vanda poniendo nervioso a Oberón.

Como predijo Ulises, a partir de entonces los acontecimientos sucedieron muy de prisa. Una semana más tarde, los restantes miembros de la expedición coria llegaron a Atenas con las tres naves, y los técnicos empezaron a trabajar con los dioses.

Intentaron introducir los diseños de las armas griegas en los ordenadores de las naves corias, pero no tenían capacidad para albergar tal cantidad de información, y los dioses les cedieron y enseñaron a manejar los suyos.

En la mansión había una febril actividad. Ya no había diferencia entre el día y la noche. A cualquier hora se apreciaba el mismo y formidable bullicio. Los técnicos corios sólo podían permitirse cinco horas de sueño para, a continuación, emprender una intensa jornada laboral de dieciséis horas.

Los smilkares, los seis saurios inteligentes que los acompañaban desde Coral, causaron una cierta expectación. Apenas habían dejado notar su presencia desde que embarcaron. Pronto vieron que sólo podían ser felices en su planeta pantanoso. Iban en la nave del capitán Avalgarde, acompañados por los pocos corios que dominaban su idioma, y siempre permanecieron encerrados en sus camarotes. Nunca mostraron la menor curiosidad por conocer los lugares donde aterrizaban. Deseaban cumplir el horroroso trámite que les impusieron sus jefes para regresar a su mundo. En Atenas abandonaron la nave por primera vez.

Zeus alabó el espíritu corio por aunar las especies inteligentes de la galaxia contra los orcos, pero pensaba que solo eran lagartos parlantes y apenas les prestó atención.

En aquellos días Oberón, al no ser técnico y ver que todos hacían bien su trabajo, viajó varias veces a la estrella Frigia para establecer el itinerario de retorno. En el Centro Astronómico del planeta donde aterrizaron por primera vez, Marino y otros navegantes corios y griegos diseñaban una ruta para abandonar Grecia sin ser atacados por las bases órfidas. El mayor problema consistía en que los griegos, pese a examinar a

fondo las naves, no descubrieron que eran capaces de efectuar tres saltos hiperespaciales seguidos, y Oberón quería mantenerlo en secreto. Así los astrónomos griegos buscaban un itinerario para una nave que saltase una sola vez, mientras que los corios contaban con los tres saltos.

A la semana ya habían trazado dos itinerarios: el diseñado por los astrónomos griegos, y el que elaboraron en secreto Marino y los navegantes corios, por lo que Oberón regresó a Atenas. Podría haber sido un hombre feliz, pero varios problemas le provocaban noches de insomnio. El más importante estaba generado por los amoríos del príncipe. Todas las mañanas, nada más levantarse, Vanda acudía a casa de Afrodita donde muchas veces estaba Safo. El joven no hacía otra cosa que acudir a los festejos con que le homenajeaban los dioses y hacer el amor con Safo y Afrodita. A veces no regresaba, y permanecía varias jornadas en casa de la diosa. Oberón vivía con el constante temor de que Zeus se enterara de sus correrías. Pero Vanda no podía dejar de amar a Safo. Si se sentía despechada, o utilizada, podía orientar a Zeus contra ellos.

Otro motivo de su malestar era el contacto con los mortales. Seguían suministrándoles información y habían comenzado a enviarles armas ligeras. El problema del almacenamiento desapareció al estar las tres naves corias en Atenas, pero, si los dioses descubrían sus tratos con ellos, no los perdonarían. Y había algo más. Oberón tenía la sensación de que una terrible amenaza se cernía sobre ellos. No se basaba en nada real, pero el presentimiento era muy fuerte. Todas las noches pensaba en los movimientos de los corios en Atenas sin adivinar por dónde vendría el peligro. Sin embargo, sabía que algo se le pasaba. Ansiaba abandonar Grecia. Deseaba encontrarse a muchos años luz de aquel extraño mundo.

Alamarik y Lars hablaban todos los días con Pitágoras, un anciano mortal que les servía de enlace desde que Helena dejó de aparecer. Estudiaban nuevas formas de pasar las laminillas de los mortales y equipos más voluminosos. Ya habían logrado meter, pieza a pieza, cuatro sofisticados lectores de microfilms. Con las armas era más difícil pues, aunque iban en varios trozos, muchas no cabían en frutas y tuvieron que idear sistemas complicados.

Para los mortales fue una gran sorpresa el resultado del foro. Pensaban que si les permitían salir con vida de Grecia podían considerarse afortunados. Incluso habían preparado un plan para rescatarlos y facilitar su huida si las cosas salían mal.

Aquel día Alamarik fue solo al encuentro de Pitágoras. Lars había pasado la noche de orgía y no quiso despertarlo. Iba para organizar la entrega de información del día siguiente. Pitágoras pensaba que tenían que buscar otros objetos que no fueran las frutas. De tanto repetirlo, los dioses podrían mostrar curiosidad.

Paseó por las calles, ya muy conocidas, del barrio de los mortales. Curioseó en varias tiendas de orfebrería y compró un magnífico pájaro de cristal y oro. Ya tenía muchos recuerdos de Atenas que acabarían en algún museo corio, aunque él quería quedarse con alguno.

Anhelaba ver de nuevo a Helena. Siempre acudía a las citas esperanzado en encontrar a la mortal. Pero desde el día de los baños no tuvo esa suerte. Al cuarto día de conocer a Pitágoras no pudo reprimirse y preguntó por ella, pero no le sirvió la respuesta del viejo.

—No lo sé, ahora me envían a mí.

El pájaro de cristal y oro era precioso. Reproducía la figura de un águila con las garras extendidas sobre una serpiente, y reflejaba la luz creando un maravilloso arcoíris en torno al ave y a su presa.

Tan ensimismado estaba en la contemplación de la figura, que tardó en advertir a un muchacho que le hizo señas desde una tienda de flores.

—Sígueme a distancia —le dijo cuando se acercó, y se introdujo en una callejuela que subía hasta la fuente de Antígona. Las precauciones eran excesivas, pues los dioses no vigilaban a los mortales, aunque era mejor así. Oberón insistía continuamente en la necesidad de mantener el máximo sigilo.

La calle parecía vacía, pero sabía que alguien vigilaba. Si detectaran algún peligro se lo harían notar. Entonces continuaría su paseo por los comercios, a la espera de que contactasen de nuevo con él.

Siguiendo al muchacho, entró en una hermosa casa de piedra blanca. No encontró a nadie en la primera habitación, un alegre recibidor con mesas y sillas de caña entretejida, pero había una puerta abierta que daba paso a un gran salón. Alamarik curioseaba los muebles de madera repletos de dibujos tallados a mano, cuando se abrió una grieta en la pared. Jamás habría encontrado esa trampilla. El tabique ocultaba una estancia secreta cuyo alfombrado suelo estaba repleto de cojines. Una lámpara verde le daba un carácter cálido y acogedor.

—¡Salud, valeroso soldado! —La voz le produjo un intenso escalofrío. Helena estaba recostada en unos cómodos almohadones. Vestía una túnica corta similar a la que llevara el primer día. No pudo impedir que sus ojos se clavaran en las bonitas piernas extendidas sobre la alfombra y en la blancura de su ropa interior que asomaba bajo la falda. La vio más bella que nunca—. Cuánto tiempo sin verte, Alamarik.

—No fue por mi causa —dijo muy nervioso.

—Mas bien yo diría que sí, pero no vine para discutir. Quieres hacer el favor de cerrar la puerta y sentarte a mi lado.

El corio se sentó junto a ella, rozando su cuerpo. Helena no se apartó.

—Mañana os enviaremos más material en la octava, la duodécima y la quinceava hora. Por la mañana, en unos barriles de cerveza; después, en las frutas; y, por último, en unas botas de cuero para los soldados. Nuestra

gente intenta conseguir toda la información posible.

Le miraba con la misma intensidad de los primeros días. Sus cuerpos se tocaban, aunque Helena no parecía darse cuenta.

—No esperábamos un resultado tan positivo del foro de los dioses. Creíamos que, con suerte, os despedirían sin ayudaros y con la prohibición de retornar a Grecia. Puede que vuestra fortuna se deba a los amores de Vanda con la mujer de Zeus.

—Fue una sorpresa para el mismo Ulises. Pensaba que nos ayudarían, pero no de esta forma.

Ella apoyó el brazo en su hombro. Alamarik percibió su delicioso aroma. Contenía con dificultad las ganas de abrazarla.

—Os mandan para que les hagáis el trabajo sucio sin que ellos intervengan. Es fácil daros las armas y esperar escondidos tras el Cinturón de Hierro a que acabéis con los orcos.

—Puede que nos utilicen, pero nosotros necesitamos su ayuda. La situación es crítica en la zona de la galaxia donde se encuentra Coria.

—Me han encargado que te pregunte por vuestra actitud ante los dioses y los mortales. —Hablaba de forma insípida, sus palabras se podían referir al tiempo. No lo miraba a los ojos, sino que, pensativa, contemplaba la luz de la lámpara.

Alamarik tenía la respuesta. Muchas veces Oberón, Vanda y él habían evaluado esa situación.

—Estamos con vosotros desde el primer día que nos suministrasteis información. Los dioses nos han dado mucho, pero no nos fiamos de ellos. Fue una respuesta emocional al discurso de Zeus, y estaba influenciado por Safo. También el foro podía haber aceptado la propuesta de Polifemo. No creemos en los dioses; dependemos de su buena voluntad y esta puede cambiar. Su misma existencia representa un peligro para nosotros. Vosotros, en cambio, nos necesitáis. Sin nuestra ayuda, jamás seréis libres.

Helena no dijo nada, meditaba las palabras de Alamarik. Oberón le anunció que llegaría ese momento y caminaría sobre un delgado alambre. Tenía que aparentar sinceridad, y rogar porque los mortales no fueran como los tracianos que sabían cuando los engañaban.

—Vuestro príncipe tiene una gran amistad con Afrodita. —Seguía con el brazo apoyado en su hombro y hablaba con naturalidad. Pero se refirió a Afrodita y no a Safo.

—Sí, está entusiasmado con ella. Apenas sale de su casa. —Podía haberlo negado, pero estaban seguros de que sabían lo que pasaba en casa de la diosa. Oberón creía que las pequeñas amantes de Afrodita espiaban para ellos. Los mortales habían demostrado que, aunque no lo ostentaran, tenían un considerable poder en Grecia. Vanda iba a ser el rey de la nación que podía liberarlos del yugo de los dioses, y la relación tan fuerte que nació entre él y Afrodita no dejaría de consternarlos. De sobra sabían que

en las decisiones de los reyes influyen muchas razones. Oberón no descartaba la posibilidad de que atentasen contra Vanda.

—¿Amor o sexo? —preguntó sonriendo.

—Dice que es la mujer que le inspira más deseo. Pero es imposible que sienta amor por ella. Está enamorado de la princesa coria que será su futura esposa.

Alamarik mintió, pero habían preparado muchas veces esa escena entre él y Oberón. Ella lo miró a los ojos, intentando extraer la verdad de sus palabras. Fue una intensa mirada que sondeó su interior. Notó que Helena era una persona muy poderosa.

Los ojos de Alamarik reflejaron su tremendo deseo. Oberón le dijo que, si alguna vez podía notar que mentía, mostrase un sentimiento verdadero para confundirla. Los dos estaban muy juntos. Helena se apoyaba en él.

El brazo de Alamarik abrazó sus hombros y sus labios buscaron los de la chica. Notó su sorpresa, pero no presentó resistencia. La besó con pasión y bajó la mano hasta sus piernas. Helena dio un respingo, pero no se apartó. Alamarik encontró unas delicadas bragas de seda debajo del vestido y, a través de ellas, acarició el sexo de la muchacha.

La joven lo apartó suavemente. Sus ojos se encontraron a pocos centímetros. Después, fue la misma Helena quien continuó con el beso; la mano de Alamarik traspasó las bragas y sus dedos alcanzaron el sedoso vello púbico. La vulva ya estaba muy húmeda cuando la acarició. Hasta entonces había notado cierta resistencia, como si actuase contra su voluntad, pero en ese momento estaba entregada. No le costó mucho deshacerse de las bragas, y ella se resistió a que le quitara el vestido, pero la desnudó por completo. Besó los hermosos pechos que enseguida irguieron sus pezones. La miró y, aunque sus ojos reflejaban pasión, había algo más.

Se desvistió despacio, sin dejar de acariciarla. Helena se resistía a dejarse llevar. Alamarik se sorprendió cuando ella misma tomó el pene y lo introdujo en la vagina.

La chica mantuvo la mirada fija en sus ojos, pero hubo un momento en que no pudo resistir más y comenzó a gritar de una manera salvaje mientras su cuerpo se contraía. Alamarik cada vez imprimía más rapidez a los movimientos y Helena, totalmente rendida, se debatía incontrolada en los mayores espasmos de placer.

Tardó en volver en sí, y fue la primera vez que la vio confusa. Sentía un gran amor hacia ella, pero sabía que era muy peligrosa.

Helena se movió lentamente hasta colocarse encima. Su sexo reposaba en la pantorrilla de Alamarik y con su pierna rozaba sus genitales. Cerró los ojos y le lamió la cara y los labios.

—¿Firmareis una alianza con nosotros? —preguntó en voz baja. Sus palabras tenían una ausencia total de interés.

—¿Una alianza? —Alamarik estaba preparado. Oberón pensó que podían hacerle esa pregunta y decidió dar una respuesta afirmativa. La política de Allamire era firmar alianzas con cualquiera que pudiera ayudarlos. Al fin y al cabo, los pactos solo eran firmas estampadas en un papel.

—Sí, a cambio de nuestro apoyo, os comprometeréis a ayudarnos a recobrar la libertad.

—¿Y ese acuerdo lo queréis por escrito? —preguntó asombrado. Aunque habían decidido firmar el tratado, tenía que fingir ignorancia.

Ella asintió con la cabeza sin que sus bellos ojos verdes dejaran de mirarle.

—¿Y si llega a manos de los dioses?

—Con nosotros estará seguro. Somos los primeros interesados en que no se enteren nunca. Si supieran que tratamos con vosotros bañarían la ciudad en sangre mortal a modo de escarmiento.

—Se lo comunicaré a Oberón. Pero no sé qué pensará, quizá lo considere muy peligroso.

—¿Y Vanda?

—Vanda firmará el tratado. Representa la legalidad coria y nuestra nación nunca dejará de cumplir un pacto firmado por él. Aunque quien toma las decisiones es Oberón.

—A pesar de ser el futuro rey de Coria y de recuperar la espada de Irindel, ¿no tiene capacidad de decisión?

—La espada no significa nada para nosotros, y Vanda solo será rey si así lo decide la regencia. Mientras tanto, su único mando es el rango que ocupa en nuestro ejército.

—Me has contado que os aliasteis con otros pueblos de la galaxia.

Continuaba mirándolo. A Alamarik le parecía que estaba pendiente del menor indicio de mentira.

—Sí, nos hemos aliado con otras naciones para luchar contra los orcos, pero lo que proponéis es mucho más peligroso. De todas formas, dime cuáles son las condiciones que queréis reflejar en el tratado y se las comunicaré a Oberón.

—Deseamos vuestro compromiso formal de ayudarnos a vencer a los dioses. La galaxia será para Coria y Grecia para los mortales.

Alamarik se sentó en la alfombra, atrayendo a la joven.

—A pesar de vuestros espías creo que no conocéis nuestra situación real. —Estaban abrazados—. Somos una nación pequeña que lucha contra fuerzas muy superiores. Vinimos a Grecia en un intento desesperado de conseguir ayuda. Y ahora nos espera una guerra muy difícil. Nuestro objetivo es defender Coria de los orcos que dominan la galaxia. Solo somos siete planetas contra ellos y los grandes imperios humanos que los apoyan. La guerra contra los dioses tendrá que esperar a que aseguremos nuestra

nación.

Alamarik le relató lo que sabía de los órfidas. También habló de la limitada fuerza de Coria. Nunca debían creer que era poderosa. Según Oberón, eso podía hacerles pensar que, asesinando a los embajadores, sería posible una guerra entre Coria y Grecia, beneficiándose de ella los mortales.

—Muy mal lo pones —dijo sonriendo la joven. De nuevo dominaba la situación. Era la misma Helena que en los baños con una sola palabra logró detenerlo. Percibía su peligro. Sabía que aquella conversación podía ser nefasta.

—¿Cuándo me contestarás? —preguntó apretando su cuerpo desnudo contra él.

—Mañana —contestó sin dudar. El amor por la joven lo llenaba por completo. El pene se irguió de nuevo, mientras una oleada de furioso deseo, mezcla de sexo y ternura, le subió a la cabeza.

—¿Tan pronto? —Observaba, curiosa, la erección.

—Sí, Oberón no dilata las respuestas. —Acarició sus pechos y sus dedos jugaron con la suave piel de los pezones—. ¿Es necesario que firmemos la alianza? ¿El acuerdo no podría ser oral?

—Es preciso que se refleje por escrito. —No dijo más, pero en el aire flotaba la amenaza.

Alamarik la besó en la boca. Luego, deslizó lentamente sus labios por el cuello y descendió hasta atrapar con la boca el lindo y erguido pezón. Ella respiraba entrecortadamente. Besó su vientre. Notó como sus músculos se tensaban. Su lengua jugó en la suave piel de la ingle, y después se sumergió en el dorado sexo. Helena estaba muy excitada. No conocía esa caricia. La lengua de Alamarik recorrió la vulva y se aproximó despacio al clítoris, hasta que se unió a él con un ritmo frenético. Helena, descontrolada, comenzó a gritar y sus labios se acercaron torpemente al pene del corio.

En el palacio, cuando informó a Oberón, se sorprendió de lo fatigado que estaba. Solo hizo el amor dos veces, pero la alerta mental que mantuvo durante el encuentro lo dejó exhausto.

Oberón, Vanda y él se encerraron en la habitación del primero. Era raro ver al príncipe; en los últimos días no abandonaba la mansión de Afrodita.

—Estamos jugando con fuego —dijo Oberón, nervioso, después de que Alamarik relatara su encuentro con Helena—. ¿Era virgen?

—No.

—¿Experta?

—Tampoco. No era virgen pero apenas sabía nada de las artes amorosas.

—Seguro que le ordenaron hacer el amor contigo —afirmó pensativo.

—Tuve la impresión de que era muy peligrosa y cualquier equivocación

mía podía destruirnos a todos. Hemos infravalorado a los mortales. Al estar con ella noté su tremendo poder.

—No enviarían a cualquiera para contactar con un pueblo que puede ayudarles a librarse de dioses —dijo Oberón—. Helena tiene que ser alguien muy importante. Tenía la facultad de comunicarte secretos que ponen en peligro a los mortales de Grecia. Si se lo hubiéramos dicho a los dioses, las represalias serían terribles.

—Manifestó interés por las relaciones entre Vanda y Afrodita.

—Eso puede ser una amenaza. Temo que atenten contra ti —dijo dirigiéndose a Vanda.

—¿No dicen que soy su libertador?

—Sí —contestó Oberón mostrando una sonrisa cínica —, pero también es posible que no crean en la profecía de Irindel, ni en la religión de la que hablaron. Es un pueblo que lleva miles de años conspirando. Si pudieran salir de Grecia, se habrían unido a los órfidas para luchar contra los dioses. ¿Las pequeñas amigas de Afrodita siempre están presentes?

—Casi siempre. A ella le gusta que participen en nuestros juegos.

—He estudiado todas las formas de que atenten contra tu vida y el único punto frágil son ellas. La guardia externa controla bien la situación, y a los que te vigilan desde este palacio solo puede burlarlos alguien muy próximo a ti. ¡Guárdate de las niñas! No comas nada que preparen y permanece alerta en su presencia. ¡Qué ganas tengo de que nos vayamos de una vez!

La alianza entre Coria y los mortales de Grecia se firmó tres días más tarde. Firmaron Vanda y Oberón, y por parte griega solo Helena. Según dijo, su firma era suficiente.

Ella y Alamarik hacían el amor todos los días. El corio solo vivía para el rato que pasaban juntos. Desde que amanecía, contaba los segundos que faltaban para la nueva cita, que por mucho que durase siempre sabía a poco, y después anhelaba que llegara el día siguiente. Aunque no podía relajarse, siempre tenía que cuidar hasta el menor detalle.

—Quieren que no venga más —dijo aquel día Helena con el rostro impregnado de tristeza—. Dicen que ya he cumplido la misión y debe ser Pitágoras quien se reúna con vosotros.

La joven tenía lágrimas en los ojos. Lo estaba pasando mal.

—Pero eso es imposible. Yo te amo —protestó Alamarik.

—No está en mi mano hacer nada. —Temblaba y se abrazó al corio, que la arropó dulcemente.

—¿Qué quejas tienen de ti? Lo has hecho bien. Firmamos el tratado que propusisteis. ¿Qué más desean?

—No es eso. —Lloraba en sus brazos—. Yo también te amo, más que a nadie he amado nunca ni amaré en el futuro. —Lo miraba como si quisiera grabar su imagen para siempre—. Lo que te dije sobre nuestra moral es

cierto. No somos prostitutas como las diosas. Yo estoy casada con alguien muy poderoso, y nuestras leyes dicen que la mujer que traicione a su marido debe morir. En los baños, aunque ya te apreciaba, me horrorizó pensar que eras capaz de agredirme sexualmente. —Helena hablaba entre sollozos—. Cuando les dije que intentaste hacerme el amor, mandaron a Pitágoras. Te perdonaron la vida porque, al ser extranjero, no conocías nuestras costumbres y os necesitábamos. Después llegó el foro de los dioses con el resultado tan favorable que nos sorprendió. Muchos propusieron acabar con vosotros. Tenemos medios para ello —agregó ante la mueca de asombro de Alamarik—. No queremos que os aliéis con los dioses. La situación inestable de la galaxia y el poderío orco han sido nuestra esperanza desde hace mucho tiempo. Si derrotáis a los orcos y os unís a los dioses en nuevas empresas, nuestra esclavitud persistirá siempre. No obstante, hay entre nosotros quienes creen en la profecía de Irindel y otros que piensan que, si ganáis la guerra, os enfrentaréis a los dioses y nos necesitaréis. Me enviaron de nuevo para averiguar vuestra actitud hacia nosotros. Y los míos creyeron conveniente que hiciera el amor contigo. Hasta convencieron a mi esposo. De mí dependía vuestra suerte.

» Ahora no confían en vosotros, aunque no pueden hacer más y dejan que el destino siga su curso. Sin embargo, ya no puedo volver a verte. Mi marido dijo que dio por nuestra causa mucho más que nadie, y exigió que deje de ser la mediadora. Mañana vendrá Pitágoras. Solo al comentarles que podías ofenderte si no me despedía, permitieron que venga hoy.

Estaban en un pequeño cuarto sin muebles. Las paredes vacías eran sus únicos testigos.

—No tengo mucho tiempo —dijo ella dejando caer al suelo las bonitas bragas de seda blanca. El corto vestido mostraba su pubis cuando se movía. Temblorosa, intentó sacar de entre las ropas el pene de Alamarik—. No encontré otro lugar más acogedor. Creen que ya no hago el amor contigo y aquí puedo saber si alguien se acerca.

Por fin logró rescatar el pene y lo besó efusivamente. Después, colocándose de espaldas al corio, se levantó el vestido por detrás.

—Penétrame. Te quiero sentir dentro por última vez. —Apoyó las manos en la pared buscando la postura más cómoda.

Alamarik depositó sus labios en las nalgas de la muchacha y alcanzó la cálida vulva. Helena estaba poco excitada. Tuvo que jugar largo rato con el clítoris para prepararla. Después, con Helena de espaldas a él, la poseyó con gran ternura.

Compartían sus últimos momentos y degustaban cada segundo. Pero no fue como en otras ocasiones. Ella estaba descompuesta por el dolor y rompía en lágrimas a cada instante. Sus tristes pensamientos le impedían concentrarse en el amor y al final lo tuvieron que dejar.

Helena, con la cabeza apoyada en su hombro, lloraba desconsolada.

Alamarik estaba muy apenado, pero temía que los mortales descubrieran a su amada.

Se despidieron varias veces para correr a abrazarse de nuevo. Helena había perdido la fuerza mostrada en otras ocasiones. No quería despegar su cuerpo del corio, clavaba sus uñas en su espalda sumergida en un mar de desgarradores sollozos.

Alamarik, por temor a lo que pudiera sucederle a ella, después de besarla por última vez, salió corriendo de allí.

Aquella noche Vanda estaba en casa de Afrodita. Solo lo esperaba Oberón, que ningún día dejaba de interesarse por lo sucedido. Como siempre, el joven hizo un relato exacto de su reunión con Helena.

—Quiero llevármela —dijo al terminar—. Tiene que venir con nosotros a Coria.

Nunca le había hablado así a Oberón, mas no temía ningún castigo que su jefe pudiera imponerle.

—Te dije que ellos mandaron a alguien muy importante para tratar con nosotros. —Oberón hablaba despacio—. Tenía que ser alguien en quien confiaran y con capacidad de decisión en temas muy delicados. Tampoco nosotros podíamos enviar a cualquiera. Nuestro mensajero debía estar capacitado y merecer la máxima confianza, nuestras vidas estaban en sus manos.

Era la primera vez que Oberón destacaba su importancia en la expedición.

—Te considero preparado para saber si Helena debe venir o no. Tú y yo estudiaremos estos días las ventajas e inconvenientes. Antes de salir de Atenas nos reuniremos otra vez. Estoy seguro de que ambos pensaremos lo mismo.

Finalizaba el cuarto mes de estancia en Grecia cuando decidieron partir. Hacía ya nueve meses que habían salido de Coria. Estaban preocupados por lo que hubiera sucedido durante su larga ausencia.

Los dioses organizaron diez días de extraordinarios festejos para despedir a los corios. Eran grandes fiestas que comenzaban con desfiles esplendorosos por las calles de la ciudad y terminaban con descomunales orgías en las principales mansiones de Atenas. Las mujeres participantes en las bacanales eran dálmatas bellísimas, esclavas de los dioses más poderosos, que aprovechaban las celebraciones para intercambiarlas.

Oberón permitió que los piratas y los jóvenes acudiesen a las orgías. Por su comportamiento durante el viaje habían merecido un premio semejante, que además era gratuito y no le costaba nada al erario corio. Los únicos que no participaron por motivo de distinta índole fueron él, Alamarik y Vanda. Este asistía obligado a las cenas en las mansiones, pero se retiraba pronto a casa de Afrodita, antes de que la fiesta entrara en su apogeo, con todos los participantes desnudos y ebrios persiguiendo a las

hermosas dálmatas al son de la maravillosa música griega.

Por fin llegó el momento tan anhelado por Oberón. La partida definitiva de Grecia, después de finalizar la misión con indudable éxito.

Las tres naves corias habían salido para Frigia dos semanas antes. Al no tener la capacidad de viajar por los puentes de hidrógeno, invertían mucho tiempo en el trayecto.

El penúltimo día, Vanda se despidió de Safo, desolada, y esa misma noche tuvo una intensa sesión de amor con Afrodita, quien al final, también con lágrimas en los ojos, le pidió que siempre apoyara a Grecia y no permitiese su destrucción.

—Mi precioso muchacho —dijo cuando la aurora asomaba en el horizonte—. Me entristece mucho que te vayas, no sé qué voy a hacer sin tus caricias. —Le sonreía divertida, pero Vanda apreció una leve preocupación en su semblante—. Quiero que me prometas que algún día volverás y, sobre todo, que nunca levantarás tu mano contra los dioses.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con la boca sumergida en el sexo depilado de la diosa.

—Si empiezas otra vez no podremos hablar. —Afrodita reía y comenzaba a excitarse—. ¡Ah! ¡Para! Mi concha se va a expresar correctamente en corio de tanto que habla contigo.

Afrodita apartó la boca del corio y se tapó el sexo con la mano. La imagen de la diosa desnuda en esa posición no podía ser más excitante. Vanda empezó a lamer la mano que cubría el pubis.

—Déjalo un momento. Que me calientas y no puedo hablar.

—¿No crees que es mejor que hagamos el amor?

—Después. Ahora tienes que hacerme una promesa.

—¿Qué te pasa a ti hoy? —La besó en los labios—. ¿Cómo voy a atacar o defender Grecia? Somos nosotros quienes necesitamos vuestra ayuda.

—No lo sé. Pero tuve un mal sueño. No me sentiré segura hasta que jures que siempre serás amigo de los dioses.

—Te juraré lo que quieras si me abres el cofre de tus tesoros —intentó apartar con la nariz la mano que le cerraba el paso a la vulva.

—No bromees. Es serio lo que digo. —Lo abrazó—. Te quiero mucho. Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida, pero también te temo.

A pesar de sus palabras, Afrodita dominaba la situación, como siempre.

—Eres un niño hermoso, un delicioso juguete, y me has hecho feliz. Pero los niños crecen y se convierten en hombres. Y en mi sueño te convertías en un rey implacable. Por eso te pido que jures que nunca vendrás para destruirnos. Grecia y Coria deben ser hermanas y aliadas. —Afrodita bajó los ojos. Aquella fue la única vez que Vanda la vio turbada.

—¿Lo dices por la profecía de Irindel?

—Nunca creí en ella —contestó riendo—. Y sé que los corios tampoco le hacéis mucho caso. Sin embargo, es uno de los factores que contribuyen

a mi desasosiego. —Tomó el pene de Vanda con ambas manos—. Júramelo.

—En el día de hoy, en Atenas y ante la diosa Afrodita, juro que nunca atacaré los mundos griegos y siempre seré amigo y hermano de los dioses de Grecia. —Vanda, muy jocoso, dio gran teatralidad a sus palabras—. Y ahora, mi bella dama, ¿me permite que le dé la última lección de corio a vuestra hermosa concha?

Entre risas, Afrodita apartó la mano y ella misma atrajo la boca de Vanda hacia su vulva.

Alamarik tuvo peor suerte, no vio más a Helena. El día de la partida, cuando se dirigía a las escaleras exteriores de la nave, una de las pequeñas amantes de Afrodita se acercó.

—Tomad, noble señor, el signo de la fortuna. —Le entregó una fruta parecida a la naranja.

La abrió en la nave, mientras a través del gran ventanal de proa observaba a los numerosos Dioses que acudieron a despedirlos. La fruta contenía un mensaje de Helena.

Desde donde estoy os veo partir.
Te amaré siempre,

Helena

El propio Zeus fue al espacio-puerto acompañado por los principales dioses de Atenas, y algunos dioses campesinos que se acostumbraron a los placeres de la ciudad y se resistían a regresar a sus planetas.

Fueron las últimas figuras que vieron. Atenas desapareció poco a poco cuando la nave se dirigió al punto del espacio donde comenzaba el puente de hidrógeno que los llevaría a Frigia.

Alamarik, muy apesadumbrado, observó cómo el mundo de Helena se alejaba para siempre. Había coincidido con Oberón en que los mortales podían ser útiles en el futuro, si convenía a los intereses de Coria atacar a los dioses, y no creerían en una nación que permitiera que sus tropas raptasen a las esposas de sus aliados. Helena no podía embarcar en las naves corias. Quizás algún día volverían a encontrarse, pero para eso tenían que ocurrir muchas cosas y casi todas eran imposibles. Él mismo se rebajó del servicio de la nave.

Hubo un fogonazo y la estrella Frigia apareció frente a ellos.

En el tercer planeta -los planetas que formaban el Cinturón de Hierro no tenían nombres sino números- el dios Hefesto los aguardaba para acompañarlos al formidable espacio-puerto donde estaban las naves corias. Casi toda la tripulación llegó unos días antes para prepararlo todo. En dos horas estuvieron listos para partir.

Hefesto quiso agasajarlos con un gran banquete, pero Oberón tenía prisa. Llevaba más de un mes anhelando ese momento y no iba a dilatarlo para satisfacer a un dios menor. Ulises, que también los había acompañado, se despidió de todos, con especial atención de Vanda, y por fin las naves corias partieron hacia el espacio.

Cuando orientaron su rumbo hacia las estaciones espaciales órfidas, Oberón designó a Aberdatín y a Adastrey para que ayudaran al capitán Vecardatín a dirigir un posible combate. Con Alamarik no se podía contar. Estaba encerrado en su camarote con «mal de amores», y hasta que pasara un tiempo prudencial creyó conveniente dejarlo tranquilo. En cuanto a Vanda, agotado por la noche de pasión con Afrodita, dormía desde antes de salir de Frigia. Se merecía un sueño reparador. Había contribuido a la causa con sus amoríos. «Todos los caminos pueden conducir al objetivo», sonreía interiormente Oberón.

El siguiente problema eran las bases órfidas que impedían el tránsito de naves hacia Stel, aunque habían calculado bien la trayectoria. Saldrían del primer salto en sus inmediaciones, para enseguida efectuar los otros dos saltos y perderse definitivamente. Apenas tendrían tiempo de verlos.

—Cinco minutos para el salto —anunciaron los altavoces mientras las luces moradas relampagueaban.

Al salir por primera vez del hiperespacio, y durante menos de un segundo, contemplaron las gigantescas estaciones espaciales. Eran auténticos planetas metálicos.

Oberón suspiró cuando perdieron de vista las terroríficas bases y llegó por fin la maravillosa tranquilidad del espacio.

En las primeras doce horas, hasta que la nueva serie de tres saltos los alejase definitivamente de la zona, podía haber algún peligro. Aunque era imposible que los órfidas los detectasen tras dos saltos hiperespaciales. Oberón, agotado por muchos días de tensión, se retiró a su camarote y se durmió iluminado por la débil luz de las estrellas. La expedición coria volvía a casa.

Capitulo 16
Amor

Cuentan los poetas que, en los albores de la terrible enfermedad que asoló la galaxia, sucedió un extraordinario romance entre Selene, la bella hija del rey Traxis de Bahía, y Vanda, el príncipe corio. Hay algunas leyendas sobre un viaje del joven Vanda para buscar aliados contra los órfidas, y sería en el transcurso del mismo cuando conoció a Selene.

La historia oficial no hace referencias a este viaje, ni encontramos nada al respecto en los archivos de Delta, ni en los de las naciones que abrieron sus puertas a los historiadores de la Universidad de Sama. Solo sabemos que, desde aquella época hasta nuestros días, los poetas han dedicado especial atención a esta historia de amor. Raro es el país donde no se encuentren libros románticos sobre el tema, y donde las jovencitas no deseen ser las protagonistas de un romance parecido, y no lean y relean todo lo que se escriba de Selene y Vanda.

Las citadas narraciones carecen en absoluto de credibilidad histórica y se deben, la mayoría de las veces, a la imaginación del autor. Pero algo debió motivar su gran difusión. No se puede decir que hubiera una primera obra sobre la que se basaran las demás, sino que florecieron en muchos lugares distintos y de diferentes formas. No es aventurado suponer que los poetas se limitaron a dar forma literaria a lo que la tradición transmitía de generación en generación.

Los corios, siempre que les preguntamos al respecto, negaron que supieran nada del asunto; y eso cuando, por alguna extraña razón, se molestaron en responder. En definitiva, la verdad solo la conocen ellos, y constituye otra de las numerosas incógnitas de aquellos terribles días cuya respuesta estará oculta en algún abandonado y polvoriento archivo.

¿Se amaron alguna vez Selene y Vanda?

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Al entrar en el gabinete real, Patrexis se sorprendió al ver a Selene sentada entre su padre y el almirante Remxis. No la veía desde la noche en que le declaró su amor en los jardines del Palacio de Invierno. La encontró más bella que nunca.

Los tres, tras saludar al capitán, continuaron charlando de cosas triviales. Patrexis esperó, sin interrumpirlos, a que le explicaran el motivo de la llamada. Al principio pensó que estaría relacionado con la investigación sobre los profetas, pero al encontrar a Selene lo descartó de inmediato. Nunca se tocaba ese tema en su presencia.

—Ahora mismo estamos contigo Pat —dijo el rey sonriendo—. Te llamamos para añadir otra misión a las muchas que ya tienes. Ayer, el Kidang Sanatakur me avisó que una delegación coria viene a Bahía para hacer un pacto con ellos. Encabeza la embajada el príncipe heredero y el Kidang desea que se le haga un recibimiento lo más fastuoso posible. Hemos pensado que, ya que te ocupas de la seguridad de Selene, también vigiles los actos protocolarios que se celebren.

—Así lo haré, Majestad. Me sería útil un programa de los desplazamientos previstos en Dorado.

—Lo tendrás —dijo Remxis—. No es difícil la tarea que te encomendamos ya que no se quedarán mucho tiempo. A lo sumo quince días o un mes. Pero no queremos que aparezca un profeta, o cualquier otro loco, y enturbie las celebraciones.

—Para el Kidang deben ser muy importantes —intervino el rey—. Tiene un gran interés en que queden impresionados por la magnificencia de los países aliados de los órfidas.

El rey señaló la posición de Coria en un mapa de la galaxia.

—Esta es su estrella de procedencia. Como verás, es minúscula y no dominan más territorio que los siete planetas del sistema solar. En el tratado que van a firmar se comprometen a conquistar otras dos naciones de la Bolsa para entregárselas a los órfidas. Te parecerá, como a mí, que recibimos a diario huéspedes más importantes —se dirigió a Selene—, pero el Kidang desea que sus invitados sean felices en Dorado. Te llamé porque deseo que avises a las chicas que asistan al gran baile que se celebrará en su honor, para que se comporten de forma educada y atenta con ellos. Puede que sean zafios y rústicos, pero no deben ser objeto de burlas.

El rey sabía cómo trataban las muchachas de Dorado a los varones de los mundos periféricos.

Selene reía.

—No sé cómo podré impedir que mis amigas demuestren sus sentimientos a esos extranjeros.

—Transmíteles mis palabras. Tienen derecho a no asistir al gran baile. —Rara sería la joven de la alta sociedad bahiiana que no fuese a semejante fiesta—. Pero la que venga debe tratar a los corios con extremada cortesía.

El rey insistió un poco más sobre el tema y luego despidió a la princesa. Era la hora de tratar asuntos de Estado.

Selene, antes de salir, le hizo a Patrexis un gracioso guiño que alborozó el alma del capitán.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Remxis.

—No tan bien como yo desearía, pero avanzamos. No averiguamos demasiado estudiando a los profetas. Habían sido primero drogados y luego hipnotizados. Cuando los psiquiatras de Teriomxis III los han devuelto a la realidad no recordaban nada. El jefe de psiquiatría afirma

que es el mejor trabajo de manipulación de mentes que conoce. No había visto nada parecido en su vida profesional. Muchos de los profetas eran auténticos locos sacados de los manicomios de Dorado. Por medio del Sibelium y del hipnotismo los manejaban a su antojo, pero, en cuanto los despertaron, han vuelto a enloquecer.

—Un trabajo a tan gran escala siempre deja huellas —protestó Remxis.

—Mínimas. Incluso los súbditos más allegados de los profetas lo han sido por iniciativa propia, por convencimiento. Ninguno de los que capturamos tenía rastros de drogas en su cuerpo. Tampoco sabían que había alguien, que no fuera Dios, detrás de ellos. Lo habrían dicho en los interrogatorios, sin lugar a dudas. Tratamos con una organización muy poderosa y con ramificaciones en todos los planetas.

—¿No conseguiste ninguna pista? —preguntó Remxis.

—Hay algunos indicios que convergen en un mercader aurorano. Se trata de un tal Celestes. Llegó a Bahía hace cinco años y comercia con pieles.

—¡Imposible! —exclamó el rey sorprendido—. Es quien surte de pieles a la Casa Real.

—¿Lo has detenido? —preguntó el gran almirante.

—No, pero está vigilado. Conseguí la pista cuando ordené seguir a diversos individuos, elegidos al azar, entre los asistentes a las reuniones con los profetas. Vimos que algunos eran esclavos del citado mercader. Nos llamó la atención que se distribuían de forma que lo controlaban todo. En cuanto acababa la reunión eran los primeros en salir, y volvían a la mansión de Celestes cada uno por su lado, como si no se conocieran.

» Ordené seguir a todos los que visitasen la casa de Celestes, tarea muy difícil pues hay un tráfico enorme. Descubrimos que la mayor parte de sus esclavos eran súbditos de los profetas, o meros asistentes ocasionales a las reuniones, pero casi todos tenían algo que ver.

» Uno de mis hombres fue asesinado cuando seguía a un esclavo de Celestes del que sospechábamos que, haciéndose pasar por Dios, daba instrucciones a los profetas. Hace unos días lo hice detener, pero nada más apresarlo murió en nuestras manos. Se envenenó con una cápsula de cianuro. A continuación, ordené que la policía entrara disparando en el lugar donde se reunían. Quien esté detrás de todo esto tenía que pensar que el esclavo murió accidentalmente y no a consecuencia de su detención. Por eso aún no he arrestado a Celestes. Si también se suicida, no nos servirá de nada.

—Creo que obras con acierto —dijo el rey—. Prosigue en la línea actual e infórmanos puntualmente de lo que ocurra. —Hizo una pausa en la que pareció dudar—. ¿Te han llegado rumores sobre la existencia de reuniones irregulares de oficiales del ejército?

—Sí, Majestad. Traje la lista de los posibles conspiradores. —Había

omitido deliberadamente el nombre de Tabarxis—. Tratan de unir al ejército contra los órfidas y obligaros a que los expulséis.

—¡Valientes majaderos! —exclamó el rey— ¿Acaso ignoran el poderío de los órfidas?

—¿Crees que debemos detenerlos? —preguntó Remxis.

—No sé qué decir —contestó Patrexis con sinceridad—. Si los detenemos, se creará una cierta inquietud entre las tropas, pero si no lo hacemos el daño podría ser peor. Quizás lo mejor sea aplicarles un leve correctivo y solo sancionarlos con dureza si reinciden.

—¿No es fiel el ejército? —preguntó indignado Traxis.

—Sí lo es, Majestad —se apresuró a decir Patrexis—. Pero a raíz de la destrucción de Casablanca hay un gran malestar contra los órfidas. También los profetas contribuyeron a fomentar esa enemistad. Creo que pasará algún tiempo hasta que todo vuelva a la normalidad.

El rey, tras disponer que se encarcelase durante un mes a los oficiales rebeldes, dio por concluida la reunión. Antes de despedir a Patrexis, le encomendó encarecidamente la seguridad de la expedición coria que días más tarde llegaría a Dorado.

Oberón era feliz en aquellos días. Se despertaba tarde, desayunaba y dedicaba el resto del día a vigilar la introducción de los datos facilitados por los mortales en los maravillosos ordenadores de los dioses. Según apreciaba, los mortales no disponían de toda la información, ni los dioses les dieron toda la tecnología que poseían. Pero los datos de ambos se complementaban y, aunque no era un técnico en armamentos, adivinaba la importancia de aquellos conocimientos. Seguro que en Coria Salverdatín sabría qué hacer con ellos.

Admiraba el gran cambio experimentado por los muchachos. Ya no eran los soldados, sumamente marciales, que salieron de Coria. Se dejaron crecer el pelo, e incluso la barba, los que podían tenerla. También su disciplina era bastante más relajada que al inicio del viaje. Parecían piratas. Pero demostraron ser merecedores de la máxima confianza y prefería no meterse con ellos. Ya los llevarían de nuevo al buen camino en casa.

Alamarik seguía con mal de amores. Siempre estaba meditabundo, sin apenas relacionarse con sus compañeros. No quería hablar con nadie sobre las aventuras vividas en Grecia, que eran el principal tema de conversación. Prefería retirarse a un rincón y sumirse en sus tristes pensamientos. Solo se mostró interesado cuando Vanda organizó un curso sobre las nuevas armas. Aquello fue un éxito. A partir de entonces dedicaron varias horas al día a aprender a manejar las armas griegas.

De las naves de los dioses, sólo podían utilizar los simuladores de navegación. Además, tenían que esperar a que Salverdatín hiciera un

nuevo modelo. Las naves eran muy superiores a las corias, e incluso a las OPH-1 órfidas, pero no podían saltar tres veces consecutivas al hiperespacio, y Oberón estaba seguro de que los técnicos corios no dejarían de utilizar su mejor arma. De todas formas, estudiaron su funcionamiento e iniciaron las prácticas de combate. Al segundo mes de viaje casi todos los jóvenes sabían manejarlas.

Cuando llegaron a sistemas estelares cercanos al centro de la galaxia, comenzaron a emitir señales codificadas por si hubiera naves corias. Según lo convenido, las señales solo indicaban su presencia en la zona. La nave que las recibiera emitiría diversas secuencias, previamente acordadas, según el mensaje que quisiera trasmitir.

Respondieron a su llamada en las proximidades de las primeras estrellas que formaban el imperio de Bahía. Las señales recibidas indicaban la urgencia de encontrarse. Oberón temió que la guerra hubiera comenzado.

Tardaron trece horas en alcanzar a la nave que les había llamado, el crucero espacial «Amanecer» capitaneado por Dris Slam. La alegría de los muchachos fue enorme. Era el primer contacto que tenían con gente de su país en más de un año.

Dris Slam pasó a bordo y fue recibido con gran algarabía. Él, y otros muchos capitanes, los buscaban por amplias zonas de la galaxia. Un año era mucho tiempo para no tener noticias de la expedición.

Dris Slam les comunicó que debían dirigirse a Bahía cuanto antes. Allamire hizo un tratado con los órfidas y estaba previsto que firmaran la alianza Vanda, como futuro rey, y el Kidang órfida Sanatakur.

Oberón decidió trasladarse a la nave de Dris Slam. Las tres naves que volvían de Grecia eran demasiado valiosas para exponerlas en Bahía. Irían directas a Coria. Él, Vanda y algunos soldados se trasladaron al crucero «Amanecer» que se dirigiría a Dorado, la capital del Imperio bahiiano. Oberón pensó enviar a Lars y a los smilkares en las naves que regresaban a casa. El pirata se negó alegando que quería conocer Dorado, y los smilkares también prefirieron viajar a Bahía a pesar de que no saldrían de la nave. A Lars lo perseguían en muchas naciones, pero pensó que podrían disfrazarlo. Los bahiianos tampoco esperarían que el hombre más buscado de la galaxia viajase con los embajadores corios.

Tras despedirse de los que volvían a Coria, una reducida expedición, a bordo del crucero espacial «Amanecer», se dirigió a la mítica ciudad de Dorado, capital del Imperio humano más poderoso de la galaxia.

Al tercer salto hiperespacial, varias naves bahiianas acudieron a identificarlos. Aún estaban en estrellas que no pertenecían al Imperio, pero la armada del rey Traxis recorría a su antojo la galaxia e interceptaban a cualquier nave que no conocieran. Al comunicarles el motivo de su viaje, todo fueron facilidades. Tres días más tarde, llegó una flota para

escoltarlos a Bahía.

Dos capitanes bahiianos solicitaron permiso para abordar la nave. Tras esconder a Lars, Oberón contestó afirmativamente. Eran jóvenes muy educados y eficientes que vestían llamativos uniformes rojos con la famosa insignia del sol sobre la fortaleza que representaba a Bahía.

A partir de entonces la marcha fue más lenta, pues Oberón no deseaba mostrar la capacidad de la nave para saltar tres veces consecutivas. Las naves bahiianas, capaces de efectuar saltos de mayor amplitud, se amoldaron a las corias y continuaron juntos el resto del viaje.

El cuarto día desde que los oficiales bahiianos subieron a bordo, distinguieron una luz cegadora al salir de un salto hiperespacial: la Estrella de Oro, como llamaban los bahiianos a su sol; estrella representada en todas las insignias del Imperio y conocida en miles de mundos. Tardaron tres días más en llegar al planeta principal. Cuando lo vieron por primera vez se sorprendieron por su descomunal tamaño. Podía ser como diez veces Ilamad, el mayor planeta corio.

La atmósfera tenía un fuerte color rojo agradable a la vista. A ningún viajero se le olvidaba su primer contacto con el color de Bahía. Todo era rojo. Los mares como reflejo del cielo, la tierra e incluso muchas de las ciudades. Pese a resultar extraño, todos recordaban con agrado ese momento, y muchos quedaban tan prendados que siempre deseaban regresar.

La ciudad de Dorado brillaba con luz propia en aquel universo rojo. Los edificios eran de un amarillo intenso y agradable, y su belleza y magnitud deslumbraron a los corios. Salvo Atenas, no habían visto otra ciudad tan grande. Abundaban las cúpulas y las formas redondas que contrastaban en gran manera con las líneas rectas de los edificios griegos. Aunque Dorado no desmerecía en absoluto a la ciudad de los dioses.

Los corios se pusieron sus relucientes armaduras blancas. Les esperaba un gran recibimiento según les anunciaron los capitanes bahiianos. Oberón ordenó que, al no disponer de otra cosa, abrillantaran las armaduras de combate.

La larga cabellera roja de Lars cayó a manos del barbero, así como sus rizadas barbas. Como rapado tenía una imagen tan horrorosa que asustaba e inducía a pensar en su profesión, Oberón decidió disfrazarlo con una peluca. Tras varios intentos desafortunados, encontraron una verde que le caía bien y dulcificaba su agresivo rostro, aunque le daba un cierto aire afeminado, lo que hizo estallar de risa a los piratas.

La nave coria aterrizó flanqueada por las de Bahía. Los soldados salieron en perfecto orden sin estar preparados para lo que les aguardaba fuera. Más de cien mil personas vitoreaban el nombre de Coria generando un griterío ensordecedor. La multitud estaba situada alrededor de una gran pirámide donde aguardaban sentados, en magníficos tronos de oro, el

emperador Traxis y el Kidang Sanatakur, acompañados por un numeroso séquito.

Miles de soldados con el uniforme rojo de Bahía, y también algunos cientos de órfidas, hicieron un largo pasillo desde la nave al pie de la pirámide y presentaron sus armas al paso de los corios. Bellísimas muchachas vestidas con llamativos trajes arrojaban flores a su paso.

En las gradas de la pirámide, los aristócratas de Dorado disponían de tribunas triangulares situadas a mayor altura según ascendiera el rango de la persona. Los principales nobles estaban sentados en cómodos sillones en la misma cima, muy próximos al emperador.

Un capitán de la armada bahiiana, que dijo llamarse Patrexis, se presentó para acompañarlos. Oberón y Vanda se quitaron sus cascos y le siguieron por la larga escalinata que conducía a la cima de la pirámide. La multitud gritaba el nombre de Coria en galáctico junto con el de Bahía, y también vitoreaban a los órfidas.

Traxis, el poderoso emperador de Bahía y sus mil mundos, ocupaba el lugar preferente. A su derecha estaba el Kidang órfida, vestido con un traje plagado de piedras preciosas, y a su izquierda había un grupo de muchachas que destacaban por su extraordinaria belleza. Llevaban vestidos de oro. Sus cabellos y rostros estaban empolvados con el citado metal, y la bonita piel, que en algunos lugares mostraba el vestido, también tenía una generosa ración de oro.

A Vanda le impresionaran las chicas, sobre todo una de ellas, la situada al lado del rey.

—Que todos los dioses de la galaxia estén siempre con su Majestad imperial —dijo Oberón, arrodillándose. Vanda, por su calidad de príncipe, debía permanecer en pie—. Os presento a Orión Calán Oxel Detrey Vanda, príncipe heredero de nuestra nación, que os rinde homenaje en nombre del pueblo corio. Salud y prosperidad a Bahía.

—Que vuestras palabras se apliquen también a los corios y que este abrazo sea el principio de una eterna amistad entre nuestros pueblos. —Se levantó del trono para abrazar a Vanda. Después, ayudó a Oberón a ponerse en pie y le dio la mano.

A continuación, el rey les presentó a Sanatakur, el Kidang órfida y prácticamente el amo de la galaxia, quien, muy satisfecho por el ceremonial, abrazó a Vanda, a Oberón y al mismo rey.

Vanda saludó a los miembros de la familia imperial y a los principales aristócratas de Dorado. Debis, un muchacho escuchimizado vestido de rojo y plata, era el príncipe heredero. Se abrazaron ambos. Después, el rey le presentó a Selene, hermana del anterior y, según Traxis, heredera del espíritu de los primeros colonizadores de Bahía. Era la joven de oro que atrajo su mirada desde el primer momento. Estaba inmóvil y bellísima bajo su máscara dorada.

—Consideradla desde hoy como vuestra hermana —dijo el rey.

Vanda besó la mano que la princesa tendía. Sus ojos encontraron unos maravillosos ojos azules y notó el embriagador aroma de su perfume.

—Usted será la más amada de mis hermanas.

Todos los nobles aplaudieron las palabras de Vanda. Para ser un vulgar bárbaro estaba bien educado.

El Kidang ofreció el licor de la amistad órfida en una jarra y copas de oro, y todos bebieron.

Patrexis los acompañó al palacio donde se alojarían mientras estuvieran en Dorado. Era un antiguo edificio situado en una de las mejores zonas residenciales. Vanda, Oberón, Lars, Alamarik y algunos oficiales ocuparon las veinte habitaciones individuales del inmueble. El resto de los corios se instalaron en dormitorios corridos, de quince camas cada uno, situados en los sótanos del edificio. Toda la expedición permanecería unida.

Selene, Sofía, Farisa, la joven de Minas Sargul, y otras dos muchachas se bañaban en una piscina de agua caliente que había en las habitaciones de la princesa. Estaban desnudas y se frotaban unas a otras para eliminar el polvo de oro adherido a sus cuerpos.

—¿Siempre es tan difícil de quitar? —preguntó Farisa. Para cualquier chica de Bahía el ser una de las mujeres doradas que recibían a los visitantes más ilustres era el máximo honor, pero no imaginaban lo que costaba limpiar el polvo de oro.

—Verás como dentro de unos días todavía aparece oro en las partes más insospechadas —reía Sofía mientras le frotaba la espalda a Selene.

—Mi padre quiere que os portéis bien con los extranjeros —dijo Selene muy risueña—. No os burléis a su costa, al menos en su presencia. Puede que sean algo primitivos, pero sed simpáticas

Todas rieron.

—¿Sabrán tratar a las damas? —preguntó jocosa Iza, una bella pelirroja —. Cuando ese príncipe besó tu mano parecía que te iba a abrazar. Mira que si son unos salvajes y en su mundo atrapan a las mujeres nada más verlas.

—No te rías de ellos. Aún no sabemos cómo son —reconvino Selene entre las risas de todas.

—A mí —intervino Farisa—, si se me acerca el príncipe Vanda, no me importaría la forma como lo hiciera. —Sofía e Iza estallaron en carcajadas burlándose de la joven de Minas Sargul.

—Ese es un premio grande. Si lo consigues será por encima de mi cadáver —protestó Iza muy risueña—. Patrexis será el acompañante de Selene y Tabarxis el de Sofía, solo quedamos nosotras dos para disputárnoslo. Tú no permitirás que ninguna intrusa se lo lleve —dijo dirigiéndose a Selene.

—Habrá muchas chicas en la fiesta. No puedo impedir que corran tras él —replicó la princesa, sonriente.

—Prohíbelo. Lo elegimos nosotras —pidió Iza mientras salía desnuda de la bañera—. ¿Me queda oro?

—Creo que no —contestó Farisa repasando el cuerpo de la chica pelirroja.

—¿Qué nos pondremos esta noche? —preguntó Sofía— ¿Vamos a la antigua o con el espíritu del cinco mil aniversario?

—Mejor que vayamos vestidas —propuso Selene que solo en la fiesta del cinco mil aniversario se vistió de forma tan provocadora.

—No —replicó Iza—. Debemos impresionar a los corios. Que no digan que las mujeres de Bahía somos mojigatas. Que vean nuestra belleza y nos recuerden cuando vuelvan a su país.

La idea triunfó y, a pesar de la oposición inicial de Selene, todas lucieron los vestidos transparentes que hacían furor en Dorado.

Desde una ventana escondida dominaban el Gran Salón. Las chicas observaron la llegada de los invitados. Vieron aparecer a Tabarxis, a los órfidas, que disponían de un lugar aparte para degustar sus viandas, y a todos los aristócratas. Pero hasta que no llegaron los corios no se decidieron a bajar.

Patrexis llevó a los corios al Palacio de Invierno. Iban Oberón, Vanda, Lars, que convenció a Oberón para que le permitiera asistir a la fiesta, Alamarik, que debía vigilar al pirata, el capitán Dris Slam y algunos oficiales. Oberón ordenó a los restantes expedicionarios que salieran a conocer la ciudad. Tenía que enviar mensajes a los agentes corios y, mezclados con los soldados, había hombres con misiones específicas.

Vanda estaba maravillado por la suntuosidad del Palacio de Invierno. Todo era de una belleza inigualable, desde los inmensos jardines al portentoso Gran Salón, con sus paredes recubiertas de oro y los cristales de Danán colgando por todas partes. Desde que aterrizaron en Dorado estaba impresionado por el esplendor de la ciudad. Pero aquel descomunal y hermoso edificio no tenía parangón en toda la galaxia. Y los magníficos cristales, que cambiaban de color según su deseo, eran la joya más preciosa de cuantas había visto. Nunca se cansaría de observarlos.

El primer mayordomo anunció la entrada de los corios en el Gran Salón y se produjo una gran expectación entre los asistentes a la fiesta. Patrexis hacía de anfitrión presentándolos a los aristócratas de Bahía. Casi todos ignoraban la existencia de Coria.

Varios órfidas también se acercaron. Eran muy prácticos. Querían obtener algún tipo de concesión para el día que colonizaran la Bolsa.

Los sirvientes solo ofrecían bebidas sin alcohol. Lars se enfadó. La única bebida alcohólica iba envasada en una extraña botella de precioso cristal verde y se llamaba Ponk.

—Lo hacen con los smilkares —le informó Oberón viendo que el pirata prestaba excesiva atención a la botella—. No pretenderás beberte un licor que elaboran tras matar a nuestros compañeros en la lucha.

Lars comprendía el argumento. Aunque sabía que Oberón pretendía que no se embriagara, su corazón de guerrero se rebelaba ante la idea de que alguien convirtiera en alcohol a un camarada. Pero, por más que quería olvidarla, la botella ocupaba el primer lugar en sus pensamientos cuando, acompañado por Alamarik, recorría el maravilloso salón.

Patrexis relató a Vanda la historia del Imperio de Bahía desde la caída de Horgón. Habían conquistado muchas estrellas sin apenas lucha. En aquellos tiempos revueltos casi todas las naciones preferían ser parte de un gran imperio que garantizase su seguridad, a permanecer independientes pero expuestas a ser atacadas.

La conversación entre ambos se interrumpió al aparecer la princesa Selene y sus bellas acompañantes. Destacaban cual preciosas ninfas y los invitados se apartaban a su paso. Llevaban vestidos de seda transparentes que atraían los ojos de los hombres y provocaban las protestas de las mujeres mayores contra la desvergüenza de la juventud del país.

—Vamos a saludarlas —les propuso Patrexis.

Cuando llegaron junto a ellas, eran festejadas por numerosas chicas que se abrieron para dejarles pasar. Patrexis las saludó y mostró especial deferencia hacia Selene. Luego, dirigiéndose a Vanda:

—Ella es la princesa Selene. Sus amigas son las mujeres de oro que os recibieron esta mañana. ¿Las reconoces?

—Esta mañana me parecieron las mujeres más bellas que había visto nunca, pero ahora superan con creces la impresión que me causaron.

Las chicas rieron divertidas por las palabras de Vanda. Pronto se estableció un agradable coloquio. Una bella rubia llamada Farisa se colgó de su brazo y quiso acaparar su atención. Vanda solo tenía ojos para Selene. Charlaba educadamente con Farisa, pero esperaba la oportunidad de acercarse a la princesa.

—¡Eh! —protestó una muchacha pelirroja—. No lo acapares, también nosotras queremos conocerlo.

Farisa, algo turbada, soltó su presa. Vanda se dirigió a Selene, que parecía rehuir su compañía.

—Tengo grabada su imagen en mi mente. Desde que la vi, no he dejado de pensar en usted —le dijo aprovechando que las otras chicas bromeaban con Patrexis.

—Exageráis, señor. —Parecía nerviosa. Sus ojos le evitaban, pero Vanda creyó percibir la existencia de una fuerte atracción entre ambos.

—Los corios nunca exageramos. Y he recorrido mucho universo para saber apreciar una auténtica piedra preciosa. —Al expresarse de una forma tan directa hizo que Selene se sintiera intranquila. Estaba acostumbrada a

atenciones mucho más discretas por parte de los varones bahiianos—. Si pudiera hablar con usted en otro lugar, sin tanto bullicio, podría mostrarle la fuerza con que entró en mí.

Selene se sintió ofendida. A los pocos minutos de conocerla, el corio le hizo una proposición deshonesta. No había conocido un hombre más osado.

A pesar de que su comportamiento no era natural ante él, no podía marcharse. Deseaba tomar el brazo de Patrexis para resistir el influjo y la osadía del príncipe, pero sus pies se negaban a caminar. Como si estuviera embrujada, permanecía inmóvil ante las garras del corio.

Farisa acudió en su ayuda. Tomó el brazo de Vanda y lo arrastró hacia el círculo de losetas de mármol rojo donde varias parejas bailaban.

La chica pegó su cuerpo a él y bailaron según la nueva moda que tanto escandalizaba a los mayores.

Selene se sorprendió al notar un sentimiento de furor hacia Farisa por arrebatarle a Vanda. Un instante antes se creía atrapada por el joven corio, pero no le gustó el rescate.

La muchacha de Minas Sargul se adhirió completamente al cuerpo de Vanda. Algunos invitados los miraban con reprobación.

«Qué descaro tienen estos corios, les da igual una que otra», pensó Selene enfadada.

—Me encantaría bailar contigo. —Patrexis interrumpió sus meditaciones ofreciéndole galantemente su brazo.

Selene tomó el brazo del capitán, dedicándole una cálida sonrisa, y ambos se incorporaron al baile.

—¿Has pensado en mi propuesta? —preguntó Patrexis.

—Todos los días pienso en ella, pero todavía necesito tiempo. Perdóname por esta incertidumbre. —Abrazó a Patrexis. Notaba los ojos del corio clavados en su espalda. Se apretó más al capitán, hasta terminar los dos cuerpos perfectamente acoplados. Dos años antes habría sido un sacrilegio bailar así en el Gran Salón, pero mandaban los nuevos tiempos.

—No tengo nada que perdonarte. Si quieres, puedo esperar toda la vida —dijo Patrexis encantado por el abrazo de la princesa.

—No será necesario tanto tiempo. —Le sonrió—. Mis ideas se aclaran poco a poco, y en breve estaré segura de mis sentimientos. Ya casi lo estoy. Lo único que me impide contestarte ahora es un mal presentimiento.

—¿Mal presentimiento? —preguntó acariciando los rubios cabellos de Selene.

—No puedo definirlo mejor. A veces noto algo maligno en el ambiente y una rara sensación de terror se apodera de mí. —Lo miró a los ojos—. Pero todo pasará y mi bravo caballero obtendrá pronto la respuesta que desea.

Mientras tanto, Lars aprovechó que Alamarik era asediado por las

chicas de Dorado para acercarse a una mesa de bebidas. Contemplaba la botella donde estaba representado un smilkare con un hacha en la mano.

—Valiente compañero de batalla, nosotros te vengaremos —pensó al mirar el dibujo—. No temas. No beberé el licor de los órfidas aunque no hubiera otro en la galaxia. —Pero lo único que servían los camareros eran zumos de frutas y bebidas sin alcohol, por lo que no dejó de rondar las botellas de ponk.

Al final, encontró una fórmula de compromiso. Si bebía, incorporaría a su sangre el espíritu del valiente guerrero. No lo haría por el alcohol, sino como una comunión espiritual entre él y el smilkare muerto. Escanció un poco de ponk en una copa de cristal azul y bebió. ¡Estaba delicioso! Se llenó dos copas más que tragó de inmediato. ¡No lo podía creer! Lo mejor que había probado nunca, y todo por un camarada lagarto. Con razón se los bebían los órfidas. Era imposible no querer bebérselos después de probarlos.

Sonaron las trompetas anunciando la interrupción momentánea del baile.

Farisa, en su papel de acompañante de Vanda, fue a buscar bebidas para los dos. Él aprovechó el momento para acercarse a Selene.

—Me tenéis abandonado. Me siento horriblemente triste —bromeó.

—Yo creo que habéis elegido buena compañía. —Le sonreía, pero estaba distante.

—Encantadora. Pero solo pienso en usted, a pesar de que apenas la conozco. Me obsesiona la idea de abrazarla y acariciar su preciosa piel. Por mucho que lo intento, no consigo concentrarme en otra cosa. Estoy aturdido por el bullicio de este salón. ¿Por qué no me muestra los jardines? Así podremos hablar de nosotros.

La osadía del corio era inmensa. Selene no había conocido a nadie tan descarado. Pensó que debía dejar las cosas claras y llevó a Vanda hasta los jardines del Palacio de Invierno, para decirle allí, sin gente delante, que era la novia del capitán Patrexis y que dejara de importunarla.

Pero fuera, en la quietud de la noche y ante el marco incomparable que ofrecían las estrellas en el firmamento bahiiano, el joven corio fue más rápido. Se apoderó de ella y la besó en la boca. Su mente se rebeló, pero él dominó su cuerpo. Recordó el día en que Seneka, Sofía y ella se besaron, y pensó que era lesbiana, por lo que no contestó afirmativamente a la proposición de Patrexis. En ese momento supo que estaba equivocada. Era un beso de hombre el que recibía, un beso que la arrastraba con una fuerza mágica y tremenda. No pensaba, no deseaba otra cosa que alargar aquel instante hasta el infinito.

La mano del joven se apoderó de su pecho, la tenue seda del vestido era una barrera insuficiente y sus dedos acariciaron los pezones. No podía resistirse. No comprendía cómo su cuerpo hacía caso omiso de las órdenes

que le enviaba. Quiso hablar, pero no lo consiguió.

Mientras, aquellas manos eran cada vez más osadas. Habían levantado el vestido y jugaban con su tanga. Le parecía imposible actuar así en los jardines del palacio. Debía de estar embrujada. Notó cómo los dedos de Vanda apartaban la seda del tanga y penetraban en ella. Sintió un maravilloso calambre que, desde su intimidad, se trasmitió a todo su ser y, en aquel instante, intuyó la respuesta que le daría a Patrexis. Entre espasmos de placer, y en medio del enorme desconcierto de su mente, comprendió que era la mujer del príncipe corio y nunca sería de nadie más.

Por primera vez sus manos la obedecieron. Cogió la cara de Vanda y lo miró a los ojos. Vio en ellos pasión, pero también amor, y estalló en sollozos en los brazos del joven.

Esperaron a que se repusiera para salir del jardín. No sollozaba, aunque estaba muy pálida y temblaba cuando volvieron a la fiesta. Oberón, nada más verlos, se dirigió hacia ellos.

—Perdonad que os interrumpa, bella princesa —saludó galantemente —. Buscaba a Vanda. Como no lo encontré en el salón, estaba preocupado.

—Se acaloró por el bullicio de la fiesta y la acompañé a tomar el aire —contestó Vanda a la muda pregunta reflejada en los ojos de Oberón, sabiendo que no creería sus palabras. La joven estaba desconcertada.

—Debo retirarme —dijo—. No me encuentro bien.

—¿Cuándo os volveré a ver? —preguntó intranquilo. La presencia de Oberón había roto la unión entre los dos.

—No lo sé —contestó y escapó corriendo hacia sus habitaciones.

—No puedo dejaros solos un instante —gritó Oberón—. Sois un hatajo de canallas sin conciencia. Hace un momento, ordené que se llevaran al pirata completamente borracho. Y mira que le advertí que hacen ese licor con los smilkares, nuestros aliados. Y ahora tú... ¡Crápula! ¿Es que no puedes dejar de fornicar? Vinimos a firmar un tratado con gente con la que pronto estaremos en guerra. Dedícate a los asuntos de tu país y deja en paz a las mujeres.

Oberón estaba muy enfadado.

—No la toqué. Se sentía mal y la he ayudado —se excusó.

Oberón se alarmó. Era la primera vez que Vanda le mentía. Desde que iniciaron el viaje no dejó de hacer de las suyas. Cosa normal en un joven, y más si debía convertirse en rey de Coria. Pero hasta entonces, y a pesar de sus continuas recriminaciones, nunca le había mentido. ¿Selene significaba algo más que una aventura? Vanda no podía enamorarse de la princesa de una nación aliada de los órfidas.

A la mañana siguiente, rodeados de un fastuoso cortejo, se dirigieron al palacio del Kidang de Bahía, auténtico virrey de la galaxia. Aunque había otros con el mismo rango, estos rendían cuentas a Sanatakur, mientras que

éste solo debía pleitesía al emperador órfida.

Los recibieron con un ceremonial muy simple comparado con la fastuosa recepción de los bahiianos. Pero se veía que intentaron impresionarlos.

Seneka, la bella esposa de Sanatakur, saludó con cariño a Vanda. Ella misma los condujo hasta la sala de reuniones donde esperaba su marido con varios órfidas, el rey Traxis y la princesa Selene.

Vanda admiraba la belleza de Seneka, cuando sus ojos se encontraron con los de Selene. Iba otra vez cubierta de oro, como correspondía a las princesas bahiianas en los actos oficiales, y su rostro era inexpresivo. Pero la mirada lo decía todo. Hablaba de amor. El mismo Vanda no durmió esa noche pensando en ella y en volver a tenerla en sus brazos, cosa muy difícil pues sabía que era una fruta prohibida. Temía que Oberón actuase enérgicamente y decidió ocultar su relación. Aunque era raro lo que se le escapaba al jefe corio.

Después de los saludos de rigor, todos tomaron asiento. El rey Traxis, en su calidad de anfitrión y testigo del pacto, tomó la palabra para presentar a los reunidos. Estaba Aspatakur, el Dang de todas las factorías de Amargaz, Atemkur, director general de la compañía Orphelenka y Estefekur, dueño de la compañía Orphetor, primera y segunda empresas órfidas en la comercialización de carne humana.

Vanda y Oberón representaban a Coria, mientras que el rey Traxis y Selene eran los testigos del pacto.

Sanatakur, el Kidang, habló en galáctico.

—Según el tratado que pactamos con el regente Allamire, en el plazo de tres años, Coria conquistará las naciones de Grog y Delta, cuyos habitantes serán propiedad de una compañía que llamaremos Amistad. Los beneficios derivados de la comercialización de los humanos se repartirán de la siguiente forma: yo me llevaré el treinta por ciento, Orphelenka y Orphetor otro treinta por ciento cada una, y a Aspatakur le corresponderá un diez por ciento. Los gastos de la empresa correrán a cargo de las compañías Orphelenka y Orphetor. Aspatakur contribuirá cediéndonos las bases y operarios que posee en los planetas de la estrella Amargaz.

» En Coria solo instalaremos una factoría. A cambio, esta nación se beneficiará con energía para el abastecimiento de todos los planetas, y con los adelantos tecnológicos reseñados entre las páginas dieciocho y cuarenta del contrato. Respecto a los beneficios de los minerales y productos no humanos de Grog y Delta, Coria obtendrá un veinte por ciento.

Sanatakur acabó. Su acento, al expresarse en galáctico, sonaba muy extraño, lo que contribuía a hacerle aún más repelente. Pero era el único órfida que no mostraba deseos de devorarlos. A los otros, pese a que se contenían, se les notaba la concupiscencia que despertaba en ellos el estar cerca de la carne humana.

—En términos generales este es el tratado que venimos a firmar —manifestó Oberón—. Pero hay unos pequeños cambios que desea introducir su excelencia Allamire, el regente de Coria.

Un murmullo de molesta sorpresa se levantó entre los órfidas. Pensaban que todo estaba acordado.

—No es un cambio sustancial. Se refiere únicamente a la factoría de Coria. En vez de instalar una sola factoría, Allamire autoriza la instalación de todas las que deseen. Solo que se nutrirán de criaderos hechos con humanos procedentes de otros planetas. Los restaurantes y carnicerías donde se venda carne humana que se abran en Coria solo podrán ser propiedad de órfidas. Allamire no permitirá la apertura de otros establecimientos que os hagan competencia. Nuestro Gobierno garantizará el suministro del material necesario para el buen funcionamiento de las factorías. A cambio, pedimos la garantía de que ningún corio será vendido como carne.

El Kidang, tras pensarlo un instante, dio el visto bueno. Los escribientes órfidas cambiaron la letra del contrato según lo pedido por Oberón, y todos los presentes firmaron. Sanatakur abrazó a Vanda, augurando una amistad eterna entre las dos naciones. Después, pasaron al salón donde habían preparado un espléndido refrigerio.

Oberón charló animadamente con el Kidang, que le relató la conquista de Andrómeda por parte de su pueblo. El órfida acompañaba su verborrea con gestos ostentosos y se le veía encantado con la charla. Oberón escuchaba con extremada cortesía, y preguntaba de vez en cuando para que Sanatakur viera su interés, pero vigilaba al príncipe con todos sus sentidos.

A Vanda solo le importaba Selene. La chica lo miraba a hurtadillas, aunque desviaba la vista cuando sus ojos se encontraban. Charló de Coria con el rey Traxis y después cambió unas breves palabras sobre la futura conquista de Delta con Sanatakur. El órfida estaba muy interesado en los pormenores militares. En cuanto se deshizo del Kidang, se acercó discretamente a la princesa.

—Hola —saludó—. ¿Se recuperó del malestar de anoche?

—Sí, gracias —Selene miró al suelo y comenzó a temblar.

—Ayer fue el día más feliz de mi vida. Y hoy mi mayor deseo es tenerte de nuevo en mis brazos. —La cara de la chica se encendió a pesar del oro que la cubría.

—No puede ser —repuso muy nerviosa—. Lo de anoche nunca sucedió. Tanto usted como yo no somos dueños de nuestras personas, nos debemos a los países donde vivimos y hay sentimientos que deben olvidarse.

—Yo te amo. Lo sé desde que te vi por primera vez y cada minuto que pasa mi amor aumenta, contra mi voluntad.

—Por favor, déjeme. —Bajó la cabeza y apartó una lágrima con la

mano—. Es imposible nuestra relación. Me siento muy mal y terminarán por darse cuenta. —Luchaba por no llorar. No quería que notasen su desazón.

Vanda deseaba abrazarla. Sabía que Oberón, aunque no lo pareciera, estaba pendiente de sus movimientos. Debía irse. Selene sufría, y aquel era un amor imposible. El rey Traxis lo consideraría el futuro jefe de una nación insignificante que acababa de vender a sus hermanos, y para los corios Bahía era un país enemigo al estar aliado con los órfidas y, por muchos pactos que firmasen, en cuanto fueran más fuertes intentarían destruirlo. Nunca le permitirían relacionarse con Selene.

A pesar de estas consideraciones, Vanda permanecía inmóvil contemplando cómo la bellísima mujer dorada contenía el llanto.

Seneka los interrumpió. Tomó sus manos y los atrajo hacia ella.

—Pobre par de tontos. Perdonad, pero no pude evitar escucharos. Debías habérmelo dicho —dirigiéndose a Selene—. Os habríais ahorrado disgustos. He logrado que el Kidang os invite a comer. Después, él se irá y os quedaréis solos en mis aposentos.

Selene tuvo un sobresalto. Aquello era ofrecerla en bandeja al corio. Sabía que, en cuanto estuvieran solos, no tendría fuerzas para resistirse y haría con ella lo que quisiera. Pero era imposible negarse a una invitación del Kidang. Se encogió de hombros ante lo irremediable del destino y casi se tranquilizó.

Oberón, en cambio, en cuanto Sanatakur, enviado por Seneka, le comunicó que invitaba a comer a los dos príncipes, apenas pudo ocultar su disgusto. Era una invitación irrechazable, pero algo iba mal, muy mal. Y no sabía cómo resolver el problema.

Vanda le avisó de la invitación. Aparentaba normalidad, pero no era así. El príncipe parecía enamorado y eso no podía ser. Cuando salió del palacio aún no sabía qué determinación tomar.

La comida fue entretenida, aunque repugnante. Tanto Seneka como Sanatakur devoraron miembros humanos. El Kidang relató algunas de sus batallas, y acabó convencido de lo buen compañero de mesa que era el joven corio, a pesar de que no dijo una sola palabra.

En cuando Sanatakur se fue, Seneka acompañó a la princesa, que no había probado bocado, a sus habitaciones y poco después acudió por Vanda.

—Ven, te espera.

Lo llevó cogido de la mano a la antesala de su dormitorio. Luego, señaló una puerta entornada.

—Entra. Yo me quedaré aquí para que piensen que estáis conmigo.

Selene lloraba sobre una gigantesca cama. La abrazó. Estaba muy agitada y era incapaz de contener el llanto.

—No puede ser. No puede ser. Jamás nos lo permitirán —dijo la bella

niña entre suspiros.

Vanda acarició sus rubios cabellos, musitándole palabras cariñosas que lograron tranquilizarla. Todavía llevaba el polvo de oro y enseguida él también estuvo dorado, lo que hizo que, por primera vez desde la noche anterior, la risa asomara en el rostro de la chica.

La besó. Selene opuso cierta resistencia, pero sin rehuir el beso. Con gran delicadeza empezó a acariciarla. En su mente desfilaron las mujeres que le habían impresionado. La princesa aurorana, Haidee; Aradiel, de la que creyó estar enamorado; Afrodita, que con solo una mirada lograba excitarlo. Pero aquella niña las había borrado. La presumía inexperta y poco hábil en las lides amorosas, pero la deseaba como nunca deseó a mujer alguna, y la amaba. Eso tenía que ser amor.

La desnudó con cuidado y se despojó de su ropa. Ella estaba asustada.

—Nunca estuve con un hombre.

—No te preocupes. —Besó el bonito y blanco pecho—. No te haré daño.

Solo se lo hizo cuando la penetró. Pero todo lo demás fue maravilloso. Ella unas veces reía y otras lloraba, y parecía amarle más a cada instante. Vanda no recordaba sentirse mejor en toda su vida.

Era ya tarde cuando Seneka entró en la habitación, sin importarle que estuvieran desnudos y acariciándose, para avisarles de la hora. Se sentó encima de la cama y luego los acompañó al baño.

—No podéis salir así —dijo mientras abría el grifo de una gran bañera —. Tenéis oro por todas partes.

Selene fue la primera en mojarse en el agua caliente que salía de cien orificios. Vanda frotaba su espalda cuando Seneka, también desnuda, entró en la ducha.

—Os ayudaré o no terminaréis nunca. El Kidang puede volver en cualquier momento.

Estuvo muy atenta con ambos y dedicó especial atención a los genitales del joven. Pero fue discreta, solo les ayudó a ducharse. Vanda pensó que tendría que hacer el amor con Seneka si quería que su relación con Selene continuara.

Aquella noche, al despedirse de la princesa, sintió una especial congoja. No quería que se fuera. Su mente se resistía a dejarla marchar y a ella le pasaba lo mismo solo que, no tan educada como él en el arte de ocultar sentimientos, no dejaba de llorar.

Seneka acudió en su auxilio concertando una cita al día siguiente. No le sería difícil convencer al Kidang de que hiciera lo posible por facilitar la unión de los príncipes, que se aman, de dos naciones aliadas.

Se despidieron tras besarse por última vez repetidas veces, experimentando un terrible sentimiento de pérdida.

Seneka hizo que un vehículo llevase a Vanda.

Cuando entró en la residencia de los corios, todavía pensaba,

ensimismado, en el triste instante de la despedida.

Se extrañó al no encontrar en la puerta a Oberón, pues sabía que iba a haber reprimenda. Al cruzar el amplio patio que conducía al comedor, todo continuaba en una quietud maravillosa. Aún escamado por no escuchar los atronadores gritos de su jefe, descubrió que tenía un hambre atroz. Fue a la cocina donde los cocineros le sirvieron los restos del exquisito buey bahiiano de la cena. Cuando se dirigía a su habitación, un soldado llegó para decirle que Oberón deseaba hablar con él.

No era el trato habitual. Demasiada cortesía. Vanda prefería los gritos e imprecaciones a los que acostumbró durante el viaje. Temiéndose lo peor, acudió al gabinete del jefe corio.

Oberón, agazapado tras una mesa de madera negra, con sus inquisitivos ojos fijos en él, le indicó, cortésmente, que se sentara.

—Te conozco desde que apenas habías nacido. —Muy mal empezaba—. Tu crecimiento fue vigilado por multitud de expertos corios. Eres la gran esperanza de nuestra nación y para quien ideamos los proyectos de futuro. En este viaje me gustó cómo te desenvolviste, a pesar de que, a veces, no te portaras correctamente. Pero un rey debe tener su propia personalidad. Me habría llevado peor impresión si me hubieras obedecido en todo. Hasta tu promiscuidad con las mujeres puede corresponder al futuro rey que todos deseamos. —Hizo una larga pausa intentando descubrir lo que se ocultaba detrás de aquel inexpresivo rostro—. Pero no puedes enamorarte de Selene. —Vanda no replicó—. Somos enemigos y nunca será posible una paz entre nuestros pueblos. Lo que esté previsto que deba ocurrir sucederá, y ningún factor debe interferir en el futuro

Vanda pensó que los corios habían preparado algo contra Bahía.

—Debo pedirte que me expliques en qué consiste tu relación con la princesa.

—Me atrae mucho —optó por contestar con evasivas. Oberón era muy peligroso.

—¿Hasta qué punto llega esa atracción? —hizo la pregunta despreocupadamente. Al igual que Vanda, ocultaba sus sentimientos, arte que les inculcaban desde pequeños.

—Soy muy feliz en su compañía, pero no estoy enamorado como lo estaba de Aradiel —mintió.

—Entonces tengo que rogarte que no la veas más. Hay en este país muchas chicas preciosas que querrán atraer tu atención.

Vanda meditó la respuesta durante unos segundos. Cualquier cosa que dijera podía causar un desastre. Oberón era experto en descubrir la verdad con meros indicios.

—De acuerdo, me olvidaré de Selene. Aunque el Kidang nos invitó a comer mañana.

—Y claro, una invitación del Kidang no se puede rechazar.

Poco después, Vanda abandonó a un meditabundo Oberón. El joven lo iba a burlar con las invitaciones del Kidang. La zorra de la mujer del órfida debía favorecer las entrevistas, y Sanatakur era el amo de la galaxia y tenían que obedecerle. Selene y Vanda se verían hasta el último día de su estancia en Dorado. Y, aunque no fuera así, quizás el mal ya estuviera hecho. El príncipe parecía enamorado. A causa del largo viaje no estaba al tanto de los últimos planes elaborados en Coria, pero en ellos nunca entraría la unión entre Vanda y Selene. Mandó avisar a Lars.

Patrexis estaba en el gabinete real con el rey Traxis y el gran almirante Remxis. Les informaba de los últimos avances en su investigación. Ese día no podía ocultar su tristeza.

—Estoy seguro de que Celestes es un eslabón importante en nuestra historia. Todo conduce a él. Compró sus esclavos fuera de Bahía y en su casa se comportan como hombres libres. Estudié sus transacciones comerciales y pierde dinero en muchas ventas. Sus pieles adornan los hogares y las personas más elegantes de Dorado, pero pocos pueden pagar los altos precios. Si trata con personas influyentes, u oficiales rebeldes, las vende por un precio irrisorio. Incluso dio dinero a los militares que quieren expulsar a los órfidas.

—¿Cuándo lo vas a detener? —preguntó Remxis.

—Con suerte, mañana. Tiene una amante en el barrio del Fuego y la visita regularmente los jueves. Tengo que pillarlo descuidado. No quiero que se suicide como hizo su esclavo.

—Has hecho un magnífico trabajo. No esperábamos menos de ti —dijo Remxis. A pesar del halago, flotaba algo extraño en el ambiente. Los tres evitaban hablar de Selene, aunque sabían que tendrían que hacerlo.

—Hay algo más —añadió Patrexis. Durante dos días seguidos observamos a soldados corios hablar con esclavos de Celestes.

—¿Corios?

—Sí. No fue durante mucho tiempo, y quizás se deba a la casualidad, pero se comunicaron.

—¿Puede haber alguna relación entre los corios y lo que sucede en Bahía? —preguntó Remxis.

—Solo tuvieron dos contactos, no puedo decir más, aunque espero conseguir pronto más información. Ordené que vigilen a los corios.

—¿No se darán cuenta?

—Tengo a mis mejores hombres en ello.

El rey dio el visto bueno y luego preguntó:

—¿Qué pasa con Selene?

—Está enamorada del príncipe corio. —Bajó los ojos para que no apreciaran el malestar que lo invadía.

—¿Enamorada? No puede ser. ¿En qué te basas para decir eso?

—Ella misma me lo dijo. Hace tiempo le pedí que fuera mi prometida y contestó que me respondería en pocas semanas. Todo iba bien hasta que llegaron los corios. La misma noche del gran baile me dio esperanzas de una pronta respuesta afirmativa, pero desde el día siguiente se ve a diario con Vanda en casa del Kidang. Ayer le pregunté si pensaba contestarme y, entre lágrimas, me dijo que estaba enamorada de Vanda y no podía hacer nada para evitarlo. Aunque intentaba resistirse, lo deseaba con una fuerza muy poderosa contra la que era imposible luchar.

—¿Crees que hacen el amor? —preguntó el rey consternado ante la profunda pena del capitán.

—Sí, estoy convencido. Todos los días comen en casa del Kidang. Después, cuando Sanatakur se va, se quedan solos con Seneka. Ella encubre su amor y quizás también lo haga su marido.

—Sabes que siempre vi bien tu unión con Selene. Estoy seguro de que serías el compañero ideal para ella. Pero, a pesar de mis sentimientos, si ella quisiera desposarse con otro, con harto dolor de mi corazón consentiría esa unión. Ahora estamos en una situación muy complicada. Vanda y su pueblo son comestibles para los órfidas. En el tratado que acaban de firmar venden a los habitantes de otras dos naciones a cambio de su integridad y algunos avances tecnológicos. Pero este tratado solo se cumplirá durante los primeros años, o tal vez mientras viva Sanatakur. ¿Cuánto tardarán los órfidas en atacar a los corios? Los conozco, y sé que nunca respetaron los pactos hechos con humanos comestibles.

» Si algo le sucediera a Debis, Selene sería la reina de Bahía. Si se desposase con Vanda, cuando los órfidas atacasen Coria ella tendría una difícil decisión de la que podría devenir la destrucción de nuestro Imperio. Por eso es imposible ese matrimonio. La relación entre ellos debe acabar lo antes posible y de la forma que sea. ¿Crees que podemos influir en Selene?

—De momento no. —Sus lágrimas pugnaban por aflorar—. Aunque lo ordenarais. Está completamente dominada por Vanda. Debemos esperar a que abandone Bahía y entonces, con tiempo, tal vez consigamos que se olvide de él.

Lars vigilaba la calle. Fue difícil elegir el lugar. Después, tenía que escapar deprisa, sin dejar rastros que los guiasen a él o a los corios. El día anterior recorrió el itinerario habitual de la princesa y estudió las posibilidades que ofrecía. Entró en algunas casas, visitó calles colaterales, exploró los bellos jardines de aquel barrio, e incluso, con extremo cuidado para que no le viesen, escaló a un tejado desde donde tenía una magnífica vista panorámica. Aunque tardó horas en encontrarlo, el sitio elegido no podía ser mejor. Era una antigua casa abandonada que se encontraba a tres kilómetros de la calle por donde pasaría Selene. Tenía la ventaja de que, por la parte sur, daba a un terraplén que conducía directamente al llamado

Barrio Pobre, el más miserable de Dorado.

Cronometró muchas veces el tiempo que invertía en desmontar el magnífico fusil griego y recorrer los doscientos metros que lo separaban de las primeras casas. Tenía tiempo de sobra. Aunque fueran a por él, no impedirían que se perdiera por las callejuelas del Barrio Pobre. En una de las míseras viviendas, los agentes corios lo esperarían para deshacerse del arma y de las ropas, cabellos y barbas que utilizase en la acción.

Recordaba las palabras de Oberón: «Tienes que eliminarla». Desde que vio a Vanda enamorado percibió que habría problemas. Aunque nadie le dijo nada, sabía que no estaban en Bahía como amigos. Y los corios cuidaban a su príncipe por encima de todas las cosas.

Al principio le extrañó que Oberón lo eligiera a él. Se consideraba bueno para la acción, pero muchos de los expedicionarios lo superaban con creces. Estuvo largo rato meditando hasta que encontró la respuesta. Oberón y él serían los únicos que sabrían la verdad. Ningún corio se enteraría de nada, y aunque el príncipe sospechase que los suyos eran los responsables de la muerte de su amada, no podría estar seguro.

Esa mañana, con ropas similares a las que vestían los ciudadanos pobres de Dorado, una poblada barba y una espesa peluca negra, se dirigió a la casa deshabitada desde donde dispararía contra Selene. Tenía bastante tiempo. Había salido con antelación. No quería hacer las cosas precipitadamente y que algo saliera mal por descuido.

Deambuló sin prisas por la calle, fingiendo mirar los escaparates de los comercios, hasta que consiguió entrar en el edificio sin que nadie lo viera. Subió al primer piso por una derruida y peligrosa escalera, y se tumbó en el suelo, frente a un orificio de la deteriorada pared, de forma que no lo pudieran ver desde ningún lugar.

Montó el arma griega, un fino tubo que se ampliaba un poco en la parte destinada a apoyarse en el hombro. En la parte superior acopló a rosca un potente visor.

Divisaba la zona elegida para el disparo como si estuviese a un par de metros de distancia. El arma no emitía llama ni ruido alguno, tan solo quien la manejaba percibía una ligera vibración. Podía desmontarla en quince segundos, y necesitaba dos minutos para alcanzar el terraplén desde donde se deslizaría hasta las casas del Barrio Pobre. No tardaría más de cinco minutos en deshacerse de todo lo utilizado en la acción y saldría de nuevo a la calle siendo un hombre diferente. Treinta minutos más tarde esperaba estar relatando a Oberón lo sucedido. Después, lo llevarían a la nave, donde permanecería hasta que abandonaran Bahía. Mejor no podía estar planeado. Oberón y él invirtieron dos días en prepararlo, estudiando hasta el más pequeño detalle, incluso la posibilidad de que vigilaran la mansión.

Lo apartó de sus pensamientos el murmullo de la gente al ver pasar el

vehículo de Selene. No era un recorrido oficial, pero los ciudadanos la saludaban con cariño siempre que la reconocían. Faltaba un kilómetro para que llegase al lugar elegido cuando, a través del visor, ya la divisaba perfectamente. ¡No iba sola! La acompañaba su hermano, el príncipe Debis.

Cincuenta soldados imperiales, repartidos en diez vehículos, componían la escolta. Pero había un fallo en aquella formación, no cubrían bien los flancos del auto de la princesa. El conductor, situado en la parte delantera, dejaba un claro espacio para disparar contra los hermanos, a los que Lars distinguía con total nitidez.

Apuntó a Selene. Estaba seguro de acertar en el pecho. Pero decidió esperar. Haría un disparo más certero cuando estuviese más cerca.

Entonces tuvo la revelación. Vanda sería era breve rey de Coria y emperador de muchos mundos, si las cosas salían bien. Si salían mal, se podían dar todos por muertos, por lo que era una posibilidad que no influía. Tarde a temprano se enteraría de que él mató a su amada y no tendría clemencia. Los reyes eran muy vengativos, y poco importaría que obedeciera órdenes de Oberón. El vehículo estaba a doscientos metros del punto elegido. No debía matarla, ni tan siquiera herirla. Fallaría el disparo. O no dispararía. Cien metros. Selene seguía en el punto de mira. Pero entonces se enfrentaría a la cólera de Oberón, y muy posiblemente a la de Allamire, que eran los que mandaban en ese momento. Todas las opciones lo llevaban al cadalso. Si la mataba, Vanda le ajustaría las cuentas en el futuro, y, si no lo hacía, Oberón querría su piel. Cincuenta metros. Todos pensarían que falló a posta el disparo. El vehículo llegó al lugar exacto. Apretó el gatillo. No sintió nada. Por un instante pensó que no había funcionado el arma, pero, a través del visor, vio cómo se abría el pecho de Debis, parecía desgarrado por una fuerza titánica.

Había elegido la mejor opción, pensó mientras desmontaba el fusil. Oberón no podría recriminarle y, quizás, ni siquiera sospechase. Él disparó con la mala suerte de herir a Debis en vez de a Selene. Si Vanda se enteraba tampoco lo castigaría. No era lo mismo atentar contra su amada que matarla.

Tardó unos segundos más de los previstos en refugiarse en la casa donde lo esperaban. A los lejos ya se oían las sirenas. Se cambió rápidamente. Mientras se colocaba ante el espejo una horrorosa peluca rubia, toda su indumentaria anterior fue incinerada.

Al salir a la calle, lo sorprendió la tranquilidad. Los viandantes circulaban normalmente, aún no se habían enterado del atentado. Todo era igual que cualquier otro día. Lo único que alteraba la mañana era el amortiguado sonido de las lejanas sirenas.

No tardó en llegar al palacio, pero no quiso entrar enseguida. Dio primero un par de vueltas para asegurarse de que nadie vigilaba la puerta.

Dos jóvenes le resultaron sospechosos. Decidió esperar.

Fueron los diez minutos más largos de su vida. Por fin, algo pareció conmoverlos. Uno de ellos hablaba con su reloj y, muy nervioso, avisó al otro. Ambos volvieron las cabezas hacia el lejano lugar donde se escuchaban las sirenas. El pirata aprovechó para entrar sin que lo vieran.

Oberón lo esperaba ansioso. Entre los dos incineraron sus ropas y la peluca rubia, y se encerraron en la habitación de Lars. Minutos más tarde llamaron a Oberón. Por la ventana ya se notaba alboroto callejero.

Lars estaba recostado en su cama, escuchando las maravillosas baladas de Lara-Kia —la famosa niña de Orgaz que cantaba las hazañas de los piratas—, cuando entró de nuevo Oberón para comunicarle que había fallado el disparo. Acababa de matar al príncipe Debis, el heredero del Imperio de Bahía.

Fueron los funerales más solemnes que se habían visto nunca en Dorado. La noticia cayó como un mazazo sobre la población que adoraba a su futuro rey. Muchos se negaron a creerla hasta que no vieron al impresionante cortejo fúnebre recorrer las calles de la ciudad. Lo encabezaba el vehículo sin techo que transportaba a la familia real. Traxis iba muy triste, la reina madre y la princesa Selene desoladas y sin poder evitar el llanto. Los acompañaban el gran almirante Remxis y Patrexis, vestidos con uniforme negro. También viajaban en el mismo vehículo Sanatakur y Seneka, que parecían muy apenados.

Los seguían innumerables vehículos con representantes de todas las estrellas del Imperio y de algunas naciones independientes. La comitiva coria cerraba el cortejo, con Oberón visiblemente afligido y Vanda sumido en sus propias meditaciones.

El auto de los corios atraía las miradas curiosas de la muchedumbre. En las dos semanas que llevaban en Dorado se habían puesto de moda. Las muchachas se disputaban aquellos soldados de impecable armadura blanca. Parecía extraordinario que gentes, cuya existencia ignoraban un mes antes, hubiesen acaparado tanta atención.

Llegaron al impresionante Valle de los Reyes donde estaban las tumbas de los anteriores monarcas bahiianos. Gigantescos monumentos funerarios que reflejaban la historia de la nación. Las construcciones, muy diferentes entre sí, hablaban de los diversos estilos arquitectónicos que predominaron en los cinco mil años de existencia de Bahía.

Depositaron el cuerpo de Debis en la entrada de un gigantesco mausoleo. El Sumo Sacerdote inició los oficios religiosos. Había un anfiteatro de gradas de piedra rodeando al panteón de la dinastía Orlán. La familia real estaba ubicada en torno a la losa de mármol que soportaba al cadáver. Todos los demás asistentes se acomodaron en las gradas. Su cercanía al centro dependía de su importancia jerárquica en el Imperio.

Los corios ocuparon la última grada en la parte superior del anfiteatro. Contemplaban la escena a más de doscientos metros de distancia.

Vanda veía a Selene, vestida de negro, abrazada a su madre y desgarrada por el dolor. Deseaba correr junto a ella para servirle de consuelo en aquel instante de pesar. Por la mañana temprano, él y Oberón dieron el pésame a la familia real en nombre de Coria. Los recibió un dolorido rey Traxis acompañado por el capitán Patrexis, pero no apareció Selene. Oberón hizo un emotivo discurso en el que puso a la nación coria a disposición del rey para lo que necesitase. Traxis agradeció su presencia, aunque estaba alejado de la realidad, hundido en su profundo dolor.

Vanda sospechaba de los suyos. No tenía el menor indicio, pero no podía descartar la idea. Como tampoco, el que no fuera Debis el objetivo sino Selene. Le extrañaba que, en ese caso, el tirador fallara el disparo. Pensó en preguntar a Oberón, pero lo desechó enseguida; no le diría nada. Fueran o no culpables, no sacaría nada en claro hablando con él.

Selene lloraba ante el altar. Se le antojaba sumamente indefensa ante cualquier tropelía que preparasen en Coria. Ella era ahora la heredera del Imperio bahiiano y estaba protegida por su inmenso poder, pero la muerte de Debis demostraba que no era fácil amparar a las personas cuando alguien decidía asesinarlas.

Pasaron tres días sin noticias de la princesa. Al cuarto, visitó a Seneka. Como siempre, le resultó molesto esperar en el pórtico mientras los criados dirigían hacia él sus hambrientas miradas.

Seneka salió a recibirlo y lo llevó a un bonito despacho junto al salón donde el Kidang celebraba las reuniones. Desde una ventana camuflada podía observar, y escuchar, lo que sucedía en su interior. Iba muy vestida para estar en casa. Los órfidas eran celosos en extremo, y sus hembras, las pocas veces que se mostraban a extraños, guardaban un considerable recato.

—Qué alegría verte de nuevo —saludó Seneka en perfecto galáctico —. Creo que no necesito preguntarte el motivo de tu visita.

—No, hace una semana que no veo a Selene. Deseo abrazarla otra vez. Partimos para Coria dentro de tres días.

—No puede salir a causa del luto por Debis. Pero no te preocupes, ayer hablé con ella y quiere verte. En medio de su dolor, solo piensa en ti.

—Yo no duermo desde la última vez que estuvimos juntos.

Seneka sirvió para ambos una copa del famoso Ponk.

—Mañana vendrá al atardecer. Dispondréis de dos horas a lo sumo y deberá ser la despedida. Pero, tranquilízate —dijo al ver el profundo dolor que mostraron sus ojos—. Convencí al Kidang de que es muy conveniente para nosotros que los príncipes, y futuros reyes, de nuestros mejores aliados se unan. Solo tenéis que esperar.

—¿Cómo podré agradecerte lo que haces por nosotros? —preguntó

Vanda pensando que sería muy difícil que Allamire le permitiera visitar a Selene.

—Es un placer ayudar a los amigos. —Acarició su cara con sus elegantes dedos—. Además, estoy convencida de que nos conviene una unión entre Coria y Bahía. Ahora me conformo con que me beses.

A pesar de que le sorprendió la petición, la rodeó con sus brazos y la besó. La órfida respondió con una fuerza tremenda. Después de varios minutos de intenso abrazo, jadeando muy azorada, se apartó.

—Otro día haremos el amor —dijo sin ocultar su lujuria—. Hoy es tarde y puede llegar Sanatakur. Pero encontraremos la ocasión.

Durante todo el día siguiente Vanda contó los minutos que faltaban para su encuentro con Selene. A Oberón le dijo que Sanatakur lo llamó para despedirse personalmente. No protestó. Aceptó sin poner inconvenientes, cosa que no dejó de preocuparle.

Según se acercaba la hora de su encuentro con ella, todo lo demás perdió su importancia. Solo cabía en su mente la imagen de Selene. Le parecían insuficientes aquellas dos horas, y más teniendo la certeza de que nunca la volvería a ver.

En el palacio del Kidang le hicieron pasar a los aposentos de Seneka. Había flores, cortadas ese mismo día, que llenaban la estancia de seductores aromas. Todos los muebles estaban hechos con maderas preciosas y se notaba la exquisita mano de su creador. En la pared había una gran holografía que representaba al Kidang combatiendo al mando de tropas órfidas.

Escuchaba voces de mujeres en la habitación contigua. Le pareció reconocer a Selene.

Seneka entró desnuda. Gozaba exhibiéndose ante él.

—Estaba muy nerviosa y le di un barro relajante. Entra. Te espera.

Apenas tapada por la tenue sabana, Selene lo miraba intensamente. Sus lindos senos surgían esplendorosos entre las ropas de la cama.

Vanda se desnudó y enseguida ambos se sumieron en el abrazo del amor. Besó cada rincón de ella con la intensidad que conllevan las despedidas. Cada uno parecía querer acaparar lo máximo posible del otro y atesorarlo en el recuerdo. Las caricias se sucedieron unas a otras con extrema suavidad, y la penetración fue la culminación de un proceso inmerso en la intensa emoción que sentían.

Tras una serie de frenéticos orgasmos, Selene comenzó a llorar y se abrazó desesperadamente a Vanda.

—No nos dejarán estar juntos. Mi padre no permitirá que me una a ti, aunque el Kidang lo desee —dijo entre sollozos.

—Las cosas están mal ahora, pero deja pasar el tiempo. —Intentó tranquilizarla—. Yo te amo por encima de todas las cosas y sé que algo sucederá en el futuro que nos haga estar juntos.

—Mi padre vino a verme esta mañana para hablar sobre nosotros. Me dijo que soy la heredera del trono de Bahía y jamás permitirá que me una a alguien cuya raza sea comestible para los órfidas. Aseguró que, en el acuerdo que firmasteis, vendéis a vuestros hermanos para ser devorados. Y está seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que también os ataquen a vosotros. Nuestro matrimonio pondría al Imperio en el mayor peligro de su historia.,

—Hay ciertos asuntos sobre los que no debo hablar. —Besó las lágrimas de la princesa—. Pero nuestro amor no puede acabar así. Verás cómo surge alguna solución. Seneka me prometió el apoyo del Kidang. Solo es cuestión de tiempo que los tuyos y los míos acepten la relación. —Vanda sabía que las cosas estaban mucho peor de lo que pensaba Selene. En Bahía todos creían que el Gobierno corio estaría muy orgulloso de casar a su príncipe con la heredera del Imperio, y nada más lejos de la realidad. No descartaba que atentasen contra la vida de Selene.

—Hoy te juro amor eterno. Suceda lo que suceda, te amaré siempre. Aunque pase mucho tiempo y cambie todo en la galaxia.

Selene, todavía sollozando, se apretó contra él. Sus dorados cabellos le acariciaban la piel. Vanda pensó que nunca podría encontrar mejor caricia. Deseaba parar el tiempo, o que le hubiese tocado vivir en otra época. No quería ser un príncipe sino un ciudadano normal de Bahía y tener toda la vida a la princesa en sus brazos.

—Hay algo que me gustaría hacer. —Miró a los ojos enrojecidos de Selene—. Te parecerá una tontería, pero en Coria, cuando dos personas se aman mezclan su sangre.

Ella rodeó su cuello con los brazos y lo besó repetidas veces.

—Mi guapo niño. Haré lo que quieras. Te pertenezco y así será hasta mi muerte. Unamos nuestra sangre y que cada uno lleve siempre algo del otro.

Vanda sacó una jeringa hipodérmica. Selene sonrió por primera vez.

—Yo pensaba que intercambiar la sangre era más romántico.

—En Coria lo hacemos así. El origen de esta costumbre se remonta a la época de las grandes epidemias. Ya sé que puede parecer poco romántico, pero para nosotros lo significa todo.

Después de introducir la jeringa en su propia piel y extraer un poco de sangre, se la clavó a Selene. Ella no se dio cuenta de que también había otro líquido transparente. Vanda no conocía el motivo de las vacunas que les inocularon al salir de Casablanca, pero los corios las llevaban a todos los pueblos amigos y de su gente se podía esperar cualquier cosa. Esa mañana fue a la nave para coger vacunas. Si algo pasaba, Selene estaría segura.

—Ya está. Ahora somos los eternos enamorados. Nadie podrá separarnos jamás y, aunque no nos veamos, siempre estaremos juntos.

Se abrazaron. Selene lo besó en la boca. Se sentía embriagado por su

olor. Toda ella olía a una mezcla de perfume y amor. No comprendía cómo poseyó el grácil cuerpo que tenía entre sus brazos. Cómo aquellos bellísimos ojos brillaban de amor por él. La besó tiernamente mientras le decía, en corio y en galáctico, palabras cariñosas, intentando apartar el doloroso pensamiento de su próxima separación.

Su boca se apropió del lindo pubis que reaccionó enseguida a la caricia. La vulva se inundó y unas ligeras convulsiones comenzaran a contraer el cuerpo de Selene. Hicieron el amor otra vez. La mejor de todas. Para Vanda, ni Afrodita le había proporcionado un placer semejante. Se recreó en el acto como nunca lo hizo, y acabó cuando se dio cuenta de que ella yacía desmayada.

Con suaves besos la despertó. ¡Dios, cómo la amaba!

La princesa tenía entre sus labios el pene de Vanda cuando les interrumpió Seneka.

—Debéis dejarlo ya —dijo, sonriendo. Aún estaba desnuda. Vanda se dio cuenta de que llevaba tiempo observándolos—. Si llegas tarde al Palacio de Invierno en estos días de luto, será un escándalo.

La órfida entró con ellos en la ducha. Vanda observó molesto la atención con que Seneka los enjabonaba. Parecía deleitarse acariciando el sexo de Selene, y esta, absorta en su amor por Vanda, no se daba cuenta de nada. Él hubiera preferido no lavarse y tener impregnada la piel con el aroma de la princesa hasta que se perdiera.

La despedida fue el momento más doloroso que el corio sufrió en su vida; sin embargo, con el rostro imperturbable y palabras cariñosas, alentó a una Selene verdaderamente deshecha.

Un vehículo de la armada llegó a recogerla. A través de los cristales blindados, Vanda vio brillar por última vez los húmedos ojos de la princesa de Bahía.

—No te preocupes —le consoló Seneka—. Sé que el rey Traxis no quiere saber de ti e intentará que Selene te olvide. Pero el Kidang y yo estamos seguros de que nos interesa vuestro matrimonio. —Le guiñó para indicar que ella había convencido a Sanatakur—. En breve se lo comunicaremos a Traxis. No se atreverá a impedir la unión. —Seneka miró a ambos lados y, al ver que no había nadie, lo besó en los labios—. Visítame mañana y hablaremos de los asuntos que nos preocupan. —Por su sonrisa, Vanda dedujo que había llegado la hora de pagar los favores.

El joven abandonó apesadumbrado el palacio del Kidang. Aunque Sanatakur lograse convencer al rey Traxis, los suyos no cederían nunca. Las palabras con que tranquilizó a Selene no valían para él. Sabía que su amor era imposible y, por primera vez desde que se acordaba, unas lágrimas brotaron de sus ojos.

La despedida que los bahiianos ofrecieron a las corios fue tan magnífica como el recibimiento. El rey Traxis, de luto y entristecido por la reciente

muerte de su hijo, acudió al espacio-puerto para decir adiós a los viajeros. Estaban presentes Selene y las jóvenes doradas, el Kidang y Seneka.

Selene tembló cuando Vanda le besó la mano y, al encontrarse sus ojos, un tierno mensaje de amor pasó del uno al otro.

Seneka les dirigió una sonrisa cómplice. El día anterior, después que Vanda hiciera el amor con ella, le aseguró que el mismo rey Traxis lo llamaría a Dorado.

La nave coria despegó alejándose poco a poco del maravilloso color rojo de la atmósfera de Bahía. Varias naves bahiianas los escoltaron hasta que salieron del sistema estelar. Desde el espacio, al joven príncipe le parecían encantadores la Estrella de Oro y el gran planeta rojo. ¿Cuándo volvería a verlos? Posiblemente, nunca.

Vanda se llevó una gran sorpresa al encontrar en la nave a Tarastrey, uno de los componentes del consejo de los siete que gobernaba en Coria. No había llegado con ellos. Tampoco debía estar oficialmente en la ciudad pues no asistió a ningún acto. Su presencia en Dorado era clandestina. Algo muy importante tenían que preparar los corios en Bahía para mandar a un personaje de tal envergadura.

Las naves de Bahía se despidieron minutos antes del primer salto hiperespacial. Oberón ordenó viajar en espacio normal durante varias horas, hasta cerciorarse de que no los seguían. Después, efectuaron los otros dos saltos y pusieron rumbo a Coria.

—Dentro de tres días estaremos en casa —notificó un alegre Oberón—. ¡Qué ganas tengo de respirar el aire de Ilamad!

Tarastrey llegó a la sala de mandos y todos enmudecieron. Aunque el Gobierno de Coria era secreto, muchos suponían quiénes eran los miembros. Por eso, quedaron impresionados al encontrarlo a bordo. Oberón también era un personaje relevante, pero los jóvenes se habían familiarizado con él a lo largo del viaje.

—La última semana creí que me detenían —dijo Tarastrey a Oberon—. Ese Patrexis es listo como el diablo. Si estoy unos días más, desarticula la red. Menos mal que todo está hecho.

Vanda no pudo escuchar más, pero no le pareció de buen augurio lo que acababa de oír. Eran muchas coincidencias. La muerte de Debis, la gran oposición de Oberón a su romance con Selene, y Tarastrey actuando en Dorado. Temía por el futuro de su amada.

Al segundo día de navegación, Lars desapareció con la mayoría de sus hombres. Los piratas no solían estar en la sala de mando, pero resultaba sorprendente no ver a Lars, que siempre se interesaba por las maniobras.

Cuando solo faltaba un día para llegar a Coria, Oberón hizo que avisaran al pirata y este, cosa rara en él, contestó que estaba indispuesto y no podía salir de su camarote. Oberón lo dejo así, pero Vanda sabía que algo rondaba en su cabeza. Dos horas más tarde, el jefe corio salió del

puesto de mando acompañado de Vanda, Alamarik y Tarastrey. Tenía un presentimiento y se encaminó directamente a los camarotes de los smilkares. Estaban vacíos. Lo que era muy anormal pues los saurios no salían nunca. Luego, sin detenerse, se dirigió a la habitación de Lars. Llamó a la puerta. No contestaron.

—¡Abrid! —gritó.

—Estoy enfermo —contestó Lars. Parecía bebido.

—Abre de una vez o tiramos la puerta.

Un pirata abrió. Todos estaban borrachos a pesar de que en la nave no había alcohol. Los cuatro corios entraron.

—¿Dónde están? —preguntó Oberon mirando por todas partes.

Lars indicó una puerta lateral.

—Solo gasté dos —dijo con un gesto risueño.

Oberón empujó la puerta y encontró a cuatro aterrorizados smilkares atados de pies y manos. Los miró a ellos y a las grandes palanganas de alcohol que había en el suelo de la habitación.

—¿Y los otros dos? —preguntó enfadado.

Lars hizo un lacónico gesto señalando las palanganas. El pirata había convertido en alcohol a los smilkares.

—¿Cómo te atreviste a cometer esta aberración? —No tenía palabras para expresar su indignación—. Responderás por esto ante Allamire en cuanto lleguemos a Coria.

Tras rescatar a los smilkares supervivientes, salió iracundo del camarote y no se sosegó hasta que vio la estrella Coria, magnífica y deslumbradora, a través de los grandes ventanales de la nave.

Muchísimas naves salieron de llamad para recibirlos. Hacían señales luminosas y dispararon salvas energéticas que pintaron el espacio de los más variados colores. Un gran cohete estalló frente a ellos y creó unas gigantescas letras de fuego que al unirse formaran la frase «Bienvenidos a casa».

Vanda observó Ilamad con alegría. Había pasado más de un año desde que salieron hacia Orgaz. Sucedieron muchas cosas. Ya no era el joven inexperto que partió de Puerto Coria. Ahora vendría lo peor. La guerra. Una guerra donde tendrían como enemigos al pueblo de su amada.

El aterrizaje en Puerto Coria fue memorable. El mismo Allamire los esperaba al pie de la nave para abrazarlos. Era un día de alegría. Las consideraciones sobre el viaje serían aplazadas.

Allamire recibió a Vanda con un fuerte abrazo.

—Te veo muy cambiado —reía el regente—. Pareces un pirata.

También saludó efusivamente a Alamarik, Oberón y a algunos jóvenes. Luego, se dirigió a un receloso Lars que temía que el episodio de los smilkares hubiera enturbiado su relación con el regente.

Allamire abrazó al pirata.

—Te has comportado como un auténtico corio. Espero que en breve conquistemos tu premio: el reino de Orgaz. ¡Ah!, y sobre el Ponk —añadió, riendo—, no te preocupes. ¿A quién le importan un par de lagartos menos?

Capítulo 17
La peste negra

No se reconocía en el espejo. La habían depilado por completo y su cabeza rapada le resultaba extraña al reflejarse en el cristal. Ya llevaba más de un año encerrada en aquel horrible lugar. Un año de sufrimiento, sin esperanza de mejorar su suerte

El Señor de Transajonia, Sung-Yang, después de intensos regateos, le pagó al pirata un alto precio por ella. Lars le aconsejó que la sacara de Orgaz si no quería tener problemas con los corios. Llegarían al día siguiente y, si la encontraban, la rescatarían y matarían a quien quisiera impedirlo. Sung-Yang fanfarroneó diciendo que no le asustaban los corios pero, poco después, abandonó el planeta.

El viaje duró tres semanas. Hicieron escalas en varios puertos comerciales antes de llegar a la estrella Oregón. La reconoció a través de la portilla del camarote donde estaba encerrada. Siempre había destacado en navegación espacial. También calculó que aterrizaron en el cuarto planeta.

Por los comentarios de los tripulantes, dedujo que el planeta estaba dividido en varios estados independientes, siendo Transajonia uno de los más ricos. Eran reinos de mercaderes que comerciaban con todo lo que produjera dinero: esclavos, armas, etc. También era común el que armaran flotas piratas para saquear otras naciones.

Cuando llegó a la mansión del Señor tuvo que ser educada por su rebeldía. Unos saurios al servicio de Sung-Yang se hicieran cargo de ella. El primer mes fue el más horrible de su vida. Todos los días la violaban repetidas veces y acababa amoratada a causa de las terribles palizas. Al mes cedió su resistencia, comprendió que solo encontraría la muerte de mantener su actitud rebelde y desde entonces fue una esclava sumisa.

La trasladaron de los calabozos a las habitaciones de las mujeres. Había muchas y algunas no eran esclavas. Intentó buscar ayuda entre ellas para una posible fuga, pero no la encontró, todas estaban resignadas a su suerte. Su única preocupación era evitar las palizas.

Con Sung-Yang habló repetidas veces. Le dijo que era la teniente Berel de la armada de Bahía y el gobierno le daría una gran recompensa si la liberaba. El mercader era listo, de Bahía solo podía esperar la muerte, por lo que le prohibió volver a mencionar el tema bajo la amenaza de cortarle la lengua.

—Mariposa de la noche, te reclama el Señor. —Era uno de los eunucos que vigilaban el harén. Tampoco le permitían utilizar su nombre. Sung-

Yang las bautizaba a todas con nombres de insectos y si usaban otro nombre corrían el riesgo de recibir una paliza.

La llevaron hasta la sala circular donde el Señor organizaba las fiestas. Le resultaba muy molesto aparecer desnuda con la cabeza y el pubis depilados.

En el salón, Sung-Yang y sus invitados, unas diez personas de varias razas, estaban cómodamente tumbados en sofás de color naranja fosforescente. Contemplaban la danza de doce bailarinas desnudas mientras bebían alcohol y fumaban opio.

—Mariposa de la noche, ven aquí. Mis amigos quieren conocerte.

Se sentó junto a un viejo llamado Xalama, que acarició su despoblado pubis.

—Xalama, a ver si te la consigues follar —se burló el Señor—. Es una de mis mejores esclavas. —Los demás invitados festejaron la gracia. Ya estaban muy borrachos. Las bailarinas recibieron la orden de hacer el amor entre ellas y una monstruosa gorda, vestida con sedas transparentes, apareció en el escenario acariciando a las muchachas mientras se amaban.

—Tu esposa se divierte —le dijo Xalama a Sung-Yang en medio de las risas de todos.

Berel notó los dedos del viejo dentro de su vagina. Imaginó encontrarse en otro lugar. Había aprendido a evadirse de aquellas acciones denigrantes. Pensaba en su familia en Bahía, en sus amigos y en la manera de escapar de aquella horrorosa mansión. Gracias a ello logró sobrevivir a pesar de las atrocidades que cometían con su cuerpo.

La gorda dejó a las bailarinas y se dirigió hacia ellos.

—Cata —dijo Xalama—. ¿No te apetecen hoy las vírgenes danzantes?

—No, hoy tengo algo mejor. Te quitaré tu presa.

Atrajo a Berel y la besó. La larga lengua de la gorda penetró en su boca.

—Tú no sabes tratar a las hermosas niñas —le dijo Cata a Xalama. Luego, dirigiéndose a Berel—: Ven conmigo, pequeña. —Sacó uno de sus enormes y caídos senos y se lo introdujo en la boca—. Toma, chupa. Mamá tiene mucha leche para ti.

Los invitados estallaron en carcajadas mientras Cata obligaba a Berel a lamerle los pechos. La bahiiana presentaba alguna resistencia.

—¿No quieres teta chiquitina? ¡Ah! Ya sé lo que quieres tú. —Se quitó el vestido y atrajo la boca de Berel hacia su sexo—. Cómeme. Sé que lo estas deseando.

Berel lamió la vulva de la gorda intentando no pensar. Su lengua se posó en el enorme clítoris que sobresalía de los labios mayores. Cata gritó de pasión entre las risas y los comentarios soeces de los invitados. Cuando llegó al orgasmo, Berel estaba asqueada.

—Déjamela un rato —pidió Xalama—. Tú la tienes a diario y el invitado soy yo.

Cata se acercó al viejo y le desabrochó el pantalón. Después, tomó el pene y lo introdujo en la boca de Berel.

—A ver si eres capaz de levantarla —dijo Xalama, riendo—. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que se empinó, y eso que de joven era un portento.

—Si Mariposa de la noche no lo logra, será mejor que te la cortes —le retó Cata muerta de risa.

—Te has aliado con los órfidas por lo que veo —dijo Xalama a Sung-Yang.

—¿Viste las naves?

—Sí, me extrañó verlos aquí. —Berel estaba pendiente. ¡Órfidas en Transajonia! Si pudiera llegar hasta ellos.

—Son los que mejor pagan. Hace años que quieren establecerse en el planeta. Como Transajonia es el único país donde sus habitantes no son comestibles piensan instalar aquí las factorías. Las naciones vecinas suministrarán las personas para los criaderos.

—¡Uy! ¡Esta niña me la está levantando! —exclamó Xalama—. Yo pensaba que siempre te habías negado a permitir las factorías.

—No se les puede decir que no. El precio es muy bueno. Y mi temor a que se interesen por nuestros negocios es infundado. El Dang de la factoría me aseguró que solo le incumbe la comercialización de humanos.

—Pero hay naves de Bahía en el espacio-puerto.

Berel sufrió un sobresalto. ¡Naves de Bahía! Continuaba chupando el pene del viejo, ya totalmente erecto, pero no perdía palabra de la conversación.

—Son cargueros —aclaró Sung-Yang—. Ayudan a los órfidas a transportar materiales, pero se marchan nada más descargar. He ordenado que se interrumpan los negocios mientras permanezcan aquí.

Sung-Yang metió sus dedos en la vagina de Berel. Xalama se corrió en su boca.

—¡Magnífico! —gritó jubiloso—. ¡Me he corrido! Es la primera vez en muchos años. Ya casi no me acordaba de cómo era. Te la compro.

—No está en venta. —Sung-Yang se quitó el pantalón y penetró a Berel por detrás.

—Pide una cantidad. Te la daré sin regatear.

—No. Ya me la vendió bien cara Lars, ese maldito pirata de Orgaz. Y sin educar. Tuve que pagarles veinte mil créditos de Bahía a los educadores para conseguir que fuera útil. No la vendo. Además, si lo hiciera, mi esposa Cata me mataría.

Un criado entró en la sala sin importarle que Sung-Yang estuviera violando a Berel.

—Señor, en la puerta hay un órfida que dice ser el Dang de la futura factoría. Quiere hablar con usted.

—¡Un órfida aquí! ¿Viene solo?

—No, lo acompañan varios más y un capitán bahiiano.

Sung-Yang no recordó que ella era de Bahía hasta que la vagina escapó del pene que tenía en su interior. Después, Berel tomó una copa de vino y la estrelló en la cara de Xalama. Cogió su pistola y corrió hacia la galería. Un criado quiso detenerla, pero disparó contra él.

No sabía dónde se encontraba. Tenía que llegar hasta el capitán bahiiano antes de que se marchara. Estaba segura de que Sung-Yang procuraría que se fuesen enseguida para buscarla con tranquilidad.

Un guardián surgió por el extremo del corredor. Le extrañó verla aparecer y tardó en sacar la pistola. Berel lo abatió antes de que reaccionase. La joven no conocía el camino que llevaba al pórtico de la mansión. En su larga estancia en casa del Señor solo conoció los calabozos y el harén.

—Está aquí —gritó uno de los criados a la vez que disparaba contra ella. Huyó a otra habitación donde había un gran ventanal de cristal. No lo pensó dos veces. Desnuda, se lanzó contra los cristales atravesándolos con su cuerpo. La caída fue de tres metros, pero no se hizo demasiado daño. Estaba en la calle. Desde una ventana le dispararon. Corrió. En la puerta de la casa esperaban varios órfidas y un hombre vestido con el uniforme de la armada bahiiana. La insignia del sol sobre la fortaleza, el emblema real de Bahía, lucía en la chaqueta del capitán. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? Corrió hacia ellos. Varios guardias aparecieron apuntándola con sus armas, aunque tuvo tiempo de abrazarse al bahiiano.

—¡Soy la teniente Berel! ¡De Bahía! —gritó ante el estupor del joven.

Los siervos del Señor enfocaron sus armas contra el grupo formado por Berel, los órfidas y el bahiiano. Los órfidas sacaron sus pistolas. Enseguida llegaron Sung-Yang y su esposa.

—Berel —repitió en la lengua de Bahía para que el capitán reaccionara —. Fui raptada por piratas y vendida como esclava. Tengo el grado de teniente. Me capturaron en el asalto al mercante Vences. Ayúdame.

Sung-Yang se acercó después de ordenar a sus hombres que bajaran las armas.

—Disculpadme, poderosos señores. Mi esclava está enferma y tiene este tipo de alucinaciones. Retiradla. —ordenó a dos criados que fueron a por ella. Uno llegó a sujetarla del brazo.

—La mujer se queda conmigo —dijo el capitán sacando su arma y apuntando al pecho de Sung-Yang. Los órfidas estaban expectantes, pero se podía deducir por su actitud que apoyarían el bahiiano.

—Capitán, eso es imposible. Es una de mis esclavas más valiosas.

El capitán disparó contra el Señor de Transajonia. Los órfidas apuntaron a los siervos de Sung-Yang pero, salvo su esposa Cata, que se arrojó llorando encima del cadáver, ninguno intentó vengar a su amo.

—Traed a todas las esclavas —gritó el capitán apuntando a los sirvientes de la casa—. Desde este momento quedan en libertad. Y daros prisa en obedecerme si no queréis acabar como este perro.

El mismo capitán, que dijo llamarse Grel-Antracis, la llevó abrazada hasta la nave de Bahía. Por el camino Berel quiso contarle su historia, pero estaba muy nerviosa y no coordinaba bien las palabras. Padeció mucho tiempo de esclavitud sometida a las prácticas más denigrantes.

El médico de la nave, un hombre mayor muy cariñoso, tras reconocerla y descartar que estuviese enferma, le puso un potente sedante. Se adormeció mientras le relataba las novedades de la vida social de Bahía.

—Dormirás hasta Dorado —fueron las últimas palabras que escuchó. Aún no podía creer que estuviera a bordo de una nave de su país.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Traxis. Patrexis apreció diversos matices en las palabras del rey. Sabía que pensaba que podía estar influenciado por su animadversión hacia los corios.

—Dentro de lo que cabe, sí. No tengo pruebas, pero creo que los corios son responsables de los males que nos afectan. Empecé a sospechar de ellos cuando advertimos que algunos hablaban clandestinamente con criados de Celestes. Entonces hice seguir a todos los corios y descubrimos que mantenían contactos fugaces en lugares escondidos con los esclavos del mercader.

» La mansión de Celestes estaba vigilada por mis mejores hombres, esperábamos la oportunidad de capturarlo vivo, pero consiguió escapar en la confusión generada por el asesinato de Debis. Las cámaras del espacio-puerto lo captaron cuando abordaba la nave coria.

—¿La nave Coria? —preguntó el rey sorprendido.

—Todos quedamos consternados por la noticia de la muerte de Debis, y hubo un momento de desconcierto entre los vigilantes de la casa. Un grupo de personas salió por una puerta secreta. Uno de nuestros soldados percibió un movimiento extraño y, sin estar seguro de quienes eran, los siguió hasta el espacio-puerto y creyó ver a Celestes subir a la nave coria. Las cámaras lo confirmaron.

—¿Dónde están los criados de Celestes? —intervino Remxis—. Tenía cientos. No han podido escapar.

—No lo hicieron. Se han refugiado en el Barrio Pobre. Por eso vine hoy. Quiero registrar el barrio, casa por casa, y solicito su autorización. También me gustaría detener la nave coria. No puede estar muy lejos por la poca amplitud de sus saltos hiperespaciales.

Traxis meditó un instante antes de responder.

—Tienes mi autorización para registrar el Barrio Pobre, pero no detendremos a los corios.

—Estoy seguro de que Celestes viaja con ellos.

—Aunque así fuera. Ayer recibí al Kidang que me propuso el matrimonio entre Selene y el príncipe corio. Yo me negué y él dijo que los dos están bajo su protección. No sé exactamente a qué se refería, pero no quiero problemas con los órfidas. Si Celestes viaja en esa nave ya no nos molestará.

—Una cosa más —continuó Patrexis—. Esta mañana llegó a Bahía el capitán Grel-Antracis. Tenía la misión de transportar piezas para la nueva factoría que los órfidas construyen en Transajonia. Allí encontró a la teniente Berel, la que desapareció cuando los piratas atacaron al mercante Vences. La habían vendido como esclava y era propiedad de un tal Sung-Yang, un famoso contrabandista que era el dueño del país.

—¿Esclava una teniente de nuestra armada? —inquirió Remxis indignado.

—Me lo acaban de comunicar, aunque no sé los pormenores. Ahora voy a Teriomxis III donde está ingresada. Quizás aporte alguna luz a los extraños sucesos que nos afectan.

—No dejes de informarnos de las novedades y, si es cierto que estuvo cautiva, prepara una expedición de castigo. —Remxis estaba encolerizado —. La audacia de estos traficantes es increíble, pero lo pagarán caro.

—¿Sabes algo sobre los asesinos de Debis? —preguntó el rey. Desde la muerte de su primogénito había envejecido notoriamente. El tremendo golpe le quitó el deseo de vivir.

—Es otro hecho desconcertante. No hay la menor pista ni nadie que sepa nada. Hice una relación de los grupos que podrían atentar contra él, o contra la Casa Real, y ordené a la policía que detuviera a sus líderes. Interrogamos a muchos individuos sin resultado. Ni siquiera habían oído que alguien quisiera matar a Debis.

» Encontramos la casa desde donde dispararon a tres kilómetros del lugar del atentado. Había huellas y la señal de un cuerpo tumbado en el suelo. En el terraplén contiguo observamos las mismas huellas, lo que indica que el asesino huyó hacia el Barrio Pobre, pero después perdimos la pista. El arma que disparó es desconocida. No sabemos de ninguna que, desde esa distancia, cause la herida que hizo sin emitir ruidos ni otro tipo de señal.

—Sanatakur —intervino el rey— dice estar convencido de que los autores del atentado son los misteriosos habitantes del Gran Mundo Stel.

—Siempre que no pueden explicar algún fracaso militar lo atribuyen a los habitantes de Stel, pero no tienen ninguna prueba.

—No dejes de avisarnos en cuanto sepas algo —le pidió Traxis al despedirse.

Patrexis acudió al hospital Teriomxis III, el mejor y más colosal de toda la galaxia. En la puerta le esperaba el director, muy solícito desde que viera en sus manos la autorización real. Él mismo le acompañó hasta la

habitación de Berel.

La mujer estaba rapada y las huellas del sufrimiento se leían en su rostro, pero apreció su notable belleza.

—Perdona que venga a importunarte en tu estado —se excusó después de presentarse como enviado del rey—. Asuntos que no pueden esperar me obligan a ello. Quiero que me cuentes lo que te sucedió.

Berel lo miró sin contestarle.

—¿Fuisteis atacados por piratas?

Tras asentir con la cabeza, estalló en sollozos. Patrexis esperó a que se tranquilizara y tomó su mano.

—No me toque —gritó retirando la mano—. No aguanto que un hombre me toque.

—Lo comprendo. También sé que te pido un gran esfuerzo, pero debo interrogarte por la seguridad de nuestro país. —Ella parecía más serena—. Debes creerme.

—¿Qué quiere que le diga?

—Todo, hasta los menores detalles. Nos enfrentamos a algo más serio que un simple caso de piratería. Te ruego que intentes recordar lo que sucedió desde que te secuestraron hasta que te liberó el capitán Grel-Antracis.

—Lo intentaré.

—¿Cómo fue el ataque pirata al mercante Vences?

—Yo estaba en periodo de prácticas con otras nueve mujeres de la armada. Era el último viaje que haríamos en un mercante antes de incorporarnos a un crucero militar. El capitán Astix estaba intranquilo porque una nave se dirigía hacia nosotros. Nos avisó que podrían ser piratas. Poco después nos atacaron. Tras recibir trece impactos, el capitán rindió la nave. Pensaba que los bandidos se conformarían con robar el cargamento y nos respetarían a los pasajeros.

Berel relató lo sucedido en la nave pirata. Afirmó tener la seguridad de que mataron a todos los hombres.

—También a algunas mujeres. Las más viejas, las que pensaban que no se venderían bien en Orgaz.

—¿Fuisteis directamente a Orgaz?

—No, aterrizamos antes en Coria.

—¿En Coria? —preguntó sobresaltado.

—Sí.

—¿Tenían los corios algo que ver con los piratas?

—No lo sé. En la nave me encerraron desnuda en un camarote del que no salí hasta llegar a Coria. Durante el viaje nos alcanzó un disparo. Luego, unos piratas, muy nerviosos, nos devolvieron las ropas. Cuando aterrizamos en Coria, no estaban seguros. Temían a los corios.

—¿Hablaste con los corios?

—Sí. Me identifiqué como teniente de la armada de Bahía. Les dije que los piratas destruyeron nuestra nave y estábamos retenidas contra nuestra voluntad. También les hablé de las atrocidades cometidas por los bandidos. El jefe de los corios me explicó, con exquisita educación, que no podía entrometerse y nos abandonó en manos de aquellos desalmados.

Patrexis pensó que los corios aparecían en todos los lugares donde se atentaba contra la estabilidad del Imperio.

—Estuvimos en Coria más de un mes. El pirata cometió conmigo las mayores tropelías. Después, viajamos hasta Orgaz, donde me vendió al Señor de Transajonia. Creo que el viaje lo hicimos en una nave coria.

—¿Coria?

—En Ilamad cambiamos de nave y embarcaron con nosotros soldados corios. El pirata nos entregó a ellos. A mí me regaló a Alamarik, un muchacho que no tendría más de dieciocho años.

—¡Alamarik! Ese estuvo aquí. ¿Te violó también?

—No —contestó tras dudar unos segundos—. El pirata nos amenazó con arrancarnos la piel si no éramos cariñosas con los jóvenes, pero de Alamarik solo recibí atenciones. Nunca fue brusco conmigo.

—¿Reconocerías a los corios?

—Creo que sí.

Un médico entró en la habitación dispuesto a interrumpirlos.

—La paciente debe descansar. Mañana podrá proseguir el interrogatorio.

—Lo siento, doctor, me es imposible dejarlo ahora. ¿Quiere hacer que me comuniquen con la jefatura de policía? —Aunque Patrexis utilizó el mismo tono amable que empleaba con la teniente Berel, la firmeza de sus palabras hizo que el médico obedeciera enseguida.

Cuando le pusieron al habla con la jefatura solicitó que le enviaran las fotografías que tuvieran de los corios. El jefe de policía aseguró que las tendría en el ordenador de la habitación en menos de cinco minutos.

—¿Los corios estaban presentes cuando os vendieron?

—No. El jefe de los piratas aconsejó a Sung-Yang que me escondiera. Le dijo que tendría problemas con ellos si se enteraban de nuestra venta.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Lars. No se me olvidará mientras viva.

—Sí, es el mismo. Lo buscamos por toda la galaxia.

En el ordenador comenzaron a aparecer imágenes. Patrexis lo orientó de forma que Berel pudiera verlo desde la cama.

—Observa los rostros. Dime si conoces a alguien.

Berel, a pesar de la fatiga, puso gran atención en las imágenes. No tardó mucho en reconocer a Alamarik.

—Es Alamarik. —Patrexis comprobó que no se equivocaba. Había reconocido al corio llamado Alamarik.

—Y este el príncipe que viajaba con ellos. No recuerdo el nombre. A ese otro también lo conozco. —Señaló a un hombre de unos cuarenta años —. Es quien parecía mandar.

«Oberón», pensó Patrexis. Estaban todos. La muchacha había reconocido a tres de los corios que visitaron Bahía.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó horrorizada al ver al corio que destacó en Dorado por la horrorosa peluca verde.

—¿Quién?

—Él… El pirata… Lars —Berel temblaba. Su mandíbula se contrajo espasmódicamente y su cuerpo comenzó a convulsionar. Patrexis no dejaba de admirarse. El mismísimo Lars de Orgaz, el hombre más buscado de la galaxia, había visitado Dorado en compañía de sus amigos corios.

Dejó a Berel y se encaminó al Palacio de Invierno. Había motivos suficientes para detener la nave y declarar la guerra a Coria. En el fondo estaba contento. Quizás no había perdido a Selene.

—Tienes que salir. —Sofía llevaba un vestido transparente de seda azul muy provocador—. No puedes quedarte encerrada.

—Vete tú. Yo estoy cansada.

—Si no vienes, me quedo. No te dejaré sola pensando en el bribón del corio.

—No le insultes.

—Es lo menos que merece. Destrozó muchos corazones. El tuyo, el de tu padre y, ¿qué me dices de Patrexis? El pobre es un alma en pena. Como tú. Solo que tú eres la causa de la enfermedad de Pat.

—Yo lo siento mucho pero no puedo dominar esta pasión. Estoy enamorada de Vanda, y si no fuera porque Seneka prometió que conseguirá que mi padre lo acepte, ya no querría vivir.

—Seneka. Maldita bruja. Te incitó desde el principio.

—No hables así de ella. —Selene se enfadó —. No tuvo culpa, ni me ha incitado nunca. Me ayudó cuando ya estaba enamorada.

Iza y Farisa llegaron muy nerviosas y las primas interrumpieron la conversación.

—Ha sido horrible —dijo Farisa—. En el mercado, a un metro de nosotras, dos órfidas cayeron al suelo sangrando por todas partes. Una ambulancia los llevó a Terionxis III.

—Mi padre me contó que la gente se muere en el Barrio Pobre —intervino Iza—. Caen al suelo y no se levantan más. Me permitió salir porque venía a verte.

—¿Se mueren? —preguntó Selene horrorizada—. ¿Por qué no me informaron?

Selene hizo que avisaran a Patrexis. Hacía menos de una hora que lo vio en los jardines, esperando que su padre lo recibiera. No había hablado

con él desde el día que le reveló que estaba enamorada de Vanda. Temía mirarle a la cara. Se sentía culpable. Patrexis sufría por ella. No deseaba perder su amistad.

—¿Me has llamado? —preguntó Patrexis al entrar.

—Sí. ¿Es verdad que la gente se muere en Dorado?

—Hace tres días unos órfidas ingresaron muy enfermos en Terionxis III. Los encontraron tirados en la calle. Ayer enfermaron algunos más y también hubo humanos afectados. Los médicos piensan que se trata de una intoxicación. Hay pocas personas ingresadas.

—¿Cuántas?

—No lo sé con seguridad. Ahora pensaba llamar al director del centro médico. Si esperas un poco te lo diré a ciencia cierta.

—Hazlo, pero quiero ir al Barrio Pobre.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—En treinta minutos lo tendré todo dispuesto.

Patrexis llamó a Terionxis III. El director contestó al video-teléfono.

—Es algo muy extraño. Al principio, y dada la magnitud del brote, pensábamos que era una intoxicación, pero ya no estamos seguros. Quizás sea una enfermedad vírica.

—¿Cuántos enfermos hay?

—Ingresaron doscientos humanos desde hace tres días. Han muerto tres. También trescientos órfidas, de los que murieron quince.

—¿Los demás están fuera de peligro?

—No podemos controlar la enfermedad. Hidratamos a los enfermos y combatimos los principales síntomas, como la fiebre y el dolor, pero no tenemos medios para curar el mal. Los pacientes se nos van.

—¿Quiere decir que morirán más?

—A no ser que la enfermedad evolucione de forma contraria a lo que suponemos, morirán todos los afectados

Patrexis quedó anonadado.

—¿Siguen llegando más casos?

—Por docenas. Esta mañana ingresaron treinta y dos humanos y cuarenta órfidas.

—Habrá pensado tomar alguna medida.

—No sé qué hacer. Todos los jefes médicos de Terionxis III estudiamos el problema. Podré decirle algo más en dos horas.

Patrexis desconectó el video-teléfono y fue a por Selene. No sabía si debía llevarla al Barrio Pobre, aunque lo deseaba. La idea de estar con ella hacía latir más aprisa su corazón.

Antes de salir consultó con el rey. Traxis dudó por las noticias de Terionxis III, pero Selene llevaba mucho tiempo encerrada y le haría bien ocuparse de actividades oficiales. Ambos albergaban la esperanza de que,

con el tiempo, se olvidase del corio y las cosas volvieran a la normalidad.

Salieron del palacio en vehículos dotados con un nuevo blindaje especial. Los técnicos aseguraban que resistiría rayos como el que mató al príncipe, aunque todavía no estaban seguros del tipo de energía utilizada en el atentado.

Desde el asesinato de Debis, Patrexis duplicó la escolta de la familia real y resultaba aparatoso el número de vehículos que los seguían. También alertó a cincuenta de sus mejores hombres para que estuviesen en el Barrio Pobre cuando ellos llegaran.

Él iba con Selene y sus amigas en el tercer lugar de la caravana. Estaba encantado por la maravillosa proximidad de la princesa.

Las calles de Dorado estaban concurridas, aunque no tenían el alegre bullicio habitual. Los viandantes presentaban un aspecto triste y temeroso. Casi no se escuchaban ruidos.

—Parece que estamos de funeral. —Sofía tradujo en palabras lo que todos pensaban.

—No digas eso. —Farisa, como buena nativa de Ciudad Sargul, era supersticiosa.

—¿Es que no lo ves? ¿O solo soy yo quien presiente cosas extrañas?

Sofía disfrutaba asustando a Farisa. Más pronto no tuvo necesidad de hacerlo. Al acercarse al Barrio Pobre el ruido de las ambulancias era atronador. Un sinfín de ellas iban y venían, dando un ambiente lúgubre a las calles. Vieron varios hombres tumbados en el suelo, las personas que los rodeaban pedían ayuda a gritos.

Pese a la insistencia de Selene, Patrexis no se detuvo. En Terionxis III no sabían si se trataba de una enfermedad infecciosa. Hasta que no la descartaran, no pensaba arriesgar a la princesa ni a sus acompañantes.

La entrada del Barrio Pobre estaba bloqueada. Cerca de un centenar de soldados, apoyados por varios carros blindados, formaban una formidable barrera que impedía el paso en ambos sentidos. Solo la franqueaban ambulancias y vehículos policiales.

Patrexis le enseñó su documentación al sargento que controlaba la barrera.

—A sus órdenes, señor. No le recomiendo que entre. Sucede algo muy extraño. Se mueren como chinches.

—¿Tan grave es?

—Me temo que sí. Tenemos órdenes de no permitir que salga nadie.

—¿No pueden salir los habitantes del barrio? —preguntó Selene escandalizada.

—No, alteza —contestó el soldado.

—Quiero entrar —exigió Selene.

Patrexis, después de acordar con la princesa que no bajarían de los vehículos, ordenó que levantaran la barrera.

La situación no parecía tan dramática. Los comercios estaban abiertos y la gente hacía su vida habitual, aunque se notaba un ambiente muy cargado. Todavía no se habían enterado de que no les permitirían salir.

Circulaban por estrechas calles muy mal asfaltadas repletas de miserables viviendas. Era la primera vez que Selene las veía.

—No sabía que hubiera gente en Dorado que viviese tan mal.

—Fue deshabitado tres veces y vuelto a poblar —explicó Patrexis—. La última vez tu padre ordenó la evacuación del barrio. Les dieron casas en otras zonas de la ciudad, pero, a los pocos meses, retornaron suplicando que les permitiéramos seguir en sus antiguas viviendas. Como no había ningún motivo para prohibirlo, salvo su propio confort, tu padre lo permitió. La policía cree que las casas se comunican por galerías subterráneas, donde existen muchos escondites, y por eso no quieren irse. Casi toda la delincuencia de Dorado se concentra estas callejuelas.

De varias casas sacaban cadáveres envueltos en sábanas. De una de ellas salió corriendo un individuo que les cortó el paso. Parecía no verlos. Su aspecto era terrorífico y las mujeres gritaron asustadas. Patrexis sacó la pistola, pero pronto se dio cuenta de que aquel hombre no pretendía nada de ellos. Estaba ciego. Los párpados tenían un enorme edema que le impedían la visión. La cara estaba repleta de manchas rojas. De sus ropas goteaba sangre que al restregársela le daba, si cabe, un aspecto más horroroso. El individuo emitió un intenso alarido de dolor. Suplicaba que lo mataran. Patrexis logró sortearlo. Detuvo el vehículo doscientos metros más adelante, en un control policial donde estaban algunos de sus hombres.

Bajó del auto y se dirigió al policía de mayor graduación.

—Sargento, ¿qué pasa?

—No lo sé, capitán. Nada bueno. Hay enfermos en casi todas las casas. Muchos se están muriendo. El hospital Terionxis III pidió que no les enviemos más personas, ya no tienen camas libres. Pronto llenaremos todos los hospitales de la ciudad.

—¿Hay suficientes soldados?

—Creo que sí. Por lo menos en esta zona. Puede que tengan problemas en la entrada. Ya hay muchos que recogen sus enseres para huir.

Patrexis pensó que debía abandonar el Barrio Pobre. La situación podía empeorar. No quería exponer a la princesa a los tumultos que sucederían en pocas horas.

Cuando se despidió del sargento, vio consternado que Selene había abandonado el vehículo y hablaba con varios soldados.

Fue quizás un presentimiento, pero no supo explicar por qué se volvió hacia el joven que caminaba hacia ellos pegado a la pared del edificio donde estaba situado el control policial. Con un brusco movimiento, tiró a Selene al suelo evitando que recibiera el disparo del recién llegado. Éste,

lejos de huir, disparó de nuevo hiriendo a un soldado mientras buscaba una posición para alcanzar a la princesa. Patrexis lo abatió de un disparo en la cabeza.

Dio la orden de desplegarse a los soldados de la escolta y levantó del suelo a una asustada Selene.

Cerca de cien hombres salieron de las chabolas cercanas disparando contra ellos. Vestían harapos y parecían pordioseros, pero manejaban las armas con una extraordinaria habilidad, impropia de delincuentes vulgares, y mucho menos de mendigos. Los hombres de la Guardia Real caían uno tras otro ante la pericia de los agresores. De nuevo obligó a la princesa a tenderse bajo el vehículo. Su obsesión era introducir a Selene dentro del blindaje del auto, pero si la levantaba del suelo quedaría a tiro y podrían herirla.

Uno de los atacantes saltó desde la casa contigua al techo del vehículo y después sobre Patrexis, arrojándolo contra los adoquines del suelo. El arma se le cayó al capitán y su agresor pudo matarlo. No lo hizo porque su objetivo era Selene. Desentendiéndose de él, apoyó la pistola en la nuca de la princesa y pagó caro el haberlo menospreciado. Patrexis recuperó el arma y lo mató antes de que la asesinara. Después, consiguió abrir la puerta y entró en el coche con Selene arropada entre sus brazos. La batalla se había generalizado al llegar más soldados y más atacantes, pero estaba claro que la Guardia Real, pese a ser un cuerpo selecto, llevaba la peor parte. Por doquier se veían soldados caídos.

Arrancó el vehículo. Las cuatro muchachas lloraban, aunque intentaban mantener la serenidad. Patrexis lanzó el auto, calle abajo, recibiendo múltiples disparos. Fue un acierto el nuevo blindaje.

Ya no llevaban escolta. O estaban muertos o sumergidos en la batalla. Unos jóvenes intentaron atravesar un carro para evitar su huida, pero logró pasar, arroyándolos, antes de que cerraran la calle por completo.

Circulaban a la máxima velocidad que permitían las estrechas callejuelas del Barrio Pobre. Comunicó por radio con Aictemis, que le prometió refuerzos.

Patrexis se llevó una desagradable sorpresa al encontrar la salida de barrio taponada. Varios miles de personas, con todas sus pertenencias, intentaban escapar de la enfermedad y tenían un violento enfrentamiento con los soldados. Sonaban algunos disparos. Dio rápidamente la vuelta. No lo podían atrapar en semejante bullicio.

Comunicó de nuevo con la jefatura de policía y señaló su posición mientras, a gran velocidad, daba vueltas a una pequeña plazoleta.

—¿Saldremos de esta? —preguntó una sonriente Selene, que logró sobreponerse e irradiaba serenidad.

—Por supuesto —contestó Patrexis aparentando una seguridad que no sentía—. Estáis con el mejor capitán de la armada.

—Pues sácanos de aquí cuanto antes. No nos tengas en medio de los disparos para pavonearte. —Sofía participó en la chanza para evitar que Iza y Farisa empezaran a gritar histéricas.

Por un extremo de la plaza apareció un numeroso grupo de jóvenes armados. Patrexis los arroyó para dispersarlos, pero tenían poquísimo apego a su seguridad. Estaban obsesionados con matar a Selene y, con absoluto desprecio de su propia vida, procuraban acercarse lo más posible para herirla. Atropellaron a dos atacantes que salieron despedidos contra la pared de una casa. Otro disparó a bocajarro contra Selene, originando una gran mancha negra en el cristal.

Llegaron dos helicópteros de la policía. Uno de ellos fue abatido y cayó envuelto en llamas. El otro parecía tener a raya a los enemigos.

Patrexis agradecía que el vehículo se moviera sobre un colchón de aire. Si hubiera cogido uno con ruedas, como fue su intención en el primer momento, ya estarían inmovilizados.

Llegaron más fuerzas policiales y una nave de la armada. Pero los enemigos no se arredraban. La lucha proseguía con un intenso intercambio de haces de energía. Eran unos magníficos guerreros que aprovechaban cualquier resquicio para parapetarse y disparar contra ellos. Sólo el magnífico blindaje evitó que los mataran a todos.

Los helicópteros de la policía se hicieron a un lado para que la nave se colocara sobre ellos.

—Capitán Patrexis, ¿me escucha?

—Le escucho perfectamente

—Soy el comandante Ceres. Inmovilice su vehículo en el centro de la plaza. Vamos a rescatarlos desde el aire.

—Si me detengo, esos locos se echarán encima.

—No se preocupe. Ya controlamos la situación.

Patrexis detuvo el auto en una plataforma rectangular. Enseguida, los misteriosos enemigos surgieron de los agujeros donde estaban escondidos. Una potente descarga de energía destrozó a los atacantes y varias casas circundantes. Mientras, un haz de tracción magnética atrapó el vehículo y lo arrastró hasta introducirlo en la bodega de la nave. Todavía durante su trayectoria ascendente recibió algún disparo.

Por fin el portalón del hangar se cerró y Patrexis pudo descansar. Selene, llorosa, se refugió en sus brazos. Las otras chicas estallaron en sollozos.

El comandante Ceres y los oficiales de la nave acudieron a confortarlos. Estaban impresionados por el atentado. La mayor parte de los militares de Bahía adoraban a la princesa.

—Gracias, comandante —agradeció Patrexis—. Si no es por usted lo habríamos pasado muy mal.

—Gracias a usted, capitán. Y a Aictemis que nos avisó. Los helicópteros

de la policía no habrían podido con esos diablos,

La nave los llevó hasta la base militar de Puerto Oro donde les esperaban el rey, el gran almirante Remxis y los principales mandatarios del Imperio. Todos estaban conmocionados por la noticia del atentado contra la princesa.

Después de enviar a Selene y a las otras jóvenes al Palacio de Invierno, improvisaron una reunión.

Patrexis se cambió el uniforme destrozado por el combate y acudió al despacho del comandante de la base militar, donde lo aguardaban impacientes. Habían llegado muchos mandos militares. Aictemis, el jefe de policía; Aarón, el alcalde; y el director del centro médico Terionxis III también estaban presentes.

—Siéntate, Pat —dijo el rey—. Cuéntanos que ha pasado.

—Tenemos un enemigo muy peligroso. Reconocí a varios de los atacantes. Son los supuestos esclavos de Celestes y su preparación militar es extraordinaria. Han derrotado fácilmente a la Guardia Real.

Los militares quisieron saber los pormenores de la batalla y Patrexis relató lo sucedido. De vez en cuando lo interrumpían para preguntar sobre los agresores. Según recordaba los hechos, cada vez apreciaba mejor la calidad bélica del enemigo. La perfecta sincronía de sus movimientos, los soldados de la Guardia Real siempre estaban en inferioridad a pesar de ser más numerosos; la forma de utilizar el fuego cruzado, todos disparaban individualmente, pero parecía guiarlos una sola mente; su extraordinario valor, no dudaban en dar sus vidas para matar a Selene. Se encontraban ante unos adversarios terribles. Patrexis temía por la seguridad de la princesa.

—¿Pensabas detener hoy a los criados de Celestes? —preguntó Remxis interrumpiendo los lúgubres pensamientos del joven.

—Iba a hacerlo esta tarde. Pero necesitaré un ejército. Y más, estando el Barrio Pobre revuelto por la enfermedad.

—¿Crees que deberíamos posponerlo?

—¡Nunca! —exclamó sobresaltado—. Perderíamos un tiempo precioso. Esa gente no debe continuar en libertad. Son capaces de cualquier cosa. —Tras contestar a Remxis, se dirigió al rey—. Solicito su autorización para acabar con ellos ahora mismo.

—¿Cuál es tu plan?

—Ir con un ejército y registrar casa por casa. La policía, según me dijo Aictemis, controla las salidas del barrio. Utilizaré vehículos acorazados y naves de la armada. No tendré contemplaciones con quienes ofrezcan resistencia.

—¿Quieres ir ahora mismo? ¿No estás cansado?

—Sí, pero puedo hacerlo. Y, aunque yo no capitanease las tropas, no debemos demorar el asalto al Barrio Pobre. Semejante fuerza militar hostil

tiene que ser eliminada. No hará ningún bien si permanece en Dorado. Yo prefiero dirigir el ataque, soy quien mejor conoce a nuestros enemigos, y ya no me darán más sorpresas.

—Organízalo como quieras —dijo Traxis—. Tienes mi consentimiento para emprender las acciones que consideres necesarias y acabar de una vez con esta situación. ¡Que Dios te acompañe!

Patrexis salió junto a varios militares con los que debía coordinar la acción. Los demás se quedaron para escuchar al director del Centro Médico Terionxis III exponer los escasos datos que tenían sobre la enfermedad, y las medidas que idearon para combatirla.

Tres horas más tarde, innumerables vehículos blindados entraron en el Barrio Pobre protegidos por cuatro naves espaciales. Patrexis, desde una de ellas, comandaba el asalto.

Los soldados entraban en todos los edificios y detenían a quienes consideraban sospechosos. En muchos lugares encontraron resistencia y mantuvieron tiroteos. En estos casos, cercaban el lugar donde se parapetaba el enemigo, y la nave más próxima arrasaba la zona.

Encontraron varios profetas escondidos. Patrexis pensaba que había acabado con todos. Dio orden de no matarlos, quizás consiguieran alguna información adicional. Pero no lograron detener a ninguno de los esclavos de Celestes. Unos murieron con las armas en la mano y otros se suicidaron antes de ser apresados.

Por fin, dos horas después del anochecer, retornó la tranquilidad al Barrio Pobre. Las tropas se retiraron, pero quedó un formidable control policial.

Ese día los muertos por la enfermedad fueron muy numerosos y permanecieron en las calles, arrojados por sus familias, hasta que terminó la batalla.

Un muy cansado Patrexis acudió al Palacio de Invierno para informar. El rey Traxis estaba acompañado por Remxis y Selene, que no quiso mantenerse al margen.

—No detuve a ninguno de los esclavos de Celestes —dijo después de relatar los sucesos—. Han perecido doscientos rebeldes. Unos murieron en combate y otros se suicidaron cuando los íbamos a apresar.

—¿Perdimos muchos hombres? —preguntó Traxis.

—Cincuenta. Y apenas los arriesgué. En cuanto encontrábamos resistencia, una nave destruía el lugar.

—¿Sabemos quiénes son?

—Son soldados. Su preparación militar es muy superior a la nuestra. Creo que hay alguna nación detrás de ellos

—¿Coria? —preguntó Remxis.

—En ella pensaba.

Selene palideció, aunque no dijo nada.

—Como siempre, no tendrás pruebas —dijo el rey.

—No, no tengo pruebas, pero dispongo de suficientes datos para afirmarlo. Estoy seguro de que Celestes escapó en la nave coria, y los enemigos de hoy se hacían pasar por sus esclavos y pertenecen a un ejército regular; su forma de combatir lo demuestra. También estoy convencido de que los corios son responsables de la muerte de Debis. —Lo pensaba desde que habló con la teniente Berel, pero aún no se había atrevido a exponerlo al rey.

—¡No! —gritó Selene estallando en sollozos—. No puedes decir eso. Es mentira.

Patrexis permaneció impasible. El rey ordenó que se llevaran a Selene.

—Son unas acusaciones muy graves, Pat —manifestó Traxis.

—Lo sé. Pero, arriesgándome a que duden de mi buen juicio, o crean que hablo por despecho, voy a decirles lo que pienso. ¿Me acompañan a la biblioteca?

Los tres subieron las escaleras que conducían a la biblioteca. El rey y el gran almirante se sentaron en la mesa de Tocornix. Patrexis entró en el cuarto de los libros prohibidos y regresó con uno en la mano.

—Puede que no me crean, pero yo valoro el mensaje de Ascesco.

—¿Nos trajiste aquí, a estas horas, para mostrarnos los escritos de un profeta loco? —protestó Remxis.

Patrexis les mostró las profecías malditas de Ascesco, y de forma especial la que se refería a Debis.

Nacerá heredero del Imperio, aunque nunca
reposará en su cabeza la corona de diamantes.
Muchacho frágil y asustadizo que morirá muy
joven a manos del salteador.

—Le di vueltas a esa palabra durante muchos días después de la muerte de Debis. Al final encontré el significado que le daba Ascesco. En su época llamaban salteadores a los ladrones que utilizaban la fuerza. En nuestro caso, podríamos llamarle pirata.

—¿Te refieres a Lars?

—Estoy seguro de que fue quien mató a Debis. No tengo pruebas, pero pondría la mano en el fuego.

—¿Basándote en una profecía? —preguntó Traxis.

—Hay más factores, pero la profecía de Ascesco fue determinante. Lo supe en cuanto la teniente Berel lo reconoció.

—El Kidang asegura que es imposible que Lars viajara con los corios. Algunos de sus hombres ayudaron a Grel-Antracis a rescatar a Berel y le dijeron que estaba muy desequilibrada.

—He estudiado a fondo el expediente de la teniente Berel. Es

intachable. —Patrexis la defendió—. Incluso ahora, después del tiempo que estuvo cautiva y sometida a las mayores vejaciones, colabora de forma muy positiva en la investigación. Le hice varias pruebas para ver si se equivocaba y no reconocía a Lars, o lo confundía con otro, y nunca erró. Tampoco se equivocó al identificar a los corios. Yo la creo. Pienso que es motivo suficiente para declarar la guerra a Coria, o, al menos, para mandar nuestras naves a capturar a Lars.

—Eso es imposible —dijo tristemente el rey—. Sanatakur lo ha prohibido. Dice que la palabra de una loca no va a variar su forma de pensar sobre un país. Insistió en que llamara a Vanda para que desposase a Selene, a lo que me negué. Entonces dejó claro que los corios están bajo su protección personal y no debe sucederles nada.

—Sanatakur es estúpido. Por mucho menos destrozaron países enteros. Aunque, quizás, Seneka esté detrás de sus pensamientos —comentó Patrexis, indignado.

—¿Crees que el atentado contra Selene es obra de los corios?

—Eran los esclavos de Celestes, de eso no hay duda.

—¿Por qué querrían matar a Selene? Su príncipe parecía muy enamorado.

—Por eso mismo. Cometimos el error de pensar que los dirigentes de una nación insignificante, como Coria, estarían encantados con la unión de su futuro rey con la princesa de Bahía. Después de la muerte de Debis, pensé que pretendían que Selene heredara el trono para que Vanda fuese el emperador, pero me equivoqué, y los hechos de hoy lo confirman. Ellos no quieren que Vanda se una a Selene. Mientras estaban en Dorado, y visitaba todos los días a la princesa en casa de Sanatakur, aprecié el malestar de Oberón, cuando tenía que haber sido todo lo contrario. Si no llega a ser porque no podían rechazar las invitaciones del Kidang, no le habrían permitido acudir.

—¿A qué conclusiones has llegado? —lo interrumpió Remxis, que parecía muy de acuerdo con la línea de pensamiento del capitán.

—Que nos consideran sus enemigos y no quieren que nada influya en su futuro rey cuando tenga que actuar contra nosotros.

—¿Qué te hace pensar que son nuestros enemigos? —preguntó Traxis —. Nunca tuvimos relaciones con Coria.

—Son enemigos de los órfidas y nosotros somos sus aliados.

—Han firmado con los órfidas un tratado de amistad donde se comprometen a conquistar toda la Bolsa para entregársela posteriormente.

—Ganan tiempo. No es necesario ser muy listo para saber que los órfidas nunca cumplirán ese pacto. Cada vez querrán más humanos y terminarán con la población coria como sucedió en otros países.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Declarar la guerra a Coria. Quien actúa tan solapadamente no se

considera fuerte para una guerra abierta. Sus naves son inferiores a las nuestras y, por muy buenos soldados que tengan, venceremos sin dificultad.

—Eso es imposible, Pat. No es que no te crea, casi me has convencido. Y el hecho de que Celestes y el pirata viajaran con ellos es suficiente motivo para hacerles pagar su arrogancia. Pero el Kidang lo dejó muy claro. No podemos tocar a los corios. Busca otra solución.

—Sobre todas las cosas, proteger a Selene. Los sentimientos de Vanda eran sinceros, creo que tardará mucho tiempo en olvidarla, y los agentes corios seguirán atentando contra ella. En otros aspectos no es necesaria tanta vigilancia. No somos su objetivo. Ellos van contra los órfidas, a pesar de que ese imbécil de Sanatakur no se dé cuenta. Su actuación en Bahía, salvo en los atentados contra Debis y Selene, siempre estuvo encaminada a que la población y el ejército se levantaran contra los órfidas.

—¿No podemos hacer nada para castigar a los corios? —preguntó Remxis

—Desgraciadamente, en este momento, no es posible —contestó el rey.

—Pensé enviar espías a Coria —dijo Patrexis—. Es una tarea difícil porque no admiten extranjeros, ni intercambian embajadores con otras naciones.

—Puedo conseguir que Sanatakur los obligue a aceptar embajadores de Bahía —afirmó el rey.

—No creo que sea buena idea. Solo serviría para alertarlos. Nuestros agentes serían objeto de un control tan estricto que no nos valdrían para nada. Pienso que es mejor enviar espías a otras estrellas de la Bolsa, concretamente a Orgaz y Amargaz. Son mundos abiertos y pasarán desapercibidos. Si Coria planea combatir a los órfidas, como pensamos, tendrá que ampliar el espacio que domina. Es inconcebible que ose atacar a los amos del universo desde una sola estrella. Sus soldados estarán actuando en todos los países de la Bolsa.

—Tienes mucha más lucidez que nosotros —afirmó Traxis—. Por ello, veo conveniente que lleves este asunto como te plazca. Daré las órdenes oportunas para que no te nieguen nada. Solo te pido que evites roces con los órfidas. Busca pruebas de la conspiración coria —alzó mucho la voz—. Y te juro que, si las encuentras, no quedarán de ese país ni las cenizas.

Aquella noche Patrexis se quedó en el Palacio de Invierno. Había sido un día terrible y estaba agotado. Le costó conciliar el sueño por el cansancio y las siniestras ideas que danzaban en su cerebro, pero después durmió diez horas seguidas. Las últimas que podría dormir en mucho tiempo.

La mañana les reservó la sorpresa de una enorme propagación de la enfermedad. Los hospitales estaban repletos. Tuvieron que improvisar campamentos de tiendas, en las cercanías de Dorado, para atender al

enorme número de nuevos afectados.

Hubo varias batallas en el Barrio Pobre, todos sus habitantes querían escapar. A la semana vieron que ya no era necesario el aislamiento del barrio, el mal se había extendido por la ciudad, e incluso llegaron noticias de su presencia en otras ciudades del planeta.

Los científicos de Terionxis III trabajaban denodadamente para identificar el germen que causaba la enfermedad, pero en esa primera semana aún no habían obtenido ningún resultado.

A las dos semanas de las primeras muertes, se dieron cuenta de que no podían detener la propagación de la enfermedad. Los médicos aconsejaron que todos permanecieran en sus casas y se limitasen, al mínimo imprescindible, los contactos sociales. Ya nadie hacía nada por atender a los enfermos. Varios médicos murieron contagiados por sus propios pacientes. El director del hospital decidió que solo ingresaran los necesarios para estudiar el mal y prescindió de los demás. Manifestó que lo único que podía hacerse por los enfermos era recoger y quemar sus cadáveres.

Soldados de la armada, vestidos con trajes espaciales, recogían los muertos y los incineraban en enormes fosas comunes. Muy pronto vieron que eran insuficientes para retirar a tantos como morían a diario, y en algunos barrios la población los atacó, lo que hizo que abandonaran la tarea, y los cadáveres putrefactos se amontonaron en las calles sin que nadie los recogiera.

A mediados de la tercera semana, Sanatakur, su esposa Seneka y los principales órfidas abandonaron Bahía. Habían muerto cerca de cinco mil y el pánico cundió entre ellos. En un breve mensaje, el Kidang delegó en el rey Traxis los intereses políticos y comerciales de los órfidas, y anunció su regreso cuando acabase la terrible plaga. Se refugiarían en las Xeiselles, un grupo de estrellas lejanas pertenecientes al Imperio bahiiano.

A los treinta días, el rey Traxis, ante el auge que tomaba la enfermedad, decidió abandonar Dorado con la familia imperial. Se trasladarían a Lituania, una de las pocas estrellas que no estaban afectadas, cuya situación en la galaxia le permitiría llevar desde allí las riendas del Imperio.

A pesar de la oposición de Selene, tres días más tarde abandonaron Bahía acompañados de los principales nobles de la nación.

En Dorado la situación era cada vez más inestable. Debido a los millares de muertos que todos los días aparecían en las calles, existía un gran malestar entre las clases más bajas de la población. Pensaban que sus dirigentes los habían abandonado. El ejército custodiaba los barrios ricos para impedir que los pobres entraran y propagaran el mal. También se difundió el rumor de que los hospitales solo atendían a las clases privilegiadas, mientras que a los demás los dejaban morir en tiendas de

campaña fuera de la ciudad.

Los habitantes de los barrios más humildes se sublevaron. Raro era el día que no protagonizaban violentos combates. Había tantos frentes abiertos que los militares eran incapaces de imponer el orden. Los arrabales y el Barrio Pobre fueron abandonados en manos de los insurrectos, y el ejército se limitó a proteger las zonas donde residían los nobles y las gentes acomodadas de Dorado.

Cuando se cumplían los cuarenta días desde apareció el primer enfermo, sucedió un hecho extraordinario que precipitó los acontecimientos. Durante toda la mañana el gran Centro Médico Terionxis III no contestó a ninguna llamada. Aunque habían limitado el ingreso de afectados por la enfermedad, era el principal hospital de la ciudad y recibía a los heridos en los combates callejeros, por lo que estaba lleno en esos días.

El silencio del hospital produjo una alarma inmediata. A las diecisiete horas, Patrexis, al mando de cien soldados vestidos con trajes espaciales, acudió a Terionxis III. Su sorpresa fue descomunal al encontrarse a todos muertos. Médicos, enfermos, personal sanitario, nadie había sobrevivido. Y no era a causa de la enfermedad. Los semblantes de los cadáveres eran plácidos, sin presentar signos de una posible agresión.

Terionxis III era un gigantesco complejo sanitario donde trabajaban más de treinta mil personas y estaban ingresados medio millón de enfermos. Aunque Patrexis intentó ocultar la magnitud de la tragedia, la noticia no tardó en propagarse y causó tanto malestar e impotencia que sobrevino una sublevación general.

El ejército se agrupó en el barrio norte, el rico de Dorado, donde se encontraba el Palacio de Invierno y las viviendas de los nobles. Hicieron trincheras y barricadas para que no pudiera entrar el resto de la población. Naves de la armada sobrevolaban la zona, apoyando a los soldados en los combates que sostenían con la multitud sublevada.

Se creó un consejo ciudadano para combatir la anarquía. Estaba coordinado por Patrexis y lo formaban el jefe de policía Aictemis, Aarón el alcalde y Bel-Mavix el comandante de la base militar de Puerto Oro.

El sector norte de Dorado, una zona que abarcaba más o menos la cuarta parte de la ciudad, estaba protegido por el ejército y era relativamente seguro. Pero los rebeldes controlaban el resto, si se podía llamar control a lo que imperaba allí. Cualquier sospecha de ser un ciudadano adinerado conducía a una muerte inmediata. Las casas ricas eran asaltadas y sus habitantes asesinados tras someterlos a las mayores atrocidades.

Los cadáveres, cuando no se quedaban en las calles, eran arrojados al río de Oro, que se convirtió en una fuente de infección y llevó la enfermedad hasta lugares muy alejados de la capital de Bahía.

Patrexis, al mando de tres naves espaciales, sobrevolaba lo que se llamó en aquellos días «frontera» entre las dos zonas. Recibían frecuentes peticiones de auxilio procedentes de las mansiones atacadas. Todavía no alcanzaba a comprender qué había pasado, cómo se derrumbó el orden establecido en unas pocas semanas.

Había fuego en un palacete situado dentro de la zona norte. Las defensas que protegían aquel barrio parecían arrasadas. Varias casas ardían y otras estaban ocupadas por una numerosa chusma. Ordenó disparar contra ellos. Los rebeldes caían abatidos, pero por cada muerto aparecían varios para ocupar su lugar.

Ordenó disparar contra la muchedumbre que saqueaba dos palacios contiguos y se disponía a retirarse hacia la base militar, cuando vio llamas en la mansión del general Tracortonxis. Temió que hubieran derrotado definitivamente a los soldados leales y acudió a ver qué pasaba.

Ocupaba la residencia una extraña muchedumbre. Vestían harapos y tenían una piel extraordinariamente blanca, casi transparente. Desde abajo les hacían gestos amenazadores. Algunos portaban largas picas coronadas por cabezas.

Las tres naves abrieron fuego sobre ellos. Arrasaron los jardines y varias casas contiguas. Los que no fueron incinerados se refugiaron en el interior de la mansión.

La nave de Patrexis aterrizó y las otras dos se quedaron vigilando. Tracortonxis era uno de principales generales del Imperio y su hija Iza era dama de honor de Selene.

En el calcinado jardín intercambiaron disparos con los insurrectos escondidos en el edificio.

Reconoció la cabeza de Tracortonxis entre varias que los rebeldes tiraron en su huida. Después de recogerla, ordenó un ataque frontal contra los ocupantes de la casa. Penetraron en ella abriéndose paso a sangre y fuego. Varios defensores portaban armas de fuego, algunas antiquísimas, pero la mayoría llevaban grandes picas que Dios sabría de dónde las habían sacado. Apenas encontraron resistencia. Mataron a los pocos que no corrieron a esconderse en otras habitaciones. De una patada abrió de par en par la puerta del salón. El espectáculo no podía ser más repugnante. Varios seres desnudos, o cubiertos con pieles que parecían de rata, devoraban dos cadáveres. Uno de ellos conservaba la cabeza y era la esposa del general Tracortonxis. El otro, sin cabeza, debía pertenecer al general. En décimas de segundo abatieron a los comensales de aquel asqueroso banquete. Patrexis pudo verlos de cerca. Eran humanos, de eso no cabía duda, pero muy extraños. Tenían deformada la columna vertebral, mostraban una rara curvatura hacia delante que creaba una abominable joroba. Las manos eran enormes, con uñas muy desarrolladas que parecían garras. Las rodillas presentaban una gran callosidad

delantera. Debían andar la mayor parte del tiempo a gatas. Destacaba la blancura y casi transparencia de su piel, parecía como si la luz del sol jamás los hubiera rozado. La piel estaba plagada de tumoraciones e infecciones. Los hongos formaban enormes manchas verdes en el cuerpo de aquellos seres de pesadilla.

La planta baja fue liberada de invasores. Quedaban por registrar los dos pisos superiores y el sótano.

Decidió ir por partes. Al sótano se bajaba por una estrecha escalera cerrada por una trampilla metálica. Ordenó a varios soldados que la vigilasen, mientras él limpiaba los pisos superiores. Las hermosas escaleras espirales de la mansión estaban cubiertas de sangre. Sobre las losetas de mármol blanco reposaban los cadáveres medio devorados de los sirvientes. También había soldados y otras personas que no identificó.

En el primer piso sostuvieron una auténtica batalla. Los pocos semihombres que disponían de armas de fuego se habían parapetado tras una barricada de muebles apilados. El enfrentamiento duró pocos minutos, pero fue muy intenso. Varios soldados cayeron antes de acabar con los enemigos. No había entre ellos ninguno que pudiera considerarse normal.

Registraron las habitaciones y acabaron con los que se habían escondido en ellas.

—¡Capitán Patrexis! —Lo llamaron desde las naves—. Una gran multitud se acerca. Han arrasado las defensas de la «frontera» y se dirigen hacia la mansión del general.

—¿Cuántos son?

—Millares. Abarcan todo que llega la vista.

—Comunique con la base de Puerto Oro. Que vayan naves a defender el Palacio de Invierno. Yo acabaré enseguida.

No se podía ir sin encontrar el cuerpo de Iza. Sus soldados ya habían limpiado el primer piso y subieron al segundo. Hubo alguna resistencia, pero fue mucho menor, y solo por parte de seres armados con picas.

Encontraron varias mujeres muertas en una habitación que hacía las veces de despensa. De sus sexos aún manaba sangre. Habrían sido violadas repetidas veces. Tenían señales de mordiscos por todo el cuerpo, y se podían ver sus huesos. Habían interrumpido algún dantesco festín.

En la última habitación estaban escondidos numerosos salvajes que, aterrorizados, se abalanzaran sobre ellos. Hicieron fuego, abatiéndolos en pocos segundos. Había sido un bonito dormitorio. Debajo de la cama había una mujer pelirroja desnuda.

—¡Iza! —exclamó Patrexis, acercándose. Como todas las demás mujeres, había sido violada, arañada y mordisqueada, pero aún estaba viva.

La tomó en brazos y bajaron a la primera planta donde combatían con seres que atacaban desde el sótano. Dos soldados abrieron la trampilla y

tiraron varias bombas.

Patrexis esperaba a que se disipara el humo para ordenar a sus hombres que bajaran, cuando despertó Iza.

—¡No! ¡Al sótano no! —gritó.

La abrazó para tranquilizarla.

—¡No! ¡Vinieron por ahí! —La muchacha estaba histérica, pero hacía un gran esfuerzo por controlarse—. Pat, no bajes ahí. —Sus labios temblaban. Su voz surgía deformada entre sollozos—. No bajes. Están escondidos. Son kholooms y son millones.

Kholooms, los hombres rata. Patrexis pensó que Iza deliraba. Las últimas horas vividas por ella podrían desquiciar a cualquiera. Aunque, si existían los kholooms, no los imaginaba diferentes de aquellos seres.

Habían cerrado la trampilla del sótano tras arrojar las bombas. En ese momento se arqueaba hacia fuera. Empujaban desde dentro. Ordenó a sus hombres que la abrieran y varios horribles seres salieron a presión. Los soldados los vaporizaron en cuestión de segundos. Después arrojaron más bombas. Con el último resplandor de las explosiones, Patrexis pudo ver la enorme multitud que aguardaba abajo. Pese a su gran potencia, las bombas no hicieron un daño importante, pues estaban tan apretados que unos pocos absorbieron la onda expansiva, salvando al resto.

Los enemigos golpeaban el suelo de la casa. En algunas partes empezaba a desmoronarse.

—¡Vámonos, Pat! —gritó Iza—. Son millones. Mi padre también creyó que podía acabar con ellos. ¡Vámonos!

Las naves avisaron que no podrían contener mucho tiempo a la muchedumbre, y ya había individuos que les disparaban desde las casas cercanas. Patrexis optó por la retirada.

Salieron de la casa en dos filas para cubrir ambos lados del camino. Llevaban los cadáveres del general Tracortonxis y su esposa en sacos de plástico.

Se retiraron a tiempo. Los kholooms asaltaron la mansión a través de múltiples agujeros horadados desde el sótano.

Patrexis llevaba en brazos a Iza. La joven lloraba entre espasmos nerviosos y temblaba continuamente. No se tranquilizó al entrar en la nave, ni cuando despegaron y se alejaron del horror.

Patrexis observaba, asombrado, a la horda que arrasaba la ciudad desde los amplios ventanales de la sala de mando. No había visto nunca tanta gente junta. Marchaban hacia el Palacio de Invierno arrollándolo todo a su paso. Se entretenían asaltando las casas y masacrando a sus habitantes, pero el gran rodillo humano avanzaba sin parar. La mayoría iban desarmados y se enfrentaban a poderosas naves espaciales, aunque no parecía importarles. Morían muchos, y otros ocupaban su lugar.

El comandante Bel-Mavix le pidió que intentara detenerlos hasta que

llegara la flota de Puerto Oro. Las tres naves capitaneadas por Patrexis formaron un triángulo para atacar a los rebeldes desde distintas posiciones.

Aquella masa, aun exhibiendo el salvajismo de las multitudes desencadenadas, le parecía mucho mejor que los seres de la casa de Iza.

La joven tiritaba. La habían cubierto con una sábana, pero, al saber que era de la casa, la tiró y quedó de nuevo desnuda.

—Pat. —Le castañeaban los dientes—Llévame a una ducha, por favor. Estoy muy sucia.

La llevó a su propio camarote. Pensaba retirarse dejándola sola. No quería abandonarla, pero no podía cuidar de la chica en mitad de una batalla.

—Quédate, Pat. Necesito ayuda y tengo algo importante que decirte.

Patrexis dudó. Al final llamó por el comunicador a su segundo para que dirigiera el combate.

Iza intentaba tranquilizarse, lográndolo por momentos. Estaba en la ducha y con movimientos torpes intentaba enjabonarse.

—Ayúdame.

Patrexis empezó a enjabonarla. El bello cuerpo desnudo le excitó, pero al mirar su rostro desapareció cualquier pensamiento erótico.

—Frótame fuerte por todas partes. —Iza estaba de espaldas a él con los brazos apoyados en la pared—. Sobre todo, en las heridas. Y no dejes que me desmaye hasta que esté absolutamente limpia.

El cuerpo presentaba multitud de mordeduras. En algunas zonas se veían los huesos. Un hilillo de sangre surgía del interior del ano.

—¡Sangras!

—Estoy herida en todo el cuerpo. No te preocupes por eso. Sigue. Quítame la porquería que tengo encima. —Hablaba entre sollozos. Las lágrimas recorrían sus mejillas, pero sus labios pronunciaban las palabras con normalidad. Patrexis le enjabonó la espalda. Al llegar al ano lo hizo de forma pudorosa.

—¡No! —gritó—. Así no. Límpiame por dentro todo lo que puedas. No te preocupes por la herida ni por nada. Límpiame, por favor.

La joven relató los terribles acontecimientos.

—Los vigilantes de la frontera avisaron que un grupo de rebeldes la había atravesado y nos aconsejaron que buscáramos refugio en el Palacio de Invierno. Mi padre aseguró que no había motivo para preocuparse pues no llegarían hasta nosotros, pero le dijo a mi madre que preparara el equipaje por si teníamos que huir deprisa. Cada vez escuchábamos los disparos más cerca. Aunque parecía imposible, el ejército no lograba detener a los revoltosos.

» Un capitán y doce soldados llegaron para escoltarnos hasta el Palacio de Invierno. Decían controlar a los rebeldes, pero estaban desalojando todas las casas en un radio muy amplio. Ya nos íbamos cuando una criada

entró gritando. Unos extraños seres, surgidos del sótano, habían matado a su compañera.

Iza se dio la vuelta para que Patrexis continuara la limpieza. Tenía muchas más heridas por delante. Del sexo también salía sangre. Un pezón colgaba del pecho y en el cuello tenía profundas mordeduras.

—Te tiene que ver el médico —dijo preocupado.

—Después. Cuando termines de lavarme y te lo haya contado todo. —Su rostro era inexpresivo pero el torrente de lágrimas no se detenía—. Los soldados bajaron al sótano y escuchamos disparos durante un rato —continuó Iza—. Cuando fuimos a mirar, muchos kholooms desnudos surgieron por la trampilla y mataron a mi padre. Dos de ellos apresaron a mi madre. Mi hermana y yo corrimos hasta encerrarnos en un cuarto de baño de la planta baja. Oíamos gritos de pánico por todas partes. Suponíamos que los estaban matando a todos. Por espacio de media hora no nos molestaron. Las dos nos abrazábamos, aterradas, rezando para que el ejército llegara a tiempo, cuando se levantó el suelo y por el agujero entraron esos seres horrorosos. Vi como arrancaban las ropas de mi hermana y la violaban. Supongo que a mí me estarían haciendo lo mismo, pero no me daba cuenta. Estaba aturdida. Incluso perdí el conocimiento durante algún tiempo. Me desperté cuando uno de ellos me tumbó boca abajo y me violó por el ano. Me sentí desgarrada. Pero, al arrojarme a suelo, mi cabeza cayó dentro del agujero por el entraron. Había una inmensa bóveda donde miles de seres esperaban para subir. Perdí de vista a mi hermana poco después. Uno de los monstruos me arrastró hasta el segundo piso para no compartirme con los demás.

—¿Una bóveda?

—Sí. De niña me enseñaron en el colegio los planos del antiguo alcantarillado de Dorado. Recuerdo que me sorprendió ver que varios tubos colectores confluían en una gigantesca bóveda debajo de mi casa.

Iza se arrodilló para que Pat le lavara el pelo. También tenía múltiples heridas, pero frotó con fuerza para borrar la saliva y otras inmundicias adheridas.

—Hay millones de kholooms. Tenemos que abandonar Dorado.

Esas fueron sus últimas palabras. Cayó al suelo desvanecida.

Patrexis la levantó y, tras bañarla en líquido desinfectante, la acostó en su propia cama.

Kholooms. Los hombres rata con que asustaban a los niños en Dorado. Según los mitos de Bahía, había unos seres intermedios entre el hombre y la rata que habitaban debajo de las principales ciudades del país. En Dorado, edificada cinco mil años antes, su red de alcantarillado constituía una auténtica maraña subterránea con miles de kilómetros de galerías construidas a lo largo de los siglos. Nadie sabía lo que existía debajo de la ciudad. Contaban las leyendas que numerosos hombres perseguidos se

refugiaron bajo tierra, lejos del alcance de la ley. Al pasar el tiempo, se habituaron a vivir en las tinieblas y se creó una población permanente en el subsuelo de la ciudad. Algunos ciudadanos de Dorado decían haberlos visto. Los historiadores afirmaban que se cobijaron tantas personas en el subsuelo, en las diversas épocas de persecuciones que, de subsistir, debían formar una población tan numerosa como la que moraba en la superficie. Quizás la enfermedad los había sacado de sus guaridas habituales.

Después de la batalla se reunió el consejo que gobernaba Dorado tras la partida de la familia real. Las posiciones estaban enfrentadas sobre la necesidad de abandonarla.

—Debemos irnos cuanto antes. —Aictemis, el jefe de policía, pronunció la fatídica frase.

—¿No hay otra solución? —Aarón, el alcalde, se resistía a dejar Dorado en manos de la muchedumbre sublevada.

—Aictemis tiene razón. —Los ojos inexpresivos de Bel-Mavix se posaron en los presentes—. Hoy los detuvimos, pero a su vez perdimos tres manzanas. El número de refugiados en el Palacio de Invierno aumenta día a día. Casi todos abandonan sus casas para venir al único lugar donde se sienten protegidos. Pienso que es mejor que los evacuemos ahora, antes de tener que hacerlo deprisa y desordenadamente.

—Me parece imposible que el poderoso ejército de Bahía no pueda con esta revuelta, por muy importante que sea —Aarón no quería claudicar.

—Pues así es —replicó Bel-Mavix—. Las opciones son irnos o destruir la ciudad. Si la abandonamos, podemos evitar que salgan los rebeldes. Dorado es fácil de cercar. Unas pocas naves, bien situadas, bastarían para convertirla en una cárcel de la que nadie pueda escapar. Pero es imposible garantizar la vida de los que permanezcan aquí.

—Debemos evacuar Dorado sin pérdida de tiempo. —Patrexis se enfrentó con la dura mirada del alcalde—. Sé que no admiten la existencia de los kholooms, pero yo estoy dispuesto a creer en ellos, y es lo único que nos faltaba.

—Por favor, capitán —protestó Aarón—. No pretenda convencernos de algo tan descabellado.

—No insisto. Ya les conté lo que sucedió esta mañana. —Pensaba en la pobre Iza que aguantó hasta avisarle del peligro y yacía inconsciente en el Palacio de Invierno. Los médicos no sabían si se recuperaría—. Comprendo que les parezca increíble, pero, descartando a los kholooms, hay poderosas razones para abandonar la ciudad. La enfermedad sigue avanzando. Gracias al aislamiento aún no tenemos casos en nuestro lado de la frontera, aunque, en cuanto aparezca el primer enfermo, otros muchos estarán condenados. Y perdemos la batalla. Podemos traer más tropas, pero al final solo tendremos dos alternativas: abandonar Dorado o destruirla. En todo el Imperio solo se sublevaron Dorado y otras ciudades de Bahía. Las estrellas

permanecen fieles al emperador. ¿Para qué castigar al pueblo leal? ¡Vámonos! Siempre tendremos tiempo de volver y acabar con los rebeldes.

La propuesta de Patrexis prosperó. A los dos días, gigantescas caravanas de naves espaciales comenzaron a abandonar la antigua y extraordinaria ciudad de Dorado. Los rebeldes vieron lo que sucedía y arreciaron en sus ataques convirtiendo la evacuación en otra tragedia. Lo peor fue el asalto final al Palacio de Invierno, donde murieron muchas de las personas que aguardaban a los cruceros imperiales.

Patrexis fue el último en abandonar Dorado. En su nave viajaba Iza, en coma desde que la rescataron, y también la teniente Berel, que ya podía ejercer sus funciones. Patrexis le salvó la vida al trasladarla de Terionxis III al Palacio de Invierno, dos días antes de que murieran todos en el Centro Médico.

Las cúpulas amarillas de Dorado se veían preciosas reflejando la luz de los incendios que devoraban la ciudad. ¿Se recuperaría alguna vez? Y, aunque así fuera, ¿sería posible vivir en un lugar donde sucedió tan gran tragedia?

Los árboles, en un mágico anillo verde, rodeaban la plácida laguna. Del bosquecillo salía el camino que llevaba a Knem, la preciosa capital de Lituania. Desde la colina, Selene divisaba las cúpulas de cristal que coronaban sus bonitos edificios. Parecía una gigantesca lámpara invertida rodeada del precioso verdor del bosque.

Nunca antes había visitado Lituania. Para ella era una estrella lejana de la que tuvo que aprender el nombre en su época colegial. No imaginó aquel maravilloso oasis de paz donde el tiempo parecía detenerse.

Se sentía bien. Una suave brisa acariciaba su cuerpo desnudo tendido en la hierba. Veía a Sofía bañarse en las aguas del lago con otras dos chicas. Un perro las perseguía jugando en el agua. Era una de las pocas veces que estaba sosegada.

De la ciudad surgía un camino que llegaba al espacio-puerto. Podía divisar la torre de control. Allí estaba Patrexis. Tenía muchas ganas de verlo, pero no quería pensar en él. Su recuerdo traía otros encadenados y comenzó a notar un fuerte dolor que la llenó de desazón. Patrexis, como todos los recién llegados, tenía que permanecer cuarenta días encerrado antes de que le permitiesen entrar en la ciudad.

Sarel Belowsky, un médico lituano, ideó el sistema para evitar que la enfermedad se propagara a las estrellas sanas. Todos los viajeros que llegaban a Lituania, o a cualquiera de los mundos imperiales, permanecían en cuarentena. Si en este tiempo no presentaban síntomas, se les permitía la entrada. Si enfermaban, quedaban recluidos hasta su muerte. En Lituania, una vez que pasaban la cuarentena, los trasladaban a Knem o a cualquier otra ciudad del planeta.

Los enfermos eran atendidos en un hospital cercano al espacio-puerto por médicos lituanos dirigidos por Sarel Belowsky. La situación de los médicos era peor que la de los viajeros, pues estos eran liberados al cabo de cuarenta días, mientras que ellos permanecerían encerrados hasta que se controlara la enfermedad.

Aún sin verlo, Selene adivinaba el lugar donde estaba Patrexis esperando, quizás, la muerte. Había aprendido a dominar el dolor eludiendo los recuerdos y desviando la mente hacia cosas agradables y sin importancia. Todos los días paseaba con Sofía y sus nuevas amigas lituanas. Se bañaban en el lago o hacían excursiones a los jardines escondidos del bosque, y así huía del pasado. Pero la llegada de Patrexis trastocó su mecanismo de defensa. La noticia del abandono de Dorado la hirió como pocas cosas lo hicieron en su vida. Sentía morirse con su amada ciudad. La imagen de las doradas cúpulas brillando con el sol del amanecer representaba un bello recuerdo de un feliz pasado que quizás no volvería.

Con Patrexis llegó Iza y la noticia de la horrible muerte de sus padres. Quiso acudir a consolarla, aunque se lo impidió la cuarentena. A los pocos días de su llegada, Iza presentó síntomas de la enfermedad y murió a la semana. Sufrió un gran dolor por ella, pero aún era peor su preocupación por los demás ocupantes de la nave, todos ciudadanos de Dorado y conocidos suyos. ¿Morirían también? ¿Moriría Patrexis?

Estos tristes pensamientos poblaron su mente. La imagen de su prima bañándose en el lago se hizo borrosa y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. ¡Pat! Se había portado muy mal con él. Al pensar con cariño en el capitán, también surgieron los recuerdos de los que intentaba escapar. El bello príncipe corio, Vanda. ¿Dónde estaría ahora?

Su cuerpo empezó a temblar. Pedía contacto con el joven. Sentimientos que creía haber dominado brotaron en su interior con más fuerza que nunca y desgarraron su alma.

—¡Vanda! ¡Vanda! —gritó sumergida en un mar de lágrimas. Nada había más poderoso en el universo que su amor por él. Hasta su más pequeña célula anhelaba su presencia.

Solo comentaban maldades de los corios. Se decía que eran los culpables de todo lo que sucedía en Bahía. Muchos les achacaron incluso la terrible enfermedad que tanto se había llevado. A pesar de su amor por Vanda, Selene pensaba que podía ser verdad lo que contaban.

¿Sabía Vanda lo que hacía su gente? ¿Su amor por ella fue una trampa? ¿Sería todo mentira?

Los amargos pensamientos la desazonaran. Desde que lo conoció tuvo muy pocos segundos de paz. A veces, cuando parecía que volvía a ser dueña de sus pensamientos, sucedía cualquier cosa y se derrumbaban las defensas mentales que había elaborado con enorme esfuerzo.

—¡Vanda, ven! —gritó y regó con sus lágrimas la verde hierba de los

campos de Lituania.

La viruela, terrible enfermedad que los seres humanos creyeron erradicada en la antigua Tierra, cobró mucho más caro su tributo en el nuevo encuentro que tuvo con la humanidad a finales del siglo cien. Los primeros casos sucedieron en Bahía en el año 9986, y muy pronto la enfermedad se expandió por la galaxia ocasionando una enorme mortandad. Solo en Bahía murieron trescientos millones de personas.

La huida de la población de los lugares afectados contribuyó a la propagación de la viruela. Los ciudadanos, aterrorizados, gastaron enormes fortunas para escapar de sus planetas de origen y refugiarse en los mundos sanos, a pesar de las cuarentenas establecidas. Esta migración ilegal multiplicó la difusión de la enfermedad y pronto campó a su aire en muchas estrellas.

A mediados del año 9988, el médico lituano Sarel Belowsky aisló el virus y consiguió la vacuna. Este gran sabio, a quien tanto le debemos, está hoy olvidado; raro es el planeta donde se conoce su nombre.

La viruela, a pesar de la vacuna, siguió difundiéndose y todavía hoy persiste en algunos mundos. Se considera la peor plaga que ha sufrido la humanidad.

En aquella época, la vacuna solo fue efectiva en el Imperio bahiiano y en los mundos dominados por los órfidas. En el resto de las estrellas hubo una tremenda mortandad.

En la Bolsa, milagrosamente, solo enfermaron los órfidas y parte de los habitantes de Amargaz y Orgaz. No se dio ningún caso entre los ciudadanos de los demás países.

Los corios, pocos meses antes de la gran epidemia, vacunaron a los habitantes de la Bolsa de una enfermedad desconocida, pero siempre negaron que fuese la viruela, y atribuyeron a la inmunidad natural el que no hubiera afectados.

¿De dónde procedía la viruela? ¿Cómo una enfermedad erradicada en la tierra en el año 1979 aparece de nuevo en el 9986?

Coria no permite que investigadores de otras naciones indaguen en sus archivos, donde quizás estén las respuestas a estas y otras muchas preguntas.

El gran Imperio bahiiano se desorganizó desde el comienzo de la enfermedad hasta el descubrimiento de la vacuna, debido al sistema que Sarel Belowsky ideó para atajar la propagación del mal. Los pasajeros de cualquier nave espacial que llegaba a un planeta «sano» eran sometidos a una estricta cuarentena en los espacio-puertos, antes de permitirles la entrada. Esto dificultó en gran manera las comunicaciones y el comercio imperial. Bahía nunca se recuperó, pues cuando se controló la enfermedad y el Imperio empezó a recobrar su antigua estructura, sobrevino un mal quizás más nefasto: la terrible guerra del siglo cien, la más destructiva que ha conocido la humanidad.

Historia del universo
Universidad Central de Sama

Relación de personajes

Los personajes que figuran en esta relación aparecen en la situación que estaban a comienzos del año 9985. Su posterior evolución está reflejada en el relato.

Aarón: alcalde de Dorado, capital de Bahía.
Aberdatín: corio que acompañó al príncipe en el viaje.
Adastrey: corio que acompañó al príncipe en el viaje.
Alamarik: corio que acompañó al príncipe en el viaje.
Ajax: primer ministro de Delta.
Aictemis: jefe de policía de Dorado, capital de Bahía.
Allamire: regente de Coria.
Amanda: princesa aurorana capturada por el pirata Lars.
Antlemas: rey del mundo perdido de Tracia.
Aradiel: princesa del mundo perdido de Tracia.
Ardelea: joven recién casada de Casablanca.
Arinia: princesa heredera del trono de Delta. Una de las naciones de la Bolsa.
Ascesco: profeta que vivió en Bahía unos dos mil años antes del tiempo en que transcurre esta historia. Murió en la hoguera. Autor de la terrible profecía sobre el ocaso imperial de Bahía.
Aspatakur: órfida. Dang de todas las factorías de Amargaz. Famoso en todo el mundo órfida por ser quien descubrió la Bolsa.
Astar: rey de Delta.
Astix: capitán de la nave mercante Vences de Bahía
Atemkur: órfida. Director general de la compañía Orphelenka. La primera en la exportación de carne humana.
Atrey: teniente corio.
Avalgarde: capitán de una de las naves que componían la expedición coria en el viaje del príncipe.
Avirio: jefe de los rebeldes que luchaban contra los órfidas en los cuatro últimos planetas de la estrella Amargaz. En aquella época, los planetas se numeraban en orden creciente según se distanciaban de la estrella.
Barela: madre de los hijos de Lars.
Bel-Darxis: director de las minas Sargul en Bahía.
Bel-Mavix: comandante de la base militar de Puerto Oro situada en las afueras de Dorado, la capital de Bahía.
Berel: mujer teniente de la armada de Bahía

B-T: apodo. Viene de bizco-tuerto. Jefe de las tropas de asalto del pirata Lars.
Cata: esposa de Sung-Yang, Señor de Transajonia.
Ceres: comandante de la armada de Bahía.
Cotrey: capitán de una nave de la expedición coria en el viaje del príncipe.
Darmis: piloto corio.
Debis: príncipe heredero del trono de Bahía.
Dios Hefesto: dios supremo de la estrella Frigia.
Dios Heracles: dios supremo de Esparta.
Dios Hellas: dios supremo de la estrella Argos.
Dios Irindel: dios y profeta de la estrella Argos. Murió cien años antes del inicio de este relato cuando fue capturado por los órfidas.
Dios Polifemo: dios supremo de la estrella Tártaro.
Dios Zeus: todopoderoso Tirano de Atenas.
Diosa Afrodita: diosa de Atenas famosa en todo el mundo griego como encarnación de la sensualidad.
Diosa Safo: esposa del dios Zeus.
Dorotrey: corio que hablaba el idioma de los smilkares.
Dris Slam: capitán del crucero espacial «Amanecer» de Coria.
Emiramis: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria. Profesor universitario y encargado de todo lo referente a la guerra biológica.
Esaú: pirata que manejaba el incinerador.
Estefekur: órfida. Director general de la compañía Orphetor. La segunda compañía órfida en la comercialización de carne humana.
Evertrey: soldado corio de la red clandestina de Casablanca.
Farisa: universitaria de Ciudad Sargul.
Grel-Antraxis: capitán de la armada de Bahía.
Gior: hijo mayor de Lars.
Haideé: esposa de un rico contrabandista de Ostramuz, la principal ciudad del planeta Orgaz.
Han: valeriano. Navegante de la nave pirata.
Héctor: comandante del ejército traciano.
Helena: mortal de Atenas.
Hirún: capitán de la armada de Delta
Horsis: general de la armada de Delta. Era a su vez el jefe del espionaje.
Iván: hijo menor de Lars.
Iza: amiga de la princesa Selene. Era hija del famoso general Tracortonxis.
Jacob: tesorero pirata.
Kerensky: teniente de la armada de Bahía. Nacido en Lituania, uno de los cien mundos que al unirse originaron el imperio bahiiano.
Kholooms: personajes de la mitología de Bahía. Según la leyenda, en las épocas de las grandes persecuciones hubo muchas personas que se

refugiaron en el subsuelo de Dorado, la capital de Bahía. Se adaptaron a la vida subterránea y constituían un pueblo salvaje y sanguinario. Kholooms significa hombre rata en el lenguaje de los antiguos.
Kokur: órfida. Dang de la factoría del Lago Salado, en Bahía. Los órfidas llamaban Dang a los directores de factorias.
Lars: el pirata.
Ledón: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria.
Lis: rey de los tres primeros planetas de Amargaz. Fue asesinado por los órfidas antes del inicio de este relato.
Manara: valeriana. Novia de Han en 9982.
Mara: madre de Allamire y abuela de Vanda.
Mefersis: general en jefe de la armada de Delta.
Naconda: esposa del rey Tarkín de Devón.
Oberón: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria. Acompañó al príncipe en el viaje.
Obletas: especie originaria de la galaxia de Andrómeda. Eran los obreros favoritos de los órfidas debido a su enorme fuerza.
Olabertum: rey de Grog.
Onetas: sacerdote corio.
Órfidas: eran originarios de la estrella Orpha, en la galaxia de Andrómeda, y a comienzos de 9985 dominaban la Vía Láctea.
Orlando: almirante de la armada de Bahía.
Pancisto: rey de los cuatro últimos planetas de Amargaz.
Patrexis: teniente de la armada de Bahía.
Pitágoras: mortal de Atenas.
Platón: mortal de Atenas.
Remxis: gran Almirante de la armada de Bahía, hermano del rey Traxis y padre de Sofía.
Sairios: saurios inteligentes que habitaban en Devón, el cuarto planeta de la estrella Aitana.
Saldur: rey de los tres primeros planetas de Amargaz.
Salverdatín: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria. Encargado de la guerra física.
Salvrey: secretario personal de Allamire. Jefe de Protocolo corio.
Sarastrey: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria. Profesor universitario. Responsable de la guerra química.
Sanatakur: órfida. Kidang de Bahía. Director de directores. Cargo comparable al de virrey. Por encima de él sólo estaba el emperador órfida.
Sarel Belowsky: médico. Gran investigador nacido en Lituania.
Selene: princesa de Bahía.
Seneka: órfida. Esposa de Sanatakur.
Sentender: jefe de los rebeldes que luchaban contra los órfidas en los tres primeros planetas de Amargaz.

Serik: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria.
Serikur: órfida. Ingeniero jefe de la factoría del Lago Salado en Bahía.
Simonis: profeta de Bahía.
Smilkares: saurios inteligentes que habitaban en los tres primeros planetas de la estrella Nador. Con ellos destilaban un licor delicioso que los órfidas llamaban Ponk.
Sócrates: mortal de Atenas.
Sofía: prima de Selene. Hija del Gran Almirante Remxis.
Sung-Yang: Señor de Transajonia. Un pequeño estado del 4º planeta de la estrella Oregón.
Tabarxis: teniente de la armada imperial de Bahía.
Taranconsia: rey de los Sairios.
Tarastrey: miembro del secreto consejo de los siete que gobernaba en Coria.
Tarkín: rey de Devón, el cuarto planeta de la estrella Orgaz.
Tarexis: jefe del laboratorio del gran complejo sanitario Terionxis III. Situado en uno de los barrios periféricos de Dorado, la capital de Bahía.
Tocornix: bibliotecario real de Bahía.
Tracortonxis: general de la armada de Bahía. Era descendiente del famoso almirante del mismo nombre que arrasó la capital del planeta Horgón.
Traxis: emperador de Bahía.
Ulises: héroe de la estrella Atenas.
Valderamis: corio que acompaño al príncipe en su viaje.
Vanda: príncipe heredero de la corona de Coria.
Vanessa: dueña del burdel «El jardín de Venus», el mejor de Casablanca.
Vecardatín: capitán de una de las naves que componían la expedición coria en el viaje del príncipe.
Vermis: navegante corio.
Xalama: comerciante de Transajonia.
Xiks: pequeños hombrecillos de piel roja creados por manipulación genética que los bahiianos utilizaban como esclavos.

Relación alfabética de nombres

Aitana: *estrella de la Bolsa*
Albani: estrella lejana perteneciente al imperio de Bahía.
Amargaz: estrella en el límite sur de la Bolsa. En torno a ella orbitan siete planetas, todos habitados, divididos en dos reinos que ambos se autodenominan Amargaz. El planeta que se nombra en esta historia es Cobos, el quinto.
Antracis: planeta que orbita en torno a la estrella Bahía.
Aurora: estrella y planeta con el mismo nombre.
Australia: estrella limítrofe con la Bolsa
Bahía: estrella en torno a la que orbitan ocho planetas. El principal de ellos tiene el mismo nombre que la estrella. A comienzos de 9985 era la capital de un imperio formado por novecientos cincuenta y siete mundos.
Otros planetas del sistema estelar de Bahía son: Urán, llamado así por sus famosas minas de uranio, Zorán y Antracis.
Los bahiianos llamaban a Bahía la estrella de oro por su maravillosa luminosidad.
Bolsa: se denomina así un extraño pliegue galáctico que contiene cinco estrellas en su interior. Estas son: Amargaz, Grog, Delta, Coria y Aitana.
Carden: llanura desértica que rodea la ciudad de Ostramuz en el planeta Orgaz. Las naves piratas aterrizan allí para vender sus mercancías.
Casablanca: sexto planeta de la estrella Nador. También se denominaba así la capital del planeta, una ciudad dedicada exclusivamente al ocio y las diversiones. Por ese motivo era visitada por ciudadanos adinerados de muchos lugares de la galaxia.
Chai-Lah: capital del planeta Chintia.
Chintia: primer planeta de la estrella Aitana. También nombre de la nación que ocupaba los dos primeros planetas del sistema estelar. Otros planetas que orbitan en torno a la estrella son: Valeria, Delfos, Donara.
Ciudad Luz: capital del planeta Valeria.
Ciudad Sargul: ciudad edificada en torno a minas Sargul, en el planeta Bahía.
Coral: segundo planeta de la estrella Nador donde residían los jefes espirituales de los smilkares.
Corinto: estrella próxima al Gran Mundo Stel. Sus dos únicos planetas habitados son Tracia y Jonia.
Costas: ciudad del quinto planeta de la estrella Amargaz.
Cristales de Danán: cristales hechos por los orfebres del planeta Danán de

muy elevado precio. Tenían la potestad de que cada persona los veía del color que deseara.
Cobos: quinto planeta de la estrella Amargaz.
Coria: estrella de la Bolsa. En torno a ella orbitan siete planetas, todos habitados, que forman un solo reino. El mayor de todos es Ilamad, el más externo. Otro planeta que se nombra en este relato es Erial.
Delta: estrella de la Bolsa. También planeta del mismo nombre. Todos los planetas que orbitan en torno a la estrella estaban habitados en 9985 y formaban un solo reino cuya capital era Sama.
Devón: cuarto planeta de la estrella Orgaz. Habitado por humanos y sairios.
Dorado: capital del Imperio de Bahía.
Erial: tercer planeta de la estrella Coria
Frigia: estrella del Gran Mundo Stel.
Grog: estrella y planeta del mismo nombre situados ambos en la Bolsa.
Horgón: Estrella y planeta del mismo nombre que fue capital del mayor imperio humano de la historia. En el año 9985 hacía ya tres siglos que fue destruido.
Ilamad: planeta más externo de los que orbitan en torno a la estrella Coria. El único al que tenían acceso los pocos visitantes que los corios invitaban.
Jonia: planeta de la estrella Corinto.
Knem: capital de Lituania. Una de las cien estrellas que se unieron para crear el gran imperio de Bahía.
Lago Salado: lago del planeta Bahía. Tenía gran profundidad y se suponía que comunicaba con los océanos.
Minas Sargul: minas de uranio en el planeta Bahía. Se pensaba que eran las más importantes de la galaxia. Allí trabajaban millones de xiks.
Nador: estrella. Los planetas del sistema estelar que se nombran en este relato son Casablanca y Coral.
Nuevo Marte: estrella y planeta del mismo nombre.
Oregón: estrella limítrofe con la Bolsa.
Aitana: estrella de la Bolsa. En el sistema estelar dos planetas estaban habitados en 9985. Orgaz, el planeta de los piratas y Devón.
Orpha: estrella de la galaxia de Andrómeda de donde provenían los órfidas
Orphelenka: primera compañía órfida en el sector de la comercialización de carne humana.
Orphetor: segunda compañía órfida en el sector de la comercialización de carne humana.
Ostramuz: ciudad principal del planeta Orgaz.
Puerto Coria: principal espacio-puerto de llamad.
Puerto Oro: espacio-puerto y base militar bahiiana en las cercanías de Dorado.

Río Rojo: río que circunda Dorado, la capital de Bahía. Con el transcurso de los siglos había excavado una profunda sima alrededor de la ciudad
Sama: capital del planeta Delta.
Samarcanda: ciudad más poblada del planeta Cobos, el quinto planeta de la estrella Amargaz.
Stel: Gran Mundo formado por mil trescientas estrellas y muchísimos planetas habitados. Está situado en el límite sur de la galaxia, próximo a la Gran Nube de Magallanes
Terionxis III: gigantesco complejo sanitario de Dorado, la capital de Bahía. Se llamaba así en honor del emperador que ordenó arrasar el planeta Horgón. Se le consideraba el mejor centro médico de la galaxia.
Tesalónica: principal ciudad subterránea del mundo perdido de Tracia.
Tracia: cuarto planeta de la estrella Corinto.
Transajonia: pequeño estado independiente situado en el cuarto planeta de la estrella Oregón. Estaba gobernado por ricos mercaderes.
Urán: planeta que orbita en torno a la estrella Bahía famoso por sus minas de uranio.
Valeria: tercer planeta de la estrella Aitana. Tenía fama por los magníficos navegantes que se formaban en la Escuela del Espacio de Ciudad Luz, su capital.
Xeiselles: grupo de ocho estrellas en torno a las que orbitan sesenta y dos planetas, casi todos habitados. Pertenecían al gran imperio de Bahía.
Zorán: planeta que orbita en torno a la estrella Bahía.